

Por la autora de *Aquellas horas que nos robaron*

MÓNICA CASTELLANOS

CARBÓN ROJO



 LITERATURA

CARBÓN ROJO

MÓNICA CASTELLANOS

CARBÓN
ROJO

Producción artística realizada con el estímulo fiscal del artículo 159 Bis de la Ley de Hacienda del Estado de Nuevo León, con apoyo del Gobierno del Estado de Nuevo León y del Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León.

© Mónica Castellanos (2023)
Publicada mediante acuerdo con VF Agencia Literaria

© Diseño e ilustración de portada: Daniel Bolívar

D.R. y © MMXXIII G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

Conversión a epub: Elvia Samantha Suárez Cruz

ISBN: 978-607-574-356-1 (Impreso)
ISBN: 978-607-574-363-9(Epub)

Primera edición en epub, noviembre de 2023

Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente, sin la autorización escrita del editor.

A Elena
A María Elena
A María Mónica
A Emma

*[...] las llamadas de la vida no acabarán
jamás para nosotros...*

HERMAN HESSE

*Vivir la vida de tal suerte que viva quede
en la muerte.*

TERESA DE JESÚS

*Del nicho helado en que los hombres te
pusieron, te bajaré a la tierra humilde y
soleada.*

GABRIELA MISTRAL

BRUMA BLANCA

En el mantel que descansa sobre su regazo, Carmina clava la puntada que borda una “M” mayúscula, negra y sin rizos que la adornen. Al terminarla labra junto a ella la letra “a” minúscula. Sólo la acompaña Candelaria entre aquella hilera de cuartos inhabitados en la casona de Rosita.

—Hoy cumple años tu hermana Ada, deberías llamarla.

Con particular molestia dibuja una “n” enlazada a una “u”. Carmina anuda dos veces el hilo para rematarlo y lo corta con los dientes; separa los aros con ademán brusco y alisa esa parte en el lienzo que está bordando, tuerce el gesto ante el recuerdo de su hermana mayor. Muchos años han pasado desde que Ada se fue con su hija a Monterrey y, sin embargo, Carmina todavía se alegra de que, tras el oprobio que hundió a la familia, se haya llevado a ese engendro del demonio, como ella la llama. Lo medita un segundo y, sin muchas ganas decide llamarla.

El timbre del teléfono rojo, tan antiguo como la mesa de madera sobre la que reposa, perfora el silencio en la habitación de Ada. Su eco reverbera varias veces.

Nadie contesta.

Coloca los aros sobre la tela, la estira con fuerza, como si quisiera romperla, y sólo así se atreve a bordar con hilo negro una “e” y una “l”. Letras lúgubres en las que regodea todo su rencor.

A Carmina le gusta hablar con los muertos, se siente a gusto entre ellos. Desarrolló el hábito de visitarlos cuando Blanca, su madre, antes de morir, le pidió que no la dejara sola, que fuera a verla cuando su cuerpo habitara una urna y porque a la madre no se le abandona ni en esta vida ni en la otra. Le agrada también ese aroma rancio a humedad y sal, a hueso, ceniza y polvo, a tiempo suspendido, que satura el aire de la cripta en Nueva Rosita. Se imagina estar en el fondo de un viejo navío con maderas crujientes y farolas amarillentas, casi siente su bamboleo. Toma un lugar en la semioscuridad de la capilla recubierta con nichos. Los recorre con la vista y lee nombres: Elena Campos Quintanilla, Yolanda Castillo Rivas, Cipriano Ramírez, Leticia Martínez Vivanco. Algunos sin fecha de nacimiento ni defunción. Nombres tallados en placas de bronce. Nombres que susurran historias, las propias, las ajenas. Algunas que nadie quiere escuchar y otras que aún palpitan en la memoria de los vivos. Voces con historias que Carmina dice escuchar.

Desde que Blanca murió, pasa cada vez más tiempo en esa catacumba, casi siempre los jueves, como si quisiera honrar así el día en que falleció. Se reclina sobre la tapa del nicho y recuerda los negrísimos ojos que tenía su madre, más vivos que un carbón ardiente, peligrosos como brasa que flota en el aire y deambula antes de elegir su destino. Ya no le reclama haberla dejado en la orfandad. Más bien le dice lo que ha hecho y deshecho con los rumores que tras varios intentos aprendió a divulgar. Se los imagina como una de las piezas que ha bordado en negro, puntada tras puntada, colocando la aguja en el lugar exacto, para empujarla con el dedal y verla salir, puntiaguda; jalar nuevamente y con la destreza que da el tiempo encajarla una vez, otra vez y otra. Así enhebra, hilvana letra por letra los nombres de apellido Calderón a quienes detesta.

También borda con palabras sus ensoñaciones. En cada esquina del mantel, con colores vivos y grandes rizos, destacan las palabras Javier, familia, hijos, nietos. Está convencida de que sus ilusiones, las que comenzó a urdir en la adolescencia, se convirtieron en tristes retazos cosidos a la fuerza hasta formar un lienzo malhecho, en vez

del bello mantel bordado a mano que debió ser su vida. Así contiene la amargura en que se convirtieron sus días tras la muerte de Blanca.

Ninguno en esa familia se salvará, mamá —le susurró una mañana a través de la cruz que cuelga en el nicho—; ayer mismo me encontré a la vieja Petrona. Sí, ésa, la abuela de Manuel. Me le acerqué al oído justo cuando terminaba la misa. ¿Ya supo lo que dicen por ahí? A mí me apena decírselo. Pero es que no es cristiano callarse estas cosas, porque luego la familia es la última que se entera, nada más por eso me animo, doña Petronita, no piense usted ninguna otra cosa. Hágase para acá, no nos vayan a oír. Dicen que Manuelito, su nieto, salió buscón. Que tira para el otro bando. Usted me entiende, ¿verdad? Y a la vieja se le querían salir los ojos. Rápido se le vidriaron. Como quien no cree lo que oye. Pero usted y yo sabemos, mamá, que al pérfido de Manuel bien que le gustaba el argüende y arrinconarse con otros jóvenes en lo oscurito. Y vimos cómo se le embobaban los ojos con su primo Joaquín, el más chico, y no le importó al condenado que apenas fuera un párvulo; como quiera se lo jalaba, lo sentaba muy cerca, le agarraba la mano y sabrá Dios qué más. Yo, la verdad, no me creo eso que dicen que el Manuel es muy buen consejero, que desea irse al seminario. Seguramente está podrido como todos los Calderón. Sí, mamá, lo sé, me andaré con cuidado. Pero, cada vez me convenzo más de que en esa familia todos están endemoniados, sólo al verlos siempre con sus miradas altaneras, como si fueran los muy muy, tronándoles los dedos a todos. Me alegra que se lo hayan llevado a la capital del estado. Allá que se refunda el tal Manuel y que a los suyos les duela la pérdida como a mí me duele su ausencia. Le cuento que para cuando terminé de sembrarle la duda a doña Petrona, me dijo la vieja: no digas sandeces, y se alejó a toda prisa.

*

Dos días más tarde, cuando el sol declina, Carmina deja su bordado sobre la mesa laqueada. Se levanta del sofá de terciopelo que alguna vez lució un color dorado y ahora se ve tan desteñido y pardo como el arenal. Se mira al espejo. Los ojos negros, a diferencia de Ada, son como el azabache, duros y brillantes. Se cubre la cabeza con el velo oscuro que antes usó su madre. La echa tanto en falta como al bullicio que años atrás habitó en esa casa y que poco a poco se vació hasta dejar una morada de sombras y silencios, tan sombría como la madera que recubre las paredes y los pisos.

Imagina que es fácil acomodarse como una pieza más entre las cosas que la circundan y convertirse en objeto. La asalta la imagen de sí misma secuestrada por las sillas y sillones, por su cama con dosel vestida con manta tejida, por el lienzo que diario borda, por los retratos de su padre, Miguel Montemayor, de su abuelo, Blas Pérez Mendoza y del tasajeado por su abuela Josefa hasta sólo dejar una imagen con los ojos vacíos.

—¿Todavía está aquí esta cosa?, dijiste que lo ibas a quitar —le recordó Candelaria.

—No, mejor lo cambié a mi cuarto porque se estaba destiñendo con el sol y decidí que no quiero olvidar su infamia.

Como lo hiciera a diario acompañada de su madre cuando aún vivía, recorre las cinco cuadras que la conducen a la parroquia del Sagrado Corazón. Mete el dedo en el agua bendita a la entrada de la iglesia. Se persigna la frente, la boca, el pecho y hace media genuflexión. Se adentra unos pasos hasta la banca del final, prefiere ese lugar porque desde ahí observa a los feligreses que llegan después. Los mismos rostros, en los mismos asientos, en las mismas bancas.

Hubo un tiempo en que Carmina soñó con entrar de blanco en esa misma iglesia, pero esos sueños quedaron muy atrás, se perdieron en los días en que ella era dulce y el apellido no había caído en la vergüenza. Suena la primera campanada y con el siguiente golpe de badajo recuerda a Javier. Su tez aceituna bajo la camisola blanca, la insistente forma cuando la miraba, colmada de lascivia. Se ruboriza, respira hondo. Clava los ojos en el Cristo que pende en la cruz e intenta concentrarse. Esa imagen la fustiga otra vez, ve su sonrisa,

sus manos sujetando su cintura cuando le cedía el paso. Un hormigueo le recorre el vientre. Abre su bolso y toma el abanico que siempre lleva consigo; aunque están en febrero y la temperatura es fría, lo agita con violencia, se molesta por tener esos recuerdos que la incordian. Los recuerdos. Sabe que su vida no es más que una amalgama de memorias, un lastre que le impide vivir el presente. Se han enquistado en su mente y la ocupan tanto que le han impedido cualquier otro interés. No ha buscado algo que la emocione, ningún proyecto que la extraiga de su casa y la cripta. Su venganza la ata al pasado y ella no tiene ojos para nada más.

Termina la misa y en el atrio se encuentra con Nicanora Peredo. Conversan unos minutos mientras la iglesia se aquieta. Aunque no es jueves, Carmina opta por bajar a la cripta.

—Ya vamos a cerrar, Carmina —la ataja el párroco cuando va rumbo a las escaleras del fondo.

—Deme un momento para ver a mamá.

—Bien, pero no tardes, hija; la semana pasada estuviste ahí casi una hora y hoy tengo mi partida de dominó. No quiero llegar tarde.

Carmina enciende la bombilla que alumbraba la escalinata, una luz bruñida que barniza los muros. Al bajar por los peldaños la madera cruje en una débil protesta tras su paso. Empuja la gruesa puerta que también le reprocha, enciende una luz y va hacia el nicho que ocupa su madre.

“Hoy avancé en mis planes un poco más, me acerqué a Nicanora, ¿la recuerda? Sí, esa misma, la amiga de la Faustina. Hoy le dije que había que pedir mucho por Manuel el hermano de su amiga, al que tanto queremos todos aquí, que a ese muchacho lo habían pescado en el coche con otro huerco muy apapachados, arrejuntados y besuqueándose. Que la familia no lo sabía, que no le dijera nada a Faustina ni a nadie más y que en esos casos lo mejor era elevar las plegarias al Señor para traerlo por el buen camino, por la senda de los justos, como uno, le susurré. Y ya sabe cómo es ella, mamá, más efectiva que *La Voz* de Coahuila cuando hay que difundir noticias. No habrá nadie en toda la región carbonífera que no se entere de que Manuel Calderón es rarito”.

Carmina se pasea, acaricia las cubiertas de los nichos. “Descansen todos, descansen, que para los batallares de la vida estamos los vivos, déjennos a nosotros sus cuitas”, dice en voz alta.

Cuando llega a su casa, Candelaria está a la puerta. La última vez que la esperó en el rellano fue cuando le anunció que Ada, su hermana, se iría de la casa y se llevaría a su hija. Eso fue hace casi cuarenta años, por lo que intuye que lo que tenga por decir no será bueno. Candelaria la abraza con los ojos llorosos y le susurra al oído aquellas palabras que nunca creyó escuchar:

—Llamó Violeta, que tu hermana Ada murió hace dos horas y espera verte mañana en el funeral. Aquí dejó la información del velatorio. Ya ves, te dije que le llamaras y nomás me dijiste que sí, que le volverías a llamar al día siguiente, pero no me hiciste caso.

La noche se vuelve un suplicio para Carmina. Despierta a cada hora entre un sueño convulso. Sueña que recorre un llano duro y pedregoso. El sol quema y ella siente arder la piel. Adelante, a cincuenta metros, Ada camina sin ropa. En una mano lleva una jarra con agua fresca, en la otra una flor. En vano intenta alcanzar a su hermana en ese sendero sin fronteras. Calza unos botines de piel, iguales a los que usaba su abuela en alguna fotografía añeja. Camina con dificultad, le duelen los pies. Intenta gritar a su hermana, pero su boca vomita arena parda. En el sueño apura el paso y en la cama su cuerpo se sacude en espasmos. Acorta la distancia con gran esfuerzo, los botines raspan, rajan su tobillo. Ada gira la cabeza, se detiene. Sobre su pecho desnudo cuelga una carta. Carmina la reconoce, se horroriza.

Durante la madrugada percibe la presencia de su hermana sentada al borde de la cama. Despierta con el corazón latiendo aprisa. Siente el cobijo sutil de unos brazos que la rodean, inmóvil, con los ojos negríssimos destemplados en el asombro, entiende que es Ada quien está junto a ella, la resistencia inicial cede poco a poco.

—¿Qué quieres? ¿Verdad que no estaba loca? —se endereza en la cama—. Tantas veces me hiciste sentir un ser extraño, alguien a quien se debe apartar. Durante años tuve la certeza de ser un fenómeno. Cuando en verdad no era así. Qué fácil pedir perdón.

Carmina lucha con Ada, se resiste hasta que la cobija una sensación de paz.

*

El coraje por lo que viste va y viene. Es una ráfaga detonada en un recuerdo la que traspasa tu cuerpo hasta erizarte cada centímetro de piel. Sientes todo de nuevo. El enojo, la vigilia agotadora, los roces en cuidados intensivos con tu hermana Violeta, el dolor por la muerte de Ada y la impotencia porque no pudiste hacer nada por ella. Sientes fuego en el estómago, el mismo que sube a tu rostro, presionas tanto la mandíbula que te duele. Necesitas calmar ese fuego. Buscas en el refrigerador una lata de cerveza, la destapas. Bebes el líquido de un tirón. Abres otra. En la mesa está tu *laptop*. Necesitas terminar la reseña sobre un libro que acaba de publicarse y enviarlo al editor de la sección cultural. Tecleas con fuerza. El enojo te impide concentrarte del todo. Tan pronto escribes cinco mil caracteres te detienes, revisas el texto, corriges pifias. No es tu reseña más sobresaliente, pero es lo mejor que pudiste hacer. No siempre estás de humor para escribir. Te preguntas cómo harán los escritores para trabajar cuando el dolor los carcome. Podría ser tema para alguna novela. Su dolor, no el tuyo. El tuyo no es compartible. Das una última leída a la reseña. Firmas Bernardo de la Garza y tu correo electrónico. Cierras la *laptop* y te vas a dormir esperando enviarlo mañana desde un cibercafé a tu editor en el periódico *El Norte*.

A algunas personas el luto se les vuelve costumbre, adoptan el negro como su tono definitivo y excluyen del armario cualquier otro color. Carmina es una de ellas. Tras vestirlo cinco años desde que murió Blanca, la partida de Ada la obliga a continuar con el color fúnebre. Temprano por la mañana toma un vestido del ropero, le disgusta la imagen que le regresa el espejo ovalado, lo desliza con desgana sobre su cabeza y lo avienta sobre la cama. Las mangas abullonadas nunca le han gustado. Elige uno untado a la piel. La transparencia de su encaje crea una filigrana al contrastar con la tez clara de sus brazos.

Debe ir con Blanca a decirle que Ada murió. No será fácil, esas noticias siempre son difíciles de decir en voz alta, aunque se tengan que dar a los muertos. Habrá que buscar palabras suaves para consolarla y que no deteste esa fecha. Es 18 de febrero de 2006, un día gélido en el antiguo Mineral de Nueva Rosita y en todo Coahuila.

De camino a la parroquia se detiene frente a la enorme casa de dos pisos que ocupan los Calderón. Se asegura de no ser vista y con coraje lanza un escupitajo sobre la banqueta que va a impactar justo frente a la reja en la entrada principal. Después se sigue con la frente en alto. Tendrá que hablar con sus sobrinos nietos Violeta y Bernardo para ver si traerán a Ada a la cripta de la familia o si se quedará en Monterrey. Cree que sería bueno depositar sus cenizas junto a sus padres y conversar también con ella, porque ahora que está muerta las cosas son distintas. A los muertos hay que tenerles el respeto que se merecen y aunque su hermana le haya causado tanto

sufrimiento, ahora puede quererla como cuando eran niñas y sus padres las paseaban en el coche por la plaza o las llevaban a Monterrey a ver el circo Atayde. También puede vengarse por ella.

Llega a la iglesia, con paso nervioso baja a la cripta, trastabilla en un escalón, se planta delante del nicho de sus padres y antes de proferir una palabra su madre ya le está leyendo el pensamiento. “Entiendo que la muerte es un paso, mamá. Para mí la muerte y la vida son la misma cosa, lo único que cambia es la habitación”. La regaña por su falta de fe. “Sé que es mejor la vida eterna. No estoy alterada, sólo algo nerviosa porque no sabía cómo darle la noticia. ¡Me alegra que esté de acuerdo en traer las cenizas de Ada! Le diré a Bernardo que lo mejor es traerla aquí junto a papá y usted”. Carmina se persigna, reza una avemaría y aspira una bocanada de ese aire húmedo y penetrante. “Volveré pronto”, le asegura. Lanza un beso que cruza el aire e imagina que se posa en la mejilla de Blanca. Se resiste a dejarla, pero no a su papá. Desde que vivía le retiró la palabra y aún mantiene su decisión. Aunque ya añora a su mamá cierra la puerta de la cripta y sale de la iglesia.

Enciende su Nissan café claro. Tiene una década con él y a pesar de ser comprado de segunda mano, la marcha, las ruedas y el motor están en condiciones de llevarla a Monterrey. Lo único que delata su edad es la carrocería, que al transitar sobre pavimento o camino irregular produce unos ruidos semejantes a los de una caja metálica con monedas dentro.

Conduce por la carretera bajo un cielo índigo que se extiende hasta el final del horizonte. Poco después de cruzar Sabinas, a la derecha, ve las minas de Barroterán, que sufrieron una explosión treinta y siete años atrás. Los periódicos, en México y el mundo, habían dado la noticia: “la acumulación de gas metano en las minas 2 y 3 de Minera Guadalupe mata a ciento cincuenta y tres mineros”. La revista *Life* les dio la portada. Se persigna. Aún conserva en el recuerdo las voces aterradas de sus padres y de los vecinos. Se asombra todavía de la solidaridad que se generó tras la noticia, porque de los poblados cercanos a Rosita pronto brotaron cientos de manos para ayudar: las de los mineros que bajaron a rescatar los cuerpos de sus amigos o conocidos, algunos enteros, muchos en

pedazos; las de quienes llevaron comida para los rescatistas; las que consolaron a las madres llorosas y a los huérfanos asustados con sus rostros de incredulidad, pegados a la reja que delimita las minas.

Conforme avanza entre el despoblado se siente libre. Hace mucho que no experimenta esa sensación de dejar atrás lo que es suyo, la costumbre de beberse el café en la taza roja con rótulo de *Moulin Rouge* que arrebató a otra mujer en un bazar porque la haría imaginarse en sitios al otro lado del mundo; el peso de las desgracias que azotaban a su familia desde tantas generaciones atrás; las palabras de Candelaria recriminándola por no salir más que a la iglesia, por no querer ver a nadie y por ese terrible mantel que estaba bordando; el peso de su venganza, de los rumores que desparrama y que se ha tomado como una grave responsabilidad; las suaves charlas con los muertos de la cripta y hasta la memoria de Blanca que aún la retiene en aquel poblado.

Cruza la tierra desértica de Monclova, Saltillo y Ramos Arizpe. Poco antes de tomar la carretera de cuota a Monterrey se pregunta cómo la recibirán los hijos de Ada. La última vez que los vio había sido durante el sepelio de Blanca. Entonces tenían veintiuno y diecinueve años, y a su modo de ver eran unos adolescentes mimados por Ada. Violeta, una estudiante con ínfulas de sabelotodo y Bernardo, un muchacho que estudiaba letras, como si a las letras hubiera algo que estudiarles. Ada le había insistido al año siguiente que fuera a Monterrey a la boda de Violeta, pero a qué iría, ¿a verla casarse panzona? Para pasar vergüenzas mejor quedarse en su casa. Parecería que Ada había inaugurado una estirpe de mujeres que se embarazaban de quien no debían, o tal vez era así con todas las que habían sido madres alguna vez y ella no lo sabía, pues no pertenecía a ese grupo.

Es la primera vez que conduce por la nueva carretera que lleva a San Pedro, ese municipio que colinda con Monterrey. Una larga recta de concreto desciende flanqueada por la interminable montaña gris de la Huasteca. A Carmina le parecen columnas gigantes unidas entre sí, áridas, blancuzcas, pétreas como su corazón. Se maravilla frente a esa enorme masa que impone, un muro orgulloso, alto y afilado que corta el espacio. Sabe que es sitio sagrado, ombligo del

mundo al que cada año peregrinan los wixárika. Conforme avanza en la carretera la montaña crece, se torna misteriosa, amenazante. La imagina como esa descomunal pared que se elevó entre ella y su hermana, la que creció inadvertida. Siente un pinchazo en el pecho. *¿Fue mi orgullo endurecido el que colocó los roces, las palabras agrias, el resentimiento hasta construir un muro semejante a éste? ¿Cómo llegamos a vivir así?* Contiene el llanto, porque sabe que si lo libera se derramará como represa rota. La Huasteca la maravilla y al mismo tiempo la oprime. A lo lejos ve la nata de contaminación que asfixia a Monterrey y le produce una sensación de ahogo. Tiene que hablar con los nietos de Ada y la angustia de que no acepten depositar sus cenizas en Rosita crece conforme se acerca a la ciudad. Pasa sin ver los letreros que señalan la ruta a Santa Catarina y a la avenida Morones Prieto. La carretera se bifurca, toma la lateral y a los pocos minutos llega a las capillas de velación. Descansa frente al volante antes de enfrentar a Ada por última vez. Vuelve a escuchar, como si acabara de pronunciarlas, esas palabras hirientes que le lanzó a su hermana días antes de que se fuera de Rosita: *nos desgraciaste la vida, será mejor que te vayas y nunca más vuelvas.*

Quien teme a la muerte muere dos veces. Carmina ha meditado tanto en ella durante los retiros de Cuaresma organizados por la parroquia que, a veces, la idea de morir le parece un alivio. Se detiene afuera de las puertas de cristal de las capillas, observa los grupos de personas en el interior, entre algunos jóvenes de rostro apesadumbrado distingue a su primo Alfonso y a su esposa; el resto son hombres, mujeres que no conoce. Detesta los funerales, pero más a las personas que asisten como si fueran a una fiesta. Platican, cuentan chistes y ríen mientras los deudos se duelen.

Por fin se atreve a entrar, encorvada, con paso menudo, como si en un caparazón se protegiera a sí misma de la gente que la rodea. Se acerca a Bernardo y a Violeta, y sin decir una palabra se arrodilla junto al féretro.

Bernardo la reconoce de inmediato, se coloca a su lado y alcanza a ver cómo sus labios se mueven. Supone que desgrana alguna oración. Han pasado cinco años sin verse y que fuera en esas condiciones lo hace creer que ella sufre un gran dolor, tal vez culpa.

—Era una gran mujer —dice conmovido.

—Mi hermana era una pendeja —masculla Carmina con enojo. Sin más se levanta, da media vuelta y se va.

Violeta y Bernardo se ven sin decir palabra. Él se alegra de que Carmina se haya marchado, le parece grotesco que su tía hubiera venido sólo a afrentar la memoria de Ada. No entiende el motivo de ese distanciamiento ni el rencor entre las hermanas. Y es hasta entonces cuando se da cuenta de que a cada pregunta sobre su

madre o sobre su tía Carmina, Ada siempre había respondido con evasivas. *Los muertos dejan sus cosas, pero se llevan los secretos*, se dice con desilusión. Qué había sucedido entre ellas era algo que ya no podría preguntar a su abuela, pero a Carmina sí. En ese preciso instante toma la determinación de averiguar qué callaban con tanto celo.

Al salir de las capillas Carmina llora a mares. Sube a su Nissan y se recarga sobre el volante, limpia su rostro, y con torpeza abre la cajuela de guantes en busca de una caja de pañuelos para limpiarse la nariz. Lamenta no haber llamado a Ada el día que se lo pidió Candelaria. *Pinche Candelaria, nunca me pide nada, me va a recordar sus palabras todos los días*. Para calmarse admira a través de la ventanilla el cielo celeste con algunas nubes tan transparentes que no alcanzan a cubrir la violencia del sol a esa hora de la tarde.

—Pendeja, eres una pendeja, Ada —dice en voz alta—, ¿por qué no esperaste a que hablara contigo?

Golpea el volante y enciende la marcha. Resuelve quedarse en Monterrey para platicar al día siguiente con sus sobrinos nietos. Con seguridad habrá un triduo de misas, asistir sería lo correcto.

Tras la impresión y el agotamiento del día, Carmina llega al hotel Ancira. Se registra sin detenerse a ver el interior de ese bello edificio, anhela quitarse la ropa, darse un baño y tumbarse en la cama. Es un sueño inquieto el que la vence, ve la figura de Ada recargada en el tronco de la acacia que preside el jardín de su casa, su hermana la llama y ella se acerca, está molesta con su hermana mayor, porque, como es costumbre en el desayuno, le ganó el lugar en la mesa. Carmina desea sentarse junto a su mamá, pero Ada no se lo permite. Nunca se lo permite y además sonrío socarrona. También en el sueño. Y vuelve a aquella tarde en que jugaban a las escondidas con sus primos, todos mayores que ella. Sólo que en el sueño ocurre lo contrario. Carmina lleva de la mano a su hermana mayor, abre la enorme maleta de viaje, la incita a entrar. “Es el mejor lugar para esconderse”, le dice, baja la cubierta de gruesa piel y la encierra con llave. Pasan los minutos, su hermana se agita en aquella oscuridad, el miedo le provoca una fatídica sensación de ahogo. Pide ayuda, grita. Afuera, alrededor de aquella maleta los primos comandados

por Carmina ríen, se placen con el sufrimiento de su presa. Ada y Carmina mudan de lugar. La hermana menor vuelve a aquella tarde, cuando siente ese pánico que ya no le permite estar en espacios cerrados. Se revuelve entre las sábanas, suda, despierta agitada. Toma un vaso con agua y se quita el camisón empapado. No trae otra pijama, así que regresa a la cama desnuda. Como le ocurría de niña vuelve a tener miedo de dormir. Su interior es una luz de neón que enciende y apaga. Mientras el sueño la vence, transita aquellas tardes de infancia en que su única preocupación consistía en encontrar un juego que les acortara las largas tardes de verano. Su favorito siempre había sido la bebeleche. Recuerda el tono alegre de su hermana al convencerla de correr a la casa para mojar otra bola de papel, porque “ésta ya se desbarató y así no podemos jugar. ¡Ándale, Carmina!, al cabo no te tardas nada, aquí te espero”. Y como en todas las ocasiones, ella cedía sólo por el gusto de jugar con Ada, de intentar alcanzarla en estatura o en velocidad cuando jugaban a las carreras, o en ver quién lanzaba más lejos la pelota. No había nada que hiciera su hermana que le pareciera mal, ni petición que le negara, hasta ese día en que su hermana salió de la casa en Rosita para nunca volver.

*

El coraje por lo que viste va y viene. Es una ráfaga detonada en un recuerdo la que traspasa tu cuerpo hasta erizarte cada centímetro de piel. Sientes todo de nuevo. El desconcierto de ser deudo en un funeral, los rostros llorosos de los alumnos de Ada, pero más te enoja la actitud de tu tía Carmina. En las pocas veces que la viste no lograste descifrarla. ¿Quién se cree que es para llegar a insultar a Ada? No te faltaron ganas de asirla de un brazo y sacarla del funeral. Sientes fuego en el estómago. Sabes que no se lo echarás en cara, a tu abuela no le parecería bien, si en algo te educó con cuidado fue en el buen trato hacia las mujeres, más si son mayores, pero eso no te quita el disgusto con tu tía. Su relación fue un enigma. Uno que Ada nunca estuvo dispuesta a resolverles. Recuerdas su sonrisa evasiva cada vez que le preguntaste el motivo por el que no se veían. Ada

era hábil para desviar la conversación. Tu coraje se transforma en dolor frente a su recuerdo. Contenerlo durante el funeral fue difícil, con las palabras de consuelo de tus amigos los ojos se te anegaron y casi te quiebras con el abrazo de Guillermo, el residente que la atendió en cuidados intensivos. Te pareció extraordinario que ese médico le hubiera tomado tanto cariño a tu abuela como para ir al funeral. Supones que para los médicos las muertes no significan algo personal, porque no pueden permitírselo. Y ahora que estás solo lloras de dolor con la cabeza entre las manos. Sientes el impulso de hablar con Ada, de escuchar el tono de su voz. Buscas su número en el celular. La pantalla con su nombre es un latigazo a tu sentido común, entiendes que la peor ausencia la sufrirás en los detalles y aún queda mucho por delante. Piensas que la muerte adeuda la memoria de un futuro arrebatado y deja, en su lugar, un laberinto de silencios, palabras cercenadas a la fuerza, fracturas de un tiempo imposible. Te sobrepones.

Carmina despierta antes que el día. En su mente se mantiene fresca la imagen de Ada dentro del ataúd. Tantos años sin verla para al final encontrarla sin vida. La larga cabellera recargada sobre sus hombros, la boca marchita y un color que no es el de ella en una piel que ya no habita. El vestido de estampado alegre que le eligieron para vestirla le pareció un desatino de sus sobrinos. Ni a la muerte tomaron con algo de seriedad.

Se alista con esmero y premura, como si tuviera una cita pendiente. Decide llamar a Bernardo, abre su libreta de direcciones y busca el número de celular. Pulsa varias veces las teclas para comunicarse desde la habitación, pero la respuesta siempre es la misma:

—El número que usted marcó está incompleto, por favor revise su marcación.

Se desespera. Baja a la recepción para pedir que le ayuden a marcar desde ahí. La señorita que atiende a los huéspedes deja escapar una risa apenas audible que no pasa desapercibida para Carmina. Ella le lanza una mirada fría, patente de su disgusto y extiende un papel con el número de Bernardo.

—Permítame, enseguida la comunico —se disculpa la recepcionista en tono nervioso.

La voz de Bernardo le llega desde el otro lado, somnolienta, asombrada.

—Soy tu tía Carmina, te llamo para ver si tienen pensado celebrar un triduo de misas para Ada.

—Será sólo una. Hoy, a las siete de la tarde en La Purísima, la parroquia que está cerca de su casa. Te puedo enviar la ubicación a tu celular.

—No tengo celular. Para qué querría un celular si no tengo a quién llamar —Bernardo sonrío desde el otro lado de la línea.

—No te preocupes, tía, yo puedo recogerte en el hotel. Iré a las seis, sé que es una hora antes, pero el tráfico en esta ciudad es infernal.

—Muy bien, me hospedo en el hotel Ancira —corta la comunicación y extiende el teléfono a la recepcionista.

Se da la vuelta y ve su reloj: son las ocho de la mañana con cinco minutos. Por primera vez desde que se registró inspecciona el lugar. Tiene la sensación de que el hotel se detuvo en el tiempo. El piso de mármol a cuadros, blanco de Carrara y negro Monterrey, como un enorme tablero de ajedrez, las escaleras semicirculares con su alba balaustrada soportando el pasamanos y una alfombra roja, al centro, para atenuar las pisadas de los huéspedes que transitan sobre ella. Un hotel con marcos y cornisas de madera que huele a viejo y en el que se siente a gusto.

Se encamina al restaurante para desayunar en el bufet. Toma tres rebanadas de papaya, dos de pan tostado y ordena un café. Se pregunta qué hacer hasta las seis de la tarde que irá Bernardo por ella. Se anima a visitar una iglesia.

Han pasado diez años desde la última vez que estuvo en Monterrey, pero aún recuerda un templo por ese rumbo, era un lugar pequeño que al entrar la hacía recogerse con facilidad. *La iglesia del silencio* no es su nombre, pero así la recuerda. Pregunta al guardia de la entrada:

—Ah, sí, está a tres cuadras, es el Templo de San Luis Gonzaga.

Carmina se dirige hacia el poniente por la calle Hidalgo, atraviesa los adoquines de la acera norte. Esas calles no son suyas, las desconoce, tiene idea de que la antigua Monterrey era una ciudad bajita, menuda. La nueva está salpicada de edificios. Donde antes estaba el primer cuadro de la ciudad tupido de pequeñas casas, ahora hay una Macroplaza. La ciudad la atemoriza, las personas también. Desea estar en las calles de Rosita, quiere ver sus aceras

irregulares, altas, con las grietas que conoce de memoria, las banquetas que ha recorrido infinidad de veces desde su casa hasta la cripta de Blanca. Deja atrás el dédalo de callejuelas, los restaurantes y locales que ofertan boletos de lotería, juguetes y todo lo que necesite para su fiesta. Llega a una avenida ancha, y como si salieran de un hormiguero la gente la oprime, caminan aprisa, sin verla. El gentío la irrita, duda si será mejor regresar al hotel, aunque sólo falta una cuadra para llegar a la iglesia. Avanza. Cruza hasta el otro lado arrastrada por esa multitud de hombres y mujeres que van a sus trabajos, a abrir sus tiendas en el centro de la ciudad, a comer un menudo para curarse la cruda, a tomar un café con pan dulce, a comprar fruta a los puesteros que se instalan en el mercado. Un hombre bajo, moreno, con ropa sucia y raída, trastabilla de borracho, la empuja.

— ¡Tenga cuidado, casi me tumba!

— ¡Cállese vieja loca!, ¿no ve que fue sin querer?

Carmina calla su enojo, sigue media cuadra y ve la cúpula color arena resguardada por cuatro torres octagonales que elevan sus pináculos hacia las pocas nubes que cubren el cielo de Monterrey. Reconoce la edificación. Apura el paso y al cruzar la reja que da al estacionamiento afloja el cuerpo. Al paso de los años la iglesia ha quedado encerrada, reducida entre el Centro de Justicia Familiar de la Procuraduría General de Justicia y las Farmacias del Ahorro. Se erige con modestia desde principios del siglo xx, escondida de aquel bullicio, inadvertida para quien no sabe de su existencia.

Cierra los ojos antes de entrar, anticipa el momento en que se abstraerá, lo pregusta. Arranca la piel de la Carmina enojona, amargada, la que le desagrada, y la deja atrás, se reviste de la que se siente plena cada vez que entra a la cripta con sus muertos, de la que disfruta estar donde no hay nadie.

La iglesia es redonda como su cúpula, casi tienen el mismo tamaño. Da la impresión de que al construirla hubieran olvidado las naves que forman una cruz, como si la hubieran diseñado en su mínima expresión. Se arrodilla en el primer reclinatorio, eleva una plegaria por Ada y se sienta. No hay nadie en la iglesia, sólo están el silencio y Carmina, que lo ansía como si fuera el más dedicado

amante, el que conoce cada recoveco de ella, el que entra hasta su interior, la inunda.

Pasan los minutos, rememora a Ada y lo que podrían haber sido sus vidas de no haberse ido de Rosita. Reconoce que la extrañó cada día, su risa le hizo falta, su ausencia la obligó a encerrarse en sí misma, a desdibujarla del pasado, a compartir con los muertos lo que no podía hablar con los vivos. Porque a los muertos siempre les podía confesar sus secretos. Y aunque su rostro se le diluía en la memoria, la impronta de su personalidad era imposible de borrar. Por eso no la podía perdonar, de ahí ese rencor amargo. *Dijiste que siempre estarías conmigo y no lo cumpliste, me traicionaste y a las hermanas no se les traiciona. Cómo le hago para perdonarte, si me dejaste más vacía que un pozo seco y no me pude reponer.*

Carmina ve de reojo a una señora pródiga en carnes que se deja caer con estrépito en la banca contigua. Una a una crece la feligresía, toman como suyos los lugares de costumbre, una de ellas ve con molestia a Carmina que le ha quitado el lugar, se sienta en la banca de atrás. Mujeres que acuden sin falta todos los días.

Tras las campanadas que llaman a la misa de once el párroco sale de la sacristía. Se encamina hacia el altar para iniciar la celebración. Es un hombre mayor, la espalda encorvada como si llevara un gran peso a cuestas. El sacerdote levanta la mano, se toca la frente para hacer el signo de la cruz. Carmina se espanta, cree ver un fantasma, intenta reconocerlo en las facciones, en la mata de cabello ahora cano, pero después se convence de que no puede ser él. Este hombre tiene el andar lento de un octogenario y a él no lo recuerda tan avejentado. ¿Le falla la memoria? Sería aberrante que estuviera ahí, delante de ella. Afina la vista y sus ojos se arrugan. Recuerda aquel día remoto cuando bordó por primera vez. Había desmadejado, de dos en dos, los seis hilos de la hilaza roja, la había envuelto en cuadros de cartón para que no se enredaran. Como si sucediera en ese instante se vio cuando cortó un tramo de hilo, ensalivó el extremo y lo insertó en el ojo de la aguja. Había apoyado en el regazo un extremo de los aros y con nerviosismo se disponía a bordar en el centro la primera letra, previamente entintada, de quien consideraba la persona más infame. “E” era la letra primigenia de la

que derivaría ese hábito de bordar su odio. La “l” minúscula completando el artículo. Más segura de sí misma, trazó la “C” en mayúscula del sustantivo que estaba a punto de formar. Clavó una puntada hacia el reverso, anudó el hilo y lo cortó con los dientes, como era su costumbre. Separó un trozo un poco más largo de hilo para trabajar en las siguientes letras. Enlazó una “u” en bajas y detrás una “r”. Sostuvo el bordado a la altura de los ojos para apreciar mejor su trabajo. Por último, bordó la “a” que completaba esa palabra. Unas puntadas en rojo para confeccionar el primer bordado en el mantel: *El Cura*. Sin nombre ni apellido porque lo que hizo no tuvo nombre.

Al párroco le llama la atención la mujer sentada en la primera banca. No es de la feligresía habitual, sin embargo, su rostro le parece familiar. Algo en ella le evoca tiempos lejanos, memorias que se sacude. Durante las lecturas ella lo analiza, observa la casulla ricamente bordada, advierte la inquietud que lo obliga a cambiar la postura en una sede que le queda grande. El sacerdote siente la opresión de esa mirada que lo traspasa y le recuerda la lanza con la que hace siglos vertieron una sangre preciosa para él. No es como la de los demás parroquianos que posan los ojos en sus misales de cuando en cuando o que están presentes en el cuerpo, pero ausentes en el espíritu. Supone que la mujer tal vez sea insidiosa, no la conoce y, sin embargo, le desagrade su rictus amargo, el vestido negro como cuervo y esos ojos que lo sujetan como clavos en el madero durante toda la celebración. La homilía es más breve que de costumbre porque desea terminar. La presencia de esa mujer lo distrae, se equivoca en la plegaria universal. Comulga. Baja los tres escalones que lo separan de la asamblea y se planta en el pasillo central, eleva una hostia. Carmina ya lo espera, despega los labios y recibe la eucaristía de sus manos. En ese instante, en ese gesto, lo reconoce por el tono de su voz, grave y profunda, como cuando era joven. Un tono de voz que ahora está avejentado, que antes la hizo dudar. Pero que en la elevación y en las palabras pronunciadas para presentar la eucaristía delante de ella fue como si volviera a escucharlo en aquellos días cuando era niña. Por unos segundos se

paraliza delante de él. “Es él, es El Cura”, se dice mientras regresa a su lugar en la banca.

Lo último que supo fue que, tras varios cambios de parroquia, lo habían enviado a hacer penitencia a un poblado apartado en la sierra de Arteaga. Por muchos años deseó que lo arrastrara un río, que se desbarrancara, que lo partiera un rayo, que muriera. Le imploró a Dios, pero su respuesta siempre había sido el silencio. El silencio de Dios que ignoraba sus cuitas y por eso había decidido hilvanar su propia venganza, pero con ese cura no había podido.

Termina la misa, el párroco se deshace de la casulla en la sacristía, se deja el alba, la estola y regresa para confesar. Siempre confiesa entre las misas de once y de doce. Carmina cruza la nave, apura el paso, tres mujeres hacen fila, las adelanta:

—Por favor, me urge —ellas aceptan, conocen el apremio de un corazón contrito.

—Ave María Purísima —Carmina abre mucho los ojos, escucha el timbre de esa voz que tiempo atrás oyó predicar en Rosita cuando ella y Ada iban a la misa dominical. Al contestar tiembla como rama de sauce contra el viento:

—Sin pecado concebida —su respuesta es un susurro.

—¿De qué le quieres pedir perdón a Dios, hija mía?

Carmina se asombra del doble dolor que le hiende el corazón, sus palabras son flechas que quieren traspasar la rejilla que los separa en el confesionario y clavarse en el hombre que está al otro lado.

—Me acuso de odiar a un cura que me desgració la vida, de uno que no supo guardar sus votos, de ése que se dejó llevar por la carne y olvidó a su Señor.

El sacerdote clava la vista en el crucifijo que tiene entre las manos. Su rostro se contrae.

—¿Quién eres?

—¿No me reconoces, cura? —ella siente el impulso morboso de decir algo más, de confesar ese secreto guardado, pero mejor calla.

—¿Vienes a denunciarme? ¿Dónde está ella?

—¿Ella? —añade Carmina con sarcasmo—. Ada murió ayer.

El silencio repica en el confesionario, rebota a un lado y otro de la filigrana de madera que los separa. Carmina examina tras la rejilla

esas facciones tanto tiempo aborrecidas y continúa con sorna:

—Hoy en la tarde habrá misa en La Purísima y ahí estarán sus nietos, tus nietos, cura. Por si quieres ir a darles el pésame —recalca cada sílaba.

—¿Nietos? No. Estás equivocada, supe que Celeste falleció en un accidente.

—Sí, pero años antes tuvo dos hijos, tus nietos: Violeta y Bernardo.

El sacerdote recarga la cabeza entre las manos.

—¿Qué saben de mí? ¿Qué saben del padre de Celeste?

—Por qué no les preguntas, cura, yo no tengo idea.

Una sonrisa turbia aparece en el rostro de Carmina, saborea el dolor que causa a ese hombre al que quisiera ver hecho añicos. En su memoria reverberan los gritos cuando su padre se enteró del embarazo, la angustia que surcaba el rostro de Blanca, el mutismo de Ada. El escándalo. Y en esa espiral de pasiones, el espanto de verse marcada para siempre: la hermana de la ultrajada, la seductora, de ésa, la que tiene cascos ligeros, la mayor de las hijas de Miguel Montemayor y Blanca Pérez Quintanilla. No olvida las risas y cuchicheos cada vez que salía a la calle, hasta ese día en que, tras siete largos años, Ada por fin se fue, se llevó a Celeste y para ella no hubo otra opción más que sepultarse en casa. Con Miguel, que desquitó sobre ella el oprobio; y con Blanca, que lloró todos los días hasta morir.

Carmina deja el confesionario, hace una genuflexión, se santigua y sale de la iglesia. Regresa al hotel. Cavila todo el día en lo que acaba de hacer mientras espera que llegue la hora de ir a La Purísima.

Tan pronto entra por el pasillo central de La Purísima, Carmina busca a El Cura. Otea, nerviosa, los rostros de los alumnos de Ada, los de las amistades que no recuerda el nombre ni le interesan, los de algunos familiares lejanos que acudieron a despedir a su hermana y que con seguridad la abrumarán al final con abrazos que intentan ser cálidos y palabras deseosas de dar consuelo. *Le habrá faltado valor para venir.* En una segunda ojeada lo encuentra sentado en una banca al fondo. Reconoce ese perfil cabizbajo que se le quedó grabado de la mañana a través de la rejilla del confesionario. Toma del brazo a Bernardo y Violeta, lo ve con el rabillo del ojo, asegurándose de que distinga a los hijos de Celeste, esa niña a la que nunca reconoció y que creció sin padre. Se agita a cada paso, su pecho sube y baja, quiere ir por él para que los vea cara a cara.

Ajenos a la lucha que libra Carmina, Violeta y Bernardo saludan a sus conocidos, se dejan abrazar, se limpian una lágrima, conversan apresurados porque todos sienten urgencia por acercarse, se apretujan y forman filas para llegar hasta donde están, como si fuera de vida o muerte hacerles saber que están ahí.

Finalmente se sientan muy juntos en la primera banca, el marido y las dos hijas de Violeta a un lado. Las cenizas y un retrato de Ada presiden la ceremonia frente al altar. Carmina no despega la vista de la imagen sonriente de su hermana y de esa caja pequeña que la contiene. Los tres lloran por Ada. Violeta siente nostalgia por no volver a verla; a Bernardo se le clava en el pecho el dolor de su

muerte; Carmina, que no sabe reaccionar de otra forma, arde por tanto coraje.

Al final de la celebración, Carmina eleva la cabeza por encima de la gente, atisba a El Cura, para ver si se acerca. Lo ve dar media vuelta con paso cansado y marcharse.

—¡Maldito! —susurra.

Cuando todos se han ido ve partir también a Bernardo, lo enviaron del periódico donde labora a cubrir la noticia de un accidente en una mina en Pasta de Conchos. Desea regresar con él a Rosita, sin embargo, desde la muerte de Ada y su encuentro con El Cura un sentimiento nuevo ha despertado en ella: ahora Bernardo y Violeta le pertenecen. No es que alguna vez Ada se los haya encomendado, tampoco que tenga sentido maternal; es otra cosa, es una sensación que le palpita en las venas; es una certeza, una exigencia que cree provenir de sus antepasados. Como si toda la sangre que ha fluido en cada generación anterior a ella se hubiera vertido en sus arterias para resarcir el daño que han sufrido.

Se encorva un poco más, el peso de esa certidumbre la dobla, pero no la doblega. Así como encerró las palabras cuando de niña descubrió a Ada besándose con El Cura, también ahora las calla, las guarda bajo llave en el fondo de sí misma y no dice nada, no es tiempo todavía de revelarles esa verdad.

Violeta toma la fotografía y Carmina abraza la fría urna de mármol blanco con las cenizas de Ada. Por primera vez en muchos años, las hermanas están cerca.

—¿Han pensado dónde reposará Ada? Tal vez sería bueno que estuviera con mamá. Cuando vayamos a la cita con el notario podríamos ir los tres y rezar algunas oraciones en el nicho de la familia.

Violeta siente alivio. Ada no había comprado un nicho en ninguna de las iglesias de Monterrey, por lo que la propuesta de Carmina le viene bien. No cree que Bernardo se oponga; y así es pues más tarde, cuando se lo hace saber, él piensa que sería una buena ocasión para que las hermanas tengan la oportunidad, aunque sea póstuma, de volverse a encontrar. Violeta se ofrece a regresar a su tía al hotel. De camino, Carmina lucha consigo misma y vence ese

sentimiento de orgullo acendrado que la viste como una segunda piel hasta hacer algo que pocas veces ha hecho fuera del confesionario: se disculpa con su sobrina por el arrebató que tuvo en el funeral.

—No te preocupes, tía. Te entiendo, las relaciones familiares no siempre son fáciles.

Carmina lo sabe, le asombra que entre su sobrina y ella haya algo en común y en esa comprensión se crea un vínculo entre ellas. Violeta ha sufrido en la convivencia con Bernardo y en ese instante la lejanía que han tenido con Bernardo y con Ada a ellas las acerca. Las dos saben lo que es sentirse incomprendidas, relegadas y lo que pesa guardar rencor. De pronto, Violeta ve a su tía Carmina con otros ojos.

—Mañana iré a casa de Ada a ordenar sus cosas, tía. ¿Te gustaría venir conmigo?

La invitación la toma desprevenida y Carmina no encuentra excusa para oponerse. Por otro lado, la curiosidad por entrar al recinto íntimo de su hermana, la tienta como cuando eran niñas, como en aquellos días en que todo lo que hacía su hermana mayor le generaba el deseo de hacer lo mismo, de tener su estatura, de usar sus vestidos con volantes y calcetas a la rodilla, en vez de las detestadas tobilleras que la obligaban a usar para evidenciar que era menor en edad. Ella anhelaba ser como su hermana, soñaba con tener esos pechos incipientes que elevaban el vestido en la parte superior y satisfacer su ambición de transformarse en mujer.

Al día siguiente se reúnen en casa de Ada. Entran al salón donde impartía sus clases. La luminosidad de este recinto contrasta con el claustro en que se ha convertido la casa de Rosita y Carmina lo percibe.

Violeta recuerda la envidia que sintió aquella tarde cuando Ada enseñaba a Bernardo a bailar en ese mismo salón. La duela de madera, brillante y pulida los dejaba deslizarse con libertad. Ada movía la cadera a un lado y al otro. Con los brazos llevaba el ritmo. En algún momento posó una de las manos de Bernardo en su

cintura. *Tienes que seguir el compás de la melodía. Uno, dos, tres, cuatro; uno, dos, tres, cuatro. Ahora una vuelta. Es fácil, deja que la música te lleve.* Le había parecido extraño que a la abuela le gustara ese ritmo. Más adelante descubrió que le gustaba tanto bailar, que no le importaba el género. En cualquier oportunidad, ella se levantaba para danzar con los brazos al aire y dejaba salir esa fuerza similar a la que origina una tromba. Minutos antes, las suaves notas del piano de Erik Satie habían flotado en el aire, lo inundaban. Ada bailaba en el centro. Su cuerpo se movía con liviandad. Los brazos al aire, el torso arqueado. Tres minutos de contracciones, elevaciones de piernas y brazos que giraban; la cabeza acompañando la suave melodía. En algún momento había notado la presencia de sus nietos, sonrió, pero no se detuvo hasta que la música silenció su última nota.

La envidia puede romper el vínculo entre dos personas que se quieren, y Violeta se asombra de sentir, ahora que Ada está muerta, la misma envidia que la carcomió cuando estuvo en vida. Ella sabía que la relación entre Ada y Bernardo era distinta, más intensa, más íntima. Y aunque no podía decir que Ada no la quisiera, la diferencia estaba en que a su hermano lo adoraba, se entendían con la mirada, en cada abrazo fundían sus corazones. Y ella siempre deseó ser querida igual, sentirse amada como hija. Carmina ve sus ojos nublados, intuye algo, la abraza y Violeta rompe en llanto. Deja a un lado a la mujer pragmática y emerge la niña que durante años se mantuvo agazapada dentro de ella, observando su entorno sin formar parte de él. Por primera vez unos brazos femeninos la acunan y por primera vez se siente, también, protegida.

Sólo hasta que Violeta calma el sollozo, Carmina deshace el abrazo.

—Disculpa, tía, no sé qué me pasó, yo nunca lloro.

—A todos nos cuesta el desahogo, pero no te preocupes, las lágrimas sanan. Lloro lo que tengas que llorar. Yo por lo general lloro de rabia, pero te entiendo. Lágrimas son lágrimas —Violeta sonríe ante el comentario, aún con los ojos húmedos.

—¡Vamos! —se sacude Violeta—, mientras más pronto comencemos a empacar las cosas de Ada será mejor, he sabido de personas que guardan por décadas las pertenencias de sus difuntos.

Y yo creo que Ada desearía que sus cosas sirvieran a alguien más. Deciden comenzar por el vestidor, después, los utensilios de cocina. Suponen que la colección de libros y poemarios serán para Bernardo, creen que él será quien herede la casa y no tendría caso sacarlos de los libreros.

En el vestidor impera la anarquía. Blusas colgadas en ganchos de fierro se alternan junto a pantalones mal acomodados. Sólo las faldas de holanes están agrupadas y guardan un lugar destacado entre aquel caos. Sacan, doblan, separan y guardan en cajas de cartón según los destinatarios: Caritas, Casa Hogar de La Gran Familia, La Casa del Migrante. Revisan los bolsillos de los sacos y las bolsas de mano antes de guardarlas. Ambas eligen algo para sí, un recuerdo de su hermana y abuela.

Violeta abre una bolsa de noche con pedrería y dentro está una carta sin firma dirigida a Ada. El papel amarillento y la fecha le dan a entender que la recibió siendo muy joven. Parece que la abuela tuvo un admirador secreto. Extiende la nota a Carmina y la leen juntas:

Amor mío, no puedo pensar en lo que significará estar lejos de ti, y aunque por tu amor estaría dispuesto a dejarlo todo mañana tendré que irme, desconozco el destino.

Perdóname.

—Qué nota tan rara, ¿crees que esta carta sea de mi abuelo, tía? ¿Tú lo conociste? Mamá nunca nos habló de él, tengo idea de que murió muy joven.

—No sabría decirte, Violeta, y Ada ya no está aquí para preguntárselo, creo que mejor la guardaré.

Carmina dobla la nota con nerviosismo y la introduce en su bolso. Sabe que esa carta es de El Cura y teme que otras puedan aparecer entre las cosas, en una caja de zapatos, en una maleta o algún cajón.

Carmina se siente extraña entre esos objetos. Reconoce la parte de Ada que se ha quedado en cada uno. Momentos de los que fueron testigos. La pluma con la que subrayaba las frases que le

llamaban la atención en los libros que leía; el suéter que la abrigó la noche en que murió su hija Celeste; los aretes que sus nietos le regalaron cuando cumplió cincuenta años y que se quitó antes de que la internaran en el hospital. Cada pieza que toca le recrimina su lejanía, su testarudez, su abandono.

Entre una pila de recibos de luz, gas y teléfono, encuentra una caja de madera que alguna vez estuvo laqueada, la esquina derecha luce desportillada y un viejo candado defiende su interior. Carmina la sacude un poco. Parece contener un solo objeto. Dilucida en dónde podría estar la llave y hace un esfuerzo por recordar el escondite que Ada utilizaba cuando eran niñas. Se sienta en un sillón, cierra los ojos, aquieta los pensamientos y vuelve a estar bajo la cama de su hermana: es amplia por lo que no tiene dificultad en ocultarse, la transparencia del encaje que cuelga bajo el colchón le permite observar las piernas esbeltas de Ada: una calceta enroscada sobre el tobillo izquierdo, la otra en su sitio bajo la rodilla. La ve caminar por la habitación hasta que se detiene, se sienta en el taburete y esconde debajo la charamusca que no le quiere compartir, es su tesoro y no está dispuesta a darle ni un pequeño trozo. Tras deambular en varias direcciones sale de la habitación. Carmina sonrío, recuerda haber esperado a que Ada cerrara la puerta para robarle su dulce. Sin duda se decepcionaría cuando no lo encontrara. Conocía el sentimiento porque días atrás su madre la había obligado a compartir una oblea y haberse rehusado le costó una tarde de castigo en su recámara. Cosas de niñas que después de medio siglo aún recuerda con viveza. Confía en que su hermana haya mantenido la costumbre. Alega cansancio y pide a Violeta un vaso con agua. Tan pronto ella se aleja, Carmina se dirige al tocador, sus gruesos tacones resuenan apurados sobre el piso de madera. Se hinca para palpar el fondo del taburete. Como lo hiciera varias décadas atrás, sus dedos sienten un pequeño bulto. Lo desprende. En una bolsa de terciopelo descubre dos llaves pequeñas. Se incorpora con dificultad, la agitación se nota en el subir y bajar de su pecho. Prueba, sin éxito, una de las llaves, la segunda hace saltar el aro del candado. Escucha los pasos de Violeta al acercarse. Con dedos nerviosos cierra el candado sin alcanzar a ver el contenido que resguarda.

Aprieta contra su palma la bolsa de terciopelo y la guarda en el bolso. Tiene que esgrimir una excusa para quedarse con la caja y averiguar qué contenedor abre esa otra llave. Agradece a Violeta el vaso con agua, lo apura. Le avisa que se tomará un descanso y transita esos espacios aún impregnados con la esencia de Ada. Toma entre sus manos un pajarillo de porcelana, pasa los dedos sobre el tapiz de algún sillón donde la imagina sentada, charlando, riendo como lo hacía siempre. Entra al salón, descubre un reproductor de música, zapatillas de media punta, dos pares de castañuelas y en una esquina, colgando en racimo, varios pares de puntas, quizá de las alumnas.

El día transcurre ligero. En grandes cajas de cartón apilan sartenes abollados, ollas sin asas, el exprimidor inservible, un tostador oxidado, cucharones de plástico acinturados por tanta quemadura. Acuerdan venderlos a una chacharera. Carmina menciona entre la charla que en Rosita tiene una llave maestra que tal vez pueda abrir el candado en la caja de Ada.

—Eran comunes en nuestros tiempos —miente. Y Violeta accede a que se la lleve, supone que no contiene nada importante.

A las siete han terminado y es tiempo de descansar. Tienen pensado partir a primera hora del día siguiente a Rosita para la cita con el notario.

En silencio apagan las luces, sólo el eco de sus pasos resuena entre las paredes. Las voces de Ada y sus alumnos, y las sinfonías que antes la habitaron quedaron impregnadas en las paredes, en los tapices que recubren los muebles, en el tejido de las cortinas. Cierran con llave la puerta principal y dejan atrás esa casa saturada con la presencia de Ada.

*

Es entrada la noche cuando sales hacia Rosita. Tomas la carretera de cuota a Saltillo, crees que vale la pena porque todos saben lo peligroso que es cuando baja la neblina y las carambolas entre autos no se hacen esperar. Pisas el acelerador de tu Civic confiando en que los gaviones con piedra bola contendrán cualquier derrumbe en

aquellas altas laderas de laja. El coraje por lo que viste va y viene. Es una ráfaga detonada en un recuerdo la que traspasa tu cuerpo hasta erizarte cada centímetro de piel. Sientes todo de nuevo. En tu memoria arde la imagen de Ada en cuidados intensivos, no te sacas de la cabeza su frágil figura que apenas eleva un poco la sábana y dibuja el bajo relieve de una ola blanca, ligera. Su figura que parecía no tocar el suelo envuelta en blusas con escarolas y faldas de holanes. De niño la imaginabas como un ser venido de un lugar fantástico, sin embargo, la fuerza de su personalidad contrastaba con esa visión.

—Ya quisiera esos resultados de sangre, Ada —te burlabas. Y ella te guiñaba un ojo.

—Lo ves, mi poeta, el secreto está en comer de todo, manitas de puerco, hígado encebollado, chicharrón, huevos con chorizo, gorditas pasadas por manteca —y dejaba escapar una carcajada.

Jamás se limitó con la comida ni con el tequila, hasta ese día en que la llevaste a urgencias luego de dos noches en que tuvo dificultad para respirar.

No olvidas lo que Ada te comentó un día: “Un hombre es más hombre cuando toma la mano de una mujer entre las suyas, la ve a los ojos y la besa con devoción, así es como debe ser, como una quiere sentirse: más que querida, adorada, idolatrada”.

Cuando a otros nietos sus abuelas les regalaban para el cumpleaños un avión de juguete o una pista de automóviles, Ada te obsequiaba libros. La mayoría de las veces poemarios. Recuerdas el primero. Era tu cumpleaños, afuera hacía frío, no era un día gélido, pero sí tan húmedo y brumoso como para recordarlo. Ada entró a tu habitación con su enorme sonrisa; descalzos los pies, la falda amplia y su cabello largo hasta la cintura ondulaban al vuelo. Se dejó caer sobre la cama. Acurrucó su mejilla junto a la tuya y abrió el libro. Sus ojos de carbón centellearon:

—Esto te encantará, Bernardo —y te leyó a Lope de Vega.

Juntáronse los ratones
para librarse del gato;
y después de largo rato

de disputas y opiniones,
dijeron que acertarían
en ponerle un cascabel,
que, andando el gato con él,
librarse mejor podrían.

Salió un ratón barbicano,
colilargo, hociquimorro,
y encrespando el grueso lomo,
dijo al senado romano,
después de hablar culto un rato:
¿Quién de todos ha de ser
el que se atreva a poner
ese cascabel al gato?

Apenas cerró el libro te explicó el significado de esas palabras que nunca habías oído. Recuerdas las risas. Te fascinó la idea del gato con un cascabel amarrado en la cola, anunciando su presencia al acecho, sobre un sillón, una repisa o en cualquier parte que estuviera.

Desde esa noche sentiste el embrujo que crea un poema, la magia que recrean bellas o terribles imágenes en pocas frases. Ada te obsequió poemarios de García Lorca, Antonio Machado, sus favoritos. Nunca olvidarás aquella noche de domingo cuando te habló sobre el amor en los versos de Jaime Sabines y de Rubén Bonifaz Nuño.

—Ven, mi poeta, vamos a la biblioteca, hay algo que quiero mostrarte —te dijo otro día.

A tu memoria vienen las amplias paredes custodiadas por libreros de piso a techo que refrendaban su pasión por la lectura. El tapete mullido al centro, el perfume de Ada impregnado en cada página de papel y los cómodos sofás cobijados con coloridos mantones invitándolos a leer. Por eso la biblioteca siempre había sido el lugar favorito de ambos. Ada se eleva sobre las puntas de sus pies hasta alcanzar un tomo.

—No vas a creer lo que me encontré ayer en la librería. Es un tesoro —abre el libro y te muestra el prólogo del Kokinshu, la colección de poemas japoneses antiguos y modernos—. Lee éste de Kiyohara no Fukayabu.

Noche de verano la primavera
llegó a su término cuando en la nube
se acostó la Luna.

Cuando termina la carretera de cuota, Bernardo baja la velocidad y toma el camino hacia Rosita. Maniobra con cuidado por esa carretera con dos carriles. Un tráiler avanza de frente y sacude el Civic al pasar junto a él. No le parece oportuno llegar en la madrugada a la casa de Carmina, por lo que se sigue hasta San Juan De Sabinas, se detiene a las afueras de las minas de Grupo México. Desciende del Civic y se abrocha la chaqueta hasta el cuello. En esa madrugada gélida, tan fría que los ojos le lloran y el aire lo hiere al entrar por la nariz, al levantar la vista la imagen lo turba. Entre la bruma espesa que cubre aquel paraje, emerge un amasijo de chaquetas y ponchos coloridos: son las familias de los mineros adheridas a la reja que da entrada a la Unidad Pasta de Conchos. Tras ella el enorme complejo exhala un humo blanquecino que se mezcla con la bruma blanca. Bernardo se detiene frente a esa pintura surrealista. Lo que ve se tatúa en sus ojos, se incrusta en su alma, se le graba en lo profundo de la memoria. Esa estampa lo acompañará todos los días, marcará su vida y su historia. No puede separarse, el impacto lo clava a la tierra. Durante unos minutos se mantiene ahí y vela con ellos sin acercarse a ninguno.

Amanece cuando advierte decenas de mineros, llegan para ayudar en el rescate. Por la hora intuye que harán turnos. Seis ambulancias esperan para atender y trasladar a los mineros que logren sobrevivir.

Intenta encontrar alguna fuente para entrevistar y ver si es posible armar un reportaje no sólo del accidente, sino de la situación en toda

la región carbonífera. Se encamina hacia un grupo, toma nota mental de que también necesitará cubrir las ruedas de prensa para la empresa de Germán Larrea. La primera agendada para el día siguiente.

El periodismo lo había mantenido cerca del dolor humano, por lo que no es inmune ante esa multitud de ojos enrojecidos y ahogados sollozos, esperanzados en recibir cualquier noticia de sus hombres, padres, hijos, amigos. Es evidente que no se separarán de ese lugar hasta que salgan los mineros: vivos o muertos. A Bernardo se le forma un nudo en la garganta. Sabe que el dolor engendra desesperación y la desesperación es ciega y sorda. Teme lo que pueda suceder, supone el alcance hostil, frío y metálico de una multitud enrabiada si esa incertidumbre se alarga. Conoce esa condición, alguna vez se obnubiló siendo adolescente para sumarse a una jauría de jóvenes enfurecidos que pateaban a un compañero ya inconsciente sobre el suelo. El dolor vino después, el asombro de sí mismo, de lo que hizo y podría llegar a hacer, lo mantuvo en el azoro durante varios días.

Sabe que pronto llegarán los reporteros internacionales a instalar sus camionetas equipadas para transmisión. Estas noticias viajan rápido. Todo el mundo se aprestará para estar al tanto de los avances en el rescate. Muchos confiarán en que los encuentren con vida, unos pocos, los que conocen los riesgos de la minería, se mostrarán escépticos. Ada podría pertenecer al último grupo, ella decía que las minas eran como los hospitales, una vez dentro no se sabía si se habría de salir. Bernardo tenía que encontrar a la persona que le pudiera proporcionar la noticia porque en esta profesión o se desarrolla el olfato para reconocerlas o se queda estancado.

Entre el gentío destaca una mujer robusta, Bernardo calcula que ronda los cuarenta. A diferencia del resto, ella no llora. Se acerca con cautela. Enciende un cigarro. Se identifica como reportero de *El Norte*.

—Es una tragedia lo que sucedió —ella asiente.

Bernardo quiere tratar con delicadeza a su informante, el dolor humano lo reblandece. La tragedia de inmediato se posesiona de él.

Desde hace dos años trabaja en la sección cultural, por lo que apenas se estrena en cubrir una noticia de esta índole.

—¿Tiene a alguien aquí? —ella asiente nuevamente, sin poder ocultar su dolor.

—Mi marido tiene muchos años de trabajar en Pasta, le gusta la mina, aunque no entiendo por qué si sabe que las condiciones no son buenas. Seguido se queja de ella, pero le es fiel.

El instinto de Bernardo le ayuda a intuir que ahí hay material para una buena historia.

—¿Qué les han dicho?

—Nada más lo que la gente platica, que hubo una explosión y abajo quedaron más de sesenta. No nos querían dejar pasar, ya estaba el ejército bloqueando la calle, haciendo una valla, pero luego se apersonó el gobernador Humberto Moreira y la gente se le encabritó. Uno se le colgó del brazo y gritó “Si me jalan, me traigo al gobernador conmigo”. El ejército no pudo hacer nada, los familiares pasaron encima de los soldados hasta llegar a la reja de la empresa. Todos queremos saber qué sucedió, que nos digan cómo están nuestros hombres. Pero todo es de oídas, nadie sabe nada.

Bernardo asiente.

—Yo vengo de *El Norte* de Monterrey, me gustaría entrevistarla.

—No sé —se turba—, yo no tengo ninguna historia —desconfía y, sin embargo, lo ve directo a los ojos como si quisiera escudriñarlos, algo lee en los de Bernardo por lo que finalmente acepta.

—Muy bien, mañana a las nueve la veré aquí. No me ha dicho su nombre ni el de su esposo.

—Él es Marco Antonio Cárdenas, y yo, yo soy Guadalupe Sanjuan.

Anota el teléfono y se dirige a la casa de Carmina. Avanza por la avenida Benito Juárez mientras lamenta haber traído tan poca ropa. A la chaqueta se le impregnó el olor a humo de las maderas y llantas que los familiares encendieron durante la noche para darse calor. Un olor tan intenso que resultaba repulsivo, pero también, porque de alguna manera era reflejo de la zozobra del anuncio que todos esperaban. Distingue a lo lejos el monumento de La Chimenea: alta y esbelta preside las calles de Rosita. Para Bernardo esas calles

permanecen inmunes al tiempo, estancadas en un lugar en donde nunca pasa nada, condenadas a evadir cualquier progreso, salvo algún paso a desnivel federal y un semáforo. En el camellón descarnado de césped que divide a la avenida López Mateos los viejos arbotantes destilan una luz amarillenta. Llega hasta Soriana y se detiene frente al monumento al minero, un hombre dorado que por vestido lleva un pantalón corto, de herramienta un cincel en las manos y como única protección un casco con lámpara. Lee la insignia inscrita en la escultura: AL MINERO QUE DESDE LA ENTRAÑA DE LA TIERRA ILUMINA CON SU ESFUERZO EL DESTINO DE MÉXICO. Está fechada el 11 de julio de 1954. Siente coraje por los mineros atrapados. Y por todos los que han muerto en las minas de la región carbonera.

Desmenuza esa frase que se queda corta: “con su esfuerzo”. No es sólo el esfuerzo de quien se levanta a laborar en una fábrica, en un comercio o desde la molicie de una oficina. En vez de “con su esfuerzo” cree que debería decir “con su sufrimiento” o más exacto “con su sufrimiento y muerte”. “Iluminan” es otra palabra que le arde en el alma. Se sabe que el carbón sirve para generar energía y cada vez que una luminaria se enciende representa a los carboneros que dejan su vida en “la entraña de la tierra”, en ese lugar donde pocos se atreven a ir, donde las condiciones de trabajo difícilmente tienen comparación con ninguna otra actividad.

Compra en Soriana un paquete de jamón, una barra de pan, mayonesa, conchas de pan dulce.

Regresa por la avenida López Mateos hasta la calle Simpson y llega hasta la puerta de la casa de Carmina. La casa blanca con techo rojo aún guarda reminiscencias de algún antiguo esplendor. Desconoce la historia de esa casona ubicada en la colonia americana, pero sospecha que ella guarda sus secretos. Pulsa el timbre y espera. Las farolas del exterior se encienden y tras un breve instante Candelaria abre la puerta y extiende los brazos.

A Bernardo le parece que el aspecto hosco y distante de su tía contrasta con el de Candelaria. Los brazos gruesos, los dos chales que la envuelven, y esa risa que se prolonga hasta los senos le recuerdan de inmediato las imágenes de antiguas matronas romanas.

—¡Qué triste que haya muerto tu abuela, mi niño! —lo abraza—. Ahora tendrás que conformarte nada más con tu abuela Carmina.

—Es mi tía abuela, Candelaria, pero no te aflijas, también estás tú, o ¿qué?, ¿no cuentas?

—Claro que cuento, faltaba más, y qué gusto tan grande tenerte aquí, mi niño —lo abraza de nuevo—. Porque los días con tu tía abuela son más aburridos que los besos de mi pobre Jacinto, en paz descansa —se santigua—. Pero pásale, te preparé la recámara de Ada y de Celestita. ¡Ay, mi Celestita! Pobrecita, qué fin tan trágico y ustedes que apenas eran unos niños —se limpia el llanto que le escurre por la cara con las dos esquinas del rebozo, una para cada ojo. Al final, cuando ha llorado lo suficiente, se limpia también la nariz.

Bernardo no pudo evitar conmovirse con aquella mujer a la que ha visto poco, pero siempre con gusto. Además, cuarenta años de trabajo la hacen parte importante de la familia. Cruza un brazo sobre sus hombros.

— Ya, Candelaria, ya —intenta consolarla—, mejor llévame a la habitación porque tengo que enviar una historia al periódico. Fue un día muy difícil, no he pegado el ojo en toda la noche y estoy agotado.

—Ay, mi niño, yo tan despistada, cómo no lo pensé, te traeré unas quesadillas y te dejaré que descanses.

Antes de dormir Bernardo lee una noticia digital de *El País*.

Es una noticia escueta, redactada en tres párrafos el 19 de febrero de 2006 a las veinte horas con quince minutos.

El titular: MÁS DE 60 MINEROS ATRAPADOS TRAS UNA EXPLOSIÓN EN MÉXICO.

El artículo mencionaba que alrededor de sesenta y cinco mineros estaban atrapados en una mina de carbón en el municipio de San Juan de Sabinas, al norte de México, tras un derrumbe causado por una explosión. *¿Por una explosión? Cómo pudieron determinar las causas tan pronto.* Sigue leyendo, dice que el número de personas inicialmente se acercaba a las ochenta. Y que trece horas después al menos trece de ellos habían sido rescatados. Trece a las trece.

En el siguiente párrafo nota un error en el nombre de la minera. La redacción señala a la empresa mexicana Industrias Mitra, en vez de Industrial Minera México, localizada en el estado de Coahuila,

frontera con Estados Unidos, y brinda un dato interesante: ahí se concentra el 95% de las reservas de carbón. Mucho carbón, veta grande, filón pródigo, yacimiento abundante de oro negro.

Tanto territorio y que en solo un estado se explote ese preciado mineral.

De los trece rescatados por el ejército y protección civil dos fueron dados de alta, tenían algunos golpes y raspones, aunque su espíritu no estaba intacto, la angustia por sus compañeros se traslucía en sus palabras de preocupación. Alguno quiso colaborar en el rescate; sin embargo, no se les podía permitir. Aunque el deseo de auxiliar al amigo, al hermano, fuera imperioso, ya otros estaban trabajando en buscarlos. A los demás los trasladaron a urgencias del Instituto Mexicano del Seguro Social. Seis tenían quemaduras de segundo y tercer grado, tres de ellos estaban en estado crítico, no sólo por las quemaduras que habían carbonizado sus tejidos y deformado su cuerpo, sino por el *shock* en que se encontraban. Para ellos la recuperación sería lenta y dolorosa.

El reporte cierra diciendo que la explosión que causó el derrumbe en la mina, a unos 250 kilómetros al norte de Saltillo, se debió, al parecer, a una acumulación de gases.

*

El coraje por lo que viste va y viene. Es una ráfaga detonada en un recuerdo la que traspasa tu cuerpo hasta erizarte cada centímetro de piel. Sientes todo de nuevo. El enojo, la vigilia agotadora, los rostros atribulados, las horas de angustia de sus mujeres, de sus hijos, de sus padres, sus madres, el frío infinito, la bruma blanca, los braseros rodeados de cuerpos ateridos afuera de la mina. Sientes fuego en el estómago al llegar a Rosita, el mismo que sube a tu rostro, presionas tanto la mandíbula que te duele. Necesitas calmar ese fuego. Te detienes en la cantina para echar un trago de mezcal, antes de ir a la casa de tu tía Carmina. Han pasado tres meses y las imágenes están frescas en tu memoria. En aquellos días batallaste para apartar el coraje cuando escribías los reportajes del accidente,

porque hay historias que se han vuelto parte de tu vida y las minas de Rosita están en tu piel, encostradas.

Traspasas el umbral, reparas en un hombre sentado a la barra, perdido en el fondo de su vaso de mezcal, ensimismado en un extravío que no puede ocultar. Te sientas a su lado sin decir palabra en el único banco de madera que no está manchado de tizne. Observas de reojo su piel curtida, la ropa sencilla, los brazos y el rostro ennegrecidos, engastados con carbón y entreverados con cicatrices que no atinas a descifrar, la espalda corva como quien lleva auestas el peso de una vida que no se termina.

Pides un mezcal, el que tengan.

—¿Todo bien? —te animas a hablarle.

El tipo no responde de inmediato, se toma su tiempo. Para él, el tiempo no tiene el significado que poseía hace tres meses. Hay cosas que pasan y no nos dejan ser los de antes, nomás no nos dejan, responde sin interés tras algunos minutos. Y vuelve al fondo de su vaso vacío.

Recuerdas el dolor y el peso de la desolación. Ese sentimiento de dientes de víbora que corta la piel, la traspasa para verter su veneno, permear las venas, recorrer el cuerpo y paralizarlo como presientes que le sucede al hombre de junto.

Distingues una historia detrás de esos ojos negros y surcados. La hueles como el hedor de un muerto. Es una tristeza que te resulta muy familiar. Decides tantear el terreno como lo has hecho en otras ocasiones con algunas fuentes para tus reportajes.

—Te invito un trago —señalas su copa al cantinero. Tu cuerpo se tensa, esperas que acepte, que se pueda abrir a la conversación. El hombre suspira y asiente.

Son los únicos clientes en el lugar y los mezcales llegan sin demora. Escuchas al cantinero llamar Indalecio al desconocido cuando le planta el trago enfrente.

—Salud —el hombre responde igual y da un pequeño sorbo a su bebida.

No carga mucho dinero y quiere alargarla lo más posible, no sabe cuándo podrá volver a recibir otro trago. Tú, en cambio, apuras el mezcal de un tirón. El líquido resbala por tu garganta, te calienta la sangre.

—¿Qué sucedió para cambiarte la vida? —tras un silencio de espera tu dardo da en el blanco.

—Pasta de Conchos, eso me pasó. Me pasó Pasta de Conchos —dice sin más.

—Yo estuve ahí —le haces saber—. Soy reportero de El Norte, pero no recuerdo haberte visto afuera de la reja. ¿Tenías algún familiar en la mina?

El hombre se remueve en su banco, da otro sorbo a su bebida. Notas la duda, la lucha que siente por mantener las palabras en el reducto de su memoria donde las ha defendido desde el accidente o abrir el compartimento y permitirte entrar. Optas por avanzar con cautela, sabes que adelantarse sólo logra alejar a la fuente.

—Fue una tragedia —levantas la voz. El cantinero, extrañado, se gira hacia ti. Tu coraje es real. Te has vuelto experto en utilizar las emociones y tu intuición para llegar al corazón de las personas. Consigues lo que quieres desde ese realismo que convence con suavidad—. La minera, el gobierno y el sindicato pudieron hacer más —continúas sin dejar de observar la reacción del minero—. Las condiciones de trabajo estaban muy descuidadas, es una injusticia que trabajen así.

Indalecio guarda silencio, aún no es tiempo de abrir la represa de recuerdos, de revivir esos días.

Beben otro mezcal y esta vez chocan los vasos.

—Yo estuve afuera de la mina desde las primeras horas —sigues diciéndole—, hablé con familiares y algunos sobrevivientes. Esos días fueron locura —él asiente en silencio, se quita la gorra café, limpia el sudor con el dorso de la mano y la hunde de nuevo hasta la ceja—. Lo que más me movía era el pensar en los mineros que

quedaron atrapados, imaginaba la desesperación que sentían y me partía la madre no poder hacer nada por ellos.

—Yo estuve adentro, bien adentro —afirma como si lo dijera para sí mismo para convencerse, para no olvidarlo.

Sabías que tu intuición era acertada, disimulas la emoción y pides otro par de mezcales.

—¿Adentro cuando el accidente? Porque supe de algunos que estuvieron en el turno anterior, o te refieres a cuando el rescate.

Indalecio se abstrae de nuevo en el fondo de su vaso.

—Adentro, cuando todo valió madre —afirma. Sus ojos se vidrian y tú lo notas.

—¿Hablaste de esto con alguien? —esta vez tu curricán vuela por el aire, el minero lo muerde de inmediato.

—No, con nadie. Los mandé a la chingada. ¿Dónde dijiste que trabajas? ¿El Norte? No lo he oído antes.

—Sí, es un periódico de Monterrey —le haces saber.

—Aquí se sabe poco de otros lugares. Cada uno anda en lo suyo. Yo en la minería, siempre, desde chamaco. La mayoría le damos a la mina.

Ordenas otro par de mezcales. La mirada de Indalecio se vidria otra vez, algo recuerda que lo conmueve, seca su mano contra el pantalón una y otra vez y al brindar por fin le arrancas una sonrisa. El alcohol logra su cometido, la corva de su espalda desaparece. Le propones sentarse en las mesas de lámina con letrero de Carta Blanca salpicadas en el salón. Él acepta mientras se levanta. Notas la cojera en su pierna izquierda. Piensas en pedir una botana más sustanciosa que los cacahuates con cáscara que dejaron un reguero en la barra. Alitas enchiladas es buena opción. Necesitas mantenerlo en un estado lo suficientemente relajado para que las palabras salgan, pero sin dejar que la borrachera sea tanta que pierda la consciencia.

Las alitas llegan al centro de la mesa, el picor los revive, Indalecio abre la compuerta y las palabras caen en cascada.

—El carbón. Ya nadie lo usa. Antes sí. Antes había unos braseros donde metían los trozos de carbón, o leña del monte cuando no había ni para eso. Ahora todas las casas tienen su tanque de gas. Por muy jodido que esté el jacal, el gas y una estufa de segunda no faltan.

«Sí, todos, todos. Mi papá, mis abuelos, todos en la familia hemos sido carboneros. Es fácil darse cuenta quién anda en la mina nomás de oírlos toser. El polvo se mete y no sale, se va guardando en los pulmones, hasta que los desgracia. Unos antes y otros después. Sacamos el carbón y se nos queda en el cuerpo.

“No, ya no voy a la mina. No puedo. A todos los que estuvimos ese día en el accidente nos mandaron con doctores y de éstos que te arreglan la cabeza.

“Yo llegué a trabajar al pocito hace dos años porque se gana más que en las minas que están en ley. Mi familia y los amigos me decían que no me arriesgara, pero a mí no me daba miedo. Había bajado siempre, bien confiado, pero esa mañana amanecí, así con una mala sensación. Fue una premonición, creo que así le llaman.

“Lo primero fue que ese día, en el turno de la mañana, no se apareció el gasero, no bajó a hacer sus mediciones de gas. Y no es que lo revisaran a diario, iba uno cada quince días si bien nos iba.

—¿Te refieres al accidente del 19 de febrero? —le preguntas.

—No, esto que te cuento es de antes, de cuando trabajaba en el pocito.

“Amanecía para cuando yo estaba bien agarrado al tambo, listo para meterme en el hoyo. Cuando bajas, la luz se pierde hasta quedar como un punto, allá lejos. Entonces hay que prender la luz que está en el casco y vas bajando, rozando los laterales, oyendo el chirriar cuando el malacate roza la polea, con el miedo de que se vaya a tronar en cualquier momento y caigas hasta el fondo. Muerte segura. Entonces ahí vas, bien pescado hasta llegar abajo, siempre bien pescado.

“Ese día Mateo Vázquez y Arnulfo Prieto ya estaban abajo. Ellos eran mis compañeros de tríada, así se les dice porque son de tres. Avancé agachado por el cañón, ahí se avanza nomás agachado. Agarré la carretilla y me les uní. ‘Qué hay, pinche Indalecio, ¿ya te perdonó tu mujer la borrachera que te pusiste el viernes?’. Al viejo Arnulfo no se le escapaba nada y seguro tú entiendes lo que es llegar borracho a la casa y que tu vieja esté con la jeta hasta el suelo. ¡Ah!, ¿no te has casado? Ya sabrás cuando lo hagas, nada hay más difícil que hablar con una mujer enojada. ‘Deberías darle sus cachetadas’, me embromó Arnulfo aquel día, ‘así les gusta a todas’. Nomás me reí porque Cuca a mí no me deja a sol ni a sombra.

La anécdota del minero quizá no te sirva para el artículo, pero te hace gracia que admita que su mujer lo controla. Le sonrías mientras hace una pausa para dar un pequeño sorbo a su mezcal. Truena con la mano la cáscara de un par de cacahuates, se los echa a la boca y deja a un lado los cuencos vacíos.

—Mateo es bueno para controlar la pistola —rememora—. No cualquiera puede. Ese día la broca rajó la pared, le hizo varios tajos y los trozos de carbón se dejaron arrancar. El viejo y yo manteamos el mineral y rellenamos la carretilla. Como a las dos horas comencé a batallar para respirar. Allá abajo el polvo se mete y como que atasca los pulmones. Se vuelve difícil jalar el aire, sientes piquetes muy fuertes, como si se fueran a reventar. Cada vez paleaba con más trabajo, y entonces Arnulfo pidió polvo inerte. ¿Sí sabes para qué sirve? —asientes con la cabeza. La pregunta de Indalecio te recuerda la ignorancia de los primeros días cuando llegaste a Pasta de Conchos, no tenías ni idea, ahora a tres meses del accidente ya conoces todo el lenguaje técnico de las minas—. Un chamaco de doce años se lo trajo. Que desde hace una semana se acabó y ya nomás queda esto. Era muy poco. Arnulfo polveó las tablas, pero el suelo y el techo quedaron con polvo de carbón.

Indalecio le da un sorbo a su mezcal, mientras evoca la posible fatalidad de ese momento.

—Estábamos concentrados en el jale, Mateo hundía una y otra vez la broca sobre la pared, yo paleaba conforme iban saliendo los trozos de carbón y de pronto a Mateo se le zafó la pistola —su cara se descompone en una mueca mientras te narra el recuerdo—, chocó con la roca y saltaron chispas. En una mina de carbón lo peor son las chispas. Ésas pueden mandar a chingar a su madre a todos si agarran algo de polvo. Y ese día en el suelo había unos grumos que se prendieron. Me quedé paralizado. El corazón se me salía.

“¡Muévete, pendejo!”, me gritó Arnulfo con los ojos a punto de salirse. Ésa fue la primera y única vez que me tocó ver prendido el polvo de carbón. Entre los tres apagamos las llamas a pisotones. Cuando pudimos apagarlas Arnulfo agarró a Mateo del cuello. ‘¡Pudiste habernos matado, idiota, debes tener más cuidado!’. El susto nos dejó a los tres con la boca seca, parecía que se nos había aparecido un muerto de lo blanco que estábamos, así estuvimos un buen rato, temblorosos. Terminamos el turno con el corazón todavía latiendo aprisa. Ese día volví a la casa sabiendo que pudo haber sido el último. El último.

Recuerdas tus primeras entrevistas con los familiares de los mineros y con los que sobrevivieron la explosión. Te molestaba no entender el lenguaje de las minas hasta que lo comprendiste. Aprendiste lo que significa el polveo, entiendes el riesgo que corren los mineros cada vez que entran por la bocamina. Estás consciente de que en cualquier instante se les puede venir un caído, una explosión o que por dar con la broca en un venero la mina se inunde. Sabes que los ademes de madera son más frágiles que los de acero. Qué jodido oficio es éste, te dices, en el que tienes que estar sentado frente a un trago pensando en cómo alguien ha sufrido lo que no alcanzas a imaginar y quieres que te cuente más y más. Escuchas a Indalecio y por primera vez sientes que algo se te

atora en la garganta, porque lo que no puedes hacer es llorar. Si él se traga sus lágrimas, tú también tienes que hacerlo.

Indalecio se levanta despacio, se recarga en tu hombro para mantener el equilibrio.

—Voy a orinar, ahorita le sigo. Sí, que nos traigan otra, por qué no.

Cuando regresa del baño lo revisas con detenimiento. Le calculas un metro setenta a lo mucho. Y aunque la edad es difícil de estimar entre los mineros, te parece que no pasa de treinta y dos años. Delgado, con paso tranquilo, contrasta con el aspecto de otros mineros robustos y plantados.

—¿En dónde me quedé? ¡Ah, sí...! El calor crecía y acarreábamos más carretillas con carbón. A las dos o tres horas, la espalda nos ardía como si trajéramos fuego por dentro. Pero lo bueno era que, si trabajábamos duro sin echar broma, fácil, fácil, podíamos tumbar diez carretillas diarias, algo así como una tonelada por \$580 a la semana. Eso es bastante más que lo que se gana en una mina de ley. Por eso valía la pena.

“Recuerdo muy bien que ese día Cuca no quiso prepararme el desayuno, seguía enojada porque me había gastado la mitad de la raya en mezcales y lo que le di ya no le alcanzó para comprar la comida ni la leche para las niñas. Aunque yo le dijera que también necesito mis tragos de vez en cuando, que para eso me jodía la espalda a diario, ella no quería entender.

Quieres sacar la grabadora para revisarlo con calma después, pero no sabes si el aparato lo vaya a inhibir. Descubriste a costa de frustradas entrevistas la aversión que a algunos les causa ser grabados. Dudas. Esta historia es muy importante como para dejarla ir. Es una fuente que no ha hablado con ningún otro reportero. No te ha contado nada todavía de Pasta de Conchos, pero intuyes que va para allá. La historia puede asegurarte al menos cuatro columnas.

—¿Tendrías problema si grabo lo que estamos hablando? Es sólo para mí.

—Está bueno, pero todavía no te digo si quiero que la cuentes. Una cosa es contar la propia vida y otra que todo el mundo lo sepa.

“Llegué a la mina todavía enojado por haberme tenido que hacer unos tacos con frijoles, pero a los pocos minutos de mantear el carbón, bien metido en el jale, de pronto todas las pistolas se acallaron y vino el apagón. ‘No se apaniquen, no tengan miedo, nadie se mueva’. En otras minas uno sigue la cuerda que llamamos ‘de la vida’. Nos ayuda para llegar a la bocamina y que nos suban al exterior; pero en ésta no teníamos. Me recargué en la pared, no había más que esperar.

Miras tu reloj. Son las dos y al día le quedan muchas horas todavía. Indalecio no da señales de quererse ir.

—Pasaron todavía diez minutos cuando de pronto volvió la luz — continúa—. Todos suspiramos y las pistolas volvieron a rugir. Le tupimos duro el resto del turno para aventajar el tiempo que habíamos perdido. El aire se había vuelto raro, cada paso costaba más esfuerzo y uno abría la boca para respirar mejor, pero el cuerpo se sentía más pesado. Con todo y el esfuerzo extra no sacamos lo de siempre.

“Subimos al bote adoloridos de la espalda y más cansados del susto que del trabajo; jalé el malacate para que nos sacaran. Para cuando llegamos al exterior un grupo de compañeros, los que trabajaban en el siguiente turno, estaban bien encabronados. ‘¡Arreglen el transformador! Ninguno vamos a bajar hasta que lo arreglen’.

“No quise averiguar más, me fui a lavar, a descostrar el mineral pegado a la piel y a cambiarme para regresar al jacal convencido de no decirle a Cuca ni una palabra de lo que había pasado en la mina.”

POLVO NEGRO

Es la primera vez que en las calles de Rosita se ve tanto movimiento. Los hoteles y hosterías están a reventar, no hay un solo restaurante, fonda, bar o puesto con comida que no esté abarrotado.

A la luz del día y sin el cansancio de la noche anterior Bernardo observa la habitación que por un tiempo breve ocupó Celeste. Frente a la cama está el tocador, al centro una caja de madera con incrustaciones en piedra azul brillante que forman una pequeña flor en su tapa. En vano intenta abrirla. Al levantarla nota una inscripción tachada en la parte de abajo. Le parece que el interior contiene papeles, no percibe ningún objeto. Con seguridad serían cosas de niña que Ada dejó antes de irse. Hace un esfuerzo por evocar algún recuerdo de la habitación y aunque no tiene ninguno, algo en ella le es familiar. Camina entre los sillones añejos, pasa el dedo sobre una impecable mesa con marquetería antigua cubierta con polvo negro. En Nueva Rosita el polvo es negro y lo cubre todo. Se limpia a diario. Y de improviso, en una oleada, reconoce ese aroma. La casa tiene el olor de Ada y su tía Carmina, también el de su madre. No sabe reconocer aquel perfume.

—Es la lavanda de las sábanas, mi niño —le dirá Candelaria más tarde—, tú también lo tienes pegado a la piel.

Se deja caer en un sillón y entre el ralo terciopelo turquesa siente un reclamo, como si el pasado le echara en cara su desinterés y olvido. *¿De quién eres?*, musita una voz en su interior.

٦٦—*¿De quién soy?* —murmura con los ojos cerrados y la pregunta lo lanza hacia un pozo profundo—. Fui de mis padres en un

tiempo que no recuerdo, hasta ayer era de Ada, y definitivamente no soy de Violeta ni de Carmina —toma aire, abre los ojos—. Soy de nadie.

Salta del sillón y deja aquella habitación. Los peldaños de la escalera crujen bajo su peso, cruza la amplia sala rasgada por un delgado haz de luz que erizado por miles de motas emana por una abertura entre los pesados cortinajes y crea un filoso contraste.

Se dirige hacia el comedor. Un plato con dos huevos estrellados bañados en salsa ranchera lo espera sobre la mesa.

—Están bien calentitos y sabrosos —dice Candelaria con cierto orgullo.

—Apenas los puedo ver de lo oscura que está la casa, ¿por qué no abres las cortinas?

—Ni se te ocurra, primero me mata tu tía Carmina, no ves que no le gusta que la fisgoneen los de afuera.

—No veo a quién podría interesarle la vida de mi tía.

—Si tú supieras, mi niño, si tú supieras —suspira—, pero no me toca a mí decir nada. Da media vuelta y se oculta en la cocina para escapar a las preguntas de Bernardo.

¿Qué historias ocultaría esta tierra lóbrega y seca? ¿Tendrían relación con las evasivas y silencios de Ada cada vez que intentaba averiguar de su vida en Rosita? Su experiencia como periodista le aviva el instinto. Ya le sonsacaría las palabras a Candelaria en otra ocasión, de momento es imposible, apenas le queda tiempo para lavarse y correr a la mina a encontrarse con Guadalupe Sanjuan.

Bernardo llega a la mina hormigueada de reporteros y camarógrafos; miembros del sindicato de mineros liderados por Napoleón Gómez Urrutia; enviados de Humberto Moreira, gobernador de Coahuila y del presidente Vicente Fox. Intentan abrirse paso entre aquella masa a la que se suman los familiares de los trabajadores atrapados y mineros que desde otros turnos desesperan por tener noticias.

Es un caos.

Librando codazos y empujones se acerca hasta la malla de acero que delimita la propiedad. Busca entre aquellos rostros ateridos el de Guadalupe Sanjuan. Pregunta por ella, ninguno sabe quién es.

Serpentea entre rebozos, chaquetas y cachuchas. A cada paso oye las mismas palabras: ¡rescátenlos, rescátenlos!

A lo lejos reconoce a un reportero de *Palabra*, el periódico que circula en Saltillo. Se siente inseguro sobre la cobertura de la noticia, le pide consejo en el momento en que Rubén Escudero, el gerente de la mina, sube a un templete colocado al otro lado de la malla ciclónica. La gente se alebresta tan pronto lo ven, suben el tono de voz.

—Después de trabajar toda la noche, los rescatistas no han logrado franquear la primera barrera. Llevamos un avance de trescientos cincuenta metros —explica el gerente y en su voz se nota el nerviosismo—, pero no hemos llegado al lugar de la explosión. No podemos saber qué hay detrás de los caídos, así que mentiría si les diera una apreciación sobre la condición de los trabajadores. Les pedimos paciencia, estamos haciendo lo posible para llegar al lugar donde están los compañeros.

—Ya fue mucho tiempo —replica una voz de la muchedumbre—. Esto está avanzando muy lento, a mí no me pueden engañar; yo también he trabajado en las minas como todos los que estamos aquí. Ya quiero noticias de mi hermano.

En esas situaciones los pensamientos oscuros son lobos que se deben ahuyentar. Quieren atacar, hacer presa el ánimo de las personas. Bernardo lo ha sentido en carne propia y lo percibe entre los familiares. A pesar de la fría temperatura, el sudor escurre por su frente. Se pasa el dorso de la mano por la ceja espesa. Su mirada aguda escudriña los rostros de los familiares, los empleados, los delegados de la Secretaría del Trabajo y de cualquiera que se le plante enfrente. Se plancha con los dedos el bigote tupido.

—Alguien debería tranquilizar a la gente —escucha a sus espaldas—. En un descuido y se van sobre la reja.

—Hay que estar atentos porque esto se va a poner peor —le confía el colega del periódico *Palabra*—. ¡Allá se están peleando! De seguro que uno está conforme con lo que dice la minera y el otro no. ¡Ya se armó la bola!

Uno de ellos, compacto y con el cabello lacio y oscuro, sangra de la nariz, ya sin chaqueta los botones de su camisa vuelan por el aire

al estallar el hilo que los fija a la tela. Los dos jadean y aunque hace frío una fina capa de sudor cubre sus facciones. Intentan separarlos y ellos luchan, son perros embravecidos, trabados uno con el otro hasta que finalmente los apartan. Los ánimos se calman y la gente vuelve a sus lugares junto a la reja.

Por todas partes se ve a los reporteros obteniendo información. A Juana Armendáriz, la esposa de un empleado de confianza, se le acerca un reportero de *La Jornada* y a bocajarro le pregunta su nombre. Ella, con los ojos bajos, se lo brinda: María Inés Ramírez. Miente por miedo a las represalias de la empresa contra su hijo que labora ahí.

—¿Qué opina de lo que hace la minera por rescatarlos?

—La empresa hace lo que puede, todos lo sabemos —su sonrisa desentona con los rostros llorosos.

Tras de él, llega uno de *Milenio* para hacerle las mismas preguntas a las que ella responde con mentiras. Minutos más tarde toca el turno al de *Vanguardia*. Todos los familiares sufren el asedio. Algunos repiten sus nombres, los de sus mineros atrapados, si son sus hijos, esposos, padres o amantes; otros se niegan con fastidio y hundan la barbilla en el pecho, se allanan en su dolor.

En el aire flota una nube de tensión, incertidumbre, angustia e incredulidad.

Tras una hora la distingues a lo lejos, Bernardo. La encuentras apartada de la multitud, sentada sobre la tierra, a un lado de la reja; reconoces su cuerpo robusto y la cabeza pequeña. Prefieres rodear a la gente para llegar hasta ella. Temes que la turba se amotone. Te sientas también sobre el terregal.

—Perdone la demora, no la encontraba entre el gentío —le regalas una sonrisa. La que nace en tus ojos y abraza, la misma sonrisa que te obtuvo los permisos de Ada cuando eras un niño, los dulces y favores que tu inercia infantil le exigía.

En el rostro de Guadalupe Sanjuan se notan los estragos por la noche pasada en vela, las lágrimas, los reclamos amordazados. Te

compadeces. Guadalupe no es inmune a tu honestidad, te devuelve una media luna tímida, apenas curveada y extiende hacia ti una mano rolliza, igual a la de un niño pequeño. Sacas la grabadora de la chaqueta.

—¿Le parece bien si grabo? —ella asiente—. Nueva Rosita, Coahuila. 21 de febrero de 2006. Entrevista con Guadalupe Sanjuan, esposa de Marco Antonio Cárdenas, minero de Grupo México. Muchas gracias, Guadalupe...

—Lupita —te interrumpe.

—Gracias, Lupita. ¿Cuánto tiempo tiene trabajando su esposo para Minera México?

—Pues qué le digo, mi viejo ya va para dieciséis años que trabaja en esta mina, ese día, antes de que bajara, fuimos a misa con mi hija y con toda mi familia para dar gracias a Dios porque era el último día que Marco trabajaría en Pasta de Conchos. Y planeamos, muy emocionados, el aniversario de nuestra boda, y su cumpleaños que los íbamos a celebrar hoy. ¿Sí me entiende, joven? ¡Hoy! ¿Y usted dígame dónde está mi marido, cómo estará mi Marco? Allá abajo enterrado, no sé si está vivo o está muerto, no sé si se estará muriendo ahora mismo —su voz se convierte en un lamento—. Pensábamos hacer una gran fiesta porque vamos a cumplir veinte años de casados. Él quería que me pusiera el vestido con el que nos casamos, pero yo no, porque ya no me queda bien. De haber sabido le habría dicho que sí, que le hacía un remiendo para darle el gusto. Hasta hicimos una lista de las personas a las que íbamos a invitar. Pero no llegamos. El último día de trabajo quedó atrapado en la mina donde más de la mitad que se quedaron abajo eran especialistas en seguridad, y toda su vida ha trabajado en pocitos o minas, igual que mi papá y mis hermanos, y su papá y sus hermanos. Es que aquí todos viven del carbón. Nomás mire usted cuántos camiones pasan cargados con lo que sale en las minas de tiro, las que son a cielo abierto, y las nuevas, las de frentes largas, de todas.

No la interrumpes, sólo asientes y con cada palabra que escuchas crece la empatía que sientes por Guadalupe, por su esposo, por todas esas familias. Tragas saliva, el coraje te puede obnubilar, pero sabes que debes ser objetivo, aunque por dentro estés roto.

—Nosotros tenemos sólo una hija, pero usted puede darse cuenta de cuánta familia aquejada está aquí, cuánto niño quedará huérfano si no salen. Y yo le decía a Marco que no fuera a trabajar, algo presentía yo, se lo insistí varias veces, pero ya ve que los hombres son tercos, bueno, al menos el mío. No vayas, Marco, aquí quédate conmigo, lo agarré de los hombros para detenerlo, pero él no me hizo caso y prefirió a la otra, prefirió a la maldita mina —y extendió el índice señalando el lugar a la distancia—. Y así como estamos yo que me habría vuelto a casar con él, aunque hubiera llegado cubierto de tizne, así me habría vuelto a casar. Ahora sólo nos queda esperar un milagro, que Diosito nos lo traiga.

Haces una pausa mientras Guadalupe enjuga sus lágrimas con la manga del suéter rojo que lleva bajo la chaqueta. Su dolor llena el ambiente, la dejas recobrarse antes de continuar con la entrevista. Ella intenta tranquilizarse.

—¿Y le contaba Marco Antonio sobre la situación de la mina? ¿Estaba en buenas condiciones de seguridad?

—Claro que me contaba, aquí todo se cuenta y se sabe. Por uno y por otro. Todos sabemos que no hay seguridad, pero así ha sido siempre, mi papá también trabajó ahí, y cuando se quejaban no les hacían caso. Mi viejo dice que la mina es como la mujer, se enamoran de ella y no la quieren dejar. Él nos contaba que todo fallaba ahí, que quitaban las vigas de acero y las cambiaban por otras de madera para ponerlas en otras partes y que les saliera más barato. ¿Sí me entiende? Es que mire, las vigas que están hechas con acero, o sea los ademes, sostienen el techo de la mina. Así se ahorran dinero, pero mi viejo estaba bien enojado hace unos días, al parecer le reclamó a uno de los ingenieros porque era muy peligroso trabajar así, pero le dijeron que ellos tenían sus cálculos y que no tenían de qué preocuparse. Y ya ve, mi viejito tenía razón.

El lenguaje de los mineros es distinto, no estás acostumbrado a él, tendrás que buscar el significado de esas palabras que no has escuchado hasta ahora. Supones que el lenguaje conforma a las personas con su tierra. Cada región con un lenguaje particular, con palabras que sólo son utilizadas por ellos. Comparas las palabras de esta mujer, y son las mismas que has escuchado entre los de la

región: La bocamina. Vamos a Pasta. Estaré en la 8. Palabras que se han apropiado para referirse a la mina.

—Pero imagino que para correr esos riesgos debe ganar bien —le haces la observación.

—Mi marido es de los que más recibe: \$130 diarios, aunque a veces le dan un bono de \$30 si logra avanzar cuatro metros en su jornada y \$10 por cada metro extra, también tenemos el seguro social y si no falta ni un día del mes le dan un pan de caja, un detergente para ropa y un jabón de baño. A él le va bien, porque hay otros, los subcontratados, les dicen, éstos ganan como \$70 diarios y los nuevos, nomás \$56 al día. ¡Imagínese! Apenas se vive con eso.

El coraje que sientes va y viene. Es una ráfaga que traspasa tu cuerpo hasta erizarte cada centímetro de piel. Sientes fuego en el estómago, el mismo que sube a tu rostro, presionas tanto la mandíbula que te duele. Detienes la grabación porque la gente comienza a levantar la voz. Tienen a un hombre con la espalda contra la reja.

—Ahora vuelvo con usted, Guadalupe, ¿me permite? Iré a ver qué sucede.

—¡Vamos! Yo también quiero saber —le tiendes una mano y la ayudas a incorporarse.

Es a Rubén Escudero, el gerente de la mina, a quien están a punto de linchar cuando un hombre corpulento se interpone:

—¡Déjenlo hablar, para eso lo mandaron!

El gentío se tranquiliza apenas lo suficiente para que el gerente alce la voz. Dice que buena parte de los mineros estarían atrapados entre las diagonales 17 y 21, que al parecer había ocurrido una explosión a las dos de la mañana del día anterior, pero que no habían podido determinar las causas.

—Mantengan la esperanza, estamos trabajando para sacarlos —afirma—. Tienen oxígeno y está entrando aire a la mina. Los rescatistas están avanzando. Aunque es poco el avance no desesperen, verán que pronto los sacaremos a todos.

Para la mayoría de los familiares las palabras del gerente son un bálsamo. Respiran tranquilizados. Intentan mantener viva la esperanza, aunque no pasa mucho tiempo cuando alguno de los

mineros más experimentados, éstos que han visto inundarse las minas, que han estado durante algún caído, cuando la mina se desmorona por dentro, uno de los que conocen el peligro que genera el polvo de carbón, una chispa y la acumulación de gas grisú, uno de esos que ¿han salido para contarlo dice que será difícil que los saquen con vida. Que ya pasó mucho tiempo, que el oxígeno sólo les dura seis horas y ya van más de veinticuatro.

Escuchas una voz airada que le reclama al gerente Rubén Escudero.

—Yo trabajé aquí, me salí el mes pasado, no me va a decir que la empresa siempre se ha preocupado por su gente, si yo sé que no había buenas condiciones de trabajo, la minera los puso en riesgo porque no les importan, a ellos les interesan más las máquinas que los mineros.

Entre empujones y protegido por las guardias presidenciales que le asignaron ese día, el gerente logra entrar de nuevo hacia el otro lado de la reja.

Y sucede que todos vuelven a bajar la cabeza, a meterse en sus pensamientos, en los recuerdos, en la angustia y en la incertidumbre.

—La maldita incertidumbre —se lamenta Guadalupe—, ésa nos mata a los que esperamos aquí afuera —una mujer cerca de la reja de pronto comienza a gritar, enloquecida, se deja caer al suelo—. Es mi comadre —te dice Guadalupe mientras la señala—. ¿Le importa si seguimos mañana su entrevista? Iré a ver si puedo ayudarla.

—Sí, aquí nos vemos a la misma hora.

La ves alejarse, las piernas como postes forrados en mezclilla, la chaqueta gruesa y debajo una sudadera gris de capucha que a veces utiliza para cubrirse de la lluvia.

Es hasta el mediodía que Carmina sale del hotel Ancira y emprende el regreso a Rosita. Se siente cansada, le duelen los hombros, el cuello. Se le suma el dolor por la muerte de su hermana; sin embargo, el peso mayor lo provoca su encuentro con El Cura. Una y otra vez vuelve a vivirlo. Se da cuenta de que el rencor la consume, no puede evitarlo, detesta a ese hombre más de lo que se quiere a sí misma. Si Blanca viviera le diría que necesita aprender a perdonar, a dulcificar sus juicios, pero ella no está ahí y esas palabras se quedan en el supuesto.

Pasa por la Huasteca y se compara de nuevo con esa montaña pétrea, hace suyas las desolaciones que cubren sus picos. Desde la carretera distingue a tres personas que escalan una de sus paredes, disminuye la velocidad, aunque en la lejanía se advierten diminutos, se asombra de la habilidad y valentía de los escaladores suspendidos en el vacío, lo considera como un gran reto a vencer, una conquista. ¿Podría ella conquistarse a sí misma, olvidar sus rencores? ¿Sería posible dulcificar su espíritu, vivir en paz? Desecha la idea. *Deja de pensar en pendejadas, se dice, ellos tienen que pagar y lo harán. Pagarán mi soledad, mi piel virgen de caricias, mi vientre estéril como esos muros de piedra, mi amargura.*

Pisa con coraje el acelerador de su Nissan, enciende la radio el resto del camino y conduce durante cuatro horas. Deja atrás Monclova, Barroterán, Sabinas y llega a Rosita. Advierte que en las calles hay movimiento inusual, más coches que de costumbre, observa en las banquetas y fuera de los hoteles periodistas y

camarógrafos. Hasta ese momento recuerda las noticias de los mineros. No se conmueve, los accidentes en las minas o en los pocitos son frecuentes y cobran vidas, eso ya se sabe. No comprende por qué han hecho tanto alboroto en los noticieros y en los diarios por el accidente en la mina 8.

Al llegar a su casa nota que el coche de Bernardo no está en la acera.

—Si creías que tu sobrino estaría aquí para recibirte ya viste cuán equivocada estás, no será la primera ni la última persona que te decepcione —se dice—. En mala hora insistí para que se hospedaran conmigo, los hubiera dejado llegar al hotel como tenían planeado.

Eso le pasaba por andar de condescendiente con sus sobrinos. Para desquitar el desencanto, apenas abre la puerta de la entrada, grita:

—Candelaria, dame de comer que muero de hambre.

Deja su pequeña maleta en la entrada y con la urna de su hermana entre las manos, solemne, nerviosa, sube hasta la segunda planta, cruza el pasillo, pasa por la habitación de Ada que ahora ocupa Bernardo. Acostumbrada a siempre verla con la puerta cerrada se incomoda de que esté abierta. Llega hasta su dormitorio, es el último, el grande que durante años utilizaron sus padres. Coloca la urna sobre una repisa solitaria, se deja caer sobre la enorme cama y durante unos minutos ve el rostro sin ojos que cuelga de la pared. *¡Maldito, tú!*

Se enrosca hasta quedar hecha un ovillo y, sin quererlo, dormita hasta que la voz de Candelaria la saca de su sopor.

—Ya está la comida —le anuncia.

—¿Y Bernardo?

—Se fue a la mina, pero regresará para cenar contigo.

—Olvidaba que es periodista, le importa más la noticia que su familia —se lamenta Carmina.

Viene en silencio antes de tomar el bordado de su mantel. Lo apuñala con un par de puntadas en hilo rojo y con brusquedad lo deja a un lado. No está de humor para bordar.

—Iré a misa y a ver a mamá —anuncia a Candelaria.

Durante el camino va ensimismada, pasa por la acera de la casa de los Calderón, el ferviente escupitajo hace un arco en el aire, se incrusta en una loza. Ella sigue de frente.

Al llegar a la iglesia nota que aún faltan quince minutos para que inicie la ceremonia. Se sienta en la primera banca, frente al altar, muy lejos del lugar que habitualmente ocupa. Desde que Candelaria le dio la noticia de la muerte de Ada, su espíritu y cada músculo de su cuerpo se han mantenido en tensión, sólo hasta que llega a la soledad de su capilla, frente al sagrario y al Cristo en la cruz, afloja el cuerpo y, como si una energía paciente y pacífica la orbitara, llora con profusión, entre hipos y secreciones que se limpia con el dorso de la mano. El agua brota de sus ojos, nariz, boca, y corre sin vergüenza. No la amilana el cuchicheo que sus lágrimas provocan entre los parroquianos que llegan a la misa. Al verla vulnerable casi les genera compasión.

Pasan cinco minutos y no logra concentrarse, los pensamientos desfilan en su mente durante la misa: sus padres, Ada y El Cura, Celeste, los Calderón, el retrato sin ojos y Javier. ¡Javier! Piensa en lo que pudo haber sido su vida con él. Se imagina luminosa, amada, seducida. Un rubor le entinta las mejillas. Cuando termina la misa baja a la cripta. Aspira hondo el aroma a ceniza y hueso que por fin la hace sentir en casa. Coloca una mano sobre la tapa que la separa de Blanca, anhela escuchar, como lo hacía en su infancia, las palpitaciones rítmicas sobre el corazón de su madre. Acerca el oído y aunque el frío metal la repele, se obliga a auscultar el silencio.

“Hoy recordé a Javier, mamá, todavía no puedo quitarme el enojo de que se haya alejado de mí por las habladurías; ¿¿que haya olvidado todas esas palabras dulces y cargadas con las promesas que me hacía en cada visita; de sus besos ardientes; sí, mamá, nos besábamos de vez en cuando aprovechando algún descuido suyo, al cruzar por el pasillo en penumbra, o recargados en el portal de la casa; no se asuste, no ve que era natural demostrar todo ese cariño que nos teníamos. Ya sé que su abandono es signo de que no me quería, pero aun así yo me había hecho la ilusión. ¿Recuerda aquella tarde que lo encontramos en la nevería y le pidió permiso de visitarme? No creo que haya habido un día más feliz para mí y no me

resigno a que me lo quitaran, a que esas familias nos hayan arruinado la vida.

”Pero basta de malos recuerdos, mejor le cuento que ya está Bernardo en casa, nada más falta que llegue Violeta para traer a Ada a la cripta. Sé cuánta ilusión le hace tenerla aquí con ustedes, en un par de días haremos una ceremonia como desean. Mientras se quedará conmigo. Es extraño tenerla en casa, pensé que nunca regresaría a Rosita, pero así son las cosas. Planeamos la vida para luego descubrir que se improvisa a sí misma, y sólo nos queda esperar a ver qué resulta al final, como en las películas de cine.

”No se apure, no le hablaré mal. Sí, le tendré consideración. Yo también he sufrido, mamá, no sólo ella. Pero si ahora que estén juntas la va a preferir entonces mejor le digo a Bernardo que la regrese a Monterrey, que le busque un lugar allá y usted se queda aquí sola con papá. No, no estoy enojada, es sólo que me parece que usted no me dará mi lugar ni viva ni muerta. Agradezco sus palabras, mamá, y ya sabe que yo también la quiero mucho. Con Ada ya veremos qué sucede. Sí, le aseguro que por mí no quedará.

*

Están a mitad de una frase cuando a la cantina llega otro devoto de los goces etílicos, te das cuenta de que no tiene facha de minero, sin embargo, palmea a Indalecio en la espalda.

—Seguimos contigo —lo saluda.

Es un mecánico que por años trabajó en las minas. A diferencia de los mineros, no está incrustado de carbón. La hora atrae a los habituales que se detienen por una cerveza para paliar el calor, las mesas no tardan en ocuparse y el lugar se llena de voces que más tarde, si se alargan, se convertirán en carcajadas o en pleitos, dependiendo el humor que cargue cada uno. En una mesa contigua se sientan cuatro, tienen sesenta años, pasaron la vida bajo la tierra, topos excavadores adiestrados en la extracción de carbón que enriqueció a otros. Dos de ellos tosen con frecuencia. Rostros

arrugados, sonrientes, listos para iniciar su partida de dominó. Al verlos sientes un dejo de tristeza. Te dan ganas de hacer un artículo sobre la minería en la zona. Denunciarlos a todos. A los dueños de los pocitos ilegales y de las minas apadrinadas por el gobierno, al sindicato de mineros, a la Secretaría del Trabajo. Todos los que están en contubernio porque el negocio es jugoso y no se puede acabar por unos cuantos muertos. ¿De dónde saldría el carbón para la CFE, para las siderúrgicas o para la fabricación de cemento? Te convences de escribirlo, aunque te persigan. Los vislumbras intocables desde sus sitios de poder, pero sabes también que un buen reportaje ha tumbado a otros que se sentían objetos sagrados, figuras de veneración. Como en la mina, todo es cuestión de encender la chispa de la noticia y que prenda en las consecuencias, en hacerles justicia, en obligar a mejorar las condiciones.

Arrimas la silla a la mesa.

—Ésta va por la casa, Indalecio —el cantinero le deja delante el vaso de mezcal.

—Hacía mucho que no me sentía tan bien —exclama el minero y a ti se te parte el alma. Se acerca lo suficiente para percibir el tufo amargo de una caries mal cuidada, como toda su dentadura. Sonríe de lado a lado, luego arruga la boca y da un sorbo pequeño, medido y saboreado para no derramar el precioso mezcal.

Vences la compasión y lo animas a seguir, te urge que continúe y te encabrona tenerlo que entrevistar de esa manera, temes que si cortan la charla tal vez sea lo último que escuches de él.

—Aquí todos sentimos a la mina como otra casa. Es raro que uno quiera ese lugar oscuro y polvoso. Yo creo que es por los compañeros, porque con ellos se arriesga la vida y eso es algo que no se dice, pero se sabe.

“Ese día, me acuerdo rebién, había levantado a mi hija mayor para que se alistara. La llevaba a la escuela como siempre y ella traía su lonche en una bolsa de papel. Cuca le había preparado tacos de huevo con papa y chorizo. Lo supe nomás de ver la

mancha de grasa que sudaba la bolsa, como uno de esos mapas que cuelgan en el salón de clase de la escuela, y es que a mi Cuca le gusta freírlo todo con bastante manteca de puerco, como debe ser.

“Íbamos de carrera, cuando de pronto Cuquita preguntó que cuándo la llevaría a la mina, porque ella también quería trabajar como su papá. Me reí fuerte de la puntada de mi chamaca. ‘No, las mujeres no son mineras, eso es de hombres’. ‘¿Por qué?’. Su carita me deshacía por dentro. ‘Porque es muy peligroso, ¿no ves? Las viejas ahí no entran ni a la bocamina’. Se quedó callada un instante. Sabría Dios qué ideas pasaban por su cabeza que luego, luego, me reviró: ‘y si es tan peligroso, ¿por qué vas?’. ‘Pues porque ahí se gana buen dinero, el que se necesita para vivir’. ‘Entonces mejor ya no vayas si es peligroso, no te vayas a morir como el papá de mi amiga Marisol’. Se me puso la piel de gallina. Salvador Ramírez había muerto en un caído y dejó una familia de tres chamacos, la amiga de mi hija entre ellos.

“Mal augurio, aunque entonces yo no lo vi así. Entonces me cayó bien el que Cuquita se preocupara por mí. Siempre he creído que mis hijas me han de querer harto, porque se suben encima de mis piernas, me llenan la cara de besos y yo me emociono mucho. Pero esa emoción me dura nada más al llegar a la casa, porque de rato sus gritos me hartan tanto que mejor me largo del jacal. Yo no sé cómo le hace la Cuca para aguantarlas. Dice mi compadre Fulgencio que algo tienen las mujeres que las hace servir para criar hijos. Y pienso que tiene razón, alguna cosa diferente han de tener para tolerar a los huercos, porque yo la mera verdad, ni andando alegre de mezcal. Prefiero mil veces estar en la mina entre el polvo de carbón y con el dolor de espalda por andar agachado, que lidiar con las niñas. Son mías y las quiero, pero de eso, a aguantarlas, es otra cosa.

“Faltaba poco para llegar a la primaria de la colonia Pérez cuando se desató una de esas tolvánicas que abundan por acá. Porque

aquí en mi tierra de la nada el cielo se encabrita, levanta toneladas de arena y tierra, las pasea entre el aire hasta que las azota contra lo que se encuentra. ‘Cierra los ojos, hija, apriétalos bien’ y cubrí su carita con mi pañuelo para que no respirara el polvo. Largo rato aguantamos al viento. Cuando dejé de sentir los piquetes en la cara, abrí los ojos. La llevé rápido a la escuela y me fui al trabajo. Todo el camino le di vueltas en la cabeza a lo que mi hija me había dicho, y pensé en dejar el pocito y mejor irme a una mina de ley.

A Indalecio le da por divagar sobre su familia y no le quieres cortar, ha dejado claro lo importante que son para él y le quieres guardar ese respeto. Ni modo, ahí seguirás sin importar cuanto tarde en llegar al momento de la explosión. Es vital terminar de entender lo que sucedió ese día y cada entrevista te ha dado información diferente. Ángulos distintos que apuntan todos a la falta de cumplimiento de las normas de trabajo y a la intención de esconderlo por parte de la minera, aunque de esto no tienes evidencia, ninguna fuente de primera mano.

La charla de su familia te recuerda que no has llamado a Carmina para avisarle el retraso en tu llegada. Te levantas y sorteas las mesas llenas antes de salir a la calle. El sol de las tres de la tarde te golpea los ojos, los cubres con una mano mientras llamas a casa. La voz de Candelaria te llega cantarina desde el otro lado del auricular.

—Tu tía está en la iglesia, pero le pasaré el recado cuando vuelva. Te voy a guardar pollo en mole que estoy preparando, me está quedando más que bueno.

Aprovechas la llamada para ir a orinar. No hay hielo en los uriniales, sólo manchas amarillentas formando mapas, una de ellas se asemeja a la cara de un ratón. El ácido que se eleva te obliga a escupir. Siempre escupes cuando orinas, es una maña que tienes desde niño. Ésa y no poder miccionar si tienes a alguien detrás. Resabios de las vaciladas que te hacían en los baños tus compañeros de la primaria.

Cuando sales del baño, la canción Para siempre de Vicente Fernández se eleva sobre el vocerío. Vale más, un buen amor / que mil costales de oro / Vale más, un buen amor / Por eso eres mi tesoro. Indalecio canta también y te alegra. Sigue en buen estado de ánimo para continuar la conversación.

El marco del celular resalta el mensaje: *Hola, Bernardo. Los espero pasado mañana a las cinco para leer el testamento de tu abuela.* Piensas que esta frase escrita por el notario parece resumir la vida de Ada, pero no la abarca porque es imposible cuando se trata de su vida. Palabras que esa noche irrumpen en la casa de tu tía Carmina y te lanzan a la cara tu realidad sin ella.

Echas en falta la llamada diaria de Ada a las nueve en punto. Su voz ronca al otro lado y esa pregunta que aún te acompaña, que aún te interpela. “¿Cómo estás?”. Nunca supiste con exactitud por qué esas dos palabras solamente ni por qué siempre respondías lo mismo: llegando de trabajar en el periódico, abuela; sentándome a la mesa, Ada; aquí, disfrutando de un poema. Pero ella insistía: “no, ¿cómo estás?”. Nunca se refería a lo que habías hecho durante el día, sino a cómo estabas en el interior. A veces creías que ella te intuía y percibía con un modo distinto, como ese ejercicio de introspección que practican quienes meditan o se precian de conocerse bien. Tú nunca has podido. Apenas intentas asomarte a los resortes que te mueven a hacer algo, a reaccionar de cierta manera, a hurgar dentro de ti, y como las puertas de un elevador cuando al fin se cierran, tu cubo interior se mueve a otro piso, a un nivel menos exigente, a ese espacio donde puedes convivir contigo mismo sin ser juzgado, donde es fácil evadir lo que no deseas ver.

Ada. Mi Ada, la rememoras, tan querida y temida en tu brevedad de un metro sesenta. Con frecuencia te hacían ver el parecido con ella, que llevas sus ojos, te decían. Pero cuando te ves en el espejo

no descubres el fuego de su mirada. En los tuyos es apenas una flama, una brasa cálida, sosegada. Por momentos olvidas la intensidad con que vivió sus setenta años. El brío de su voz convertido en un susurro, a su antojo, para hacerse escuchar y centrar la atención de los demás solamente en ella, en las palabras que emitían sus labios delgados que, del enojo, podían convertirse en una línea roja o prodigar palabras dulces, convenientes, certeras, según su intención y lo que quisiera obtener.

—Siempre he querido saber por qué estaban enojadas tú y mi abuela. ¿Qué fue lo que sucedió entre ustedes, tía? —lanzas la pregunta a bocajarro.

Carmina se petrifica en el sillón de la sala. Parpadea, se frota las manos y balbucea palabras inteligibles.

—¿Qué dices, tía? No entiendo nada.

—De ese tema prefiero no hablar —sentencia antes de levantarse. Sube las escaleras con paso decidido.

Marchas tras ella resuelto a obtener una respuesta. Como al día siguiente llegaría Violeta, si no era esa noche, quizá no encontrarías otra ocasión para confrontarla a solas. Carmina entra a su recámara, intenta cerrar la puerta, pero la detienes con facilidad.

—Vamos, tía, ayúdame a entender ese distanciamiento con mi abuela. Ella te quería mucho, de eso estoy seguro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo?

—En más de una ocasión —mientes con descaro—. Ella se lamentaba de que no la quisieras ver, de no tener la oportunidad de estar cerca, como correspondía a dos hermanas.

Carmina se acerca a las cenizas de Ada, posa una mano sobre la urna, siente su frialdad. Suspira.

—Es que la historia es larga, complicada. No puedo.

Acercas tu cuerpo hasta quedar detrás de su espalda y tocas su hombro, ese recurso que tanto te servirá en el futuro para fuentes reacias a compartir información de alguna nota del periódico, y la haces girar hasta que tus ojos se ensamblan con los de ella. Esos ojos como bocamina envuelven una vida, dura en apariencia, en la que adivinas una mina llena de historias.

—No te preocupes, tía. Cuando estés lista yo lo estaré también.

Carmina duda. Cierra los párpados. Desciende en la memoria hasta esos recuerdos que la agobian desde hace décadas. La eterna batalla a la que desea ponerle fin algún día. Los rumores que esparce han sido su escape, su revancha, el consuelo para sentir satisfecha la transgresión que le hicieron, pero la venganza no la resarce, en el fondo se asienta una eterna desazón. Siempre, siempre la aguarda, a veces la reclama, pero ella la acalla. Es esa incertidumbre que, sin saberlo, abres de nuevo esa noche, frente a las cenizas de su hermana. Ese dilema que le impide ver su obstinación.

—No puedo, Bernardo.

—Entiendo, tía, abrirse no es fácil y menos con alguien a quien no has visto en tanto tiempo, pero no olvides que somos familia. Llevo tu sangre. Y recuerda que hay palabras que deben decirse para que no se pierdan, para que no se olviden. Por ejemplo, ¿quién es ese hombre sin ojos?, ¿y por qué cuelga aquí su retrato? Puedes comenzar por ahí.

Carmina da unos pasos en la habitación. Cavila.

Con un tono autoritario que no le has escuchado antes te ordena:

—Siéntate —obedeces y la observas con atención—. Tal vez no lo sepas, pero hace muchos años, a inicios del siglo pasado, llegó un grupo con exploradores ingleses e irlandeses que venían en busca de yacimientos. Encontraron un manto a unos kilómetros de San Juan de Sabinas, pasando el río Álamos.

”En esa época, mi abuelo, Blas Pérez Mendoza, poseía todas estas tierras y al encontrarse los mantos de carbón subieron muchísimo de valor. Decidió rentar los terrenos a don Evaristo Madero. Era la Compañía Carbonífera de Sabinas que duró hasta 1911, cuando se inundó. Después construyeron la mina 2 que incendiaron los huertistas. Poco después abrieron la mina 3, ésa explotó y dejó muchos muertos. Luego vino la 4 que se agotó muy pronto —Carmina hace una pausa, como si le costara recordar, como si el trasiego a la memoria fuera un acto difícil para ella. Tú callas, la esperas con paciencia—. Mi abuelo se había casado primero con Clemencia González Sáenz de la que enviudó y al poco tiempo se casó con su prima, según esa bendita costumbre de que

los viudos se casaran con hermanas o primas de la difunta para asegurar el buen trato a los críos. Con ellas había tenido tres hombres y tres mujeres cuando enviudó por segunda vez. El abuelo, como todo hombre, pensaba que en su casa era indispensable una mujer para hacerse cargo de sus seis hijos y de la gobernanza de la servidumbre. La necesitaba no sólo para ser señora de la casa, también para mantenerle la cama tibia antes de ir a dormir. Eso le daría la libertad necesaria para recorrer las tierras, vigilar la marcha de las minas y ver con su socio las cifras de la extracción y la producción de coque para la American Smelting and Refining Company, la ASARCO, como la conocíamos.

”De entre todas las tierras, las de mi abuelo eran las más codiciadas. Tanto que, año tras año, el representante de la ASARCO le ofrecía comprarlas, petición que mi abuelo declinaba convencido de que heredar la tierra sería el mejor patrimonio para su familia. Años después la ASARCO adquirió la Compañía Carbonífera de Sabinas y casi todas las tierras. Pero mi abuelo fue rotundo en su negativa, además, había un acuerdo que firmó con los Madero, lo tengo por aquí.

Se levanta hasta un mueble de madera, abre el cajón y saca un papel amarillento, lo tiende hacia ti. Lees en silencio.

Acuerdo entre la Compañía Carbonífera de Sabinas, S. A. y Blas Pérez Mendoza

Permitir al señor Blas Pérez dentro del terreno arrendado la venta exclusiva o abasto de carne y la leche sin exclusiva, a cuyo efecto y para el abasto y expendio de carne se obliga la citada compañía a convertir una de las casas que actualmente tiene el sr. Blas Pérez dentro del terreno arrendado para que vivan en ella los dependientes o empleados del abasto de carnes.

[...] Permitir al sr. Blas Pérez que pueda meter dentro de la pasta que se construirá dentro del terreno arrendado los animales que necesite para su abasto de carnes. La misma

compañía se obliga a dar boletas a sus empleados y operarios que deseen hacer el consumo de carnes en el abasto del sr. Blas Pérez cuyas boletas puede este señor recibir como pago que le será enterado a su presentación en las oficinas de la compañía.

Terminas de leer, doblas el acuerdo y se lo devuelves a tu tía.

—Por otro lado, mi abuela Josefa, la menor de tres hermanas, con trece años cumplidos, era la consentida de su padre y de toda la familia, incluida su nana Franca que no la dejaba sola ni por un segundo, no se le fuera a menoscabar su integridad.

”Una tarde jugaban bajo la higuera que preside el patio. Como daba una gran sombra era su lugar favorito para escapar a los fuertes calores que hacían hervir la tierra durante el verano. Cuentan que sentada sobre su claro vestido de percal, alisaba el cabello de una muñeca mientras su nana le contaba historias de los aparecidos que plagaban el pueblo y que a mi abuela tanto le gustaba oír, aunque por las noches el insomnio le hiciera pagar las consecuencias. ‘Josefa, Josefa, ven para acá’, se escuchó la voz de su padre. Mi abuela tomó la muñeca con la que jugaba, la misma que la había acompañado sus trece años de vida, se irguió, alisó su falda de holanes, y respondió al llamado.

”En la sala lo acompañaba un hombre de cabello negrísimo salpicado de tupidas hebras blancas. ‘Josefa, saluda a don Blas Pérez Mendoza, con él te casarás tan pronto cumplas quince años’.

”La abuela estaba en esa edad en que los deseos de mujer aún no le alborotaban la imaginación, aunque los juegos de niña le comenzaban a parecer aburridos. En la edad de la choca y quizá por ello, tras el anuncio, ella sonrió, dio media vuelta y salió de regreso a la sombra de la higuera.

”‘Discúlpela, usted, don Blas, le aseguro que Josefita acepta de buen grado su propuesta. Son cosas de la edad. Dos años serán suficientes para que ella llegue al altar con el ánimo que corresponde a una buena esposa’.

”Pasó el tiempo. Y dicen que, debido al temor o a la impresión, mi abuela Josefa se quedó atrapada en esa etapa sin ser niña ni adulta.

Se negó a madurar y a hacerse mujer, se aferró a los juegos y modos que la hacían parecer una chiquilla, aunque su cuerpo dijera otra cosa.

”En la fecha estipulada entró a la iglesia del brazo de su padre y seguida de la nana Franca. Había insistido, como única condición para casarse, en que su nana la acompañara hasta el altar, al viaje de bodas, y fue intransigente al respecto de que se instalara con ella en la hacienda de Eduvigés. Ella se mudaría a su nuevo hogar sólo si Franca iba con ella. Cuentan que la nana se llevó entre los vestidos, corsés, botines y chalinas, las muñecas con las que mi abuela había jugado toda su infancia.

”Con don Blas, como lo llamaba, aprendió a fumar y a cumplir con la obligación matrimonial de la que procreó a sus cuatro hijos. A los nueve meses exactos parió a su primera hija, la tomó en brazos y se la mostró a la nana diciendo que ahora tenía una muñeca de a de veras.

”La ASARCO pagaba una cuota por cada carretilla de carbón que se sacaba en las minas. Mi abuelo firmó el segundo contrato de explotación de carbón con la familia Madero, después de la inundación de la mina 1.

Escuchas asombrado cada palabra que sale de la boca de tu tía Carmina, cada frase que flota en el aire mientras hilvanas esa historia desconocida. Le preguntas cómo llegó a obtener don Blas todas esas tierras que abarcaban desde la hacienda de San Juan, donde estaba la de Eduvigés.

—No siempre fueron de él —Carmina se levanta a guardar los papeles—. En un inicio las tierras eran de don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta. Se llamaban Nueva Extremadura de San Francisco de Coahuila. Estas tierras fueron solicitadas en merced al virrey de la Nueva España por el general Clemente de la Garza Falcón, hijo del general don Blas de la Garza Falcón. El general se sentía con el derecho de posesión por pastar en ellas ganados de su propiedad, haber construido corrales, jacales, algunas fincas y haber construido una servidumbre de sacar de agua y canales sobre el río Sabinas. A su muerte, su hija las vendió a los hermanos Sánchez Navarro, cuando tiempo después Benito Juárez las expropió y se las

dio a las personas que lucharon contra el gobierno de Maximiliano. Fue cuando fundó la Villa de Sabinas. El general Victoriano Cepeda cumplió las órdenes de Juárez y entregó las superficies de terreno y de agua según el rango militar.

Carmina suspira. Hace una pausa como si repasara todos esos nombres junto a los que ha bordado en su mantel. Nombres que significan traiciones, que dibujan con su caligrafía cada dolor y pesar que han sufrido generaciones de mujeres en su familia.

Rememorar la agota.

Te pide seguir después. Con cierta socarronería le recuerdas que no te narró la historia del retrato sin ojos.

—Otro día habrá tiempo —se despide—. Además, mañana llega Violeta y pasado mañana tenemos que ir al notario.

*

—En la mina la raza es brava, como en todas partes —te dice Indalecio con cierto orgullo en la voz que ya arrastra la lengua—. Ese día el viejo Arnulfo había llegado con mala cara. En vez del saludo de siempre nada más palabreó un quiubo, se acomodó el casco, revisó la batería de la lámpara y se sentó sobre la tierra. Arnulfo tenía una chamaca a la que poco le faltaba para cumplir sus quince años. De ojo grande y acuerpada, cada día se parecía más a su mamá que había muerto un año antes. Desde entonces la hija se hacía cargo de lo que ocupaba su papá y su hermano mayor. A veces la chamaca venía al pocito a dejarles el lonche y se le veía la cara triste. No faltaban algunos mal pensados que decían que era porque Arnulfo y su hijo le exigían todos los deberes, hasta los de esposa. Que cuando no era uno era el otro y que, si no la oían gritar mucho, era porque se comía los gritos para que no le pegaran. Pero yo no lo creía, aunque se ha sabido que a uno que otro, ya borracho, le haiga dado por querer con sus hijas o nueras, que se le meten al catre o a la cama durante la noche, o las arrinconan para manosearlas. Yo no tengo idea cómo pueden hacer algo así, si a mí

la Cuca no me deja ni acercarme cuando no quiere. Nomás cuando ella tiene ganas, lo cual no es muy seguido.

“Pero bueno, rato después llegó Fabián Hernández, uno que trabajaba en otra tercia. Apenas lo vio venir Arnulfo y los ojos le chispearon como transformadores haciendo corto, le lanzó una mirada y cuando pasó delante suyo se le fue directo al cuello. Los cascos volaron por el aire, los golpes y patadas cruzaron de un lado a otro y la polvareda se levantó del suelo en el que estaban agarrados. Los dos sangraban de la cara. Fabián se quedó en el suelo y Arnulfo, ya de pie, lo destripaba a las patadas cuando logramos separarlos. El patrón estaba rojo de coraje, porque no era la primera vez que se daba alguna pelea, todos sabíamos que estaban prohibidas; en castigo, no nos dejó bajar al pocito y nos regresó a cada uno para su casa.

“Ni modo, no habría jale hasta el día siguiente.

“¡Ya te imaginarás! La Cuca me regañó por no haber trabajado, ¡como si yo hubiera tenido culpa por la pelea! Casi como castigo me obligó a jugar con las niñas durante la tarde. Pero por la noche estuve a la vuelta y vuelta sin pegar el ojo, pensando en ese augurio lanzado por mi hija. Tan pronto amaneció me animé a preguntarle a Cuca cuál sería la opinión de ella. ‘Lo mejor es que te cambies a una de las minas de ley’, me insistió, ‘ya no le busques Indalecio, es más seguro trabajar ahí. ¡Ándale, vete a Pasta de Conchos a ver si te admiten!’. En esa mina trabajaba mi primo Pedro y un par de amigos más.

“Al día siguiente falté al trabajo para ir a la Minera de Grupo México. Para mi buena suerte dijeron que sí, que podía comenzar al día siguiente en el tercer turno de la mina 8, de las once de la noche hasta las seis de la mañana. Luego, luego pensé que comenzar el trabajo aquel día sería una buena señal porque la Cuca y yo cumpliríamos siete años de casados.

“Fui al pocito y le renuncié al patrón a pesar de los ruegos de Arnulfo y Mateo para que me quedara.

“Por la tarde quise descansar un poco para ambientarme al nuevo turno, pero no pude, esa inquietud que me da antes de un nuevo empleo no me dejó dormir.

Bernardo sale a la calle aún desierta. El cielo apenas diluye sus tintes ocre y naranja para dar paso al amanecer. Desea llegar con tiempo a la rueda de prensa convocada a las ocho por representantes de Grupo México y del gobierno federal. El motor de su Civic levanta ecos que rebotan en las fachadas. A los pocos minutos otros vehículos se suman. Desde hace dos días doscientos cincuenta miembros del Ejército Mexicano, de la Policía Federal Preventiva y la Dirección General de Protección Civil se cruzan en las esquinas de Rosita, se saludan con la cabeza, se revisan entre sí. Son una prevención tomada por el gobierno y la empresa. Bernardo deduce con cierta ironía que previene quien teme, quien esconde verdades que no desea salgan a la luz.

El insuficiente salón se abarrota conforme pasan los minutos. El enviado de Industrial Minera México se aclara la garganta, el sonido reverbera en el micrófono, lo hace chillar y los reporteros se cubren los oídos. Es un sonido que a todos incomoda. Alguien atrás mueve algún cable y el enviado vuelve a hablar para dar los generales de la mina, que cuándo se fundó y cuántos trabajadores tiene.

— ¡Al grano! — se escucha una voz al fondo.

Algunas risas apagadas salpican el salón antes de que el enviado se aclare de nuevo la garganta:

— El pasado 19 de febrero de 2006, en la mina 8, unidad Pasta de Conchos, concesión de Industrial Minera México, S. A. (IMMSA, presidida por Francisco Javier García de Quevedo, de Grupo México, propiedad de Germán Larrea), ubicada en el municipio de San Juan

de Sabinas, Coahuila, se generó una gran explosión de la que no se conocen las causas hasta la fecha, que provocó que las obras mineras se colapsaran. Setenta y tres trabajadores laboraban en el tercer turno en esta mina subterránea de carbón. Ocho mineros fueron rescatados con golpes y serias quemaduras, quedando sesenta y cinco mineros atrapados en la mina.

Bernardo levanta la mano y alza la voz:

—¿Es cierto que las condiciones de la mina eran inseguras desde hace más de un año y no hicieron nada por corregirlas? Los mineros dicen que quitaban las vigas de acero para cambiarlas por maderos. ¿Qué dice sobre esto?

Un silencio pesado se instala en la sala tras esa denuncia que nadie espera, que cae como sorpresa para el gobierno federal. Los de Industrial Minera se inquietan en sus asientos. Todos los ojos se clavan en la nuca de Bernardo.

La sala se inquieta, las preguntas de los reporteros atacan una tras otra: ¿Dan por hecho que ya no hay posibilidad de rescatarlos con vida? ¿Hasta cuándo continuarán con el rescate? ¿Entregarán indemnización para las familias, además de la ayuda humanitaria? ¿Dónde está la Secretaría de Economía si son responsables de verificar la seguridad? ¿Qué opina el sindicato de mineros y Napoleón Gómez Urrutia? ¿Vendrá ayuda de otros países? ¿Tomará responsabilidades la empresa?

Bernardo comprende que a partir de ese momento las noticias tal vez sean manipuladas.

—¡Cabrones!, se van a querer deslindar —murmura a un periodista sentado junto a él—. Por eso decidieron sellar las entradas de la mina.

—Habrá que esperar el parte de la empresa —responde el otro.

—Me late que no los van a sacar —musita Bernardo con frustración. Han pasado tan sólo tres días, me parece que es pronto para saberlo, pero lo que sí puedo asegurar es que este problema apenas asoma la punta.

En Los Pinos, Rubén Aguilar, el vocero de la presidencia, asegura que las condiciones de seguridad en la mina eran excelentes. Se felicita por la espléndida coordinación de los organismos

gubernamentales involucrados en el asunto. Y advierte cuando le preguntan al respecto: “Ahora una visita del presidente Vicente Fox no haría más que interrumpir el trabajo de rescate y las tareas hoy están concentradas en tratar de rescatar con vida a los mineros”. Lo hará cuando “las circunstancias lo ameriten”.

El presidente Fox es interrogado por periodistas: “Todos estamos muy al pendiente, haciendo votos, nuestros mejores deseos y oraciones para que esto termine como todos quisiéramos. Así que un saludo a los familiares de los mineros y decirles que estoy con ellos, muy al pendiente, trabajando muy duro”.

Más tarde, uno de los lesionados al ser dado de alta desmiente lo que han dicho, dice que la seguridad en el socavón está por los suelos.

Cuando la sala queda vacía Bernardo aprovecha para ordenar sus ideas y redactar el borrador de la primera nota que enviará a su editor. Al terminar se da tiempo para examinar los titulares de ese día en los periódicos que se encuentran diseminados por entre el salón. Vuelve a casa con cierta preocupación. Las impresiones en la mina, las historias de la familia que le contó Carmina y el pesar por la muerte de Ada se mezclan y le generan esa desazón.

*

Carmina ha pasado la mayor parte de la mañana contemplando las cenizas de Ada. Aún no se atreve a hablar con su hermana como hace con los otros muertos. Acumula tantos resentimientos que no sabe qué decir. Se levanta y va hacia la planta baja. Toma su mantel, lo alarga. Revisa los nombres que ha bordado durante los últimos años. Sobresale uno en el centro, el que en vida tuvo el hombre del retrato sin ojos. Lo había bordado sin prisa, casi con cierta devoción. Con el cuidado que sólo se le puede dedicar a lo que más se quiere o se odia. Su nombre también iría en rojo sangre. Como el horror infringido a su familia por generaciones. Quince letras llanas que formaban un nombre y un apellido: hache, e, erre, eme, i, ele, o. Ce, a, ele, de, e, ere, o con su acento y ene al final. Hermilo Calderón.

Se encuentra tan absorta que no oye el chirriar de la puerta principal, tampoco los pasos de Bernardo que se detienen atrás de ella.

— ¿De quiénes son esos nombres?

La pregunta la estremece. Hasta ese día la venganza ha sido suya. Sólo Candelaria, cansada de reprenderla, ha atestiguado la satisfacción que le provoca bordarlos. Esa intromisión de Bernardo le causa un malestar que no atina a definir. Se siente descubierta, vulnerable. Su rostro se acalora, el borde de sus labios se perla ligeramente. Molesta, gira sobre sí misma y mira con dureza a su sobrino, Bernardo le corta el paso, la acorrala.

— ¿Quiénes son, tía?

— Es una historia muy larga — balbucea mientras dobla el mantel —, no tiene caso hablar de ello.

— Ya veo por qué Ada siempre decía que eras una roca, yo suponía que se refería a tu temple, pero ahora veo que es porque eran igual de testarudas.

Con el mismo cuidado con que se descubre el alma ante un extraño, Carmina alarga el lienzo sobre la mesa. Sabe que tendrá que decir la verdad a Bernardo, que no podrá ocultar la paternidad de El Cura ni todo lo que sabe de Hermilo Calderón. Con un dedo crispado señala el centro del mantel.

— Ése de ahí, nos causó el mayor daño que un hombre puede provocar a una familia. Recuerdas que te hablé de mi abuelo Blas Pérez Mendoza y de su matrimonio con mi abuela Josefa — Bernardo asiente—. Pues bien, el arreglo nupcial funcionó como nadie imaginó que sucedería: la nana Franca tomó las riendas de la casa, mi abuelo tuvo el lecho tibio que tanto añoraba y mi abuela encontró en el hijo menor de su marido y en sus tres hijas, a sus más cercanos compañeros de juegos.

”Todo marchó bien por un tiempo.

”Los hijos de mi abuelo y la mayor de las tres hijas de mi abuela se casaron. Sólo mi tía Magdalena y Blanca, mi madre, se quedaron a vivir con ellos en la hacienda — Carmina hace una pausa, se levanta de la silla del comedor y se acerca a una cómoda. De uno de los cajones saca dos papeles amarillentos—. Una tarde se presentaron

unas personas y mi abuelo recibió esta carta en inglés en la hacienda de Eduviges.

Carmina tradujo en voz alta:

San Antonio, Texas

Apreciadísimo don Blas Pérez Mendoza:

Confiamos que la presente halle a usted gozando de buena salud en compañía de su distinguida familia. El motivo de estas líneas es para solicitar su siempre amable presencia en nuestras oficinas de San Antonio, Texas, para una reunión de carácter extraordinario.

Es importante mencionar que la urgencia de esta reunión es determinante para el futuro de nuestros negocios, por lo que le rogamos encarecidamente que realice usted las diligencias con prontitud y acuda a encontrarse con nosotros a la brevedad.

*Suyos siempre,
American Smelting and Refining Company*

—Dicen que mi abuela Josefa le rogaba que no fuera, pero ante la férrea voluntad de mi abuelo sus súplicas se diluyeron. Se despidió de todos. Cruzó sus tierras desde Eduviges hasta Rosita, pero no había llegado a Cloete cuando avistó una enorme nube negra que avanzaba por el horizonte. Sabía lo que venía, ya lo había visto otras veces. Comenzaba con un fuerte viento que levantaba el arenal del desierto, lo elevaba hasta el cielo y lo convertía en tolvanera. La que era capaz de oscurecer el día más soleado y golpear el rostro como millones de alfileres disparados a toda velocidad, la que laceraba la piel descubierta y hacía imposible ver a dos metros de distancia.

”Regresó hasta la hacienda a tiempo para resguardarse. La tolvanera duró cuatro horas y luego una lluvia torrencial lo empapó todo.

”‘Es una señal, Blas, no debes ir a San Antonio’, le rogaba la abuela Josefa. Partió al día siguiente, en una mañana soleada de marzo. Contaban los cercanos que mi abuela sintió un aguijón en el

pecho al ver alejarse a su esposo y durante tres semanas se deshizo las manos de tanto frotarlas, que se mordió las uñas hasta dejarse muñones encarnados en cada dedo. Dijeron que en aquellos días a ella se le apagó el ánimo y dejó de arreglarse hasta la tarde en que recibió otra carta.

Carmina extiende un sobre arrugado. Bernardo lo abre y extrae un pliego casi deshecho. Sobre la tinta deslavada se advierten lágrimas adheridas a su superficie, forman un mapa. En silencio y con cierto apremio comienza a leer:

*San Antonio, Texas
Martes por la mañana, 15 de abril de 1916*

Estimada Sra. Josefa Pérez Mendoza

Le escribimos con respecto a su esposo, y nuestro querido amigo, don Blas Pérez Mendoza. A los pocos días de su llegada a San Antonio, y habiendo concluido nuestros encuentros, fuimos informados por el hotel Huntington donde se hospedaba, de un fatal hecho ocurrido durante la madrugada del catorce de abril.

Las indagatorias realizadas por la honorable policía de San Antonio apuntan a un posible robo y al heroico intento de don Blas Pérez Mendoza por impedirlo, que culminó con su inoportuno fallecimiento.

Nosotros nos encargaremos de organizar el traslado de nuestro querido amigo y socio comercial a la finca de Eduviges. Confiamos en una pronta respuesta a esta terrible noticia.

*Nuestro más sentido pésame,
American Smelting and Refining Company*

Bernardo relee la carta, se indigna por la insensibilidad de la empresa para enviarla en inglés. Cuando ha entendido cada palabra, la guarda con cuidado, desconcertado y cabizbajo como quien en un pequeño trozo de papel descubriera una verdad apenas rozada.

¿Por qué Ada no le había contado sobre su abuelo Blas? Ada le hablaba sobre la vida, el baile, sobre su deseo de que Violeta y él hubieran tenido más tiempo con sus padres. De que Celeste fuera más que un nombre. ¿Y el apellido Pérez Mendoza?

—No entiendo qué tiene que ver todo esto con Hermilo Calderón, tía Carmina.

—Ella suspira. Apenas es el comienzo de la historia, por eso no lo entiendes todavía. Tres días después de que esa carta le arrancara el ánimo a mi abuela, llegó a la hacienda una carreta con cuatro individuos pagados por la ASARCO. Venían a entregar el cuerpo de mi abuelo.

”Lo velaron en el comedor de la casa grande, dos días nada más porque ya olía y lo enterraron en el jardín de la hacienda. Pasados cuatro meses llegó a Rosita un hombre joven y apuesto, no tardó en acercarse para visitar a la familia. Se hizo amigo de mi tía Magdalena y aunque era un par de años menor que ella, al poco tiempo pidió su mano. Me aprendí de memoria cada palabra escrita en el acta de matrimonio:

‘El 20 de enero de 1917 a las once de la mañana se presentaron en el registro civil de San Juan de Sabinas. Él, Hermilo Calderón Solís, de 24 años, originario de Zaragoza, Coahuila, con residencia en Piedras Negras, hijo de Espiridión Calderón y de Guadalupe Solís. Ella, Magdalena, de 26 años, vecina del lugar, sus padres Blas Pérez Mendoza y Josefa González Reyes.’

”Parecía un matrimonio bien avenido. Cuentan que mi tía estaba feliz y comunicaba con soltura, a quien se topara por la calle, en la iglesia y en cualquier tertulia, la suerte que había corrido de que su amado Hermilo se hubiese fijado en ella.

”Hermilo era muy inteligente. Tan pronto se casaron tomó las riendas de la hacienda y convenció a mi abuela de cederle los derechos de las tierras para explotarlas mejor y hacer crecer el negocio.

”A la mañana siguiente de haber firmado las actas, Hermilo Calderón y las escrituras de las tierras se habían esfumado. Tiempo después, la ASARCO emitió un comunicado para anunciar que había

adquirido los terrenos de Rosita que por años insistió en comprar a mi abuelo.

”Mi tía Magdalena se hundió en una pena invencible. Se encerró y vistió de negro hasta el último día de su vida. Nunca pudo aceptar la traición de quien tanto amaba.

”El rumor que corrió en Múzquiz, Palaú, Rosita Vieja, Nueva Rosita, Cloete y Sabinas fue que los dueños de la ASARCO, viendo imposible lograr que mi abuelo Blas les vendiera las tierras, decidieron mandarlo matar y enviar a Hermilo Calderón con la consigna de obtener las escrituras a como diera lugar.

”Mucho se habló en los bares y cafés del enorme cargo de conciencia que llevó a la ASARCO a dar a mi abuela y a sus hijas casa en la colonia americana, a darles coches último modelo y una pensión. Hasta que un día la conciencia se les adormeció y les quitaron todo. Las mujeres se fueron a vivir a Agujita. Para ganar algunos pesos, mamá iba a esa misma colonia donde había crecido, a pintarles las uñas a las esposas americanas de los empleados americanos de la ASARCO. A las mexicanas no, porque ésas se las pintaban solas. Diferencias impuestas por la compañía.

—Pero esa historia son suposiciones, tía. ¿Existe alguna prueba que la confirme?

—La única prueba es que al final ASARCO obtuvo lo que tanto tiempo quiso y eso me basta para saber en el corazón que esos infelices mataron a mi abuelo y nos robaron la tierra, nuestra herencia. Pero la mayor prueba fue la misma tía Magdalena. Nos impactaba cada vez que mamá nos llevaba a verla. Era como una muñeca apagada, de cabellos desordenados, y siempre tumbada en la cama o apoltronada en alguna esquina. Nunca quiso vivir con nosotros por más que mamá le insistía. Cuando Ada o yo le preguntábamos por qué la tía vivía así, mamá respondía que el mal que le hicieron a la familia había sido tan contundente que era imposible olvidar el día en que las sacaron de la hacienda. Decía que la tía Magdalena lloró varios días y noches. Sentía que la desgracia le había caído a la familia por haberse enamorado de Hermilo. Y aunque mamá mejoró su condición al casarse, a fuerza de ver a mi

tía y de escuchar las historias de la grandeza de la hacienda nos enraizó el rencor hacia los Calderón.

A Bernardo lo impacta la historia. Piensa que el carácter sombrío de su tía quizá comenzó a fraguarse desde entonces. Como ese rencor generacional que ha enfrentado a familias, grupos, clanes, naciones hasta generar odios en personas que no han protagonizado los sucesos. A su memoria viene el pequeño retrato de Celeste sobre su mesa de noche. El rostro sonriente de su madre tenía una serenidad que le agradaba. Le habría gustado conocerla mejor, tener más recuerdos, alegres o no, son tan pocos los que tiene; sin embargo, hay uno que guarda con particular dolor: según la costumbre de cada 31 de octubre, esa noche saldrían a pedir dulces a las casas cercanas. Violeta y él peleaban por la única calabaza de plástico que había salido ilesa de la cosecha de dulces de la temporada anterior. Celeste le había pedido que la cediera a su hermana y a cambio le ofrecía una bolsa de plástico del supermercado. Enojado por lo que consideró una ofensa y por la preferencia de su madre por Violeta, se había encerrado en su habitación. Ésa había sido la última celebración del día de brujas de Celeste. Días después morían ella y su padre en ese accidente que los dejó huérfanos. ¿Por qué no tomó la bolsa y se fue con ellas a la calle? Durante años le molestó ver fantasmas, vampiros y piratas en miniatura deambulando por las calles. Una vena se hincha y atraviesa su frente desde el nacimiento del cabello hasta el ceño partido en dos. Los músculos de su cara se contraen al volver a los últimos días de sus padres. No es su muerte lo que le enoja en ese momento, es esa rabia que durante años se ha mantenido guardada, un sentimiento sin resolver, una culpa.

Entra a la cocina y se sirve en un cuenco un cucharón de frijoles charros. Al terminarlos deja caer, con violencia, el plato sobre la cubierta de la cocina, el estrépito de la cuchara al chocar con la cerámica estremece a Carmina.

—Violeta ya debería estar aquí, tía.

—Algo la habrá entretenido, quizá algún pendiente de sus hijas — responde Carmina—. Tomaré un té de hinojo mientras llega, ¿quieres?

Bernardo destapa una cerveza y la bebe de un sorbo. Aunque el clima es frío necesita del helado líquido para templarse el enojo. Antes de destapar otra, arruga la lata vacía y la lanza con fuerza al cesto de la basura. Ve en el celular la noticia de *El País*: “Crece la angustia por los mineros mexicanos sepultados: Los rescatistas que intentan llegar hasta los sesenta y cinco mineros atrapados desde el domingo en el yacimiento de San Juan de Sabinas, pidieron ayer a los familiares que no pierdan la esperanza de encontrarlos con vida. En la fotografía, varios compañeros reflejan la preocupación ante las dificultades del rescate”. En el pie de foto se lee “Los equipos de rescate mexicanos se hallan cerca de los mineros atrapados”. La fotografía muestra un acercamiento con tres rostros morenos. Con gesto adusto, portan cada uno el casco de minería con lámpara y el cable que la conecta a la batería. Uno lleva al cuello los lentes de protección.

*

—Súbale a la música —pides al cantinero. No es extraño que te guste la música ranchera, Bernardo, tu abuela te afinó el gusto por todos los géneros desde que eras un niño.

Vale más, un buen amor / que mil costales de oro / Vale más, un buen amor / Por eso eres mi tesoro, coreas con Indalecio que para esa altura de la tarde ya se siente tu amigo. El mezcal crea buenas amistades. Almas honestas que se saben solidarias.

—Cuéntame qué pasó cuando te cambiaste de mina —la pregunta lo trae nuevamente a la entrevista.

—Serían como las diez y media de la noche cuando llegué a la mina 8. Los reflectores, grandes, brillantes, alumbraban ese lugar tan distinto al pocito. Ahí todo imponía. Las oficinas, los cerros de escoria en la lavadora que está junto. Imagínate nomás que, en vez de cambiarnos a cielo abierto, ahí teníamos una canastilla de fierro, en la que podíamos dejar nuestra ropa y usar la de trabajo, la subíamos con una cadena hasta el techo. La cadena se

enganchaba a la pared y para evitar a los amantes de lo ajeno, cada uno le ponía un candado. Así no había manera de que algún compañero se sintiera tentado. Llegando me reporté con Romeo Bravo, el capataz, hombre grande y con un lunar negro en medio de los ojos, que me mandó al lugar donde me iban a dar el equipo. Me cargaron con el casco y la batería para la lámpara, el oxígeno y unas botas de hule. Dijeron que trabajaría como movedor de banda. Es el trabajo con menor riesgo, aunque la paga es más poca.

“Fui de los últimos en bajar. Ahí no era como en el pocito que bajas en vertical, en la 8 bajaban en unas sillas que se agarraban de un cable. Los telesillas. Pero ese día el malacate y los telesillas estaban jodidos, así que bajamos a pie.

“En total bajamos setenta y tres esa noche. Para llegar al túnel había que meterse algo así como dos cuadras.

“Marco Antonio Cárdenas y otros tres estaban en la plancha.

Ese nombre te resulta familiar, lo has oído antes. Te parece que Guadalupe Sanjuan lo mencionó durante la entrevista, pero no estás seguro de su apellido. Necesitarías revisar tus notas. Quizá lo hagas más tarde si no llegas demasiado cansado a casa de tu tía Carmina. Recuerdas el pollo en mole que Candelaria te prometió. Lo pregustas, salivas y pides al cantinero que les traiga un caldo de mariscos con huevo duro. Es la especialidad de la cantina.

—Marco venía de Palaú —sigue Indalecio en lo que ya se convirtió en monólogo—, hombre alto, grueso, quijarudo y cabello chino. Para hacerlo amigo le comencé la plática.

“Hablamos del avance en la liga Santos Laguna, de la familia, hasta que llegamos a la empresa. ‘Dicen que certificaron la mina hace unos días, que es muy segura, ¿es cierto?’, le pregunté.

“‘¡Es puro cuento!’, se enojó. ‘Ya varios compañeros han denunciado, pero no hacen caso. Hoy en la mañana avisaron que hay mucho gas, pero no les importamos’. Se detuvo en seco y me miró de frente: ‘mira, cabrón, yo fui rescatista, estuve en la explosión de La Morita en Santa María. El patrón no quiso que nadie bajara a

rescatar a los trabajadores, dizque porque no podía arriesgar a la gente, pero en esa minita sacamos a trece muertos, todos quemados y unos ya en pedazos’.

No puedes evitar el coraje cuando Indalecio te narra esas historias de injusticia. Te revienta la indiferencia de la minera frente al riesgo de los trabajadores, la desfachatez del sindicato que sólo se preocupa por el cobro de las cuotas y la corrupción de la Secretaría del Trabajo que se hace de la vista gorda. El coraje por lo que viste va y viene. Es una ráfaga detonada en un recuerdo la que traspasa tu cuerpo hasta erizarte cada centímetro de piel. Sientes todo de nuevo. El enojo, la vigilia agotadora, los rostros atribulados, las horas de angustia de sus mujeres, sus hijos, sus padres, madres, el frío infinito, la bruma blanca, los braseros rodeados de cuerpos ateridos afuera de la mina. ¿Cómo no sentir coraje? Lo sentías durante las entrevistas a los familiares. Hiciste un esfuerzo para no dejar que se notara cuando Guadalupe Sanjuan te contó su situación. Si es la mujer del amigo de Indalecio sabes para dónde va la historia.

Él sigue narrando su experiencia, la vomita desde lo más profundo de su interior. Hablar sobre la tragedia se le convierte en catarsis. Sabes que cuantas veces repita lo sucedido sanará mejor. Observas las arrugas que le cruzan el rostro y lo hacen ver mayor de lo que es. Los ojos hundidos, negros, han ganado cierto candor a fuerza de ver sólo miseria. Quizá sea porque el dolor purifica, te dices, o tal vez sea sólo tu imaginación. De cualquier forma, la compasión aminora el coraje y la indignación que no has podido paliar.

—”¿Sabes cuántos mineros han muerto desde que se abrió el primer pozo?”, me preguntó Marco. Y él solito se contestó. “¡Mil seiscientos cuarenta y siete! Son un chingo, y cada uno cuenta como un padre, un esposo, un hermano, un amigo muerto antes de tiempo por los derrumbes, las inundaciones, las explosiones o por quedarse enterrados vivos. Lo único bueno que nos queda es que

los rescatamos. No abandonamos a ninguno, cabrón, ni uno solo. Sabemos que cuando menos tuvieron una sepultura digna”.

“Se acercó y en un susurro —porque, ya sabes Bernardo, de esas cosas no se habla cuando se está dentro de la mina— me soltó la pregunta: ‘¿te ha tocado estar en un caído?’. Negué con la cabeza. ‘A mí sí’, y bajó más la voz. ‘Era apenas un chamaco, estaba rajando el muro en un pocito de La Mota en Múzquiz, cuando de pronto todo se sacudió y las piedras, las tablas del ademe y la tierra cayeron sobre nosotros. Imagínate el peso sobre tu cuerpo, los ojos nublados imposible de abrir por el picor, la falta de aire porque la nariz la tienes tapada con terrones y encima la desesperación’.

“Sentí algo feo en el estómago nada más de imaginarme, Bernardo. Y ya sabes cómo es la cabeza, porque por ésta —se santiguó— que comencé a sentir que vibraba el piso.

“La desesperación es la más cabrona, ésa te impide pensar’, me siguió diciendo Marco. ‘No sabes cuánta tierra tienes encima, no sabes si los ventiladores todavía jalan, si afuera se habrán dado cuenta del caído. Todo es un pinche pánico. Cuando logras abrir los ojos, lo haces para saber que no estás ciego, que si no ves nada es porque está oscuro y te duele cada trozo de cuerpo. Entonces no queda otra más que esperar la ayuda que ese día nos llegó a tiempo. Los que salimos, salimos bien, cabrón’. Me dijo Marco que estaba tan asustado que al día siguiente hasta quiso rezar, que se fue derecho a la imagen de la Virgen y le agradeció cada golpe en el cuerpo y no importaba que estuviera bien jodido, porque estaba completo.

“Durante un buen rato nos silenciamos, cada uno pensando en el riesgo que corríamos en la mina. Ya para entonces las máquinas rugían y el polvo me hacía toser. De pronto los ademes se cimbraron y con lo que me acababa de contar Marco, el miedo me aflojó las piernas. No había tanta diferencia con el pocito, aquí también se podía uno morir en el momento menos esperado.

La música de Vicente Fernández cambia a El arrepentido, una canción de Los Huracanes del Norte. El sonido de las fichas al chocar con la mesa de aluminio y las risas de los carboneros se apropian el espacio en la cantina. Uno suelta risotadas:

—¡Zapato, les hicimos zapato! —se ufana con su compañero.

Dos se levantan para cambiar el lugar. Quieren la revancha y así lo hacen saber.

—¡Va por ti, Indalecio! —le dice uno de ellos mientras se acerca trastabillando a la mesa y lo abraza—. No cualquiera se salva, pinche Indalecio, no muchos la cuentan. Sabes que te queremos, lo que necesites, aquí estamos.

El hombre regresa a su mesa dando tumbos. Encontrar la silla se convierte para él en un desafío que llega a buen término mientras se deja caer con estrépito. Él baja la cabeza, las palabras del minero le provocan cierta nostalgia no enunciada, una añoranza que aún resguarda en el pecho.

Suena el timbre en la casa de Carmina. Bernardo sale catapultado de su sillón, abre la puerta esperando ver a Violeta y se encuentra con Santiago.

—¿Y Violeta? —averigua mientras hace pasar a su cuñado.

—Fue a comprar unas pastillas para el cólico, no tarda. Mientras yo voy subiendo las maletas.

Su cuñado no significa mucho en su vida, es el esposo de su hermana, así sin más. Han coincidido en las fiestas navideñas, algún cumpleaños o aniversario. Cataloga a Santiago como un hombre común. Tal vez se deba a que ama el fútbol casi tanto como los hinchas, hasta el punto de organizar su vida según el calendario de la *Champions League*. Está atento a los fichajes y a la clasificación de los equipos, conoce quienes han sido los máximos goleadores históricos y, cuando conversan, a Bernardo le resultan charlas irritantes ya que Santiago carece de interés en cualquier otro tema. Y no es que a él le desagrade el deporte, le gusta ver algún partido, no se pierde el clásico entre Tigres y Rayados, sin embargo, no se considera un fanático. ¿Qué sería de ese hombre teniendo que peinar las coletas de sus niñas? No lo imagina cada mañana alisando los uniformes, colocándoles las calcetas y los zapatos de hebilla. Tampoco lo cree capaz de supervisar sus tareas escolares o los trabajos para la feria de ciencias de la que tantas veces oyó renegar a su hermana. Proyectos que encargan en la escuela para que los hagamos las mamás, decía con enojo. Había algo más por lo que no había podido lograr con su cuñado esa camaradería que

surge tras una noche de copas o cuando se comparten aspiraciones, intereses o aficiones, aunque sus mundos sean distantes. ¿Sería algún tipo de sentimiento tendente a la protección patriarcal de su hermana? ¿Podría ser que a pesar de considerarse a sí mismo lejano a esa construcción social que tanta violencia ha traído a las mujeres, lo llevara impregnado en el subconsciente? Recuerda la leyenda sobre el rapto de las Sabinas. Es una imagen elocuente que resume sus dudas. No está seguro cuál es la razón, simplemente no existe afinidad entre ellos. El espacio entre ellos es casi palpable.

Carmina no esperaba verlo en su casa, es la primera vez que viene a Rosita y su presencia ahí de alguna manera la invade, es una irrupción a la que no está acostumbrada. Ya es mucha gente bajo su techo. Nerviosa, lo lleva hasta la recámara que en otro tiempo fuera de Celeste.

Todavía están hablando cuando el *ring* del timbre anuncia la llegada y de inmediato la voz de Violeta viaja entre las habitaciones. Carmina suspira aliviada, la tranquiliza que alguien más tome la responsabilidad de atender a Santiago. Ella no sabe qué hacer en esas situaciones. No tiene idea de qué se le deba ofrecer. Nunca ha compartido su casa con ningún hombre aparte de Bernardo. La presencia masculina le trae recuerdos de su padre, cuando la deshonra a la familia la plagó de gritos y amarguras. Rememorar esa época la disgusta. El mundo femenino, el que tiempo después se acostumbró a habitar sólo con su madre y Candelaria, ahora está trastocado.

Tía y sobrina se saludan con gusto, con el nuevo afecto y la empatía que se ha generado entre ellas. Ninguna sabe bien cómo lidiar con ese sentimiento que envuelve el dolor por la muerte de Ada y lo conforta.

Como la relación entre Ada y Violeta siempre estuvo opacada por Bernardo, encontrar otra mujer de la familia con quién crear un vínculo abre una posibilidad. Es para Violeta como uno de esos encuentros fortuitos, en cualquier lugar, con cualquier persona, en los que un chispazo de simpatía llega a generar una amistad.

Con Blanca murieron los abrazos y el calor del consuelo por lo que Carmina no tiene quién sostenga su cabeza, acaricie sus

cabellos, le regale palabras cálidas. Hasta esa noche vivió sus pesares a solas. Los había cargado en el corazón, en los hombros, en los pensamientos. Por lo que la cálida sensación de esos brazos que la rodean la desgaja. Incontenibles, los ríos de agua desbordan sus ojos, riegan sus mejillas y mojan su vestido. Esas lágrimas recluidas durante años no cesan de brotar. Llevan en sí la traición, la miseria, la amargura, la incomprensión que ha padecido su familia, que la ha torturado a ella.

—Tranquila, tía — Violeta acaricia su cabeza.

Salvo Violeta, ninguno puede dormir en la casa de Carmina.

Santiago se revuelve inquieto en la cama que antes fuera de Celeste, cuando apenas era una niña de mirada altiva, pómulos encendidos y Violeta aún no existía. Repasa el trabajo que dejó pendiente; recuerda a las niñas llorando, asustadas de verle el recelo estampado en la cara, cuando las dejó en casa de Maricela, su madre. Una casa poco conocida, porque visitan poco a la abuela paterna. Maricela y Violeta no son afines. Discuten con frecuencia, porque Maricela prefiere comprar para las niñas ropa hecha en Estados Unidos a los vestidos de *smock* que les regalaba Ada, por mucho que éstos los utilizaran las infantas de España; porque su pobre hijo se mata trabajando y Violeta es desconsiderada; porque no es bueno que salgan de viaje tan seguido con lo caro que están los lugares para vacacionar. Entonces las visitas se posponen con alguna excusa o se cancelan en el último momento. Una contra la otra, Santiago opta por su esposa, como se los explicó el padre cuando se casaron: “dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola cosa”. Y sin detenerse a pensar en el contexto, Santiago se lo toma literal. Violeta lo sabe, reconoce su ventaja y abusa en ocasiones.

En la otra cama, la de Ada, Bernardo no logra conciliar el sueño. La muerte de su abuela, el accidente en la mina y ahora las revelaciones sobre su tatarabuelo Blas son demasiado. Tantas noticias lo tienen con los ojos abiertos, la noche los acaricia sin lograr vencerlos. Repasa el artículo de la entrevista que hizo a Rosalinda,

la esposa de Rodrigo Almaguer, uno de los mineros atrapados y que saldrá al día siguiente en el periódico, después recuerda a Ada durante un día particular en cuidados intensivos.

—Mi poeta —le sonrió apenas traspasó el cristal de la puerta.

La mueca que lo recibió no tenía el vigor juvenil de la risa franca, sonora, que caracterizaba a Ada. Las comisuras del lado derecho más elevadas que el izquierdo delataban su parálisis. Bernardo tuvo que acercar el oído a sus labios, esforzar el tímpano, hilvanar los sonidos hasta unir una palabra, otra y una más para entenderla. Sílabas envueltas en el aliento agrio de un cuerpo alimentado por sonda nasal.

—Mi poeta —remachó su abuela con esfuerzo.

—Calla, abuela —y le sonrió.

Deslizó sus manos sobre la sábana, varias veces alisó su blancura. Estaba a punto de decirle que no hiciera esfuerzos, cuando una enfermera que bien podría haber sido *La gigante* de Magritte los interrumpió para revisar en el monitor los signos vitales de Ada. La presión oscilaba; la frecuencia cardiaca la asombraba por no tener cambios; la saturación de oxígeno de nuevo bajaba; la temperatura y el electrocardiograma eran normales.

—Adita, discúlpeme, la voy a molestar —repitió la enfermera mientras revisaba la sonda que unía su vejiga con una bolsa de orina a medio llenar. La desanudó y la vació en el inodoro.

Sabía, por su forma de verla, que a su abuela le disgustaba más el diminutivo que el trasiego de la enorme mujer.

Ada, señora Ada, incluso doña Ada irían bien si deseabas agradarla. Jamás Adita. “Me disgusta la condescendencia”, le confesó alguna vez. Bernardo se reía ante sus comentarios, más soeces cuántas más ínfulas tenía su interlocutor. “Es como pensar en Frida Kahlo y creer que alguien se atrevería a llamarla Fridita. Sería estúpido. A no ser que fuera el mismo Diego, El Sapo, pero en ese caso se le perdonaría, porque a ese gordo todo se le perdona”.

Carmina tampoco duerme. Recuerda a Javier entre sueños, deambula por aquellos fines de semana cuando paseaban por la plaza tomados de la mano, cuando le hablaba sobre la carrera en ingeniería civil que estudiaba en el Tecnológico de Monterrey y sobre

los puentes que construiría y las carreteras que haría para que Rosita y Monterrey estuvieran más cerca, porque con seguridad viviremos allá y habrá que venir seguido a visitar a la familia.

Con nostalgia delinea el contorno de sus senos marchitos, pechos que nunca amamantaron y a los que Javier acarició una vez, recargados en la barda amarilla que circunda la casa de junto, ocultos en la semioscuridad que les regalaba esa tarde nublada. Molesta porque Javier es sólo un recuerdo, se levanta a prepararse un té de tila. Baja con cuidado los escalones que crujen entre el silencio de la noche, cuando asalta su memoria el rostro viejo de El Cura y sus ojos la interpelan: “¿por qué nadie me dijo que mi hija Celeste tuvo dos hijos?”. El recuerdo la sacude, trastabilla. Está a punto de rodar por la escalera, pero con una mano alcanza a asirse del barandal. Bernardo escucha el ruido y sale de la cocina. Había bajado unos minutos antes a buscar una pastilla para dormir.

— ¿Estás bien, tía?

— Fue sólo un tropiezo —nerviosa, alisa su camisón, sabe que a su edad las caídas pueden traer graves consecuencias.

¿Habrá sido una señal de que debe decir la verdad a Bernardo sobre su abuelo El Cura? Si no lo cuenta, toda la historia familiar morirá con ella. Las palabras y los nombres se perderán. Duda. Siempre duda y no sabe por qué. Le habría gustado ser como Ada, resuelta, valiente. Ella salió a su mamá. Blanca era una mujer temerosa de sus palabras, de sus decisiones y, sobre todo, de la reacción de su padre. Siempre pendiente de no provocarle ninguna rabieta. Decide esperar. Las malas noticias no deberían ir juntas, aunque por alguna razón a veces se acumulan en racimos. Como si cargar un dolor no fuera suficiente, piensa Carmina.

*

Indalecio se alarga en su desahogo y tú empiezas a desesperar porque quieres que te narre la explosión. Sabes que es una entrevista fuera de lo normal la que realizas ese día. Son las siete

de la tarde y las mesas se vacían una a una. Además de ustedes sólo queda una mesa con dos mineros y uno más en la barra.

—¿Qué pasó después? ¿Te animaste a bajar la noche siguiente después de lo que te contó Marco?

—Sí me animé, llegué a la mina con seis gordas rellenas de chicharrón en salsa verde que me había preparado Cuca. Tres para Marco Antonio y tres para mí. Se las había prometido cuando terminamos el turno del día anterior. Y no sé por qué, Bernardo, pero esa noche, antes de irme le di un beso en la frente a cada una de mis hijas y a Cuca le dije ‘te quiero mucho. Cuida a las niñas’. Son de esas cosas que uno no hace y no sé por qué ese día así de la nada me salió hacerlas.

“Tan pronto llegué a la mina me encontré con uno de los mecánicos que había bajado a soldar un transformador. ‘¿Todo bien?’, quise saber. ‘Por ahora. Hay que cambiar las cajas eléctricas, pero los jefes no hacen caso’, escupió a un lado con fuerza. ‘Les vale madre el mantenimiento preventivo, es nada más parchar’. ‘Como en todas las minas’, le dije. ‘No, aquí está peor. Cuando les hemos reclamado que los transformadores son muy viejos, la empresa siempre promete comprar nuevos. Pero lo que hacen es sacar las tapas, pintarlas de amarillo y volverlas a meter a la mina. Creen que somos pendejos y que no nos damos cuenta de que son los mismos. ¡Si nuestros compañeros las pintan! En este turno no hubo producción porque además se dañó la locomotora y el shuttle car está ponchado. Yo creo que los van a regresar’.

“Algunos compañeros estaban tan encabronados que no querían bajar, tenían miedo, Bernardo, y con razón. Después de averiguar con los jefes amenazaron que si no ponían remedio para las cuatro de la mañana nos iríamos, pero los supervisores nos dijeron que como quiera teníamos que bajar. Nos metimos todos con la idea de que sólo bajaríamos unas horas.

“Al ver a Marco Antonio le entregué la bolsa con sus gordas. ‘Gracias, cabrón, estas cosas se aprecian’ y me dio una palmada en

la espalda.

“Me tocó entrar a la mina hasta el final, colgué la ficha en el tablero con mi número de identificación que el encargado revisa cuando termina el turno. Antes de entrar por la bocamina leí el enorme letrero pintado:

CUÍDATE, TU FAMILIA TE ESPERA

“Bajamos a la mina los mismos setenta y tres que el día anterior.

“Entre palada y palada de carbón, Marco y yo le seguimos a la plática. Cuando le pregunté por su familia comentó que sólo tenía una hija y Guadalupe, su esposa.

La mención de Guadalupe te hace pensar que efectivamente se trata del esposo de Lupita, la mujer que habías entrevistado en la reja de la mina. No es una coincidencia que hayas dado con ella entre los cientos de familiares apostados afuera. Todos los reporteros buscaron las entrevistas. Lo asombroso es que Indalecio haya estado con el marido. Con esta entrevista tendrás las dos versiones. La de los carboneros atrapados en el interior de la mina y la de los familiares adheridos a la reja exterior.

Él conversa ajeno a tus cavilaciones, te enfocas.

—Me dio risa cuando me dijo que los únicos pleitos que habían tenido eran porque ella estaba terca, como todas las mujeres de carboneros, en que buscara otra chamba, pero como él era de familia dedicada al carbón, no se iba a cambiar. Su papá y su abuelo habían bajado a mantear el mineral para los gringos de la ASARCO, para hacer el coque de las siderúrgicas. Supe que a ellos les tocó vivir en la Rosita Vieja, la que estaba junto al tiro de la mina 4, ahí donde ahora están los congales.

La mención de la ASARCO te revive el coraje. Ese nombre representa décadas de impunidad y sufrimiento familiar. Te yergues en la silla y guardas el dato en una esquina de la memoria. Ya tendrás tiempo para verter en algún artículo las palabras que hagan

justicia. Siempre hay tiempo, siempre es el tiempo adecuado para desenterrar un pasado impune.

—A la una y media nos sentamos a comer las gordas de chicharrón que nos había preparado Cuca, porque no sé si sepas, pero se necesita estar bien comido en la mina si no anda uno todo zurumbato. Nos supieron a gloria. Más allá se oían las máquinas cortando el mineral de las paredes.

“Para esa hora los pulmones me picaban, pero no quise decir nada para no parecer collón. Debí decirle a Marco, debí haberle dicho que nos saliéramos de la mina como hicieron los del turno anterior.

“Me saqué las botas y moví los dedos. Marco se quitó el casco y abrió un paquete con tacos de picadillo. Me ofreció uno. Tenía buena pinta, pasado por aceite como a mí me gusta. Apenas iba a agarrarlo cuando un estruendo, algo como un grito que no era de este mundo salió del fondo de la mina, lo sacudió todo, me empujó hacia el frente y volé. Me di duro en el hombro derecho al chocar con una roca. ¡No entendía qué estaba pasando! Luego una oleada de calor nos llegó por los dos lados, como si el mismo fuego del infierno se hubiera salido para llegar donde estábamos nosotros y, más luego, salió una nube de polvo y humo, algo así como una tolvana que llega de un chingadazo. Las vigas se comenzaron a caer, de tanto que me ardían los ojos no los podía ni abrir. Sentía que me los habían quemado. Estaba todo apendejado, muerto de miedo. Pensé que tal vez era un incendio o una explosión. ‘¡Marco, no veo nada!’, le grité con todo. No me respondió y ahí pensé que me iba a morir. ¡Las piernas se me aflojaron y me oriné por el pinche susto! Ni siquiera pude llorar. Me froté cada ojo varias veces con saliva para quitarles el polvo. Fue entonces que vi a Marco en el suelo, le había caído una viga en la cabeza y chorreaba sangre por todos lados. ‘¡Marco!’, le volví a gritar, pero no se movía. Traté de levantarme y hasta entonces entendí que yo también estaba tirado en el suelo y un pilote de madera había caído sobre mi pierna

izquierda. Intenté empujar la madera con la otra pierna. Después de un rato jaloneándola pude zafarme.

El mesero los interrumpe justo en el instante que más te interesa. Trae el caldo de mariscos con huevo duro que habías ordenado. Le pides dos cervezas para acompañarlo. Indalecio se arremanga y notas el tono rosado de la piel aún por cicatrizar. Han pasado tres meses y en partes todavía la carne parece viva. Vuelves a sentir coraje.

—Las bombillas de la mina parpadearon dos veces —continúa mientras se sirve en un plato el líquido humeante con trozos de pescado, pulpo, camarón y huevo duro—, después quedamos a oscuras.

“La lámpara de mi casco había quedado toda madreada, intenté prenderla y nada, entonces pensé en la de Marco, me arrastré hasta el lugar donde estábamos, escarbé entre las piedras hasta que di con su casco. La conecté a mi pila y de milagro prendió. Encontré mi termo, abollado, pero con el interior intacto, me arrastré hasta donde estaba mi amigo. ‘¡Marco! ¡Marco!’ Tardó unos minutos en despertar. ‘¡Pinche susto, cabrón, creí que te habías muerto! Toma, dale un trago al café, para que te termines de espabilar’. Sus ojos se abrieron redondos, brillaban. ‘¿Qué pasó?’. Trató de levantarse, pero volvió a caer. ‘Te golpeó una viga, está todo derrumbado, no te muevas’.

“Quise quitarle la sangre y el polvo de la cara, pero lo que logré fue embadurnarlo más. Me quité la camisa, la mojé con café para limpiarle la herida.

“‘Tenemos que ayudar a los otros’, murmuraba. ‘Tenemos que ayudar a los otros’. ‘¡Cómo chingados! Si estamos atrapados’, le dije. ‘Haz ruido, golpea una piedra con otra, ¡ayúdame a escarbar!’”, gritó.

“Clavé y arrastré las manos, una y otra vez entre aquel montón de tierra, carbón y madera hasta que los dedos me sangraron. No encontraba ningún fierro y ya iba a darme por vencido cuando sentí

algo frío en la punta de los dedos: era parte de un pico. Lo saqué tras mucho batallar, estuve golpeando contra una piedra largo rato, deseando que alguien arriba lo escuchara, que supieran que estábamos vivos.

—¿Qué había del sistema de ventilación? —quieres saber mientras esperas—. El gerente de la mina nos dijo a los familiares y reporteros que tenían aire suficiente para sobrevivir.

—No sé bien, sólo sabíamos que la ventilación podría dar aire mientras funcionara, pero no por cuánto tiempo. Aunque los de la minera dijeran que los aparatos estaban en buenas condiciones, la verdad es que no teníamos idea y en los tanques sólo había oxígeno para seis horas, ¡seis pinches horas no son nada! De milagro no se tronaron con todo el desmadre.

“Después de largo rato y de que ya las manos se me habían hinchado de tanto golpear contra la roca sentí que me aplastaban aquí, en el mero centro —y señala su pecho—. Me empezó a faltar el aire y como que la vista se me iba y venía. Sentía que me ahogaba, que me iba a desmayar, imaginaba que me estaba muriendo ahí en ese pozo y volví a chillar igual que los mocosos de barrio cuando se agarraban a golpes. Comencé a gritar. ‘¡Cabrones, cabrones! ¿por qué nos dejaron aquí?’. Quería gritarles a todos, gritarles a los dueños de la mina, a los pendejos del sindicato y al gobierno. ¿Cómo podían tenernos así? ¿Cómo podían dejarnos? No me quería morir. No ese día, ni en ese hoyo. El psicólogo dijo, cuando me comenzó a ver, que me dio un ataque de pánico. Marco no lloró en ese momento y a mí me cargaba la chingada. Yo creo que como ya había pasado por otros caídos pudo controlarse, saber qué hacer. ‘Tranquilo, Indalecio, mejor sigue tú moviendo piedras y yo haré ruido. Respira despacio’, me decía, ‘tranquilo, tranquilo’, me repetía. ‘Para qué’, le contesté, ‘si ni siquiera sabemos dónde queda la pinche salida’. ‘Da igual’, murmuró, ‘si no es para salir al menos para ver si sobrevivieron otros compañeros más adentro de la mina’.

‘¿Y si están muertos?’ ‘No importa, lo que no podemos hacer es quedarnos sin hacer nada. Ándale, sigue moviendo piedras’.

VAHO GRIS

Mientras desayunan, Carmina recuerda que la urna de Ada sigue en su habitación.

—¿Ya están listos para depositar las cenizas de su abuela?

—Con el reportaje de la mina lo olvidé —se lamenta Bernardo—. ¿Podrías hacer los arreglos para que las depositemos hoy por la tarde?

A Violeta y Carmina les parece buena idea.

—Cuando te vayas a la mina déjame en la parroquia para hablar con el padre. Yo caminaré de regreso a casa.

—Está bien, tía. Sólo que tardaré un poco antes de irnos, necesito elaborar unas notas para el artículo que tengo que enviar hoy.

Sobre la mesa del comedor, Bernardo extiende fichas en las que anota información de los implicados en la explosión de la mina 8. Abre el buscador en la computadora para complementar cualquier dato faltante.

Sobre Germán Larrea escribe que es propietario de Grupo México, Industrial Minera México, mina Pasta de Conchos, Compañía Mexicana de Cobre, entre paréntesis Nacozari Sonora, por último, de la Compañía Mexicana de Cananea y de nuevo entre paréntesis: Cananea Sonora. Busca en internet y descubre que en 2001 fue reconocido por la revista *Forbes* como uno de los hombres más ricos en el mundo y segundo hombre más rico en México. Le indigna que un hombre con tal poderío económico descuide las condiciones de trabajo de sus minas. ¿Sabrá cómo son esas condiciones? ¿Es suya la responsabilidad? ¿Ha visitado la mina,

habrá entrado alguna vez hasta las frentes largas? ¿O son los subalternos quienes mantienen esas condiciones por el deseo de entregar buenos informes económicos? Da un sorbo a su café, lo endulza un poco más. Nunca le ha gustado el sabor cargado. Da clic en imágenes de Germán Larrea Mota Velasco y encuentra fotografías de quien le parece un hombre bonachón. El cabello claro, la mirada diáfana y una sonrisa que bien podría pasar por la de Santa Claus, salvo en algunas, cuando aparece serio.

Encuentra un artículo que habla sobre el financiamiento a la campaña presidencial y de su participación como consejero de la Fundación Vamos México, también menciona que ocupa un lugar como miembro en el consejo de administración de Televisa y que al parecer estos hechos le permiten privilegios e incumplir las disposiciones y normas de seguridad en sus minas.

Bernardo recuerda su intento de lograr una entrevista con Larrea y cómo su petición se estrelló con una negativa. Al preguntar por él a las familias de los mineros le dijeron que no lo conocían, nunca lo habían visto en la mina. Constata una vez más que los poderosos no suelen conocer la realidad de las personas que trabajan para ellos.

En otra ficha anota la declaración de Carlos Pavón Campos, que señala a Pedro Isaac Camarillo Adame, delegado de la Secretaría del Trabajo en Coahuila, como el responsable de que durante diecinueve meses no se resolvieran puntos de inseguridad en Pasta de Conchos, detectados y denunciados formalmente, y pieza clave para que la concesión fuera a dar a manos de Industrial Minera México. Eso significaba para la minera una utilidad de \$550 millones de dólares anuales. Bernardo deduce que está frente a un entramado político y empresarial muy fino.

Para defenderse, el secretario de Trabajo y Previsión Social, Francisco Javier Salazar afirmaba durante una entrevista que “los mineros se la truenan para bajar a la mina”, sugiriendo que ellos mismos podrían haber provocado la explosión. De ser cierto, entonces la responsabilidad podría compartirse, pero Bernardo lo duda. Le parece más bien una defensa débil sobre la responsabilidad que le fincarían también a la Secretaría del Trabajo

por no cumplir con la revisión de la mina. En esta tragedia hay muchos implicados y ninguno tiene las manos limpias.

Por otro lado, anota que Humberto Moreira, gobernador de Coahuila, exige a Industrial Minera México que asuma sus responsabilidades, acusa la corrupción a la Secretaría del Trabajo y lamenta que Salazar se haya negado a reconocer la recomendación enviada por la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, para indemnizar a las familias de las víctimas en Pasta de Conchos.

Aunque indemnizarlas no cubrirá la ausencia ni el dolor de las familias; no devolverá los esposos a sus mujeres, ni los padres a los huérfanos, ni los hijos a los padres, pero al menos aliviará un poco sus circunstancias.

Algo que le dijo Guadalupe al entrevistarla fue que Napoleón Gómez Urrutia, el líder nacional del sindicato minero, nunca ha visto por los intereses de los trabajadores. Y que para ellos ésa era la mayor traición. Porque si alguien debió haber verificado que se cumplieran las condiciones de trabajo debió ser él. Él que se la pasa viajando y nunca pone un pie en la mina.

A Bernardo se le va la mañana haciendo anotaciones, ya es tarde para buscar a Guadalupe Sanjuan. Había acordado verla a las nueve y ya casi es mediodía. Avisa a su tía Carmina y juntos salen de la casa.

Bernardo detiene el Civic frente a la puerta principal de la parroquia para dejar a Carmina. La ve alejarse entre un vaho gris que comienza a clarear. Nota que algo ha cambiado en su tía desde el funeral de Ada. Algo para bien; sin embargo, no atina a definir qué.

Carmina entra a la oficina parroquial, pregunta por el padre Francisco, lo encuentra arrodillado en la primera banca de la iglesia. Se planta enfrente.

—¿Qué pasa, Carmina?

—Necesito depositar las cenizas de mi hermana hoy en la tarde. ¿Me pueden abrir el nicho? —el párroco asiente y vuelve a sus oraciones—. ¿No se le olvidará? El otro día se le pasó un bautizo.

—No lo olvidaré, Carmina, a ti es imposible.

Ella aprovecha que está en la iglesia y baja a ver a Blanca. Una luz tenue se cuelga por la puerta que da a la cripta. Se recarga en la

fila de nichos y levanta la vista hasta el de su familia. “Ya no estará sola con papá, por la tarde le traeremos a Ada”, susurra a su madre. “Desde hoy su hija consentida les hará compañía. Sí, mamá, aquí estará con usted durante toda la eternidad o hasta que estos nichos sean derrumbados para construir algo nuevo encima, hasta que no quede nadie que nos recuerde y sólo seamos nombres grabados en frías placas de bronce. No se preocupe mamá, nadie va a tumbar la iglesia. No, no la quiero mortificar, ya me conoce usted. ¿Cómo cree que la voy a engañar? De ninguna manera. Ya me ha dicho varias veces que las ánimas no se pueden separar más que unos metros de sus lugares de reposo. Lo tengo bien entendido. Ahora le cuento que Violeta, la hija de Celeste, ya está en casa. Vino con Santiago su marido. No, no es mal hombre, algo soso a mi modo de ver. Le digo que no se preocupe, es buen hombre en el fondo. Hoy anda usted muy nerviosa, ¿qué le pasa? Las angustias y sus cuitas déjemelas a mí, yo cargaré con ellas como hasta ahora, pero usted descance tranquila. Sus días de andar agobiada ya pasaron”.

De regreso a casa cavila sobre los sucesos de esos días. Cruza sin ver la casa de los Calderón, olvida el recuento de rencores que tantos años ha albergado contra ellos. Hasta el acostumbrado escupitajo con el que mancilla su impoluta fachada se queda en su garganta. Su familia ocupa todos sus pensamientos y sonrío cuando nota que pasó de largo a sus eternos enemigos. Al verla entrar, Candelaria se sorprende. Hace mucho que en Carmina sólo se ve un semblante huraño, pero ahora las comisuras de sus labios suavizan sus facciones, sus ojos brillan, su mentón se eleva; no es la misma de semanas atrás.

Por fin, se alegra Candelaria, por fin.

Después de dejar a Carmina en la parroquia, te diriges hasta la reja de la minera, te sumas a la estela de personas que avanza ansiando alguna información. Te cueles entre ellos, algunos huelen al humor que suma a los días sin baño la angustia exudada por los poros. Observas su enojo, su desesperación, no hay emoción ausente entre esa marabunta que exige les devuelvan a los suyos, que los quieren vivos, muertos o fulminados, pero que se los entreguen. Buscas entre la masa de gente el rostro de Guadalupe. Muchos enfundan el rostro en los ponchos y asoman sólo los ojos.

Te admira cómo ya hay mesas con comida, un altar con una Virgen de Guadalupe y multitud de estampas y veladoras. Detienes el paso frente a esas pequeñas lenguas que imaginas cómo deben iluminar la noche y te hace pensar en los túneles lamidos por el fuego, en los cientos y miles de carboneros que han perecido en la entraña de la tierra.

Durante algunos ratos libres habías investigado sobre los muertos en las minas de la zona carbonífera. Sabías que alrededor de mil quinientos mineros habían muerto en la primera década del siglo xx. Ciento cincuenta al año en promedio. Recuerdas la historia que te narró Carmina sobre su abuelo Blas Pérez Mendoza. ¿Cuántas de estas muertes habrán sucedido antes de que lo asesinaran para quitarle las tierras? No estás seguro, te parece que la carta en que murió estaba fechada en 1916 y en tu corazón se siembra una inquietud: averiguar más sobre la historia de tu familia. ¿Sería Blas

Pérez Mendoza responsable de estas muertes, así como ahora lo es Germán Larrea?

No encuentras a Guadalupe entre el gentío, te parece extraño. Llegas hasta la reja, caminas hacia los costados, no la ves por ninguna parte. Hurgas en la camisa y extraes el papel con su número de teléfono. Una voz cansada responde al otro lado, es Guadalupe quien contesta. Le das una excusa por haber llegado tarde.

—No se disculpe, Bernardo, no me halló porque ya suspendieron todo.

No entiendes lo que te intenta decir.

—¿Qué suspendieron?

—El rescate de los mineros, Bernardo. Ya los dieron por muertos.

Dudas de la información, es una noticia que no esperabas. Sabes que no tiene sentido que en tan poco tiempo hayan suspendido las labores, porque bien pueden estar todavía en la plancha de la bocamina, en algún túnel o escondidos en el elevador de cangilones. Piensas que tal vez la empresa oculta algo que no desea que salga a la luz, una de esas circunstancias que les pueden fincar responsabilidades en el siniestro. Quizá sean las condiciones de la mina. Tendrás que averiguarlo.

—¿Me permite ir a verla, Guadalupe? Si no le incomoda.

Ella te da las indicaciones para llegar. No dista mucho de la mina, por lo que en pocos minutos detienes el Civic frente a una puerta pintada de azul cielo, desteñida por el sol que le pega de frente.

Adentro, Guadalupe y su hermana Rosario ocupan el único sofá en la casa de dos habitaciones. Nadie más la acompaña, quienes tienen algún familiar en la mina esperan junto a la reja con la esperanza de que les regresen a los suyos.

Desde el fondo del cuarto contiguo emerge un quejido, una joven empuja con dificultad las ruedas de su silla.

—Soy Micaela —extiende una mano para saludarte y tú enmudeces, no esperabas encontrarte una situación tan dura. La dulzura de sus ojos eclipsa el par de delgadísimas piernas que duermen en la silla. Su entereza te desarma y le sonríes.

—Así la dejaron los desgraciados que la violaron —Rosario se acerca a murmurarte al oído—: la dieron por muerta, pero ella es

fuerte.

Guadalupe la fulmina, no desea agrandar el dolor que ya cargan, quisiera borrar aquel día, regresar en el tiempo, modificar esa fugaz fracción de segundo, el regaño a Micaela porque se acabó las tortillas, mocosa tragona; y el manazo que enrojece la tierna piel de la mano, la orden de ir por maíz al molino que está a tres cuabras para hacer más tortillas y el paso de las horas sin que su niña aparezca: la búsqueda durante cuatro días para encontrarla bajo un arbusto, marcados tobillos y muñecas porque los infelices amarraron el delgado cuerpo de la niña de once años, no se les fuera a escapar. No quiere recordar la mirada de pánico grabada en esos ojos inocentes, el cuerpo desnudo, amoratado por los golpes, la delicada vagina rota hasta el ano y la columna partida, porque de seguro eran corpulentos, quizá obesos, y el pequeño cuerpo no aguantó las embestidas que se repitieron durante dos días.

Micaela no recuerda aquel día, su mente infantil dejó caer una manta sobre la memoria y ocultó ahí esos días infames. Sólo un retazo permanece, el repudio a las tortillas. No puede verlas, el olor a nixtamal le induce un sudor frío por los poros. En esa casa no se cocinan tacos, tostadas, chilaquiles, sopas ni platillo que en su elaboración necesite tortilla de maíz.

—Cómo haré para sobrevivir sin mi Marco —gime Guadalupe—. Él había elegido el turno de noche para ayudarme durante el día a subir y bajar a Micaela de la vieja camioneta, llevarla a la escuela, a las terapias del DIF que nos quedan tan lejos.

—No estás sola, mamá, me tienes a mí —la voz dulce de Micaela hace que todos agachen la mirada.

El nudo en la garganta casi te impide seguir. Te enfurece la situación en que viven, el saber que tal vez quedarán solas, quisieras darte la vuelta y salir de ahí, pero te tragas todo y continúas. Pinche oficio. ¿Pedirá la indemnización, Lupita? Esa información también es noticia y debes averiguarla.

—No puedo pensar ahora en dinero —te responde—, lo que quiero es que me devuelvan a Marco.

—Tiene razón, Lupita, pero ya hay gente organizándose y es importante que usted lo sepa por si se decide a pedirla. Cuando lo

deseo puedo acercarla con los líderes de las familias que buscan la indemnización.

Aceptas el plato de frijoles con arroz que te ofrece Rosario y apagas la grabadora, es media tarde cuando dejas atrás la historia de Guadalupe, de Micaela y de aquel gigante negro que guarda en sus recovecos las vidas de esos mineros que cuatro noches antes bajaron a la mina.

Subes al Civic aún molesto contigo mismo y aceleras porque debes ir con Carmina y Violeta para depositar en el nicho las cenizas de Ada.

Carmina se aproxima al tocador. Se sienta en el taburete y clava la mirada en la urna que reposa sobre la cómoda. Le asombra que el misterio de una vida y su inmensidad de detalles pueda caber en un lugar tan pequeño. Hueso, músculo, piel añeja y una cabellera indómita. La danza, los sueños y decepciones, sus amores. Todo reducido a polvo cenizo. Sus dedos buscan bajo el taburete, se detienen en el larguero de una esquina que le servía a Ada como escondite, y toma las cartas que extrajo en casa de su hermana. Toma el fajo, desata el cordel que las ha mantenido unidas durante décadas imposibles. ¿Cómo es que todo este tiempo las ha tenido guardadas? Abre la primera, el papel rosa claro cruje, como si se resistiera a revelar su contenido. El polvo acumulado flota en miles de pequeñas motas que la hacen toser.

Se da cuenta de que está a la puerta del mundo de su hermana. Un universo cerrado y desconocido. Nunca como entonces la asalta cierta sensación de pecaminosidad. Teme que por un artilugio Ada se materialice de las cenizas que habitan la urna. La imagina un espectro capaz de recriminar su atrevimiento. Un espectro desarticulado. Voz sin palabras que protesta con un grito inaudible. La intimidad del otro es un espacio sacro. Inviolable. Carmina lo sabe, pero la urgencia por descubrir los secretos de Ada es mayor. Hay demasiadas incógnitas, demasiados silencios, trampas de la suposición tejidas en el tiempo. Por su memoria deambulan esas inequívocas palabras, apelativos que tantas veces escuchó decir a su padre: libertina, mala hija, desvergonzada. Reflexiona en la fuerza

de las palabras que se quedan tatuadas en el alma como ahora lucen algunas grabadas en la piel. Una palabra es suficiente para marcar la vida de una persona.

Carmina lucha con las cartas entre las manos, camina inquieta por la habitación. Se asoma por la ventana, no tiene nada de malo atisbar en ellas, no sería lo mismo si Ada viviera, pero ya no está; leerlas no le hará ningún daño. Aunque es su intimidad; *a ti no te gustaría que alguien se asomara a tus secretos*. Cierra los ojos y apela a su razonamiento para convencerse de que casi puede escuchar la voz de Blanca musitando la letanía de inconvenientes de sucumbir a la tentación, hasta que acalla esa exigencia que la invita a no ceder a la curiosidad. Empieza a leer.

2 de octubre de 1953

Estimado en Cristo:

Muchas gracias por escuchar mi confesión de ayer. Sus palabras siempre son un bálsamo para mi espíritu. Nadie comprende estas inquietudes que como a san Pablo son un aguijón que atormenta mi carne por las noches y de las que sólo puedo hablar con usted. Me dejó muy tranquila al decirme que es normal que tenga una imaginación desbocada y que sentir la tentación del noveno mandamiento no es pecado. Trataré, como me indicó, de no ceder a las instigaciones que me hace el demonio. Que Dios lo bendiga siempre.

Suya en Cristo,
Ada

Cuando termina la nota, la furia le empaña los ojos. “¡Qué espíritu atormentado, ni qué ocho cuartos, Ada! ¿Te sentías incomprendida? ¿De qué hablas con ese aguijón que te atormenta por las noches? De seguro te le estabas ofreciendo al padrecito ése. Además, tú eras la más feliz y libre de esta casa. No es cierto, Ada, no eras infeliz. Cómo podías ser infeliz si todos te querían”. Carmina recuerda la risa

de su hermana flotando entre los muros de las habitaciones, haciendo eco en cada esquina. La ve cruzar como exhalación, el vestido con los holanes al vuelo y las calcetas dobladas al tobillo. Ada tenía las piernas tersas, a diferencia de las suyas pobladas de pelillos. Muchos eran los contrastes que hacían destacar a Ada sobre ella. Ada bailaba y tocaba el piano con gracia. Ella carecía de coordinación y de oído musical, motivo por el cual era invitada por sus padres a aplaudir el talento de su hermana. Como en cualquier familia, las discordias levantaron un muro invisible entre ellas. Cada vez que sus padres le pedían que reconociera las habilidades de su hermana se colocaba un ladrillo de esa muralla. La única cualidad con que Carmina destacaba era la destreza para embellecer, con aguja e hilo de color, un desabrido lienzo de tela. Admirables manteles surgían de su paciencia y cuidado para bordar servilletas y carpetas con estampas coloridas que adornaban la mesa del comedor y las consolas. Las mesas de té se cubrían con margaritas, tulipanes, enredaderas y, en la época navideña, con cárdenas nochebuenas. Tras la partida de su hermana y la pesada oscuridad que cubrió el ánimo de sus padres, Carmina guardó en el fondo de su cómoda el cestillo con hilos y agujas, hasta el día en que decidió vengarse de todos y bordar sus nombres.

Con dedos temblorosos abre otra carta, está fechada en el cumpleaños de su hermana, el día que cumplía dieciocho años.

15 de febrero de 1954

Muy estimado en Cristo:

Cuánta alegría me causaron sus palabras, yo sabía que usted tenía los mismos sentimientos que yo, pero que no se atrevía a confesarlos. Ya no me puede engañar porque le veo en los ojos el afecto que siente por mí. Entiendo que no puede comprometer su apostolado, pero algo tendremos que hacer. Anoche no dormí, la vigilia se llenó de su voz. No puedo aguardar a verlo en casa durante la cena de esta noche. Estoy

segura de que mis papás no sospechan nada. Nadie imagina este afecto nuestro.

Suya en Cristo,
Ada

Carmina recuerda aquella noche. Sus padres organizaban una cena familiar para celebrarla. Ada había insistido en que invitaran a El Cura, y cómo no iba a ser así, con tantos detalles de bondad que había tenido para con la familia. Siempre cercano, tan querido y respetado por todas las familias de Nueva Rosita. Sería un honor que asistiera. Y acudió puntual, engominado y perfumado. Sus padres lo sentaron a la mesa entre su madre y su hermana.

“¡Me utilizaste, Ada!”. La carta tiembla entre sus manos. “Era una niña, cómo se te ocurrió pedirme que le entregara otra nota de tu parte antes de irse. Tu desfachatez me asombra aún ahora. Siempre creí que El Cura había abusado de ti sin más. ¿Quién sedujo a quién, Ada? ¡Cómo que sólo se dio! Esas cosas no se dan solas, se urden con pequeños detalles, cercanías, halagos, intereses comunes, reales o inventados, para acaparar la atención del otro. ¿Que sólo seguiste a tu corazón? ¡Boberías de adolescente mimada!”.

Sin darse cuenta, Carmina, que desde hace décadas no le dirige ni un saludo, habla con su hermana. Un reclamo basta para dejar salir las palabras en furioso tropel. “Traidora. Te admiraba tanto, prometiste que siempre estaríamos juntas. Eras la perfección que nunca pude tener y aun así no fuiste capaz de pensar en nadie más que en ti y tus impulsos adolescentes. Que no fue tu intención herir a nadie. Debieron nombrarte como se predijo: ¡Colorada! Rojo carmín, como yo, porque así eras por dentro”.

La costumbre de imponerles nombres coloridos venía de una lejana tía abuela por el lado materno que había insistido en que las mujeres de la familia poseían cualidades asociadas a los matices de color. Por eso en el linaje femenino de su familia abundaban las Rosa, Lila, Alba, Escarlata, Marina, Magenta, Lavanda, Azul, Siena o Nubia. A su hermana le predijeron que tendría un espíritu apasionado y sereno, su aura era morada. En ella el rojo de pasión

sería amortiguado por la calma azul, su color expresaría delicadeza, sensibilidad estética, magia y misticismo —*coincidentia oppositorum*—; sin embargo, Blanca decidió que ni Colorada ni Morada, la nombraría sólo con la parte final de esas palabras. Para sí misma y para los demás su hija mayor se llamaría Ada. Carmina siempre creyó que ese cambio habría sido el causante del funesto destino de su hermana.

El sonido familiar de la puerta principal al cerrarse la saca de sus cavilaciones. En los pasos que se acercan reconoce a Bernardo. Dobla la carta de golpe, la introduce en el sobre. Con premura ata de nuevo el fajo de cartas y las coloca bajo el taburete. Toma la urna, ligera como Ada en vida, baja con cuidado la escalera de madera, los peldaños crujen bajo su peso.

Bernardo toma a su tía de la mano en la misma forma que hiciera con Ada tantas veces: como si protegiera un objeto frágil. Abre la portezuela y sostiene la urna, hasta que Carmina está en el asiento con el cinturón asegurado, entonces se la entrega de nuevo. Violeta y Santiago se sientan atrás.

Como si la presencia de Ada les infundiera respeto, recorren en silencio el trayecto hacia la parroquia. Carmina lo ha andado a diario desde hace treinta años, sabe dónde están los muros con grietas, cada cuarteadura en la acera ha atestiguado la algarabía del ir y venir de niños, la emoción de parejas de novios que se roban besos furtivos. Conoce el tono amenazante de don León cuando le grita a su esposa y las notas melódicas que flotan desde la ventana de la casa marcada con el 126. A la distancia, y tras el cristal de la ventana, su barrio le parece distinto. Como si la distancia le diluyera el sentido de pertenencia.

Se detienen frente a la entrada de la iglesia. El párroco los espera en la acera.

—Ya se me hacía que me iban a dejar plantado. Pasen. Supongo que son los sobrinos nietos de Carmina, siento mucho la muerte de su abuela.

Mientras descienden a la cripta, a Bernardo lo asalta de nuevo el recuerdo de los últimos días de Ada en el hospital. Vívidas, recalcitrantes, las imágenes emergen como si el tiempo se hubiera

suspendido hasta ese instante en que los restos de Ada, su madre-abuela, ya no estarían entre ellos.

Resuenan las primeras palabras de su abuela al llegar al hospital:

—Mándeme a casa, doctor, porque aquí no dan buena comida, además, los hospitales son como las minas de carbón que pueblan mi tierra, una vez adentro no se sabe si se ha de salir.

El joven médico, rubio, rizado, bajo de estatura y residente a todas luces, que los había recibido, sonrió con nerviosismo. Quizá habría asumido que las posibilidades de una paciente de esa edad eran escasas.

—Vamos a revisarla, doña Ada, y si todo va bien hoy mismo la daremos de alta.

Cuando la llevaron a hacer los estudios, Violeta había insistido en acompañarla hacia el interior, hasta donde estaban las máquinas para las tomografías. El contraste revelaba un gran número de coágulos que se alojaban en la parte externa de los pulmones. Pasaría de inmediato a cuidados intensivos. Contra cualquier reacción habitual en Ada, en esa ocasión no se quejó. Ni una palabra de sarcasmo, ni una burla velada, ninguna alusión que trasluciera su temor de ver cumplida su sentencia sobre los hospitales: una vez que entras, no sabes si vas a salir.

Durante dos días su evolución fue buena, bromeó sin cesar y comió lo que le trajeron. Un desfile de médicos entraba y salía a revisarla en cada turno: residentes que desbordaban alegría o solitarios especialistas esperanzados en su recuperación, hasta que al amanecer del quinto día uno de ellos observó que la mitad de su cuerpo se había paralizado.

Llamaron a Violeta y Bernardo. El cónclave de galenos no les dio muchas esperanzas. Violeta se deshacía las manos.

—Hagan algo, no podemos dejarla así —lloró.

Les ofrecieron tres opciones. La primera era dejar a su cuerpo luchar y que el curso de los coágulos la asfixiara eventualmente. Otra era insertar una sonda directo a su cerebro para drenar la sangre y

esperar a ver su reacción, la anestesia sería local. La última opción era realizar una cirugía para aspirar directamente la hemorragia, aunque implicaba anestesia general e intubarla, había mayor posibilidad de que tuviera una leve recuperación si todo salía bien con la cirugía; sin embargo, no sabían si respondería a la rehabilitación para mejorar la parálisis.

Ada ya los había alertado de que no quería ser intubada.

—A mí no me van a dejar como vegetal para satisfacer su egoísmo, mi poeta. Por ningún motivo permitas que aten mi vida y mi boca a un insípido tubo —había dicho.

Bernardo la imaginó paralizada, fundida a una silla de ruedas y la idea le repelió. Sabía que no se los perdonaría.

De las tres opciones que los médicos ofrecieron eligieron la intermedia, la menos invasiva. Lo harían de inmediato, ahí mismo en el cubículo de cuidados intensivos.

Todos sabían que Ada era vanidosa. Le gustaba que la vieran bien vestida, maquillada con cuidado, las uñas rojas, impecables. Por esa razón se impresionó al ver rapado un cuadrante en su cabeza. A pesar del drenaje cerebral que le colocaron para aminorarle la presión, su condición se había deteriorado al paso de los días.

Bernardo se sentó junto a su cama cuando terminaron la intervención. Ada abrió los ojos, aspiró profundo, hizo un esfuerzo por enderezar la espalda.

—Hoy —susurró.

—¿Qué dices, abuela?

—No terminaré el día, —masculló con lentitud—. Tendrás que ir a la casa en Rosita —hizo una pausa larga, sus ojos se vidriaron—. Habla con el notario.

—Lo haré, abuela.

Su pecho apenas subía, el aire que llegaba a sus pulmones era tan poco y aun así luchaba.

—Él te dirá qué hacer —sus párpados se deslizaron y una media luna ocultó aquellos ojos perdidos en la penumbra. Sus dedos languidecieron, se soltaron al perder la consciencia. Las venas realzaron la transparencia de su piel como papel de china incapaz de contener el torrente sanguíneo. Palidecía por segundos.

—Ada. ¡Abuela! —Bernardo sintió pulsar la sangre con fuerza en sus sienes. Salió a buscar a la enfermera, a un médico. A cualquiera que remediara lo que le sucedía.

—Ya van para allá —dijo tranquilamente una joven enfermera.

De vuelta con Ada besó sus dedos con reverencia, con deseos de reanimarla.

Tres batas al vuelo entraron de prisa. Guillermo, el rubio residente de ojos claros que a la vuelta de dos semanas en el hospital ya le había tomado cariño a la abuela, la especialista en cuidados intensivos y el cardiólogo.

Sacaron a Bernardo al pasillo y en su prisa no cerraron las cortinas. Con voz fuerte la llamaron por su nombre, esperanzados en que ella respondiera. La doctora descubrió sus piernas: dos hebras delgadas, blancas, escurridas de carne. Pasó una pluma de fierro por la planta de sus pies, presionó un dedo, no hubo respuesta. La doctora levantó la bata hasta dejarla debajo de la barbilla de Ada. Unas cuantas hebras blancas cubrían su pubis. Ese monte elevado coronado de escarcha gobernaba un vientre hundido, pegado a la columna vertebral. Colocó su pulgar entre el espacio donde tiempo atrás se elevaron los jóvenes pechos de Ada, siempre exhibidos bajo el escote, urgidos de una caricia, y ahí oprimió con fuerza. Repitió la presión dos veces más. Ada no reaccionó.

Los médicos se le acercaron.

—¿Cómo está? —y más que una pregunta, era el ruego de quien desea oír una realidad alterna a la que se tiene delante, la que no se desea aceptar. La oración del que espera contra toda gnosis.

—La ausencia de reflejos indica que no hay actividad neuronal. Lo siento mucho, ya no podemos hacer nada más que mantenerla cómoda, será cuestión de horas.

Bernardo entró de nuevo al cubículo. Su respiración agitada y la boca abierta deformaban ese rostro al que se había acostumbrado desde niño. Los ojos oscuros y hondos que le leían poemas estaban cerrados, a pesar de que bajo los párpados danzaban, como si a través de la delgada piel intentaran verlo, con toda esa angustia en la que se debatía. La única certeza que tenía Bernardo era que aquel promontorio de huesos no era Ada. Ella ya no estaba en ese cuerpo.

La inconsciencia se había robado casi toda su vitalidad y, sin embargo, una de sus manos se negaba al sosiego. Subía y bajaba, sus dedos se crispaban como si quisiera asir algo huidizo. Como si una parte luchara por mantenerse en su espacio de arte y danza. Bernardo se desesperó de ver ese último vestigio de aquel espíritu batallador. Tan pronto regresó el médico le mostró los movimientos de su mano derecha que, para ese entonces, jalaba las sábanas, las levantaba y dejaba ver su cuerpo lacio.

—Le aplicaré un sedante —dijo para tranquilizarlo, ya no sentirá nada.

El líquido pasó de una jeringa al catéter de su brazo izquierdo. De ahí al torrente sanguíneo, del torrente a las fibras neuronales, a las terminales nerviosas, a la nada. Pasaron cinco minutos y el brazo de Ada reposó inerte junto a su cuerpo.

Es hasta ese instante cuando a Bernardo lo sacude la realidad: Ada ha muerto. El funeral, la misa, el regreso a Rosita y el encargo de cubrir la nota sobre el siniestro en la mina se habían sumado para adormecer su dolor.

Dicen que los padres no deben ver morir a sus hijos, piensa Bernardo, que no deben sufrir ese dolor, pero a mí nadie me enseñó cuánto sufren los hijos al perder a sus padres o los nietos cuando ven morir a sus abuelos. No me dijeron que con ellos moriría mi pasado, se escurrirían las historias de las generaciones que dieron sus llantos; sus noches y sus querellas; sus aspiraciones, sus planes, su nada y todo para formar cada partícula que soy. Tampoco me dijeron que sentiría la orfandad, despojado de la línea que me conectaba con los que fueron antes que yo. Sin un hilo que me ate a nadie. Como una rama arrancada de su tronco y dejada a la vera. Sólo para ver en el tiempo si enraíza y crece, o se seca y pudre.

Con que éste es el lugar donde, según Candelaria, su tía pasa tantas horas; a Bernardo le asombra la lobreguez de la cripta. El párroco toma la urna con las cenizas de Ada y la coloca frente al altar, junto

al cirio pascual. Abre el *Ritual de exequias cristianas* y lee en voz alta las oraciones iniciales.

Siente un bloque de concreto oprimiéndole el pecho, es la sensación de pérdida y orfandad. Sabe que Ada, más que su abuela ha sido una madre, y la dejará en ese nicho, en ese espacio minúsculo que, desde ese día la albergará en silencio. Piensa que la muerte es silencio, ausencia de esos sonidos que distinguen a cada persona, de sus resonancias. El tono de voz, la manera de reír, la música que disfruta. Extrañará la llamada diaria, la relacionará en cada timbrado y por un tiempo una explosión de dolor agitará su pecho. Le dolerá su ausencia como duele la carne herida.

Para Carmina es un alivio el que su hermana finalmente esté cerca. Se duele por su muerte y, sin embargo, recrimina su propia testarudez, esa pétrea actitud de alma ofendida con la que levantó entre ellas un muro tan alto como la Huasteca. De alguna parte profunda emerge algo como el arrepentimiento. Justo hoy que ya no puede hacer nada, justo ahora que es imposible pedirle perdón. De pronto se da cuenta de que Ada no la abandonó. Fue ella quien le cerró la puerta, ella la que en su obstinación la dejó a su suerte, sin importarle la dificultad que enfrentaría para salir adelante y criar sola a su hija. El descubrimiento la abruma. Se da cuenta de que su vida ha sido un descenso hacia la oscuridad para quedar atrapada en un lugar del que no puede salir. En una oscuridad que la ha agobiado durante largas décadas, un sitio profundo de rencor hacia todo y hacia todos.

Bernardo ve de reojo a Violeta y a Santiago. Su hermana recarga la cabeza en el hombro de su marido. Él no muestra ningún signo de dolor. Quizá haga un juicio temerario, pero le parece que ellos cumplen una obligación, más que sentir la pérdida de Ada como la experimenta él. ¿Será que ellos tienen una familia en quien pensar y él no? Tal vez su mente está allá donde dejaron a sus hijas.

El rito continúa y ninguno escucha al oficiante hasta que notan que las exequias están por terminar y la voz del sacerdote se vuelve un susurro.

“Amén”, responden sin convencimiento. Agradecen al párroco, Carmina le entrega un sobre con \$500. Bernardo conduce con la

mente llena de asombros y ese sentimiento de orfandad que lo acompañará durante los siguientes meses.

El regreso a casa también transcurre en silencio.

*

El cantinero retira los platos, Indalecio eructa satisfecho y te alarga una sonrisa. Se limpia la boca con la manga de la camisa y acerca su rostro hasta casi rozar el tuyo. Percibes su aliento amargo cuando afirma:

—Metidos allá abajo no teníamos manera de contar las horas — hace una pausa, sus ojos se vidrian, sientes su lucha para dejar salir las palabras.

Las palabras que son memoria y que te hacen sentir coraje. Ese coraje por lo que viste y que va y viene. Es una ráfaga detonada en un recuerdo la que traspasa tu cuerpo hasta erizarte cada centímetro de piel. Sientes todo de nuevo. El enojo, la vigilia agotadora, los rostros atribulados, las horas de angustia de sus mujeres, sus hijos, sus padres, madres, el frío infinito, la bruma blanca, los braseros rodeados de cuerpos ateridos afuera de la mina.

—La garganta nos dolía de estar grite y grite como huercos chancleados —sigue Indalecio—. Todo el pinche cuerpo nos ardía, teníamos las heridas de las manos inflamadas ahí donde la piel se nos había caído. Estábamos metidos en ese pedazo de mina y sólo pensaba en que me sacaran. Cojo o tuerto, quebrado o completo, vivo o muerto, daba igual. Con que no me dejaran para siempre ahí enterrado.

“Marco se pasó la mano por la cabeza. Clarito vi un par de gotas que le brillaban al borde de los ojos. Y no era para menos.

“Nomás de imaginar la angustia que estaría sintiendo Cuca, sin saber si estaba vivo o muerto, me dio fuerzas para volver a golpear la piedra, para hacer ruido, para no dejarme morir.

“Al poco tiempo Marco comenzó a retirar terrones y piedras, como quien agarra un segundo aire. Lo imité confiando en que avanzaríamos hacia el lado de la bocamina. El calor ya era insoportable, no fluía el aire, la piel me ardía y mi estómago me punzaba, hacía ruidos por el hambre. No sabía si habían pasado doce o catorce horas desde el derrumbe, veinte tal vez. Si nos habíamos sentado a comer las gordas como a las dos de la mañana, tal vez sería la tarde del día siguiente. Ya estarían los rescatistas trabajando para sacarnos. O quizá era sólo mi imaginación y apenas teníamos ahí unas horas.

“Luego de un rato la luz de Marco se apagó. Nos quedamos completamente a oscuras. Ciegos y desorientados. Sentí con la planta de la bota de goma el borde de una piedra. Me agaché hasta sentarme y de ahí no me moví por largo rato, metido en mis pensamientos. ‘Marco, Marco, ¿estás bien? ¡Contéstame! ¿Estás bien?’ ‘No, pendejo, no estoy bien’, me gritó enojado.

Ya no le preguntas a Indalecio si quiere otro mezcal, los ordenas al cantinero y te levantas a orinar de nuevo. Él se levanta también, arrastra con trabajo la pierna izquierda, aunque no queda en él ningún rastro de borrachera. El caldo de mariscos les renovó el ánimo.

—A veces a mí también me pasaba que de pronto nomás me encabronaba —comenta tras de ti—, sin saber por qué o de dónde me venía el enojo. Mucho me tardé en descubrir que el miedo me hacía encabronar. Cuando alguna de mis niñas se caía y raspaba sus rodillas la regañaba duro, aunque luego luego me arrepentía y no hallaba cómo consolarlas y era cierto, la huerca lo que deseaba era consuelo no los regaños de su papá.

“Entendí que eso le estaba pasando a Marco, así que mejor lo dejé que se calmara y me callé un rato. ‘No hay bronca, se entiende que estés enojado’. ‘No, no es eso. Estoy enojado conmigo, porque en el chingo de años que tengo trabajando en las minas, me di cuenta de que le valíamos madre a la empresa y nunca hice nada y

ahora ya nos cargó la chingada’. ‘¿De qué hablas?’. ‘Tú sabes que la mina debe tener el ademe con vigas de acero en el cielo y tabiques con muros de mampostería. Entre arco y arco debe haber separadores, aquí no hay, cabrón; si hubiera tenido los separadores quizá la mina hubiera aguantado la explosión, pero seguro se desplomó por no tenerlos’.

“Después de oír todo aquello me quedé callado, pensando en que yo me cambié del pocito dizque porque la mina en ley era más segura. No había más que decir, sólo esperar.

Lo dejas pasar para que orine primero. Te plantas frente al urinal de junto y escuchas su gemido de placer mientras descarga la vejiga.

—Ya me andaba, te dice mientras se sacude.

Al terminar te lavas las manos, Indalecio se pasa de largo hacia la salida.

Pocas cosas intimidan tanto como desvelar el contenido de un testamento. La expectativa, ciega por naturaleza, puede devenir en rotunda decepción o gozosa alegría. Aquella tarde cuando el notario da inicio a la lectura de la última voluntad de Ada, no imaginan lo que ella dejó indicado.

El notario inicia la lectura con los generales de Ada en los que declara ser hija de Miguel Montemayor y de Blanca Pérez Quintanilla, originaria de Nueva Rosita, municipio de Sabinas, Coahuila, donde nació el 15 de febrero de 1936. Soltera, dedicada al hogar, exenta en el pago de Impuesto Sobre la Renta.

Que procreó una hija, Celeste Montemayor Pérez nacida el 10 de agosto de 1955 y que a la presente no vive. Que la descendencia de su hija está formada por Violeta de la Garza Montemayor, nacida el 2 de noviembre de 1978, teniendo el estado civil de casada y Bernardo de la Garza Montemayor, nacido el 18 de octubre de 1980 de estado civil soltero.

Que tiene una hermana, Carmina Montemayor Pérez, nacida el 12 de abril de 1942, teniendo estado civil de soltera.

Que Candelaria Cabrera, nacida el 6 de julio de 1940, de estado civil soltera, ha servido a su familia durante más de tres décadas por lo cual la considera como parte de ésta.

Que nunca ha otorgado testamento de ninguna clase por lo cual, el contenido de este testamento constituye la única y válida expresión de su voluntad testamentaria que es legar a sus nietos y a su hermana el saldo que al momento de su fallecimiento exista en

sus cuentas bancarias, para ser repartido a su nieto Bernardo el 40%, a su nieta Violeta el 30%, a su hermana Carmina el 20% y a Candelaria Cabrera el 10%, que será administrado por el albacea y entregado a discreción de sus necesidades.

El negocio de la danza le había dejado ganancias suficientes a Ada para comprar la casa en la que vivía y hacerse de ahorros. Ellos no saben todavía cuánto dinero tiene Ada, pero la distribución que hizo les parece justa. Candelaria bate palmas y salta de gusto cuando se sabe incluida. Le parece que es la primera vez que la familia la toma en cuenta, aunque si bien su relación con Carmina ha mudado con el tiempo. Ambas se entienden, han aprendido a descubrir en el gesto el aura que las rodea, Candelaria aporta una dosis de alegría, con su risa fácil, a la eterna melancolía de Carmina. Bernardo conoce de sobra las limitaciones de su hermana por lo que cualquier cantidad que reciba sabe que le aligerará la carga. Se asombra de que a él le haya dejado una mayor parte, pero intuye que la decisión de su abuela estará fundamentada.

De la casa de Monterrey, nombra heredera a su nieta Violeta y finaliza: “Todo el menaje será para ella, a excepción de mi colección de libros, que será para mi nieto Bernardo de la Garza”. De la casa en Nueva Rosita, municipio de Sabinas Coahuila, nombra heredera a su hermana Carmina Montemayor Pérez y a su sobrino Bernardo de la Garza en partes iguales.

Violeta ahora sonrío como no lo hizo al escuchar la distribución de las cuentas bancarias. Hasta le parece que su abuela la sobreprotegió. Quizá porque pensó también en su propia descendencia. Descendencia que no está asegurada todavía a través de Bernardo.

La incredulidad se asoma en los ojos de Carmina. Del pasmo pasa al enojo. ¡La casa es suya!, sus padres siempre se lo dijeron, cómo podía su hermana, aunque la hubiera heredado legalmente, dejársela también a Bernardo. ¿Qué pensaba Ada al tomar esa decisión? *Claro, ellos son sus nietos. ¿Y yo? Sólo la hermana perdida entre el arenal de Rosita.* Aunque la pudo haber dejado sin nada. Quizás ésa fue la forma de saber que estaría cuidada, de que ocuparía su lugar en el corazón de su nieto, pero también para

habitar el mismo espacio. La ira primitiva, la que sobreviene cuando las emociones bullen y nublan la razón, cede su lugar a lo que quizá es el primer entendimiento con su hermana. Carmina se sosiega, su corazón se ablanda y ve a Bernardo como una posibilidad en su vida. La posibilidad de vivir el amor filial.

A diferencia de otras lecturas de testamento donde a los herederos la avaricia les despierta resentimientos, o la idea de asesinarse les roza con su seducción, en el de Ada su voluntad es bien recibida.

Santiago les hace saber que regresará con Violeta a Monterrey al día siguiente. Ambos desean estar de vuelta con sus hijas, en particular ella, porque la idea de dejarlas al cuidado de su suegra no la ilusiona ni un ápice. Ese viejo resentimiento acuñado a lo largo de los años ha marcado una distancia entre ellas. Tampoco desea deberle cualquier favor que le restregará en la cara cada vez que la vea.

Anochece cuando salen de la notaría, Bernardo se detiene a comprar tacos para cenar.

—Esta noche no cocinarás —le informa a Candelaria.

La mujer sonrío tras la ventana trasera del Civic mientras ve a Bernardo perderse al interior de la taquería La Gringa. La sonrisa no se despega de su rostro y es que por primera vez se asoma de puntillas a la posibilidad de valer algo. La dignidad humana, axioma para otros, en ella necesita ser demostrado. Y la prueba sería la proporcionalidad directa entre dinero y dignidad. No tiene idea de cuánto le dejó Ada, pero cualquier cantidad será más que los \$300 que tiene enrollados en el raído monedero.

La idea de poder comprar lo que se le antoje le infunde cierta grandeza: el par de zapatos de charol que vio en la zapatería El Camino; un carmín para dar color a sus mejillas y labios; el suéter rosa brillante que vio en El Pasaje Merco. Pregusta el placer de poseer algo largamente anhelado. De comprar algo nuevo. Aunque no tiene mucha idea de cómo podría pedirlos una vez en la tienda. Desde que trabajaba con Blanca y luego con Carmina, siempre se ha vestido con lo que ellas le van dejando. Lo más que ha llegado es a comprar alguna prenda de segunda mano en el mercado que se

instala los domingos en la plaza. Tendrá que aprender. Entrar a las tiendas como si fuera una práctica común, como si tuviera el hábito. Acercarse con paso seguro a la dependienta y pedirle esos zapatos de charol en número seis. Sentarse con parsimonia al borde del asiento, la espalda recta, descalzarse los zapatos raídos, previamente embetunados para tapar las raspaduras y esconderlos bajo la silla. Deberá llevar calcetines para que no le miren los pies negros, duros de callosidades. Y saldrá de la tienda con los zapatos envueltos, listos para ser estrenados el siguiente domingo. Aunque no tenga motivo, nada más para pasearse y que la miren al andar.

De regreso en la casona, los tres se sientan a la mesa.

Candelaria no deja de reír, lo suyo es una euforia que se desborda, muestra todos los dientes, el color y las calcificaciones indican que no han pasado por un consultorio de limpieza en muchos años, tal vez nunca. Pero eso no importa, le basta saber que heredará. Nadie en su familia ha heredado gran cosa. Alguna vez su abuelo, allá en Veracruz, dejó una parcela para cada hijo. Fueron seis. En ese lugar vivió Candelaria hasta que cumplió doce años y su padre la envió a trabajar con una tía en Monterrey. A los catorce huyó con un enamorado hasta Rosita. Sin previo aviso, el enamorado desapareció un fin de semana y desde entonces ella se quedó trabajando para la familia de Carmina.

Carmina apura los tacos de milanese que les compró Bernardo y se despide de él, la inquietud por continuar la lectura de las cartas de Ada no la ha dejado en paz durante el día. Se desliza sobre los hombros el vestido negro y se viste un camisón de felpa gris que ciertas noches le provoca descargas eléctricas, de centellas imposibles, y le dejan la piel salpicada de pequeñas manchas. No está segura si las marcas son leves quemaduras o si ella misma se provoca lesiones por la comezón desesperada.

Se desanuda el lazo que reposa sobre su nuca. La cabellera de liquen se funde en el camisón gris. Toma el paquete de cartas y se deja caer sobre la cama. Desata el listón que las contiene y se prepara a leerlas. Toma una al azar, se sorprende al constatar que no es la letra de Ada. Intuye que es la letra de El Cura y la cierra de inmediato. El corazón le tañe con urgentes badajadas y una vena distendida le atraviesa la sien: una cosa es introducirse en la intimidad de su hermana y otra atisbar en la mente de ese hombre. *Es sólo una carta*, se intenta convencer, además es culpa de él por andarse carteando con su hermana. Teme lo que pueda encontrarse, sin embargo, respira hondo y la abre. Nota por la fecha que es una carta antigua, previa a la que leyó del cumpleaños de Ada. Quizá sea una de sus primeras comunicaciones y no le aporte gran cosa. Aun así decide leerla.

23 de septiembre de 1953

Muy estimada en Cristo, Ada:

No quiero dejar pasar más tiempo para dedicarle unas líneas de gratitud por su apoyo durante la peregrinación por la fiesta del Sagrado Corazón. Alegra saber que cada vez más personas se suman a este importante festejo que nos une en torno al bendito corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Aprovecho para animarla a participar en la catequesis parroquial, nos hacen falta manos entusiastas para llevar al conocimiento de Cristo a los niños que se preparan para hacer su primera comunión. Me alegraría mucho contar con su ayuda.

Suyo en Cristo

Se queda rumiando la última frase. Encuentra en esas palabras la excusa perfecta de El Cura para acercarse a su hermana a la parroquia, cercarla con su presencia, con sus peticiones, con palabras de elogio. La red de una araña para atrapar a su presa. O son sólo palabras inocentes y su mente oscura ve lo que no existe. Como si sucediera en ese instante, Carmina vuelve a esas mañanas veraniegas, cuando de niñas acuden con sus padres a la procesión. Como muchos, se quedan sobre la acera para ver pasar a los matachines con coloridos penachos con plumas de marabú que abrían el paso en las calles adornadas con arcos de flores y papel picado. Danzan al son de los cascabeles. Avanzan, ceremoniosos, por los costados de los tapetes con figuras de aserrín teñido que la gente ha creado durante la noche. Manos laboriosas colocan con precisión el fino polvillo de colores hasta formar enredaderas verdes limón, grecas trenzadas de azul, amarillo y fucsia, rosas rojas sobre fondos púrpura, corazones coronados con espinas y multitud de formas que su mente infantil jamás había imaginado. Tras los matachines, cuatro hombres llevan en andas la figura del Sagrado Corazón resguardada bajo un toldo de tela. Con la mirada baja de profunda devoción, la gente reza el rosario durante el trayecto, elevan alegres cantos dirigidos por una persona dentro de un Volkswagen con megáfono hasta culminar con la celebración

eucarística en la parroquia. La importancia de la fiesta es precedida sólo por la representación, durante la Semana Santa, de la Pasión de Cristo. Fiesta que a Carmina no le agrada, por el contrario, le parece absurdo y casi sacrílego que el hijo de su vecino, o cualquier otro, tome el lugar de Jesús. Muchos años tardó en entender el significado de una representación y hasta entonces evadió asistir a los oficios sagrados de la Semana Santa, en particular el Vía Crucis.

Ahora que lo medita, se da cuenta de que su infancia estuvo incardinada a la actividad parroquial. Ir y venir a misa, al rosario, a la catequesis, a la kermés y llevar pasteles para recaudar fondos, acompañar a su mamá mientras cobra en el puesto y a ella se le van los ojos cada vez que entrega una rebanada de pan vainilla cubierto con un sedoso betún de chocolate como sólo su mamá sabe preparar. Rogarle por la última pieza antes de que algún parroquiano se acerque a comprarla. Sonreír satisfecha y dejar que la cobertura del pan bese su boca, se desbarate entre sus dientes de leche y sombree el borde de los labios. No existía mayor felicidad que ésa.

La memoria de la infancia espolea su curiosidad. Lee varias cartas y con pasmo se da cuenta de que Ada y El Cura se habían enamorado poco a poco.

18 de octubre de 1954

Mi queridísima Ada:

Sueño contigo de nuevo, no puedo arrancarme tu mirada, tu rostro gentil al orar, la levedad de tus movimientos y la frescura de tus labios. Aún siento el beso que nos dimos bajo la escalera de tu casa, es una sensación nueva para mí. Jamás había besado antes a una mujer. Había sido casto hasta ahora. Tuve problemas con la sacristana para evitar que viera el beso que me dejaste pintado en el interior del alba. Aunque tuve que lavarla yo mismo me quedé con tu beso sellado en mi cuello. Tu gesto me pareció muy tierno, pero no conviene repetirlo, por las malas lenguas. Debemos cuidar el amor que tenemos como algo precioso. Como dijo san Agustín: *ama et quod vis fac*, ama

y haz lo que quieras. Pero no toda la gente lo entiende, tenemos que ser muy cuidadosos. Te veré mañana en la catequesis. Estás haciendo un trabajo extraordinario para infundir el amor de Cristo entre esas almas tiernas que Dios ha dejado a tu cuidado.

Tuyo en Cristo

Contra lo que esperaba, por alguna razón Carmina no se escandaliza. La carta está fechada un mes antes de que su hermana se embarazara. Durante un año se cartearon desde aquella primera ocasión en la que El Cura le agradecía su ayuda para la Peregrinación del Sagrado Corazón, hasta la última en que se comunican como amantes. Nunca supo si la relación había sido consensuada, habitual, o si había sido sólo una ocasión en la que se dejaron llevar por el deseo. Medita cada palabra, se detiene y reflexiona en el significado que hay detrás de cada una de ellas. Imagina a El Cura joven, encorvado sobre sí mismo, trazando cada idea, plasmando algo mayor que él, una situación que hace reclamos a su sacerdocio. ¿Qué hay en el corazón de un hombre entregado a Dios? ¿Palpita como el de cualquier otro? Siempre había imaginado que los sacerdotes y las religiosas tenían alguna especie de alma especial, un corazón y una mente distinta que la del resto y por eso podían mantener los votos de castidad, pobreza, obediencia. Los hacía en algún grado más altos que ella y que el resto de los seres humanos en esa entramada que formaba la creación. La idea de que estaban predestinados por vocación y de que su deber era cumplirla a rajatabla le había parecido siempre lo más lógico. Quizá no eran tan distintos de otros seres humanos. De pronto la idea angelical, etérea, perfecta que tenía de esos hombres y mujeres dedicados a Dios se resquebraja en su mente y toma conciencia de que en el corazón humano caben, indistintamente, Dios y el ser humano. Dobra la carta con cuidado. “Somos arcilla burda”, se dice, “arenal que hoy oscurece las calles aquí en Rosita”. Vislumbra así sus vidas. Granos diminutos desmoronando las paredes de La Huasteca, de las minas de carbón, de la montaña.

En noches como ésta siente más fría la soledad de su cama, en particular en ésta en que la tristeza le agobia el alma. Su cuerpo virgen ansía caricias secretas, besos encadenados a su piel, que la dibujen con cadencia. Desea la punta de un índice capaz de delinear el perímetro de sus pechos, el de su vulva. Se mece bajo las cobijas. Sus manos recorren su piel con osadía. Suben hasta su entrepierna y con el mínimo roce siente el placer de un beso, ese mismo que ahora imagina. Gira su cabeza para no ver el crucifijo que pende de la pared mientras se acaricia con el fragor que le exige su cuerpo. Se estremece, frota con fruición. Su respiración se agita, todos los músculos responden. Ansía un hombre. *¡Dios! ¡Dios!*

Queda exánime durante unos minutos, pocos, antes de que la conciencia la recrimine. Nunca ha tenido problema en imaginar a los demás por lo que de pronto se afana en analizar cómo vivirán otros su sexualidad. ¿Le increpará a Candelaria la conciencia cuando se satisface a sí misma? ¿Y a Bernardo? ¿Qué deseos pulsan sobre su joven piel? Cae en cuenta que hasta entonces no ha hablado de ninguna novia. ¿Le atraerán los hombres y por eso no dice nada? Descarta la idea porque en varias ocasiones lo descubrió mirándole los senos y le causó cierta gracia que un hombre de su edad la mirara de esa manera. Aunque en estos tiempos nunca se sabe. Se ha enterado que a algunos les place tener relaciones con hombres y mujeres. No termina de entenderlos. “Una cosa es imaginarlas”, se dice, “y otra hacerlas”.

Antes de caer en el sueño se convence de ir al día siguiente a confesarse. Siempre esa conciencia que le reclama cada mal pensamiento, cada deseo pecaminoso, cada mirada fortuita y disimulada hacia el cuerpo de un hombre.

Reflexiona un instante y le parece más grave el pecado que cometió contra la intimidad de su hermana y El Cura. Cuando se arrodille frente al padre Francisco lo mencionará primero.

La esperanza es una bruma que flota entre la multitud que pernocta afuera de la mina. La sientes esa mañana en las miradas ansiosas. La ves destilar de los labios que desgranar rezos. Cinco días han pasado desde el siniestro. Muchos saben, porque han trabajado ahí o porque los mismos mineros lo contaron antes, que abajo hay agua suficiente para subsistir; y las ratas, que abundaban en la oscuridad de los túneles, les pueden proveer de alimento. Conocen los recovecos de la mina y dónde resguardarse. En cada corazón late fuerte el deseo de ver salir a sus amores: el esposo, el padre, el hijo, el hermano, el amigo.

Quisieras detener el tiempo, que no avanzara hasta que sacaran a los mineros. Te enoja ver pasar un minuto tras otro sin noticias, una hora tras otra mientras pasan las cuentas del rosario y sus miradas se buscan para encontrar en el otro el mismo suplicio, el silencio de la minera que se rompe con algún aviso siempre desconsolador. “¡Ya dígnanos qué pasa! No nos tengan así, con esta incertidumbre”. Escuchas los lamentos que se elevan aquí y allá. “¡No me despedí de él!”, gime una mujer. “Yo le grité a mi esposo que ya dejara a su amante, que se quedara conmigo y los niños”. “A mí Juan me dio un beso y me dijo ‘Al rato vengo, chaparra’, y ya no vino”. “Pensar que mi hijo no quería ir a trabajar y lo obligué a levantarse”... En cada uno habita el deseo de haber pronunciado esas palabras que ahora no pueden ser escuchadas. Escuchas y el coraje por lo que viste va y viene. Es una ráfaga detonada en un recuerdo la que traspasa tu cuerpo hasta erizarte cada centímetro de piel. Sientes todo de nuevo.

El enojo, la vigilia agotadora, los rostros atribulados, las horas de angustia de sus mujeres, sus hijos, sus padres, madres, el frío infinito, la desfachatez de los dueños de la mina, sindicato y gobierno, los braseros rodeados de cuerpos ateridos afuera de la mina. Sientes fuego en el estómago conforme escuchas a los familiares y te paseas entre ellos, durante la jornada otean ansiosos a las cuadrillas de rescate de AHMSA, anhelan saber los detalles de las labores. Los rescatistas se la rifan, se oye, aquí y allá. Todos admiran a esos hombres que arriesgan su vida para buscar a los mineros.

Rasguñan centímetro a centímetro. Retiran piedras, acarrean tierra, revisan el equipo, cocinan, bajan, suben, traen cuerda, madera, comparten el agua. Confían en encontrar a los compañeros, algunos de ellos conocidos de toda la vida, vivos o muertos quieren sacarlos de ahí, esperan que de estar en su lugar se haga lo mismo por ellos. Quieren devolverlos a sus familias. La mina no es cementerio. La mina no es lugar para guardar a los muertos.

Revisas las notas que has recogido de algunos sobrevivientes, los primeros que dieron de alta. Después te acercas a un rescatista para obtener información. Tienes que enviar el nuevo artículo al periódico y concluyes que el enfoque de los encargados del rescate puede ser algo bueno. Ramiro Martínez es un hombre de baja estatura y complexión firme, ideal para caber en espacios estrechos. En ese rostro oscuro de tizne sobresalen unos ojos apacibles, barnizados con multitud de dolores asumidos. Concluyes que la ira, la angustia, la sed de venganza, si la hubo, escurrieron de ellos tiempo atrás, fueron desterrados y en su lugar parece habitar cierta sabiduría paciente.

Antes de dirigirle la palabra, aseguras que el gafete de prensa esté visible. Eres consciente de la importancia que tiene infundir confianza entre los mineros si quieres obtener una historia. Le ofreces un cigarrillo. Desde que te iniciaste en el oficio cargas una cajetilla, algún colega te dio el consejo como manera de romper el hielo y por lo general te funciona. El hombre te ve a los ojos, nota el gafete y acepta el ofrecimiento. Se inclina ante la flama que enciendes para él. El rescatista le da dos caladas y expulsa una voluta que se desvanece despacio en el aire. No es un hombre

ingenuo, con la misma voz calma que vierte en su mirada, te devuelve el favor:

— ¿Qué quiere saber?

— ¿Usted estuvo el día que rescataron a los sobrevivientes?

— Sí, desde las primeras horas. Tuvimos que bajar caminando porque no funcionaban los telesillas. Éramos como cien, pero bajábamos cincuenta a la vez en dos cañones. No durábamos mucho por el gas. Sabíamos que el rescate era importante y todos estuvimos a tiempo. El capitán hace una agenda y en el rol somos cuatro cuadrillas. Una trabajando, otra de respaldo, una en espera y otra preparada en la base de aire fresco (BAF). En esa base es donde empieza el trabajo para la exploración. La BAF funciona también como enlace entre la operación de las cuadrillas con el centro de comando y todo el personal de apoyo. Hay un lugar, la estación le llamamos, donde nos preparamos con agua, revisamos los equipos, el llenado de oxígeno, alimentos, todo lo que se pueda llegar a necesitar.

— ¡Cómo saben si es seguro bajar? —le preguntas a sabiendas de la respuesta. Pero necesitas comprobarlo. Una cosa es tu percepción y otra la realidad con que ellos se enfrentan cuando bajan a rescatar sobrevivientes o recuperar cuerpos.

— Nunca es seguro, siempre hay riesgos —te responde—. Lo que hacemos antes es explorar, tenemos que medir el flujo de ventilación que entra y sale de la mina, monitorear los gases. Entonces nos metemos por donde entra el aire limpio. Debemos tener en mente los principios por los que estamos ahí: la seguridad de la cuadrilla, el rescate de personas, la recuperación de cuerpos o el restablecimiento de las operaciones de la mina.

”El primer día el capitán nos dio la orden y encabezó el avance. Detrás de él iba el gasero, luego el mapero, el de primeros auxilios, que soy yo, y al final el cocapitán. Siempre debemos entrar en ese orden.

Te intriga el trabajo de los rescatistas, es muy poco lo que sabes de esa labor porque la entraña de la mina se parece al interior del hombre, son naturalezas llenas de túneles oscuros, de vericuetos en los que es fácil perderse. Y a ti no se te da la introspección, más bien la rehúyes. Por eso la profundidad de la mina te atrae y repele al

mismo tiempo, como ese laberinto intrincado que es la vida interior. La tuya, la de Carmina, la de Ada.

— Cuando le preguntas si para avanzar siguen algún método o cada uno va por su lado, estás algo distraído.

— Ninguno puede avanzar más de un metro de la segunda intersección por donde se avance, ya sea cuando vamos en dirección norte-sur u oriente-poniente. Hay que ir bloque por bloque para evitar quedar encerrados o atrapados en un incendio o explosión, porque no se sabe lo que habrá adelante.

— ¿Qué encontraron cuando entraron?

— Lo primero fue una parte de cielo que estaba flojo. Amacizamos los soportes y avanzamos. Debemos tener el oído y la vista muy atentos, cualquier sonido o material nos puede dar indicios de los cuerpos o de los sobrevivientes. A veces, cuando les alcanza el tiempo, los sobrevivientes dejan marcas escritas con la fecha y los nombres. Porque puede darse el caso de que se resguarden en alguna parte segura de la mina.

— Sobre los mineros atrapados tenían información exacta — quieres saber—. ¿La compañía les dio algún dato concreto?

— No mucha, aunque lo ideal es tener la mayor información posible de la mina y el personal atrapado. Debemos saber cuántas personas o mineros no han salido. En qué áreas o lugares estaban asignados. Cuáles son las rutas de salida o caminos de emergencia. Dónde pueden refugiarse. Pero nosotros no contábamos, no contamos todavía, con información confiable. Cuando llegamos para iniciar el rescate, la empresa no nos entregó el Paquete de Planos para Contingencia, porque, al parecer, no tienen. Estimaban que eran más de sesenta los que quedaron abajo. Pero no siempre se sabe con exactitud, porque no todos son afiliados, hay trabajadores subcontratados y a veces los registros no están al día. Puede haber personal que baja sin que se reporte.

— Hoy avanzamos sobre el derrumbe de sesenta toneladas que el día anterior había encontrado una cuadrilla, en el lugar donde se esperaba encontrar a José Páez Aguirre, uno de los mineros que se supone está más cerca de la bocamina, entre la banda y la diagonal 9, como a 1 100 metros mina adentro.

Recuerdas que un reportero de la televisora, muy bien acicalado, durante la entrevista a la esposa y al padre del supervisor, había hecho énfasis en que el estado en que lo encontraran sería determinante para saber qué había pasado el domingo 19 de febrero a las dos de la mañana. Entre líneas daba a entender que no lo localizarían con vida. Sin embargo, ellos estaban esperanzados en que lo encontrarían a salvo porque nada más había ido a la mina a reparar un ventilador y regresaría. No olvidas la fortaleza de la mujer, su encono para invitar a la gente a tener paciencia. La tranquilidad al decir que los familiares estaban bien atendidos, que los habían apoyado de diversas formas. Que tuvieran fe.

—El avance nos costó cada centímetro —te narra Ramiro—. Logramos pasar por encima, pero no encontramos a nadie. Ningún cuerpo, miembro, ropa, casco. Como quiera seguimos avanzando hasta encontrar otro lugar donde se supone que podría estar otro grupo de mineros. Bajó un ingeniero y metimos una cámara. Los vimos, no estaban quemados. Entonces detuvieron las labores no sé por qué, porque sí se podían sacar.

—¿Qué crees que les haya pasado?

—Tal vez el abanico general empezó a jalar porque había luz, la ventilación diluyó los gases. Con el derrumbe se han de haber tapado las tres entradas que había y el aire ya no entró ahí. Ellos nomás han de haber sentido que no había aire, pensaron que se había apagado el abanico general. Se vinieron caminando, pero no hubo donde salir y murieron de asfixia.

El rescatista acepta otro cigarrillo, te mira con tristeza antes de rogar:

—No vaya a escribir mi nombre, usted sabe cómo luego se la toman contra uno. Y la mera verdad, aquí estamos para sacar a los compañeros, nada más. Nos citaron mañana, pero no para bajar. No sabemos para qué, tal vez quieren darnos indicaciones para los siguientes días.

Agradeces la información que te acaba de dar, sabes que es importante, puede ser la diferencia entre un accidente del que la empresa no sería responsable y un siniestro que por no cumplir con las condiciones de trabajo amerita fincar responsabilidades. Un

siniestro equivale a un delito por el que se debe pagar. Sientes coraje por la decisión que tomaron de parar el rescate y dejar a su suerte a todos los mineros.

Por la tarde asistes a la rueda de prensa convocada por Minera México, intuyes lo que van a decir y no te equivocas. El vocero anuncia que las labores de rescate serán suspendidas definitivamente, aclaran que dadas las concentraciones de gas que han encontrado durante el avance es imposible que los mineros hayan sobrevivido. “Las operaciones, a partir de este momento, dejan de ser labores de rescate para convertirse en actividades de recuperación de cuerpos y de la mina”.

Frente a la noticia la esperanza se convierte en un imbatible desaliento. La expectativa de recobrar a los suyos los ha mantenido día y noche junto al cerco que instalaron en la mina. El altar que colocaron cuando se enteraron de la noticia suma rosas rojas y azules, alcatraces, follajes, algunos de plástico y velas, muchas velas. Encendieron fogatas, instalaron mesas para comida. No quieren escuchar la palabra *recuperación*. Ésa significa muerte. Quieren que continúe el rescate. Muchos confían en que aún estén con vida, no entienden por qué la minera ordena el regreso a las labores hasta dentro de tres días. Tres días son vitales. El vocerío y la rabia se elevan. Sobre el pasmo inicial se vierte el oleaje de la ira. Crece en el ánimo de algunos, se agiganta como marejada de tsunami hasta engullirlos, les brota por los ojos. La ira los ahoga. Todos gritan como una sola voz. Buscan vomitar ese sentimiento, esa realidad que no quieren aceptar. Los quieren vivos.

—¡Tengan piedad! —el grito de una mujer junto a la reja estremece el aire—, ¿qué voy a hacer sola con tres hijos? No pueden dejar morir a mi esposo allá abajo— sus ojos aúllan incrédulos, luego viene el desmayo.

De inmediato se forma un corro a su alrededor, un hombre se arrodilla junto a ella, le eleva la cabeza, es una mujer corpulenta.

—Hagan espacio, déjenla respirar.

Algunos quieren verla, se arremolinan. Empujones. Cuatro más se desmayan en diferentes lugares. La furia a flor de piel. Quieren entrar a buscarlos por sí mismos.

—Estamos dispuestos a bajar. ¿Por qué no nos dejan?

Esbozas algunos apuntes y te vas a casa de Carmina, necesitas digerir toda la información y preparar la nota de prensa. Quieres comparar lo sucedido en Pasta de Conchos con otros accidentes de la minería extranjera, sobre todo con la de los chinos que son los que mundialmente sacan más producción.

*

De regreso a la mesa sientes urgencia por terminar la entrevista con Indalecio. Han pasado tres meses de la explosión y quisieras regresar el tiempo. Haber hecho las cosas de otra manera. Haber sido más cuidadoso con algunas entrevistas o haber sido más osado para lograr alguna con los de la minera. Revisas en tu cabeza todo el material publicado por los reporteros o enviados de otros periódicos y medios, te comparas con ellos. Con algunos te sientes en desventaja, admiras su trabajo, la trayectoria que han llevado durante más de una década, y te indignas con la insensibilidad de otros. No quieres convertirte en uno de ellos. Para ti es importante el equilibrio entre buscar la nota y cuidar a tus fuentes. Por eso tratas de respetarlas.

Suspiras y tomas nuevos bríos. La tarde ya ha caído y aunque quieres irte a casa de Carmina, la voluntad del periodista se impone y le pides que te hable de su vida antes de la explosión. Quieres averiguar un poco solamente para redondear su historia.

—¿Pues qué te digo, Bernardo? Soy de Cloete. Ahí crecí con mis padres. De siete hermanos, puro cabrón, yo era el de en medio. Cuando mi papá andaba de malas, que era siempre, los más grandes corrían con los cuerazos. Yo me escondía debajo de la mesa, cerraba los ojos y me tapaba los oídos para no oír a mis hermanos que lloraban gritando ya no, papá, ya no, ya déjeme. A mí la cintareada no me tocó, tal vez porque lo habré agarrado cansado, pero aún de grandes mis hermanos contaban que los correteaba

como pollos en gallinero, a mí eso tampoco me tocó. Decían que tanto se le botaba la cabeza, que mi mamá mejor daba de gritos a sus cuñados que vivían junto, allá todos viven junto, ya sabes, para que la ayudaran a apaciguarlo porque no podían con él. Entre mis tíos agarraban a papá con la cara sobre la tierra del patio o en el jacal, dependiendo donde lo pescaran. Lo amarraban de pies y manos, y así lo dejaban hasta que volvía de su locura.

“Nunca se me va a olvidar ese día, el único que me tocó verlo así. Papá se había quedado muy quieto después de que lo amarraron. A ratos vociferaba mientras yo lo veía y lo veía por una rendija, sin entender bien por qué lo habían dejado así, peor que los puercos que teníamos en el chiquero. Agarré a mi hermano Eruviel, el que me sigue en edad y le dije: ‘ven, ayúdame, vamos a soltar a papá’. Con cara de asustado caminó detrás de mí, íbamos descalzos, cubiertos nomás con botas de lodo seco. Mamá había ido a juntar leña y mis hermanos mayores jugaban por ahí cerca, como siempre. ‘¡Papá!’, lo jalé del hombro, ‘lo vamos a soltar’. Sus ojos escupían fuego. Yo debí saber que era mejor dejarlo así, pero yo era bien confiado, no lo pensé, Eruviel menos. ¿Qué se le podía pedir a dos chamacos de cinco y seis años? Después de jalonear el mecate, para un lado y para el otro, entre risa y risa, y de dejarle la piel de las muñecas toda magullada logramos soltarlo. Lo primero que hizo fue darnos un par de cachetadas a cada uno, nos arrinconamos muy juntos en una esquina, lo más lejos que pudimos. Temblábamos. Papá quiso pararse y como todavía traía los tobillos con amarres se fue de hocico. Nos reímos Eruviel y yo, y cuando él pudo librarse nos arrimó tal golpiza que en dos días no pudimos levantarnos del catre de lo jodidos que quedamos. Dicen que cuando acabó con nosotros salió como bestia a buscar a mamá. Ella quedó más maltrecha. ‘Para qué lo soltaron’, se lamentó días después. ‘No es un mal el que le hacemos, no lo vuelvan a hacer’. Y no, no lo volvimos a intentar. Nos acostumbramos a verlo llegar borracho y ya sabíamos qué hacer si enloquecía. Con los años papá se aplacó, y

ahora se la pasa tumbado. Es un bulto que de vez en cuando se mueve de su sitio sin hacerle daño a nadie.

La confianza de Indalecio te perturba, él se está abriendo de una forma que no imaginaste. Dudas en seguir indagando en su vida personal, pero ya estás en el tema. Si te alargas valdrá la pena para completar la historia.

—¿Y a tu mujer cómo la conociste? —le preguntas. Su rostro se ensombrece; sin embargo, te responde.

—Estábamos unos amigos, cada uno con su caguama, sentados en una banca de la plaza de Cloete. Echábamos vacilada cuando cuatro muchachas cruzaron frente a nosotros. Una de ellas tenía los ojos negros más bonitos que hubiera visto. Delgadita y con el cabello hasta la cintura y su vestido amarillo claro. Era un sábado, el sol calentaba y el vapor de la cerveza nos envalentonaba. Me acordé de que mamá alguna vez nos contó que le gustaba que le regalaran flores, así que corrí al arriate que rodeaba uno de los árboles y de un arbusto corté una flor amarilla que hacía juego con su vestido. Me arrimé a ella seguido de las bromas y risas de mis amigos. Ella aceptó mi flor. ‘¿Cómo se llama la mujer más bonita de Cloete?’. A ella se le chapearon las mejillas. ‘Carmen Buenrostro, pero todos me dicen Cuca’. Yo la sigo queriendo harto, no sé cómo decirlo, es como si tuviera un balón dentro del pecho y cada que la veo se infla hasta no caberme y cuando no la tengo cerca se me desinfla. De Cuca me enamoré la primera, la segunda y la tercera vez que la vi.

“Y por eso me dolía mucho lo que fuera a ser de ella y las niñas si no nos sacaban de ahí, nada más pensar en que algún cabrón las pudiera maltratar me encorajinaba.

—Te entiendo —le respondes—. A mí me habría dolido igual. ¿Cómo andas de ánimos? ¿Quieres seguirle?

—Pues le damos, al cabo que en casa no me espera nadie. Su respuesta te provoca cierta intriga, tomas nota mental para sondearlo más adelante.

CARBÓN ROJO

Bernardo aprovecha el regreso para repasar en su mente lo que ha visto durante el día. Al llegar a casa de Carmina navega por internet en busca de noticias sobre otros desastres. Le asombra enterarse de que en China mueren cinco mil mineros cada año. Le parece que la situación en ese país es peor que la de México; sin embargo, tras averiguar la cantidad de carbón producido en ambos países se da cuenta de que, en relación con la producción, las muertes en China son inferiores. Es una buena perspectiva para la nota del día. Termina de redactarla, la revisa, corrige un par de párrafos y la envía a su editor. De pronto, extraña el ruido de la sala de redacción, el coro de voces al teléfono, los sordos repiqueteos de los teclados mientras los colegas redactan sus notas. El sonido del flujo noticioso que invade el recinto. La noticia importante, la que cubrirá la primera página, las locales e internacionales. Los reportajes culturales, las coberturas de los eventos sociales y deportivos. La sala de redacción es una cocina donde se seleccionan y preparan meticulosamente los ingredientes que derivarán en platillos para cada ávido lector. Hasta a los niños se les tiene en cuenta en el menú. En la edición dominical no faltan Garfield, Snoopy y Olafo, el amargado.

No ha visto a su tía Carmina desde la mañana y por alguna razón ahora la siente como su responsabilidad. Le alegra merendar con ella, pero al acercarse la nota ausente, es evidente que su mente está en otra parte, lejos de ese comedor en esa casa de Rosita.

En el rostro de Carmina casi se pueden leer las palabras de Ada y El Cura, las que aún resuenan en su cabeza. Esa historia de amor le

provoca molestia, inquietud, es una desazón que en el fondo ella traduce en la envidia más amarga. En un intento de entenderlos delibera que tal vez su hermana y El Cura se enamoraron muy a su pesar, tal vez lucharon contra esos sentimientos, se dice, o simplemente se dejaron llevar sin pensar en las consecuencias desastrosas con que atropellaron a toda la familia. Ese amor, si existió, no justifica tanta desventura.

—¿Qué sucede, tía?

Carmina oprime sus sienes.

—Es este dolor de cabeza que no me ha dejado en todo el día. Necesito aire fresco, un poco de aire y soledad me harán bien. Caminaré hasta la cripta para visitar a Ada y a mamá, te veo aquí para cenar. No tardaré.

A Bernardo le extraña la respuesta de su tía. La ve salir por la puerta y se sume de nuevo en el internet para revisar los artículos generados en otros periódicos.

La opresión en el pecho, crecida durante el día, es ahora una pesada roca que Carmina no puede sacudirse. Pasa de largo la casa de los Calderón. Las grietas de esas banquetas que tan bien conoce ahora le resultan ajenas, de tanto transitarlas se habían convertido en amigas suyas, las visita a diario, preceden el encuentro con su madre en la cripta. Les conoce cada desplazamiento, los recovecos que se forman bajo las placas de concreto. A la que tiene la hendidura más abierta seguido le brotan tréboles, Carmina los arranca, esparce sus tallos en el pavimento. Pero hoy pasa de largo, los sentimientos la abstraen.

Cruza el adoquín rojo y blanco que decora el frente de la parroquia. Está vacía. Algo extraño para un viernes. Entonces recuerda Pasta de Conchos, supone que allá estarán los asiduos. Ignora que a las afueras de la mina la eucaristía palia el dolor de las familias. En esos días la pastoral acompaña a los ahora deudos. El obispo de Saltillo José Raúl Vera López hace suyos los dolores de los mineros y de sus familias. Es un gran negociador, lo preceden

sus acciones para dar fin al conflicto entre el gobierno mexicano y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. En cuanto a la Minera México, ésta tiene de su parte al obispo de Piedras Negras. Entre las familias se han formado dos facciones. Los que están de acuerdo con lo que dice la minera y quienes creen que les están mintiendo. Hay roces, diferencias entre ellos. A algunos los ilusiona que hasta el mismísimo Papa Benedicto XVI esté al pendiente de ellos, y que les haya hecho llegar un telegrama a través del obispo de Piedras Negras, para transmitir “a los familiares de los afectados su cercanía espiritual en estos momentos en que sufren por la suerte de sus seres queridos, a la vez que les imparte de corazón la confortadora bendición apostólica, como signo de su paterna solicitud hacia el querido pueblo de San Juan de Sabinas”. Y en un comunicado a la Conferencia del Episcopado Mexicano dice que “esta situación duele mucho a la sociedad mexicana, por lo que exhortamos a los propietarios de las minas a extremar las medidas de seguridad y a optimizar las condiciones laborales de sus trabajadores, hoy no debe haber lugar a errores donde estén en riesgo vidas humanas, o provocar las situaciones de angustia que se están viviendo”.

El eco de sus pasos reverbera entre los muros de la parroquia. Carmina desciende lentamente los peldaños de madera hasta la cripta. Empuja la puerta, entra a esa oscuridad rotunda. Sin encender la luz se dirige hasta el nicho familiar. Apenas ha pasado un día desde que depositaran las cenizas de su hermana; sin embargo, a Carmina le parece que fueran una infinidad. Tal vez así sucede cuando las emociones sobreabundan. Será que la multiplicidad de sentimientos dilata tanto el alma y, con ella, la sensación de correr el tiempo. Palpa la rugosidad de una banca, se desploma en ella y llora. Se cubre el rostro con las manos, se mece como hiciera la noche anterior en su cama, a diferencia de que ahora vibra por el desahogo. Hubiera muerto yo, mejor sería que yo estuviera en esa fría urna de mármol. La cara aún entre las manos y un arrullo para consolarse. De súbito suena el celular recién comprado por insistencia de Bernardo. Su cuerpo se estremece, este aparato es una lata, piensa con enfado y le parece que tarda una eternidad en que sus manos lo reconozcan entre el monedero, la cajita con pastillas, el cepillo, su

pañuelo y, aunque ya no la abre nunca, la libreta pequeña donde anotaba sus venganzas, porque eran importantes y apenas así, escritas en papel, podía recordarlas desde que la memoria la traiciona a diario. Sus dedos sienten la superficie rígida y esa forma rectangular que no cesa de reverberar en el sagrado silencio de ese recinto aún más sagrado. La luz brillante de la pantalla la ciega por un instante. A primera vista el número le resulta desconocido, es hasta que recuerda el teléfono de Ada que la sacude un escalofrío. Quiere responder a esa llamada y sus dedos nerviosos pulsan varios botones hasta que dan con el pequeño, el verde. Al otro lado nadie responde. Lo aleja de ella, como si alguna presencia se hiciera más contundente a través de ese teléfono. Sabe que Ada está ahí, tan inmediata como una prenda cosida a su piel. Por primera vez la paraliza el miedo a un muerto. Cierra los ojos, siente, hurga, desciende en la oscuridad de esa mina que es ella misma. “¿Qué quieres?”. La pregunta se apaga en el sonoro silencio de la cripta. Es entonces que la invade la certeza de que Ada le quiere comunicar algo. Nunca ha tenido una experiencia tan limítrofe con lo sobrenatural, aunque es cierto que tiene el hábito de hablar con los difuntos y escucharlos en su mente. Pero esto es distinto, es como si la misma Ada tratara de romper las paredes de esa urna que la contiene para hablar con el lenguaje de las palabras, más que con el de las imágenes que de pronto nos habitan. “¿Qué me quieres decir, Ada?”. Carmina aguarda, las manos entrelazadas en el regazo, el cuerpo tenso, el oído atento. El silencio es su respuesta. Con el ansia erizándole cada poro espera durante algunos minutos. Sólo se oye el sosiego de quienes duermen para siempre y algún murmullo apagado proveniente de un nicho solitario. La cripta vuelve a ser la misma morada de olor a hueso, ceniza y polvo, habitada por las voces de los muertos. Por sus muertos. Será mejor regresar al día siguiente para ver si su hermana se acerca a ella de nuevo y le habla. Tal vez Ada está molesta porque leyó sus cartas, quizá la indigna esa intromisión. De pronto escucha un lamento, un sollozo al otro lado de la cripta. Se levanta y se dirige a tientas hacia el nicho de donde proviene. Alumbra con el celular y lee el nombre: Alicia

Falcón. Por las fechas de nacimiento y defunción observa que es una joven que apenas había celebrado sus quince años.

—*Diga a mis papás que me perdonen. Dígalos que me perdonen por favor.*

A Carmina la sacude la voz de la joven. La experiencia es distinta. Duda un instante hasta que por fin toma valor.

—¿Pues qué te pasó, niña?

Las palabras brotan con compasión de los labios de Carmina. Es algo inusual en ella, acostumbrada a ignorar las voces, a sólo escuchar con imágenes o ideas, pero sin bordar las palabras con su carga exacta de significación, su espacio entre unas y otras hasta formar frases completas. Así las ha evadido hasta ahora, así se ha zafado de ese don que desde niña la incordia. Escuchar las palabras compromete y ella no quería compromisos con otros. No tenía ganas de salir de su mundo interior, de los rencores y venganzas. Eran su mundo, su mina de carbón a la que sólo ella podía acceder para recorrer el camino bajo los ademanes de su aislamiento.

Carmina escucha cada palabra con atención. El viernes por la noche les había dicho a sus papás que iría a dormir a casa de una prima más grande, pero la verdad es que se había ido a una fiesta, hicieron competencias con un juego que se llama *beer pong* y tomó mucha cerveza. No supo lo que pasó esa noche. Las imágenes eran borrosas. Sólo recuerda un fuerte dolor en la entrepierna, como si tuviera muchos moretones, y una vergüenza muy grande entre el alma, justo ahí. Carmina siente un dedo que le oprime el corazón, es una punzada honda en el centro del pecho. Sin darse cuenta, mientras dormía, se había ahogado en su propio vómito. Para sus papás había sido espantoso, lloraron mucho y no pudo decirles lo arrepentida que estaba. Por eso la joven quiere que vaya a decirles que la perdonen.

—¿Cómo se llaman?

Su madre se llama como ella, son Alicia y Manuel Falcón.

Al llegar a casa Carmina omite a Bernardo lo que leyó en las cartas de su hermana y de El Cura, tampoco menciona lo sucedido en la cripta. Dejan ir la conversación hacia el accidente de Pasta de Conchos. Bernardo narra y ella asiente, pero no escucha. Su mente

está en otra parte, se encuentra entre esos nichos que acaba de dejar y su propósito de buscar a los papás de Alicia.

Nueva Rosita arde. En esa ciudad, siempre dormida, los familiares, amigos y conocidos de los sesenta y cinco mineros no descansan. Ya pasó una semana desde la última vez que los vieron. Y se les carga en el ánimo.

Carmina y Bernardo desayunan muy temprano, casi en silencio. Ella quiere buscar a los padres de Alicia y volver a la cripta; a él le urge volver a la mina.

Cuando Bernardo llega a Pasta el reportero de *Palabra* le dice que están abriendo fosas en el cementerio. No se lo cree. Sería tremendo que, así como así, ya los dieran a todos por muertos. Junto con el reportero y los camarógrafos se dirigen al panteón. Una neblina ligera flota sobre el descampado donde se ubica el camposanto, entran hasta el fondo donde efectivamente, y contra toda delicadeza hacia los familiares de los mineros, han iniciado a cavar treinta fosas. Bernardo se acerca a un hombre delgado y de rostro enjuto que palea tierra.

—¿Son para los mineros?

El sepulturero levanta la vista:

—¿Para quién más? —y sigue cavando—. Dicen que ya mero llegan a donde están, que les falta poco. No tardan en venirlos a traer.

—Sí, eso hemos oído —Bernardo saca su libreta.

El sepulturero lanza la pregunta junto con una palada de tierra:

—¿Y usted qué cree?

—¿De los mineros?

—No —y lanza al aire otra palada que cae precisa en el centro del montículo de treinta centímetros—. Me refiero a lo que sucede cuando la tierra lo jala a uno hasta abajo.

La pregunta saca de balance a Bernardo. A pesar de la muerte de Ada y el trágico deceso de sus padres, Bernardo no se cuestionaba sobre el tema de la muerte. Años atrás había dejado de creer en el cielo y en el infierno como lugares de premios y castigos. Desde entonces le parece absurdo regir la vida entre estos dos supuestos. Tampoco congenia con la idea de que al morir acaba todo. Si lo que algunos afirman sobre sentir la presencia de los muertos resulta cierto, entonces tendría que replantearse el fin último de la existencia y eso es algo que le asusta pensar. No lo ha querido decir a nadie, pero cuando Ada murió le sucedieron cosas extrañas. Las llamadas a su celular dos días seguidos a las cuatro de la madrugada desde cuidados intensivos y que no alcanzó a contestar. La respuesta en ambas ocasiones: “De aquí nadie le llamó, joven”. “Pero si aquí está el número con las llamadas perdidas”. “No sabría decirle”.

Bernardo utiliza las mismas palabras para responder al sepulturero:

—No sabría decirle —le extiende un billete de \$20—. Gracias por la charla y tenga para un café.

Para entonces las imágenes de Ada en el hospital lo atenazan de nuevo. Es imposible estar en un cementerio y no relacionarlo.

Violeta y él habían acordado hacer turnos para dormir con Ada en el cubículo de cuidados intensivos. Esa noche le tocaba a ella, pero deseaba que Bernardo la supliera. Él no quería quedarse porque se había comprometido a asistir con un grupo de amigos a la presentación del poemario de un autor sudafricano. Ella tenía un evento escolar con una de sus hijas y no deseaba faltar. Pelearon.

—¿Qué te cuesta? —gritó Violeta—, lo mío es un deber, lo tuyo, no.

—No me importa, por algo no tengo hijos —respondió Bernardo—. No dejaré pasar esta oportunidad de conocer la nueva propuesta de

ese autor.

Finalmente acordaron que su marido iría al colegio, Violeta se quedaría a dormir con Ada y Bernardo se iría a la presentación.

—Márcame si hay algún cambio en su condición —le pidió a sabiendas de que cualquier momento podría ser el final de Ada.

—Ya veré —machacó ella aún con un resabio de enojo en la voz.

A la mañana siguiente Violeta se despidió tan pronto lo vio llegar. El estado de Ada continuaba igual. El *bip* del monitor clínico acompañaba el rasgueo de sus estertores como un réquiem anticipado. No deseaba verla así, pero tampoco le convencía la idea de dejarla morir.

Sufrir la muerte de quien se quiere es igual que darse un machucón, decía Ada, al inicio duele con tal intensidad que descarna el alma hasta dejarla en carne viva; pasado un poco de tiempo el interior se adormece, se detiene en un espacio de penumbra; y al final el dolor vuelve, se instala en el corazón como un retazo de piel amoratada que poco a poco recobra su color original. Y de uno depende, mi poeta, quedarse estático en el dolor o circular de nuevo, moverse entre la gente, sonreír, aunque por dentro se esté adormecido.

Al verla tendida en esa cama de cuidados intensivos sentía deseos de tomar su frágil cuerpo, alzarla en brazos y llevarla a casa, a la seguridad de sus sábanas perfumadas. Arrancar de su piel las sondas, sensores, electrodos y catéteres; envolverla en alguno de sus coloridos mantones y sacarla de ese lugar con olor a muerto y desinfectante.

—Mi Ada. No me gusta verte así —le susurró al oído—, mil veces preferiría desahuciar este recuerdo, dejarlo morir. Condenar a la muerte por ladrona, porque te roba de mi vida antes de tiempo.

Los ojos de Ada aún se movían bajo sus párpados, aunque le dijeran que su abuela ya no escuchaba, él no lo creía. A lo largo de ese día le había hablado al oído convencido de que en algún resquicio dentro de ella escucharía su voz, leyó en voz alta sus poemas favoritos, muy cerca de su rostro, como lo hiciera ella cuando era un niño.

Por la tarde regresó Violeta. Los hermanos no tenían el tipo de relación estrecha que en otras familias suele crear un ambiente de complicidad, de aventuras compartidas, de secretos guardados a los padres. Bernardo creía que se debía a ese pragmatismo que desde niños ella aplicaba en todos los asuntos. Y si durante su juventud mantuvieron una relación cordial, la lejanía comenzó el día en que ella desaprobó su decisión de inscribirse en la facultad de letras. “De eso no se vive”, lo recriminó, “y si eres hombre deberías pensar en una carrera que genere dinero, no inspiración”. Cuando Ada los había escuchado discutir, salió en defensa de su nieto, calmó a Violeta con el argumento de que sin los artistas el mundo no sería bello. La calma fue aparente, algo en el modo de mirar a su hermano lo tachaba de inútil cada vez que estaban juntos.

—¿Qué dijeron los doctores? —su pregunta tenía ese tono de indiferencia de quien sabe que no habrá respuesta distinta al día anterior.

—No dijeron nada, ya lo sabemos. No hay nada qué hacer. ¿Cuánto más estará así?

— No lo sé, Violeta. ¿No crees que me gustaría saberlo?

—Contigo nunca se sabe, Bernardo, tienes la cabeza en otro mundo.

—No me hables así —la sangre se agolpa en su rostro.

—Te hablaré como quiera, no te das cuenta de que me encabrona tu pasividad.

Tomó una revista y la hojeó con violencia dando por terminada la discusión. Bernardo salió del cubículo, llegó de prisa hasta cuidados intensivos, enjabonó y talló sus manos con mayor fruición de lo recomendado en los carteles que indicaban el modo correcto de hacerlo, accionó el mecanismo que dejaba correr el chorro de agua para enjuagar y por unos segundos se ensimismó en los hilos de agua al caer entre sus dedos.

Al salir se topó con el cardiólogo. Calculó que era un hombre mayor que él, por las escasas canas en sus sienes le pareció que rondaría los cuarenta. No llevaba argolla.

—¿Qué tal, Bernardo? —le dio un apretón en el hombro y dejó ahí su mano. Le pareció que su gesto se alargaba un poco más de lo

socialmente correcto. Le guiñó un ojo a manera de despedida.

Las palabras de Violeta lo tenían inquieto todavía. Esas palabras. Las palabras. Podían tener tanta potencia, tal belleza o maldad. Palabras bellas, dulces, crueles. Palabras para elevar hasta las cumbres o hundir en la espesura. Palabras que mueven o paralizan. Palabras que matan el alma.

—¿Cuánto tiempo le queda a mi abuela? —detuvo al cardiólogo que estaba a punto de marcharse.

—Es imposible saberlo con exactitud —le explicó—. Pueden ser veinticuatro, cuarenta y ocho horas, hasta una semana. Todo depende de cada paciente. Y, salvo por la hemorragia cerebral, tu abuela tiene muy buena condición física, al inicio creímos que serían horas, pero bien podrían ser días. Les aconsejo que por la noche vayan a su casa a descansar, los médicos de guardia tienen sus teléfonos.

A los dos les hacía falta un respiro por lo que siguieron su consejo. El encierro, los sonidos del hospital, los enfermos en los demás cubículos de cuidados intensivos hacían estragos en su humor. Cualquier comentario motivaba una respuesta agria. El enfado se traslucía en sus gestos.

Antes de dejar el cementerio, Bernardo y el reportero de *Palabra* toman notas para sus propios reportajes mientras el camarógrafo captura en imágenes las fosas cavadas para los mineros.

*

La casa no estaba lejos de la suya, en Rosita no hay nada lejos realmente. Contempla los dos pisos color rosa pálido y el camino que separa la banqueta de la puerta principal. El lugar en el que está parada es seguro, siente miedo de recorrer ese camino que la separa de la puerta, intuye que al hacerlo las cosas cambiarán en su manera de oír las voces de los muertos, de escuchar sus palabras. Si alguien entiende la diferencia entre oír y escuchar es ella. Toma aire

y recorre la distancia hasta la puerta. Pulsa el timbre. Su corazón tiembla como los muros de la mina bajo el golpe de los picos. La madre abre la puerta. Carmina le dice que tiene un mensaje urgente que hacerles llegar. Para evitar que le cierre la puerta en las narices omite mencionar que es de parte de su hija. El marido baja a la sala y se sienta junto a su mujer. Desde la muerte de Alicia toma su mano con frecuencia.

Carmina no sabe cómo abordar el tema sin que suene increíble. Decide que lo mejor es darles la prueba que le compartió Alicia. Ella mencionó que su papá se oponía a que fuera a dormir a casa de su prima y que fue su mamá quien lo convenció. Lo típico. Pero agregó algo que sólo madre e hija podían saber. Alicia le pidió a su madre el favor de persuadir a su papá a cambio de secundar un viaje a la Isla del Padre que ella no quería hacer. “Si lo convences de dejarme ir a dormir a casa de mi prima, yo voy a la Isla con ustedes”. El argumento hizo efecto y la madre le hizo ver a su marido que tenía plena confianza en que su hermana estaría al pendiente de ellas. Y así fue. Con lo que no contaban fue con que las jóvenes se saldrían por la ventana para irse a la fiesta. Algo típico también.

Carmina observa los rostros asombrados de aquella pareja. ¿Cómo era posible que una extraña pudiera decirles algo que sólo la madre sabía? La madre de Alicia había guardado esa culpa adicional. Ya bastante era cargar con la muerte de su hija como para además sentirse responsable por lo sucedido. Le habría gustado ser capaz de regresar el tiempo, de haberse negado a la petición de su hija, pero tenía tantas ganas de ir a ese viaje.

—Alicia quiere que perdonen su imprudencia por haber mentido —dice Carmina. También cree que alguien la drogó para violarla.

Los papás sabían por la autopsia que había tenido actividad sexual, pero no les dijeron que había sido violada. La historia cambia con lo que Carmina les acaba de mencionar. Para ellos la tristeza se convierte en la ira que buscará justicia, esa ira que es justificable.

Cuando sale de casa de los Falcón, recorre el trayecto hasta la parroquia con un nuevo estado de ánimo. Algo cambió en ella. Haber estado con esa familia y ayudado a sanar su tristeza de alguna

manera ablanda la dureza enquistada en su espíritu, esa testarudez de roca como la Huasteca y peligrosa como rojo carbón.

Durante el camino olvida escupir la casa de los Calderón, baja a la cripta convencida de que no saldrá de ahí hasta saber qué es lo que Ada le quiere decir. No enciende las luces porque cree que en la oscuridad los muertos se comunican mejor, casi siempre durante la madrugada. Así lo ha experimentado en otras ocasiones, aunque a su madre puede escucharla a cualquier hora del día. Tal vez se deba al vínculo que las unió en vida. Se acerca primero al nicho de Alicia. Percibe la paz en el alma de la joven y su gratitud, las palabras no son necesarias. Después va a donde descansan Ada y Blanca. Frota la mejilla en el fierro helado y se envuelve los hombros en el chal que lleva sobre el vestido, como si se acurrucara en el pecho de alguna de ellas. Aleja los pensamientos de su mente hasta convertirla en un estanque vacío. Espera varios minutos. Las palabras emergen de algún lugar remoto. Son palabras diversas, no están formadas por letras, son palabras imagen, palabras objeto, palabras sentimiento, palabras certeza. Es una comunicación distinta, como si ese recipiente vacío comenzara a llenarse de un diálogo no verbal, pero cierto. Carmina se abraza más, su respiración se acompasa. Ada está ahí. La escucha. Le dice que la ama, que siempre la ha querido. Que nunca quiso herirla y que necesita de ella. “Yo también te quiero”, le hace saber Carmina; llora en silencio. Es una cercanía que no tuvieron en vida, pero al menos ahora siente a Ada. Percibe que algo la inquieta. Silencia la mente de nuevo. Ve el rostro joven de El Cura. Un latigazo recorre su cuerpo y la obliga a separarse de la cubierta del nicho. Camina por la cripta. Sus pasos resuenan, se estrellan entre los helados repositorios. Todos los ojos, ahí encadenados, la observan. Era lo último que esperaba de su hermana. Duda si Ada está enojada y le quiere recriminar por haberse inmiscuido en sus cartas, en su intimidad. Quizá sea mejor retirarse, es mala idea querer escucharla. Además, tantos años alejadas, son sentimentalismos de hermana menor, mejor irse, volver otro día o por la tarde. Aunque, quizá sea otra cosa. Vacila. Recorre el rectángulo recubierto de nichos, esta vez con celeridad. “Serénate”, se convence, “has hecho esto infinidad de veces”. Se

detiene de golpe frente al claustro de Blanca y Ada. “¿Qué quieres de mí?”. Cierra los ojos y otra vez la posee la imagen de ese hombre tan detestado. La imagen es muy vívida. Las palabras contundentes. “No, Ada. No iré a buscarlo. Hay cosas en la vida que no se pueden hacer y perdonar a ese maldito es una de ellas. No, no tengo problema en odiarlo. Podría odiarlo hasta la eternidad, aunque esta aversión, aunque este rencor que siento me haga daño a mí misma; no me importa. No, Ada. ¡Basta! En mala hora vine a hablar contigo. ¿Qué dices? Que transforme el dolor en amor y el amor en servicio. Estás loca. Son palabras sin sentido.

”No la secunde, mamá. Ya sé que me quieren, pero lo que Ada desea no es posible. Ay, mamá ya no me diga esas cosas. Para usted es muy fácil, ya no está en este mundo. ¿Cómo que no nos abandonan? No la entiendo, ¿me quiere decir que el cuerpo es sólo un vehículo, que mi dolor les duele? ¡A qué esclavitud me condena! A ver, dice que no estarán en paz mientras yo sufra”.

Carmina siente el peso de la obligatoriedad. Perdonar es violentarse. Es arrancarse una costra gruesa, adherida a la piel durante décadas, para dejar el alma en carne viva. Sabe que tendrá que arrancarse el corazón para construirse uno nuevo, el que guarda con tanto celo no sirve para perdonar, sólo sabe de rencores y venganzas.

“Muy bien, Ada, lo pensaré. Pero no te hagas ilusiones. Lo que me pides es absurdo. Transformar el dolor en amor, el amor en servicio. ¿A quién fregados voy a servir?”.

—*A los otros, a los muertos, somos muchos y algunos necesitan ayuda. Como lo hiciste con Alicia y sus padres*— esta vez escucha nítidas las palabras de Ada que repite en voz alta—: *a los otros muertos, ve y ayúdalos.*

Sale de la cripta aún ensimismada, no ve a Nicanora Peredo, la mujer a la que por décadas ha utilizado para esparcir sus chismes, que la saluda a lo lejos en la iglesia. Deambula un poco por las calles cercanas a la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, que bullen aún con el tráfico provocado por el accidente en la mina 8 de Pasta de Conchos. La incordian los camiones con soldados, las camionetas de la Policía Federal Preventiva y las de Protección Civil.

Son intrusos que rondan por sus calles, que asustan con sus armas largas y lo traspasan todo con mirada seria. Son los hombres que no se debe ver a la cara, con los que hay que desviar la mirada. Así se los enseñó su padre. “Con éstos no hablen jamás”, les había dicho a ella y a su hermana: “Nunca, nunca, por ningún motivo, los miren a los ojos. Si les llegan a dirigir la palabra, ustedes respondan y sigan su camino. Nada más. ¿Entienden?”. Las dos habían asentido y desde entonces guardaron respeto y distancia a cualquier uniformado.

Al llegar a casa se da cuenta de que Bernardo ya está ahí. Su carro a la puerta y mal estacionado sugiere que llegó deprisa. Apura el paso. Lo encuentra a la mesa del comedor, escribiendo alguna de sus historias. No lo interrumpe. Se sienta a la cabecera y lo observa. Ha perdido peso en los últimos días. Esas horas pasadas en la mina lo están consumiendo.

— Cada vez que llega trae en la ropa un olor a llanta quemada, imposible de quitar ni con tres lavadas —se queja Candelaria—, ¿no será mejor tirarla a la basura y comprarle nueva? —con la seguridad que ha adquirido por el dinero que pronto va a recibir, le parece buena idea.

—No acabaríamos de comprarle ropa nueva cada vez que viene de la mina —responde Carmina.

El intenso olor impregnado en la ropa la alcanza a pesar de la larga mesa del comedor entre ellos. Compadece a su sobrino. Un mechón oscuro le cae rebelde sobre la frente. El ceño fruncido, la ceja poblada, la mirada sincera y el mentón afilado, concentrado en lo que escribe. Inmerso en ese universo de palabras que lo habitan. Palabras de medida, de meditación.

Su sobrino levanta la vista, sus ojos oscuros le sonrían un segundo y vuelven a lo suyo. Elabora un artículo. Los días pasados con los familiares de los mineros, la reflexión en torno a la violencia ejercida por las malas condiciones de trabajo, la orfandad de tantos niños que, en un instante, y de manera prevenible, perdieron a sus padres, todo ello le hará ver en un futuro no lejano que la situación de la mina anticipa el dolor social en que México se sumirá durante la guerra contra el narcotráfico. Pasta de Conchos es el preludio de una

carrera que no abandonará. Un par de años después, el 16 de agosto de 2008, cubrirá en Creel, población del estado fronterizo de Chihuahua, la primera masacre pública en el periodo de la llamada *guerra contra el crimen organizado*.

Esa noche Bernardo escucha entre sueños una alarma, es la segunda noche que le sucede. Revisa su celular, está apagado, no trae batería. Sale al pasillo, camina hasta la habitación de Carmina, pega el oído a la puerta, el sonido no proviene de ahí. Éste es un juego de mal gusto. Adormilado, desciende a la planta baja, ahí no se escucha. De nuevo sube hasta su recámara. El sonido flota sin ningún origen. Tal como lo hiciera la noche anterior, abre la ventana para ver si la alarma proviene de afuera. Tal vez de algún coche. Nada. La alarma suena en su habitación. El reloj sobre la mesa marca las cuatro de la mañana. Con fastidio vuelve a la cama, se cubre hasta la cabeza con las sábanas. La blancura de la tela le recuerda esos días de Ada en el hospital, cubierta con la sábana impoluta que apenas dibujaba su cuerpo leve.

Bajas temprano para desayunar. A tu lado está la edición del domingo de *El Norte*, lo abres en la página tres de la sección Nacional. Lees un artículo redactado por David Torres en el que reconstruye el instante en que Valentín Zamarrón, uno de los trescientos familiares apostados afuera de la mina gritaba con voz potente: “Siempre dije que no podían estar vivos”. Sabes que eso no se les puede ni insinuar a los familiares. No quieren el duelo, quieren seguir agarrados a la esperanza que los ha mantenido ahí, siguen adheridos a la reja, como si esa reja pudiera mantenerles viva la fe en verlos salir de la mina. Al centro destaca otro artículo escrito a seis columnas también por el mismo periodista. En letras grandes y negrillas lees: **SUFREN YA EL OTRO DERRUMBE**. El texto hace un contraste entre las estrellas que, arriba, palpitan con fuerza y abajo da cuenta de los deudos que presiden un funeral recién asumido. Persisten las fogatas y los toldos cenizos por el polvo de carbón, los autos que les sirvieron como descanso fugaz y las sillas de plástico, inamovibles, en las que cerca de trescientas personas aguardaron para ver salir a los sesenta y cinco trabajadores.

Los testimonios continúan conforme avanzas en la lectura. El hijo que espera a su padre cuenta que al enterarse del accidente no pudieron avanzar el kilómetro y medio que separa a la entrada de la brecha de la caseta, porque un grupo de soldados con armas largas impedía el paso, hasta que llegó el gobernador y pudieron avanzar con él hasta la reja de la mina.

Te parece acertado el análisis sobre el vaivén de información proporcionada por la minera, algo distinto cada día. Al inicio decían que eran unos cuantos derrumbes, después que se había venido abajo casi tres cuartas partes de Pasta de Conchos. El artículo menciona que los directivos veían con horror la instalación de campamentos, las mujeres adheridas a las rejas y todo el aparato instalado por el gobierno para tener comida, baños, sanitarios móviles. La sorpresa por la horda de reporteros, enlaces en vivo y cables noticiosos en los que contaban las historias de los mineros. A qué hora partió, cómo era, cuánto llevaba trabajando en Pasta de Conchos, qué hacía con los \$600 semanales que ganaba.

Cuando terminas de leerlo, tomas el periódico *Palabra*, el mismo David Torres menciona lo que han dicho algunos escritores sobre los sucesos en Pasta de Conchos.

Adviertes la comparación que hace el periodista entre el derrumbe de la mina y el de las familias. No lo habías visto de esa manera. Aunque aciaga, la perspectiva te parece acertada. Es el derrumbe social que se avecina, que ya está a la puerta.

Doblas el periódico, das un sorbo a la taza de café. Tienes planeado ir a la clínica a entrevistar al minero que sigue internado, y Candelaria, con el nuevo tono de voz que adquirió desde la lectura del testamento, te ofrece una concha de vainilla. Sabe que es tu favorita. La concha te tienta. “Ay, Candelaria —le sonríes—, a esto no me puedo resistir y bien lo sabes”.

Estás por dar el último bocado cuando llega Carmina. Las ojeras marcadas, la piyama y la mata de cabello gris desordenado te dan la certeza de que algo no anda bien. Quizá convenga posponer la entrevista que deseas hacer para pasar la mañana con ella. Han charlado poco y reconoces que la has dejado mucho tiempo sola durante esos días y noches pasados en la mina.

—¿Cómo amaneciste, tía?

Ella te lanza una mirada torva:

—¿Qué te digo? La vida es cabrona cuando se lo propone. ¡Candelaria, dame un café bien cargado! —grita con los ojos cerrados—.

—¿Otra vez no dormiste? Mira nomás qué cara traes —interviene Candelaria—. Ahorita te lo traigo, mientras cómete una concha, también tengo pan de pulque.

Sabes por Candelaria que algunas noches Carmina no logra conciliar el sueño, cuando las voces de los muertos, sobre todo la de Blanca, la incordian. En esas ocasiones ella queda tan exhausta que no puede dormir. Las imágenes vuelven, se recrean una y otra vez durante horas, hasta que, atontada, el sueño la vence. Es inflexible en eso de no contar lo que habla con los muertos de la cripta. Por más que Candelaria le pregunta, la respuesta siempre es la misma: no te incumbe.

—A mí me sucede lo mismo, tía. A veces el sueño nada más no llega —tratas de suavizar la conversación—. Me consta que los minutos se suceden sin piedad para el que vela. Hay noches en las que recorro las posiciones posibles para relajar el cuerpo, y nada. La oscuridad se me cuele por los ojos y cualquier luz, por pequeña que sea, se convierte en motivo de insomnio. En esas ocasiones hasta cubro el reloj digital, la pantalla de la televisión y cualquier otro artefacto que me distraiga el sueño.

—Yo sufro con la luz de la calle que se cuele entre la cortina con obstinación —te responde Carmina—. Peleo con ella, la corro hacia el centro y la orilla, hasta que logro que cubra el reflejo de los arbotantes. Es una rendija insoportable. Y luego la almohada, pareciera que tiene pleito conmigo, la abombo, la aliso, me acuesto boca abajo con la cabeza en la esquina. Son noches que no le deseo a nadie y al día siguiente amanezco como hoy: apaleada.

Carmina da un sorbo a su bebida, el calor del líquido amargo al caer por su garganta le produce ya cierta satisfacción. Notas que para el tercer trago su aspecto cambia. Toda la noche caviló sobre la petición de tu abuela de buscar a El Cura, de perdonarlo. Tu tía piensa que tal vez sea tiempo de hablar contigo sobre Ada y El Cura, más tarde entre los dos podrían hacerlo con Violeta. Tendrían que ir a Monterrey a verla. Ella no se atrevería a tratar el tema a solas con tu hermana, sabe que necesitaría tu apoyo. O podría esperar un poco, encontrar primero a El Cura y hablar con él. Ignora si está de fijo en Monterrey o si aquel día celebró de paso. ¡Pinche Ada! ¿Por

qué la tuvo que meter en ese embrollo? Termina su café y así, sin bañarse ni arreglarse encara contigo la situación.

—Ayer estuve en la cripta, Bernardo, necesito hablar contigo. ¿Te puedes quedar? Si no, cuando tengas oportunidad —tu tía rezuma preocupación y súplica.

—Claro, tía, lo que necesites —respondes sin dudar. Has cubierto la noticia sobre Pasta de Conchos durante los últimos días y al anunciarse el cese del rescate de sobrevivientes decides que esa cobertura puede esperar.

Carmina busca palabras buenas, las que suenen como las notas suaves y dulces de un piano. No sabe cómo decirte que descienes de una relación oculta por tantos años. No quiere desdibujar la imagen de tu abuela-madre, tan querida para ti.

La turbación de tu tía no te pasa desapercibida. Le colocas una mano en el hombro, ese gesto tuyo de confianza y le sonríes desde los ojos.

—No tengas apuro, tía, dime lo que me tengas que decir.

Carmina toma valor:

—¿Qué sabes de tu abuelo? ¿Del padre de Celeste?

—La verdad muy poco —confiesas—. No se hablaba de él en casa, creo que murió joven, poco después de que naciera mi madre.

—¿Nunca te preguntaste por qué tu abuela dejó Rosita para irse a Monterrey?

—Ahora que lo mencionas, no. Muchos abuelos han mudado de ciudad y los nietos desconocen las historias que los empujan. Además, ¿quién no viene de migrantes en Monterrey? Supongo que son pocos a los que las historias de sus antepasados los llamen a indagar, los inquieten. Pero en mi caso no, tía. A mí lo que me inquietaba era más bien la lejanía entre ustedes.

Carmina se acerca a la cómoda que resguarda el mantel. Lo extiende sobre la mesa del comedor y con el dedo índice te muestra esas letras bordadas en rojo que tantos años han ocupado un lugar preponderante en el lienzo.

—¿“El Cura”? ¿Qué me quieres decir? Que mis abuelos no se casaron por la iglesia.

El suspiro de Carmina llena el lugar.

—No, Bernardo. Lo que te quiero decir es que Ada, cuando era joven e ingenua, acostumbraba ir a la parroquia a ayudar con la catequesis y poco a poco, en el trato entre ella y el párroco, que era joven... —Carmina levanta los ojos al cielo, implora ayuda.

No atinas a entender lo que tu tía te quiere decir. Callas y tu silencio la ofusca. Ella vuelve a tomar aire.

—Bueno, como te decía, entre tu abuela y El Cura creció un sentimiento, yo no sé mucho de eso, pero el caso es que sucumbieron a esos sentimientos, como a veces sucede, y de esa relación nació Celeste. Tu madre.

De pronto sus palabras te aturden. Diferentes sentimientos se agolpan y te impiden pensar. Tu primera reacción es contra Ada. ¿Por qué no te lo dijo ella misma? Si ella era tu confidente, la mujer madre, la madre abuela quien te enseñó el camino de las letras, de las palabras, de la poesía. ¿Era tan difícil para ella hilvanar las palabras de una verdad tan importante como ésta? ¿Fue más fácil que tu tía las bordara en un mantel? Caminas alrededor de la mesa hasta llegar a la cocina.

—¿Tú lo sabías, Candelaria?

La mujer toma el trapo con el que secaba los platos, lo enrosca entre las manos y se aleja hacia el lavadero sin responder.

Regresas al comedor y el coraje te tiñe de rojo el rostro. Es otro tipo de coraje el que sientes. No es el mismo que te ha carcomido los últimos días en la mina y en las entrevistas con los familiares de los mineros. Con ellos, el deseo de justicia es el que te incendia por dentro; contigo, es un coraje en el que no existe la posibilidad de resarcir. El daño que ese hombre le hizo a tu abuela hasta te provoca náusea.

—¿Ese cura vive? —Carmina asiente—. ¡¿Mi abuelo es un cura?! —el grito sale de lo profundo de tu incredulidad.

A grandes zancadas recorres el comedor. No puedes apagar el fuego que sientes por dentro, se te traba la quijada y la vena de la frente parece querer explotar. La ira abrasa tus ojos cuando te detienes frente a Carmina.

—¿Dónde está? —clavas los puños sobre la cubierta de la mesa del comedor. El golpe rasga tus nudillos. Quisieras tener a ese cura

delante para apretarle el cuello.

—No estoy segura. Lo vi en Monterrey, de casualidad —tu tía es un manojo de nervios.

—¿Y por qué no le cumplió a mi abuela? Pudo dejar el sacerdocio, casarse con ella.

Aunque pensabas que, como en muchas familias, podía ser una casualidad que tu madre y tu abuela compartieran el mismo apellido, a veces la intuición y las evasivas de Ada al hablar sobre tu abuelo te hicieron pensar que tu madre había nacido fuera del matrimonio, entendías que para los tiempos actuales ser madre soltera no era algo extraño, pero para la época en que Ada era joven, el que la sociedad lo viera con malos ojos generaba ese secretismo que, a pesar de la confianza que había en la relación con tu abuela, era una puerta que se avergonzaba de abrir. A ti no te habría importado que fuera madre soltera, ¿por qué habrías de juzgarla? Pero el hecho de que tu abuelo fuera un cura te provoca una turbación de la que tardas unos minutos en recuperarte, es una noticia que se sale de todos tus esquemas. Te asombra tu propia reacción. Tú, que te consideras siempre tan sereno, ahora no sabes cómo manejar esas emociones que te golpean el pecho como badajos de campana. En tu frente aparecen pequeñas perlas, las arterias que generalmente mantienen un ritmo pausado, ahora se distienden en tu cuello. Quieres gritar, pero te contienes.

—Casarse nunca fue opción, Bernardo. Cuando mi padre supo la noticia de inmediato rechazó a Ada. Le prohibió salir a la calle, imposible que mi hermana diera la cara ante la sociedad. Lo que había hecho era una ofensa hacia sí misma, hacia la familia y hacia la sociedad, pero lo que lo hizo imperdonable, fue que la gente comenzó a atacarla a ella. A ella, porque había sido la buscona y pobrecito padre cómo no iba a sucumbir a la tentación de esa joven ofrecida. Ada se convirtió de la noche a la mañana en un demonio obsesionado con robarle un soldado a Cristo. La eterna tentación. El diablo vestido de mujer, eso decían todos, y nos lo repitieron hasta el cansancio. Mi hermana se convirtió en otra Eva. Ella que en castigo tendría que cargar con el fruto de su pecado y el escarnio social. Cuando pasó esto yo era una niña, Bernardo, pero lo fui entendiendo

con el tiempo, fueron las miradas furtivas en la calle, las murmuraciones que se generaban al verme pasar por los pasillos de la escuela, los comentarios cargados de sarcasmo de mis compañeras, los que me hicieron entender que la sociedad no iba a perdonarle ese agravio contra un “pobre sacerdote” cuya única culpa fue ser débil ante la tentación. La presión social fue implacable.

Piensas en tu abuela y no puedes evitar sentir compasión por ella, imaginas esos años que le tocó enfrentar su situación en soledad, lejos de los suyos. Imaginas la vida de Celeste, cuestionando la ausencia de su padre. ¿Qué le habrá dicho Ada? ¿Le habrá mencionado alguna vez su relación con El Cura? Te asaltan las dudas. ¿Se habrán enamorado? ¿O tal vez sólo haya sido un instante de pasión? ¿Y si la historia fue distinta? Y si desde su posición de poder El Cura hubiera abusado de Ada, te cuestionas con rabia. Siempre existe esa posibilidad. Una jovencita admirando a un hombre que tal vez en la intimidad de la confesión fue moldeando su conciencia hasta hacerla creer que su relación era bien vista por Dios. La idea es tan abominable que te provoca náusea. El abuso, aunque consensuado no deja de ser abuso.

Truenas contra Carmina, le gritas a la cara como si ella fuera responsable de la situación de Ada y de Celeste:

—¿Por qué El Cura no reconoció a mi madre como suya?! —la tomas de los hombros, aprietas hasta que logras tranquilizarte.

Cuando la sueltas Carmina tiembla todavía. Teme tu reacción. En los pocos días que te ha visto, siempre vio a un hombre apacible, no reconoce ese fragor en tu voz.

—¡No lo sé! Yo era una niña y no me decían nada. Sólo vi el enojo de mi padre, el llanto de mamá y a los pocos años, Ada se fue a vivir a Monterrey llevándose a Celeste cuando era pequeña. Como te dije, con los años entendí que había sido un escándalo. El Cura fue una imagen difusa, sólo conservé el recuerdo de su voz, su timbre era muy particular, de una gravedad tan profunda que no se olvida.

Si ya la admirabas, ahora la imagen de Ada crece frente a ti. No es sólo la abuela-madre. Es una mujer que se rehízo desde el rechazo familiar, que se creció desde el repudio social y que se afianzó desde el engaño y el abandono de un hombre. Pero no cualquier hombre,

tuvo que ser un cura. Y ella se elevó a sí misma por encima de todos ellos. Conociéndola como la conocías, te habría gustado saber todo eso cuando ella vivía. Con seguridad habrá sentido vergüenza, no sólo por haber tenido a Celeste fuera del matrimonio, sino por haberse embarazado de un cura. Crees que tal vez tuvo miedo a un nuevo juicio. Por evitar el juicio de sus nietos se impuso el silencio. Quizá no se sintió con fuerza para enfrentarlo, tal vez pensó que lo mejor era callar esa verdad. ¿O sería por protegerlos?

—¿Exactamente en dónde viste a El Cura, tía?

Carmina duda por tu reacción, pero con todo prefiere decirte la verdad:

—Lo encontré por casualidad en la iglesia que está por el hotel Ancira, él estaba celebrando la misa y ahí lo reconocí.

No se atreve a decirte que en el confesionario le hizo saber que tenía dos nietos, tampoco que estuvo en la misa de tu abuela. Necesita desgranarte la verdad poco a poco.

—Me asusté mucho cuando sospeché que era él, tantos años de odiar a una persona y de pronto tenerlo tan cerca y al mismo tiempo protegido por el altar. La idea me enfermaba. Toda la misa fue un suplicio —Carmina llora con profusión y te entenece. Se encorva sobre sí misma—. Lo peor fue al acercarme a comulgar —continúa diciéndote—. En ese instante no tuve duda. Era él, era El Cura.

Sientes compasión por tu tía. No la viste desmoronarse durante el funeral, en la misa, ni cuando depositaron las cenizas de tu abuela en la cripta. Cruzas el brazo sobre sus hombros y las atraes hacia ti.

Así, bajo tu abrazo, ella se anima a contarte el resto:

—Al terminar la celebración lo vi entrar en el confesionario y no sé si habré hecho mal, pero me acerqué y le dije quién era. Me preguntó por Ada y le dije que había muerto, que por la tarde sería su misa, que tú y Violeta estarían ahí.

—¿Sabe de nosotros? —los ojos de Bernardo se clavan en los de su tía.

—En ese momento dijo que no y hasta se consternó. No sé si sería sincero. Más tarde en La Purísima lo vi de lejos. Y ya no supe más de él. Durante varios días me ocupó todo el pensamiento y justo cuando ya me había tranquilizado vino lo peor.

— ¿Qué puede haber peor, tía?

—Lo peor es que ayer que fui a la cripta, estando ahí, llegué a la conclusión de que debemos buscarlo, hablar con él y que nos dé explicaciones de su conducta.

Te lo dice en plural para no cargar con toda la responsabilidad, para que la ayudes a encontrarlo y encararlo, ella no podría confrontarlo sola. Sabe que aquel día en el Templo de San Luis Gonzaga la adrenalina la hizo reaccionar sin pensar en lo que hacía. Había sido uno de esos instantes en que el interior se tensa como arco y las palabras se convierten en saetas, listas para herir la carne, para desgarrar el interior. Porque las palabras poseen esa cualidad. Pueden ser tan agudas y mortíferas como cualquier punta de lanza. Pero algo premeditado es diverso, te necesita.

La idea de buscar a ese hombre te inquieta. No tienes bien claro el propósito de ir tras él; tampoco deseas que se enfrasque en una odisea para encontrar a alguien que viene de un pasado lejano, alguien que no ha significado nada en tu vida y que sólo te provoca coraje. Sin embargo, no deseas contrariar a tu tía.

Esos días a su lado te han ayudado a entenderla. La imagen que tenías de una mujer huraña con una vida sórdida se ha suplantado por la de alguien más bien digno de compasión, alguien a quien el sufrimiento ha deformado. Deduces que el dolor es al hombre como el cincel a la escultura. La herramienta que logra crear una obra, bella o terrible, pero siempre única. Piensas que por el dolor se nace, con el dolor se crece y en el dolor se muere. Y no hay momento en la vida del hombre que no se vea permeado por el sufrimiento, reflexionas, aún en las mayores alegrías queda un velo de dolor, pasado o presente, que le recuerda al hombre su vulnerabilidad.

— ¿Qué sugieres, tía?

—Tendremos que ir a Monterrey.

*

De nuevo se llena el local con las voces masculinas de los que frecuentan la cantina por la noche. Observas que en todo el día no

han entrado mujeres. No ha llegado a Rosita el reclamo femenino de ese espacio. Tal vez en algunos años podrán verse algunas valientes acodadas en la barra, pero todavía no. Ésa es otra batalla para la que el pueblo de Rosita no está listo.

Aunque te intriga saber por qué nadie espera a Indalecio si sabes bien que tiene esposa y dos hijas, decides esperar porque los eventos dentro de la mina son más importantes y ya comienza a anochecer.

Dos mineros, sentados en una mesa de lámina, levantan sus tarros de cerveza y saludan de lejos.

—Cuéntame de tu rescate, Indalecio, de esa parte no me has dicho nada.

—Estuvo cabrón. No es fácil de explicar, Bernardo. A ratos sentía como si la tierra me jalara hacia abajo, fuerte, no sé. Yo creo que como sabíamos que faltaba poco para que se nos acabara el aire que nos quedaba, nos sentíamos hasta sin Dios. Y morir así, sin que nadie lo sepa, sin tener una tumba, es como no haber nacido, como uno de esos perros que mueren en el camino y ni quién voltee a verlos.

“Ya no tenía ni ánimo de hablar con Marco, y yo creo que él tampoco. Sin decirlo ninguno de los dos, esperábamos la muerte como algo seguro. Morir aquí y morir allá daba lo mismo, morir de un modo o de otro daba igual. La muerte es como el carbón, sirve a todos los fogones. De pronto el golpe de un pico contra la piedra me obligó a abrir los ojos. No estaba seguro si el ruido venía de cercas o si me lo imaginaba por las ganas de no morirme. ‘Marco, Marco, ¿oyes?’. Plac, plac, plac. Mi amigo no respondió.

“Ni sé de dónde me salieron las fuerzas, pero como si estuviera endemoniado jalé piedras, las aventé lejos y lo más fuerte que pude grité: ‘¡aquí, aquí estamos!’ Golpeé una piedra con otra, hice ruido hasta que me desmayé, luego, el tiempo pasó, sentí unos brazos que me levantaban de las axilas y una luz me encandiló todo.

“¡Marco!”, apunté a donde había quedado mi amigo. ‘Tranquilo, ya lo tenemos también, me tranquilizó uno de los rescatistas. Oía trozos de voces emocionadas cuando nos sacaron de la mina. ‘¡Vienen dos!’, decían unos. ‘¡Son de los que estaban cerca de la plancha! ¡Rápido, traigan el oxígeno!’. Lo cierto es que entre aquellas voces a mí me pareció que la mina había sido buena al dejarme salir vivo de ahí, porque has de saber que la mina tiene vida propia y toma sus decisiones, ella hace sus elecciones y en ésta me soltó.

“Quiero irme a mi casa’, les decía, ‘ya quiero irme a mi casa’. ‘¿Cómo te llamas?’, insistían. ‘¿Dónde está mi mujer?’. ‘Primero dime cómo te llamas’. ‘¡Indalecio!’. ‘¿Indalecio qué?’. ‘¡Qué les importa, chingados, quiero irme con mis hijas y mi mujer!’. En ese momento de plano lloré otra vez. El cuerpo aguanta vara, Bernardo, pero luego ya no puede más. Aunque la piel me ardía mucho, más me ardían las ganas de ver a mi Cuca. ‘Tienes que ir al hospital a que te curen’, dijeron. ‘Tienes muchas quemaduras y ampollas por todos lados’. No entendía lo que me decían. ‘Que estás muy lastimado de la piel y tienen que revisarte, pero antes dime tu nombre completo’. ‘Indalecio Salinas’, les respondí. Ahí fue cuando me di cuenta de que estaba todo jodido. La ropa rota y gran parte de mi piel renegrida, pero no con polvo de carbón. Estaba achicharrado, la verdad no sé cómo nos quemamos ni cuándo. En otras partes tenía una costra de sangre y tierra. Cuando iba en la camilla sentía como si el aire me cortara la piel a navajazos. Me dolía un chingo. Entre toda la gente que se asomaba para verme nunca vi a mi Cuca. Sentía los ojos pesados, como nubes cargadas a punto de explotar. ‘Ya no me muevan, ya no me muevan’, les rogaba porque el dolor era insoportable. Pero no me hicieron caso. Llegamos hasta la puerta de una ambulancia, me acomodaron adentro en una camilla y luego me llevaron a la clínica.

“De Marco y de los demás compañeros no supe nada hasta después.

Asientes cada palabra, revisas que la grabadora no se haya detenido. Ya son varias horas de grabación las que tienes ahí. Un poco más y será suficiente para elaborar la primicia de esa entrevista sacada a fuerza de mezcales.

Mientras Bernardo se dirige a la mina, resuenan en su mente las palabras de su tía y la nueva realidad de que su abuelo es sacerdote. ¿Cómo lidiar con una noticia así? Le duele no haber tenido la oportunidad de platicar con Celeste. ¿Qué habrá sentido? ¿Lo sabría? ¿Habrá influido este hecho en su muerte? De inmediato desecha la idea. Si ellos no lo supieron lo más probable es que su madre tampoco. ¿Cómo se lo plantearán a Violeta? Aún recuerda las discusiones con ella en cuidados intensivos cuando Ada agonizaba.

A pesar de la recomendación del cardiólogo de Ada de no malpasarse e irse a descansar a casa, había decidido quedarse a dormir en el hospital esa noche. Violeta entró a los pocos minutos, tomó su bolso, besó a Ada en la frente y le lanzó a Bernardo un desabrido hasta mañana.

Aquella noche, Bernardo se dejó caer en el sillón junto a su abuela. No había tenido oportunidad de estar a solas con ella durante la mañana, cuando los médicos les dijeron que ya no había ninguna respuesta neuronal. Eso significaba que, aunque su cuerpo estuviera ahí, su mente no. Si escuchaba, su cerebro no registraba las palabras, no las podía interpretar ni entender. Estaba muerta sin estarlo, pero a Bernardo no le importó. “Yo soy *su poeta*, yo puedo hablarle y quizá en algún hondo resquicio de su conciencia podría

entender cuánto me duele perderla como la estuve perdiendo, por días, por horas, por minutos”. Tomó su mano.

—Te quiero, Ada.

Observó su rostro para ver si había alguna respuesta, pero de su garganta sólo salían los estertores en una lucha rítmica de su cuerpo que inhalaba y exhalaba con indiferencia. De pronto su respiración se detuvo, uno, dos, tres, cuatro segundos. El mundo de Bernardo quedó en pausa. Estaba a punto de echarse a llorar sobre ella, cuando, así como se detuvo, Ada respiró de nuevo. Bernardo corrió a buscar a una enfermera.

—Ya está cerca su final —comentó al verla.

—Es que no respiraba, señorita.

—Es normal en esta etapa.

Eran las nueve de la noche y él no se despegaba de su lado, hora tras hora estuvo atento a su respiración hasta que a las tres de la mañana una de las enfermeras lo convenció de recostarse en el sillón. La misma escena se repitió en tres ocasiones más. Bernardo estaba al borde de una crisis, cuando por cuarta vez dejó de respirar, pasaron algunos segundos y su corazón se detuvo también. Ahora sí, pensó, y de nuevo volvió a latir con fuerza.

Ada pasó dos días así. Los médicos desconectaron los aparatos que marcan los signos vitales.

—Es cuestión de esperar —repetían cada vez que les preguntaban.

—¿Cuánto?

—Unas horas o algunas semanas. No es posible saberlo.

Decidieron llevarla a casa.

Como le habían dado morfina y sedante tendría que ser bajo supervisión médica, pero les sugirieron primero pasarla a cuarto, como una transición.

Al día siguiente los episodios continuaron. En total, dejó de respirar nueve veces y en tres de ellas su corazón también falló. Ada luchaba sin descanso. En cada ocasión Bernardo creía que había muerto. Verla morir tantas veces lo destrozaba por dentro. Aprovechó para salir a comer mientras Violeta se quedó con ella. Eligió un restaurante cercano para ventilarse un poco, aún

cuchareaba un consomé de pollo con verduras cuando Violeta lo llamó al celular.

—Ya —le dijo. Una palabra, dos letras que significaron una catástrofe—. Acaba de morir.

Nunca había manejado a esa velocidad. Bernardo sorteó automóviles y se pasó luces en ámbar hasta llegar al estacionamiento del hospital, aparcó en el primer lugar libre que encontró. Corrió hacia el ascensor, quería volar y llegar junto a ella. Al ingresar le pareció que se movía con más lentitud que de costumbre y como si fuera hecho a propósito, en esa ocasión iba lleno. El elevador se detuvo en tres pisos antes de llegar al de cuidados intensivos. Bernardo recorrió a zancadas el itinerario exasperante de pasillos e isletas con enfermeras hasta la habitación 428. Violeta, llorosa, al verlo llegar lo dejó a solas con Ada.

Bernardo recuerda su rostro inmóvil. Se había dejado caer sobre ella para llorar con amargura, con coraje, con dolor. Estrujó la sábana que la cubría hasta removerla. Alisó su cabello, revisó su cuerpo. El colchón especial sobre el que la habían colocado no evitó que bajo los brazos y piernas se le formaran llagas. Ada era huesos envueltos en piel arrugada. La cubrió con cuidado y se recostó sobre ese pecho que tantas veces lo consoló, en el que encontró el afecto y la unión que sólo existió entre ellos. Lloró entendiendo que no había nada que hacer, que tomaron la mejor decisión y sin embargo no quería dejarla ir. Durante días habló de los pinches coágulos que le taparon los pulmones, el medicamento que le provocó la hemorragia, de la maldita impotencia de ver una vida que se escapaba sin poder hacer nada. Pero lo que más le dolió fue no haber estado con ella por irse a comer.

En la mina hay menos personas que el día anterior porque los duelos ya se viven en casa. El templete desde donde daban las noticias al otro lado de la reja está desierto, es una isla deshabitada. Bernardo llega decidido a entrevistar al grupo de mineros que por distintas razones no bajaron el día de la explosión, los encuentra sentados

sobre piedras y llantas a la orilla de un camino distante a la entrada de la mina. Al decirles que viene del periódico ellos se repliegan. No quieren decir sus nombres, sólo acceden a contar sus historias y a dejarse fotografiar.

Son cinco. Tienen miedo. Aún laboran para la minera y quieren conservar sus puestos.

A uno de ellos, un hombre de mediana edad, frente despejada y cabello crespo, lo promovieron a supervisor antes del accidente. Habla mucho de la mina, tiene más de una década de trabajar ahí, las manos oscuras con trozos de carbón incrustado. Dice que lo aprendió de su abuelo, que así se curaban las heridas. Habla de trabajar en los fríos bajo cero entre los senderos subterráneos. Es una ciudad en las entrañas de la tierra, agrega. Hay pequeños comedores que los mineros improvisan, letrinas. A pesar de estar en la más completa oscuridad no es un mundo silencioso: el ruido de las máquinas deja zumbidos que tardan mucho en irse.

Tres cuentan que los cambiaron de turno unos días antes. Tuvieron suerte, pero les pesa no haber estado con los compañeros.

A otro de plano le dio pereza asistir dos días seguidos.

—Esos días amanecí sin ganas de ir a trabajar —dice—. Como estaba a cargo de mover las vigas para reemplazar material en la frente larga y son bien pesadas, había decidido faltar. Nunca imaginé que esa decisión me salvaría la vida. Ahora no puedo dormir. Sueño todo el tiempo, entre la noche me levanto dormido y me salgo para afuera, para irme a la mina. Sueño que a mis compañeros se los llevan los pájaros, no quiero dormir para no soñar. Sueño que me persiguen, en todas partes los veo, en el pueblo, en la mina. Está jodido no poder dormir, tener miedo a cerrar los ojos, porque los muertos están en esa oscuridad.

Bernardo prepara sus notas para elaborar el artículo. Uno más. El último de esa serie que estuvo escribiendo desde la noche brumosa de ese 20 febrero de 2006 cuando llegó a la mina. Una historia que se le queda en el corazón y que lo hará volver año tras año en la misma fecha para retomar la historia.

La idea que nos formamos de las personas suele ser un espejismo, una imagen reflejada que no capta del todo su esencia. Con los artículos ya terminados Bernardo logra despejar la mente y pasados los intensos días afuera de la mina, relaja también el cuerpo. Sólo hasta entonces recuerda el funeral de Ada y la llegada de su tía Carmina. Le llama la atención cómo ese día se alegró de que su tía se hubiera marchado tras sus hirientes comentarios. Y su extrañeza frente al distanciamiento entre ellas. Ada había sido parca cuando se trataba de hablar de Rosita o de su familia. Sólo hasta ahora Bernardo se da cuenta de que a todas sus preguntas sobre Celeste o la tía Carmina, ella siempre había respondido con evasivas, cambiando de tema, distrayéndolo con cualquier cosa. Los muertos se llevan sus secretos. Lo que había sucedido entre ellas era algo que ya no podría preguntarle más.

Vuelve al día en que quedaron solos en las capillas Ada, Violeta y él. El silencio por compañía.

—Estoy agotada, iré a casa —Violeta dio un beso largo a Ada a través de la cubierta de cristal. Al alejarse, el golpe de sus tacones sobre el piso de cerámica reverberó en las paredes de la capilla haciendo más grave el silencio que dejaba tras de sí. Una luz blanquecina inundó el salón cuando abrió la puerta para salir.

Silencio.

Opresión.

Bernardo se asombra ante su propia ignorancia en los temas funerarios. No tenía idea de lo que debía hacer en esos casos. Las

diez horas de velorio, el rito de la misa, las palabras del sacerdote, los rostros desconocidos, el intenso olor de las casablancoas, el sudor de las personas, los abrazos, los vasos de café diseminados en las mesas, las palabras de su tía Carmina, todo se había agolpado esa noche.

Recuerda al encargado de la funeraria, un hombre menudo y calvo, cuando se acercó para indicarle que la llevarían a la parte de atrás donde estaba el crematorio. Él sólo había atinado a limpiarse el rostro con el dorso de la mano, apenado de que lo vieran así. El hombre había sonreído y Bernardo no supo si sonreía con compasión o con burla. Cerró la tapa del ataúd.

Cruzaron una puerta y caminaron por un pasillo hasta llegar a la parte trasera de la funeraria.

Dos hombres esperaban la llegada del cuerpo. Todos los días hacían ese trabajo por lo que el dolor de los deudos les resultaba indiferente. La dignidad de un cuerpo muerto suma un quehacer más al trabajo diario. Calentar el horno hasta que alcance los 1 000 °C, temperatura capaz de volver ceniza los huesos, accionar el mecanismo para ingresar al difunto en una cámara con dos rieles al centro que terminaban en dos aberturas incrustadas en la pared metálica, esperar el tiempo suficiente para incinerar el cuerpo por completo, rastrillar la ceniza, introducirla en una urna. Es indispensable que los deudos elijan una, casi todos se inclinan por las doradas. Algo incomprensible. Como si ese receptáculo reflejara su calidad de vida. Dorada para el paraíso, negra en el infierno.

—Con ropa o sin ropa —preguntó el encargado. Bernardo aún tiene grabado el enojo que sintió como una afrenta hacia su abuela.

—¿Cómo me preguntas eso? Con ropa, por supuesto.

—Disculpe, es que algunos deudos prefieren guardar las prendas y objetos personales.

—No es mi caso, respondió golpeando cada sílaba.

Los hombres sacaron el cuerpo de Ada y lo colocaron sobre una plancha cubierta con una sábana blanca.

—¿No la incinerarán con el ataúd?

—No señor, el ataúd no se incinera, trae herrajes. ¿Desea despedirse?

Bernardo asintió.

El vidrio en el ataúd crea una separación, pensó Bernardo, una barrera protectora que de alguna forma mantiene a los deudos seguros frente al cuerpo de su ser querido. Es un cristal que divide el mundo de los vivos y de los muertos. No hay más historia que ésa. La línea transparente que marca la barrera entre los que ayer fueron y los que hoy son. Ser, estar, nacer, expirar. Se acercó hasta sentir la quietud de Ada. ¿Qué elemento era ése que insuflaba la vida y que ella ya no tenía? En un instante ya no habría nada de ella. Se derretirían sus carnes, se fundiría su rostro en un amasijo viscoso, sus manos, su piel. Sus huesos crepitarían. Nadie podría tocarla.

Sin el vidrio divisorio cruzó la frontera del miedo. Acercó su mejilla a la de Ada. Los químicos para embalsamar habían dejado la piel de cartón, sin ningún retazo que conservara su antigua suavidad. Acarició su mentón y le dio un beso.

Vio cómo envolvían su cuerpo, capa por capa, hasta formar un bulto con una forma semejante a ella. Ada. Ada amortajada. La levantaron y la dejaron sobre los rieles que la conducirían hasta el crematorio. El mecanismo la deslizó despacio, flotaba en un instante surrealista hasta esa boca oscura que abrió sus fauces para consumirla.

Cerraron las tapas, pulsaron botones, se oyó el flamazo de la lumbre que quemaría la carne. Bernardo estaba fundido al piso de cerámica, incapaz de moverse un milímetro de aquella escena que jamás imaginó.

—Ya puede retirarse. Le entregaremos la urna hasta mañana porque el proceso demora varias horas.

Bernardo asintió aún hundido en su marasmo. Se vio frente a una ventana, como los personajes de Edward Hopper. Atisbando hacia otro lugar, que no es el propio, hacia esa realidad intangible, lejana, que hace salir de uno mismo y trasladarse a lo que está allá, hacia esa otra circunstancia que no se posee y que cada uno puede llenar con sus anhelos. Para algunos será un amor, la salud, la vaciedad. Para él, contemplar el mundo sin Ada.

—Señor, debe salir, no puede quedarse aquí —lo urgió uno de los empleados.

Cuando abandonó la funeraria se sintió incompleto. De regreso en su departamento se dio cuenta de que el vínculo con quienes fueron antes que él se había roto para siempre. Sintió fuerte la ausencia de Celeste como si fuera un duelo también por ella, le dolió no haber podido pasar tiempo con su madre, no haberla tenido en su vida.

Los muertos nos poseen, pensó, rondan nuestro espacio, nos circundan, susurran a nuestro oído. Comprendió que Ada y Celeste habitarían ese espacio entre sus pupilas y la delgada piel de los párpados. No se irían del todo.

Esa noche de nuevo soñó que flotaba. Su cuerpo perdía la fuerza que lo mantenía atado al suelo. Se elevaba hasta tomar impulso y volar. Comenzaba con un aligeramiento en el estómago, como si se desinflara hacia dentro. Se volvía liviano, ingrávigo y desde esa levedad elevarse hasta el techo era sencillo. No es que no existiera la gravedad, era más bien como si el aire pesara y ejerciera resistencia contra su cuerpo, y le permitiera impulsarse hacia lo alto, adelante, abajo. Bernardo estaba convencido de que la sensación de poder volar no se comparaba con nada. Descubrió que era fácil, sin ninguna complicación como cualquiera habría imaginado. Volar era sencillo, bastaba con hundir el estómago y desearlo como si una burbuja gigante generara el impulso. Se concentraba y veía sus pies despegarse del piso, flotar y conducirlo por el aire. No había descubierto una sensación mejor.

Le gustaba ese sueño, era muy vívido. Le parecía que su realidad saliera de la irrealidad hasta llegar la vigilia que lo disolvía todo. Por alguna razón cuando despertaba se sentía en paz, contento.

El cuerpo sabe cuándo lo obligarás a hacer algo que no desea y Carmina lucha con el suyo. Es muy de mañana, el sol se cuele por una rendija de la cortina y le raja las piernas. La cintura le duele por las horas en vela pasadas durante la noche, ante la idea de volver a hablar con El Cura.

Es media mañana cuando salen hacia Monterrey, pero antes se detienen en la mina, Bernardo quiere entrevistar a una de las viudas que aún permanecen afuera.

—No tardo —le informa a su tía.

Apenas pasan unos minutos cuando a Carmina le llegan, desde la entraña de la mina, un coro de voces.

*Esta mina es hogar y sepultura.
Tú nos oyes, pero no nos quieres escuchar.
El mundo se olvida de nosotros.
Manos y uñas desvanecidas
en afán de salir de la oscuridad.*

*Gritamos desde la oscuridad.
Tú nos oyes, pero no nos quieres escuchar.
El mundo infame nos olvida.
No nos dejen aquí.
Esta mina no es sepultura ni hogar.*

Carmina se tapa los oídos. Son muchas voces las que oye, sesenta y cinco para ser exactos. ¿Dónde estarán? Nadie sabe el lugar exacto entre aquellos kilómetros de túneles. Sabe que no puede ayudarlos, es en vano escuchar sus lamentos. Desea que Bernardo regrese pronto, porque aquel coro no deja de repetir esas palabras que le taladran el alma por la impotencia.

Se alegra cuando ve el cuerpo esbelto de su sobrino, erguido de satisfacción y con un brillo redondo en los ojos, pulido como esfera de Navidad.

—Es impresionante la perseverancia de las viudas —dice mientras enciende la marcha del Civic—. Elena, una de las más aguerridas, no se conforma con recibir indemnización, quiere el cuerpo de su esposo.

Cuando arranca el Civic, Carmina escucha todavía ese coro que aún grita a voz en cuello: *no nos dejen aquí, no nos dejen aquí*. Necesita distraerse, por lo que continúa la conversación con su sobrino.

—Me parece que esas mujeres tienen razón en mantener la esperanza de que se los devuelvan —su voz tiene un dejo de pena—. No he pensado mucho en ellas, lo confieso. Cuando regresemos las iré a ver, tal vez pueda ayudarlas en algo.

Sólo descansa la tensión hasta que la distancia opaca aquellas voces suplicantes, hasta que se vuelven un murmullo, un hilo delgado, un eco sordo. Pero en su interior mantiene la determinación de visitar a las viudas. De pronto, le viene una inquietud o tal vez sea la manera de acallar las voces.

—¿Por qué decidiste ser periodista?

La pregunta toma a Bernardo desprevenido, reflexiona.

—Creo que me interesaba comunicar mi propia manera de ver el mundo, interpretar los signos en una sociedad cambiante, y a un ser humano que puede ser capaz de las mayores vilezas, pero también protagonista de grandes historias. Un perfil distinto.

—¿Un perfil? No entiendo.

—De niño me gustaban las historias de detectives; no había mejor manera para pasar el tiempo que viendo las historietas de Dick Tracy y creo que el periodismo es una especie de labor detectivesca. Hay

un proceso de averiguación, analizar la información y dar con el enfoque correcto de la noticia y lo que puede interesar al lector. Quería ser escritor y periodista.

”Y, por otro lado, me gusta porque es una profesión que obliga a leer y a aprender de todo. No existe un buen periodista que no sepa de cultura, de ciencia, de política, de deporte, de espectáculos.

—Ada debió sentirse muy orgullosa de ti.

—Me gustaría creerlo. Hay una necesidad de aprobación que todos buscamos de algunas personas a quienes valoramos por encima de nosotros. Para mí siempre fue ella. Quién me iba a decir entonces que tenía su historia bien escondida.

Por alguna razón el comentario de Bernardo le crea una cierta solidaridad con su hermana. Una cosa eran sus juicios y rencores contra Ada y otra que su sobrino los tuviera.

—No debemos juzgarla.

—No la juzgo, tía. Sé que todos cargamos nuestros demonios y nuestros secretos. Tenemos el derecho a escribir nuestra propia historia, aunque esté llena de tachaduras y borrones. Es sólo que ¿con un cura? Puedo entender la ingenuidad de Ada, pero lo de él fue maldad, un abuso, un acto injustificable.

Carmina recuerda ese rencor acumulado durante décadas. Un rencor que fue ganando espacio en sus pensamientos, día tras día, como una gota perenne que cae y perfora la superficie más dura. Así se creó una vaciedad que ni Dios pudo llenarle, sólo odio y venganza le dieron sentido a su vida. Sentido que ahora comprende como una ruta equivocada.

—Cuidado con lo que piensas, Bernardo. Los juicios temerarios no nos hacen bien. Al contrario, sólo traen amargura.

—Perdón, tía. Es sólo que estoy inquieto por el posible encuentro.

—Yo también, desde que salimos no me ha dejado de doler la espalda y siento como palomillas el estómago. Son los nervios. No sé si quiero que lo encuentres o si sea mejor no dar con él.

Carmina no estaba segura de hospedarse en casa de Violeta, pero su sobrina le había insistido tanto que no encontró ninguna excusa. Si la casa de Ada en otro tiempo tuvo la alegría de la música y la algarabía de los alumnos, ahora no distaba mucho. Durante los tres días que llevaba ahí las hijas de Violeta le tomaron confianza hasta el punto de rondarla todo el tiempo con sus voces dulces y agudas. Tía Carmina y tía *Camina* la llamaban, cuando una se subía a su regazo, la otra le hacía dibujos y se los mostraba orgullosa. Las dos se desvivían por enseñarle sus hazañas en el baile. Alguna pirueta descolocada que las hacía refunfuñar por la dureza del suelo. Un mundo familiar desconocido y cautivante que a ratos la hacía olvidar la angustia que sentía por dar la noticia a Violeta.

Había acordado con Bernardo que juntos hablarían con ella al día siguiente. Cuando se hayan ido las niñas a la escuela, porque las noticias impactantes deben darse en la mañana o al mediodía, para tener tiempo de procesarlas. Nunca por la noche. Pero los minutos corren despacio, en cámara lenta, y Carmina observa continuamente la hora en el reloj de pulsera. No avanza como ella quisiera. Cuatro treinta, cuatro treinta y cuatro, cuatro treinta y siete, cuatro treinta y nueve.

Cuando Violeta le ofrece una taza de té verde siente la tentación de dejar salir esa verdad que no puede contener. Su sobrina le extiende la taza que tintinea entre sus manos y el platito de porcelana. La ansiedad la agobia, es una pulsión que crece dentro de ella, la posee desde el centro de su cerebro hasta el vientre. La sensación no es nueva, desde hace décadas padece accesos de ansiedad cuando debe enfrentar a las personas. No le gusta comunicarse con los vivos porque teme sus reacciones, teme la ira, el rechazo, las palabras mortíferas, las que se quedan en el alma y la pudren. Por eso prefiere a los muertos. Lamenta haber olvidado en su buró las pastillas de Valeriana. De manera instintiva respira hondo un par de veces, se levanta del asiento que ocupa, camina despacio, se sienta de nuevo, inhala y exhala con calma otra vez. Da un sorbo a la taza de té. *Tu abuelo es un cura*, quiere gritarle a Violeta. *Es un cura*. Se sentía con ánimo de bombardero dispuesto a liberar el artefacto que lleva en el vientre sin importar el daño causado, pero

sabe que debe esperar hasta el día siguiente, buscar el momento adecuado en el ambiente correcto. Mientras tanto deberá resguardar la noticia.

El ambiente cálido que dejan las voces de las niñas se interrumpe de pronto. Carolina, la más pequeña, se acerca llorando.

—Dany me pegó —se queja.

Violeta se había negado a continuar con la tradición de los nombres coloridos para las mujeres de la familia. La batalla que libró con Ada cuando nacieron sus hijas fue motivo adicional, a la ya consabida preferencia de su abuela por Bernardo, para enfriar la relación entre ellas. Para Ada resultaba inconcebible esa testaruda oposición de su nieta. Tantas generaciones reconociendo su aura como elemento inequívoco de su personalidad. ¡Qué sería de esas niñas! Ella misma dudaba de que todas las tribulaciones por las que había pasado en su vida fueran la causa de aquella lejana decisión impuesta por su madre de llamarla por la aféresis y no por el tono de su aura.

—Ven para acá, Daniela —la voz de Violeta tiene cierto dejo de condescendencia—. Sabes que no debes lastimar a tu hermana, es más chiquita que tú.

—Se lo merecía, mamá —su cara llorosa se alarga mientras muestra una muñeca de tela desmembrada—. ¡Mira! ¡Mira! Le rompió el brazo a mi Lola.

—Eso no se hace, Carito.

—Es que no me la quería prestar, se defiende la menor.

—Bueno, estas discusiones no están bien. Deben aprender a respetarse y a ser compartidas entre ustedes. Deja de llorar por Lola, hijita. Ven, te la voy a arreglar.

Carmina observa la escena en silencio y en su corazón se agitan los recuerdos de su infancia con Ada. Esos días en que las discusiones, los arañazos y los jalones de cabello servían como pretexto para abrazarse arrepentidas de sus arrebatos. Cómo le habría gustado que su vida hubiera sido distinta. Que Ada y ella hubieran tenido la oportunidad de verse con frecuencia, de llevarse bien, como lo hace la mayoría de las hermanas.

Cuando Violeta regresa con el costurero, Carmina se lo quita de las manos.

—Yo la arreglo, soy buena en esto de coser y bordar.

Toma el brazo de la muñeca que descansa sobre su regazo y clava una puntada de hilo blanco, impoluto. Las niñas observan el ritual mientras ella coloca de nuevo la aguja en el lugar exacto, para empujarla con el dedal y verla salir, puntiaguda; jala de nuevo y con la destreza que da el tiempo la encaja una vez, otra vez y otra. Así enhebra, hilvana, el brazo y el torso de Lola. La pequeña Daniela sonríe, sus ojos redondos brillan al recobrar a su muñeca.

—¡Gracias, tía Carmina!

Escuchar esa vocecita agradecida le provoca un sentimiento nuevo. Es la satisfacción, la alegría fresca, compacta, antes vedada a su eterna amargura. Atrás quedan esos días en que bordara sobre el mantel de penas, las letras lúgubres de su rencor. No puede evitar la comparación. Se reconoce como esa mujer enojada todo el tiempo. Víctima, tal vez, de las circunstancias, pero más víctima de sí misma, de los resentimientos que por tantos años moraron en su corazón.

De pronto le viene a la mente la idea de que, entre aquellas paredes inundadas por la presencia de su hermana, Ada la integra a su familia, se la obsequia como un don preciado. Es un pensamiento fugaz, más certeza que raciocinio. Más alivio de viento suave que ráfaga intempestiva. Entiende que el ensimismamiento en el que ha vivido no le ha traído ningún bien. Ni uno solo.

*

La oficina de redacción es un caos. Durante las elecciones más re nidas en la historia de México se declara un empate técnico entre Felipe Calderón, candidato a la presidencia por el Partido Acción Nacional y Andrés Manuel López Obrador, de la Coalición Por el Bien de Todos. Las acusaciones, denuncias, polémicas y controversias generan artículos que llenan las páginas de los diarios. Ninguno de los periodistas queda ajeno a cubrir esta noticia. Varios días han aplazado los resultados, hasta que, finalmente, se declara

presidente de la República Mexicana a Felipe Calderón por una mínima diferencia de 0.56%. De inmediato surge la amenaza de impugnación. Las voces reclamando el fraude electoral no se hacen esperar y todo el país se suma a la locura.

Bernardo ignora el revuelo, toma el teléfono para hacer sus pesquisas. Llama a la arquidiócesis de Monterrey, pide informes sobre los sacerdotes que han atendido la iglesia de San Luis Gonzaga. Una secretaria hosca le comenta que esa información no puede darse por teléfono y sin más, cuelga.

Desde la oficina de vidrios transparentes que domina la sala de redacción, su jefe le hace seña para que se acerque. Guarda el contacto en su celular antes de acudir con el director editorial. Te enviaré al D. F. porque esto está que arde, señala el titular del día anterior. Saldrás inmediatamente. Bernardo se sienta sin invitación y le pide a su jefe que asigne otro enviado especial.

—Tengo una situación familiar que me urge atender.

—Sólo por esta vez, Bernardo, y porque los artículos que has escrito sobre Pasta de Conchos son muy buenos. Dile a Rosales que venga.

Sabe que está dejando pasar una oportunidad importante, cubrir en el D. F. no es cualquier cosa, sólo los más avezados son enviados a las coberturas de gobierno; sin embargo, no puede aplazar el tema de El Cura, su tía está en Monterrey por ese motivo.

De vuelta en su escritorio llama directamente al templo y pide los nombres de los padres que de ordinario celebran misa ahí. La secretaria se niega a darle información. Tendrá que ir personalmente y explicar el motivo de su indagatoria. Los horarios de oficina son de martes a viernes de ocho de la mañana a seis de la tarde, le hace saber la secretaria que, a propósito, omite el horario del fin de semana, le molesta que el párroco la haga trabajar los días en que ella añora el descanso.

Bernardo toma las llaves de su Civic y se dirige hacia la calle Hidalgo. Tiene una hora exactamente antes de que cierren las oficinas. Acelera entre el tráfico que en una hora más se volverá denso. Al llegar admira la belleza de esa construcción estrangulada

entre dos edificios de cuatro pisos. Al igual que su tía Carmina, se detiene un momento a admirarla antes de entrar a las oficinas.

En la puerta de la oficina cuelga un letrero que dice VUELVO EN QUINCE MINUTOS. Bernardo chasquea la lengua con fastidio y espera que esos minutos no se conviertan en el horario de salida. Aprovecha para entrar a conocer el templo. Recorre con la vista el interior circular, tan distinto de otros templos y parroquias. Le gusta su elegancia neogótica y reconoce que lo que tiene delante es una obra de arte que, años después, confirmará el investigador Martín Checa-Artasu en un artículo, ser una joya patrimonial surgida de la creatividad del arquitecto italiano Adamo Boari, quien diseñó el Palacio de Bellas Artes y el Palacio Postal, en el D. F.

Para su alivio la secretaria regresa puntual y resulta ser más amable en persona que por teléfono. Cuando Bernardo se acerca a su escritorio después de presentarse como reportero, le explica que busca a un padre amigo de su abuela desde la juventud, no sabe su nombre, pero al parecer oficiaba misa ahí.

—No tenemos muchas opciones, sólo celebran el párroco y el vicario. Creo que por la edad debe de ser el padre Vicente Collado.

—¿Me podría dar su teléfono? Si tiene una fotografía sería ideal, para que mi tía verifique si es el mismo sacerdote —la sonrisa de Bernardo no deja lugar a negativas, por lo que la secretaria le proporciona el dato y le señala una fotografía colgada en la pared.

—Ése es el padre Collado.

Bernardo captura la imagen con su Nokia.

Desde el atrio marca al celular de su tía Carmina para avisarle que va a la casa de Violeta. Lleva una fotografía que necesita mostrarle.

Tan pronto ve la imagen, Carmina asiente:

— Ése es El Cura. Es el mismo. ¿Cómo se llama?

—Vicente Collado.

El Cura tiene nombre. Lo tiene desde que existe. Es el nombre que debió escribirse en el acta de nacimiento de Celeste y en la de sus hijos. Carmina se había resistido a ese nombre durante esas décadas quebrantadas por el dolor. Quizá porque al innombrable podía verterle su enojo, hacerlo blanco de los sentimientos que le habían dejado el alma como granito corroído. Sabe que nombrar a

las personas es el acto más íntimo que existe. El nombre nos obliga a representarnos como queremos que nos vea el otro, el mundo. Nos obliga a cumplir la personificación de lo que hemos hecho con él. A El Cura no lo podría perdonar. A Vicente Collado, al padre Vicente Collado, quizá sí.

—Muy bien, mañana hablamos con Violeta.

*

Eligen los sillones amplios de la terraza, el viento fresco que sopla esa mañana le recuerda a Carmina alguna tarde lejana cuando era niña y jugaba en el jardín de su casa bajo la sombra de la higuera.

No hay buen día ni hora para comunicar una mala noticia. Bernardo y Carmina se miran. Ninguno se atreve a pronunciar la primera palabra. Carmina piensa que entre hermanos el impacto será menor; sin embargo, la cercanía que han desarrollado desde la muerte de Ada podría darle más ascendiente sobre Violeta.

—Y bien, ¿qué es lo que me quieren decir? ¿Por qué tanto misterio?

—Es sobre nuestro abuelo.

—¿Cuál de ellos?

La intriga crece. Hasta donde sabe, los dos han muerto y no guarda recuerdo ni interés por ninguno. Son personajes que no han significado nada en su vida. A qué viene ahora que quieran hablar de ellos.

—Es sobre el padre de mamá.

—¿Qué hay con él? La verdad no recuerdo ni su nombre, Ada nunca lo nombraba. Creo que murió cuando recién nació mamá.

Carmina se acerca y la toma de la mano.

—No murió, Violeta, tu abuelo aún vive.

—¿Cómo? ¿Y por qué no sabíamos nada de él? ¿Dónde está?

—Está aquí en Monterrey, interviene Bernardo. Pero hay algo delicado que debes saber.

—¿Es un criminal? ¿O qué? No entiendo.

—Es un hombre del que Ada se enamoró siendo muy joven. Él estaba en la parroquia de Rosita cuando tu abuela lo conoció. Era

amigo de la familia.

—¿En la parroquia?

La confusión de Violeta crece por segundos y se alza como espuma que corona las crestas de un mar embravecido. Está a punto de perder los estribos porque no entiende lo que le quieren decir.

—Sí, Violeta, él era un párroco joven e inexperto y tu abuela una joven ingenua.

De pronto lo ve con la intensidad de un flashazo. Toman sentido los silencios y evasivas de Ada durante las pocas veces que le preguntó por su abuelo. Se siente traicionada por su abuela y suma una afrenta más a su preferencia por Bernardo, a la empatía que nunca sintió por ella. En su corazón la juzga con dureza mientras especula que una verdad de esa naturaleza no se debe ocultar a la familia.

—¿Por qué nunca nos dijo? — cierto rencor se alza contra Ada—. ¿Por qué la abuela nos engañó? Todo este tiempo y es hasta que muere cuando lo venimos a saber. ¿Tú lo sabías? —un dedo acusatorio señala a Bernardo.

—No, Violeta. También es nuevo para mí.

Carmina baja la cabeza, espera el cuestionamiento de su sobrina. *¡Ay, Ada!, piensa con frustración, esto te correspondía a ti decírselos.*

—¿Y tú, tía?

Carmina se retuerce las manos mientras explica la historia de su encuentro con El Cura y los recuerdos que tenía de aquellos días cuando se enredó con Ada.

—El odio que por tantos años sentí por él me envenenó el alma, de tal suerte que me hizo una mujer encerrada en mí misma y en mis rencores. Por eso ese día no pude contenerme y entré al confesionario a decirle todas sus verdades. Fui a acusarlo delante de Dios en el mismísimo sacramento del perdón, y que lo perdonara Dios porque yo no podía. Era tanto el daño que nos había hecho que sólo pude dejar salir las palabras más hirientes. Porque nunca pude olvidar los años y años de rechazo, de ser la comidilla en Rosita y de todo lo que nos implicó su pecado. Pocas veces he sentido tanto coraje como ese día en el Templo de San Luis Gonzaga. Y cuando pensaba que él vivió tan campante todos esos años, más me

enojaba. Tanto rencor acumulado no es bueno —Carmina sigue retorciéndose las manos—. Por eso es importante que trates de perdonar.

Violeta siente compasión por su tía, entiende ahora el silencio y la lejanía en la que se mantuvo. Le parece como si hubiera vivido en una celda autoimpuesta, con el flagelo de una penitencia para la cual no debía ningún pago.

—Siento mucho que hayas pasado por todo ese sufrimiento, tía. En verdad es una humillación terrible. Porque yo estoy convencida de que los sacerdotes deben ser fieles a sus votos, lo que él hizo es una traición hacia nosotros, hacia Ada y hacia la Iglesia. Pero más hacia la Iglesia, porque debió mantener su naturaleza bien sujeta. Debíó alejarse, debíó pedir cambio de parroquia. ¿Tuvo relaciones con otras mujeres o sólo con mi abuela? ¿Era un depredador? — Violeta se horroriza con la idea.

—No, Violeta, al parecer su única infidelidad fue con la abuela, por eso queremos ir a verlo —le propone Bernardo.

Violeta se niega.

Fueron necesarias tres semanas para hacerla cambiar de opinión. Una vez convencida Violeta, ahí están los tres, a la puerta del templo, con la cita hecha para hablar con El Cura.

La secretaria se alegra de ver a Bernardo, les pide que tomen asiento, el padre Collado no tardará en recibirlos.

El Cura nunca olvidará la tarde seca y calurosa en que recibió la llamada todavía más seca de su nieto. “Soy Bernardo de la Garza, hijo de Celeste. Mi tía, mi hermana Violeta y yo deseamos reunirnos con usted”, le soltó sin más. La llamada lo tomó por sorpresa, pero al mismo tiempo le alegró. Desde el encuentro con Carmina había cavilado mucho sobre Ada, su hija y sus nietos. Lejos estaba la certeza de que con Celeste había muerto su infidelidad. Tener un hijo de una relación prohibida confirmaba su debilidad, su falta de amor a Cristo, al no haberse sublimado como correspondía a su condición sacerdotal. Y el linaje seguiría con sus nietos y bisnietas.

¿Cómo vivir su vida como hombre y como sacerdote? ¿Nos definen las decisiones tomadas una tarde calurosa? ¿Por qué pesa

tanto una relación indebida? Él lo sabe. Guardó al hombre y todo lo que representaba en lo profundo de su psique, lo mantuvo encerrado hasta aquella mañana en que encontró a Carmina en el Templo de San Luis Gonzaga. Desde ese día, el hombre y el sacerdote luchan por reconciliarse. No fue la misma pugna que décadas atrás sostuvo por el amor de Ada. Tampoco la que libró con su conciencia para elegir lo que consideraba la voluntad de Dios sobre él. Dios o la mujer. Días y noches libró esa batalla hasta estar seguro de que Dios lo quería para sí. No hubo más qué pensar. Ahora, ya anciano, entiende aquello como una falacia. Nunca el amor va contra el amor, no existe tal dicotomía en el hombre. No es el hombre, por un lado, y el sacerdote por otro. No es Dios entre el hombre y la mujer. Es Dios con ellos, entre ellos. Hombre y sacerdote son uno, con la misma o quizá mayor capacidad de amar. La oblación de los afectos podrá completar a algunos. Y él, se había convencido, era uno de ellos. Aunque su amor a Dios era real, el que tenía por Ada poseía la misma fuerza y vitalidad. Tarde descubrió que Dios, que es amor, no puede ir en contra del amor. Nunca.

Los recibe de pie. Ninguno ha tenido un momento más difícil en sus vidas. Bernardo extiende una mano y se encuentra con la mirada húmeda de ese hombre con alzacuello que eligió celebrar misa todos los días, y volverse otro Cristo, en vez de ser su abuelo.

—Antes que nada, quiero aclararles que no sabía de ustedes. Perdónenme.

Violeta eleva el mentón y guarda silencio. Escruta de arriba abajo al hombre que tiene delante. Le repele ese cuerpo robusto al que le suda el cuello y le gotea la frente. Es notorio que está nervioso, que sufre el momento. Un sentimiento oscuro, de cierta alegría por el sufrimiento de El Cura crece incipiente dentro de ella. Nota en sus palabras el trastabillar de quien se siente incómodo cuando pronuncia la palabra *perdónenme*. Le parece que no es honesto, no quiere que sea honesto porque frente a la honestidad de un corazón contrito no cabe más que el perdón y ella no quiere perdonarlo. Quiere tener más razones para detestarlo.

La sangre le hierve, quiere decirle que si no sabía de ellos lo que no podía negar era la existencia de Celeste. Reclamarle con las

peores palabras, con la voz airada y la mirada dura de quien descubre que su vida ha sido un engaño. Sería bueno para ella. Le serviría como desahogo. Desea increparlo, saciar el enojo que le provocó que le desvelaran ese secreto tan bien guardado durante décadas. Su temperamento nunca ha sido conciliador, dice lo que piensa sin importar las consecuencias. Veleidosa como es, la rigen las emociones en turno. Y quiere hacer sufrir al hombre que tiene delante.

—¿No le parece una actitud egoísta? —Violeta truena entre los dientes cada sílaba.

—¿Egoísta?

—Es muy fácil escudarse en la ignorancia, pero recuerde que existe una ignorancia culpable.

El padre lo sabía bien, entendía perfectamente el alcance de esa sentencia pronunciada por su nieta. Conocía al dedillo la definición, la evasión y el autoengaño que implicaba. Entiende al alma humana y su sed de justificación. Ojos que no ven, corazón que no siente no debería aplicar en su caso y, sin embargo, aplica en primera persona.

—En primer lugar, usted tuvo que haber cuidado su sacerdocio — los ojos de Violeta lanzan chispas—. Entendería una elección de seminarista, pero usted ya estaba ordenado. Le debía fidelidad a Dios, además usted tenía ascendencia sobre mi abuela, abusó de su cargo para seducir a una jovencita. Y luego, ya con una hija, ¿por qué no cumplió su responsabilidad?

—Lo hablé con mi superior, no fue sólo mi decisión. Tenía un apostolado que ejercer.

—¡Qué fácil escudarse en la Iglesia! —la voz de Violeta se eleva como un trueno. Carmina posa su mano sobre la de ella, como si le pidiera moderación. Como pocas veces Bernardo enmudece, no encuentra las palabras adecuadas.

El padre Vicente agacha la cabeza, reconoce que la Iglesia, como institución, ha sido eso: un parapeto contra las infidelidades y delitos de muchos sacerdotes. Más con todos los escándalos que surgieron desde que Benedicto XVI fue electo y los que comenzó a destapar cuando Joseph Ratzinger era prefecto de la Congregación para la

Doctrina de la Fe. Reconoce también que durante largos años se sintió satisfecho de su apostolado. Había invertido cada día en sus fieles. Convencido de que más valía llegar al cielo con las manos llenas, aunque manchadas, se había aplicado con todas sus energías en acercar a las almas a Cristo, el amigo que tan bien conocía y tanto amaba. No. Las palabras de Violeta no le arrebataban lo bueno que había hecho, las largas horas visitando enfermos; los trayectos de tres horas en burro y dos a pie a través de la sierra para visitar las comunidades alejadas cuando tuvo a su cargo el territorio en la sierra de Arteaga; los días sin comer porque el sueldo que le daba la diócesis apenas le alcanzaba y nunca faltaba algún parroquiano en necesidad a quien dárselo; la catequesis, los bautizos, las primeras comuniones que siempre lo alegraron; la ayuda a bien morir de tantos niños que la miseria no los dejó crecer como se debía. Cuántas lágrimas había visto bañar rostros angustiados por la impotencia de una vida miserable. Pero sí, las palabras de Violeta le recordaban las consecuencias de su decisión. Le echaban en cara haber amado más a Dios que a Ada y Celeste.

Vienen a su mente las palabras de san Juan: *Si alguno dice que ama a Dios, pero odia a su hermano, es un mentiroso. Quien no ama a su hermano, a quien puede ver, mucho menos va a amar a Dios, a quien no puede ver.* Esas palabras cobran un nuevo significado para él. Como una verdad revelada, como un telón que se abriera de pronto, así se ve a sí mismo. Quiso amar a todos y se engañó. Él también era un mentiroso. A quienes tuvo que amar primero fueron a Ada y Celeste. ¿Cómo pudo engañarse así por tantos años? Siempre es fácil ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio, pensó.

—Tienes razón, Violeta —el sacerdote enciende un cigarro y le da una bocanada—. Nunca debí dejarlas y admito que no hubo un solo día en que no las trajera en el recuerdo, en mis oraciones. Más, cuando me enteré de la muerte de Celeste y su esposo. Ése fue un golpe terrible que durante largos meses me dejó abatido, después, al saber que a Ada le iba bien en Monterrey con sus clases de baile me quedé tranquilo. De ustedes no sabía nada hasta que su tía Carmina me lo contó tras la muerte de Ada.

La voz grave del padre Vicente le recuerda a Carmina los días vividos en Rosita cuando ella era una niña. Asocia esa voz al tono de las cartas de palabras dulces como notas alegres de piano que le escribiera a Ada. Entiende que el sacerdocio está en el hombre y que no deja de serlo. Comprende por qué su hermana se enamoró de éste, que, si no hubiera elegido el camino de Dios, sin duda habría sido su esposo. No lo eran en el papel, ni frente a la Iglesia, pero sí ante Dios. Ellos se habían entregado uno al otro de forma libre y eso era el matrimonio. No le quedaba duda. Dudaba de lo otro, lo que no se podía decir so pena de esparcir ideas que podrían parecer sacrílegas. ¿Por qué la Iglesia no admitía el matrimonio para los sacerdotes? Ella sabía que muchos habían dejado los hábitos para casarse, como si ambos sacramentos se opusieran, pero no eran excluyentes. Se podían recibir sin caer en pecado. No entendía por qué no lo aceptaban. Los escándalos daban buena cuenta de la necesidad que tienen los hombres de una compañera o compañero. ¿Sería por economía? Para no cargar con el sustento de una familia. Tenía sentido. Era más fácil mantener nada más a uno. ¿O para que no pensarán en otra cosa más que su apostolado? Pero cuántos hombres trabajan y como quiera disfrutan a sus familias. Le parece que sería algo muy ruin por parte de la Iglesia. Carmina se asusta de sus pensamientos. Los espanta incluso con la mano, como si un mosco inexistente y pertinaz rondara su cabeza.

Bernardo los observa. De alguna manera entiende a ese hombre avejentado, algo encorvado por el peso de los años y sus decisiones. Pareciera haber llevado la obligación de cargar una enorme piedra sobre los hombros, hasta vencer, bajo su peso, la apostura de un tiempo joven. Ada llevó una vida bien vivida. Si lo extrañó, nunca mencionó que le hiciera falta un hombre a su lado. Se compadece del padre Vicente, de El Cura. ¿Deshilará Carmina ese nombre en el mantel o quedará grabado para siempre?

—Es entendible, padre. ¿O abuelo? —Bernardo vacila—. ¿Cómo debo llamarlo? —la duda de Bernardo es honesta, desconoce el protocolo para estos casos. No sabe que se necesita una dispensa papal para dejar de ejercer el ministerio, aunque el sacerdocio sea *in aeternum*.

—Padre Vicente estará bien.

Un silencio incómodo se instala entre los cuatro. Ninguno sabe qué decir. Las palabras no fluyen. ¿De qué se conversa en situaciones como ésta?

—Bueno, pues padre Vicente será —Bernardo sonríe en su interior y piensa “para nosotros, abuelo” y se levanta para despedirse.

Antes de salir, Violeta sugiere un nuevo encuentro en su casa. Aún le quedan muchas dudas y quiere tener tiempo y tranquilidad para hablar en un ambiente fuera de la parroquia.

Los meses y los encuentros con el padre se suceden. La tensión se relaja en cada visita que hace a casa de Violeta. La cordialidad y hasta un cierto afecto suple la aspereza de los primeros encuentros entre ellos. No es fácil sanar las heridas. Tampoco acostumbrarse a verse sin rencor. El padre se emociona al conocer a Carolina y a Daniela. Para las niñas es sólo el sacerdote enorme que llega a su casa a merendar con frecuencia y les regala dulces en cada visita. Se vuelve un niño de andar lento que no deja pasar la ocasión para jugar con ellas. Aprende las canciones que les gustan y las canta con ellas.

Un día revisan fotografías de un festival de las niñas cuando, entre ellas, se cuele una fotografía que muestra a Ada joven. El padre mira con detenimiento su rostro. Se turba y disculpa para ir al baño. Cierra la puerta tras él, baja la tapa del inodoro y se deja caer en el asiento. A su mente acuden aquellos días en la parroquia de Nueva Rosita. Uno en particular.

Aquélla era una tarde cálida. El padre Vicente se refrescaba frente al abanico de su habitación en la casa parroquial, como solía hacerlo en los días de mucho calor: en camiseta, sin camisa ni alzacuello, cuando escuchó un par de tímidos golpes a la puerta. Pensó que

sería Pascasio el viudo que a veces iba a su casa por algunas monedas. Al abrir se encontró con la figura delgada y conocida de Ada. Traía una charola de galletas que su mamá le enviaba en agradecimiento por haber visitado a una amiga enferma.

La dejó pasar.

La casa no era más que un cuarto donde convivían la cama, una silla, la cómoda, un escritorio sencillo y un cuarto aledaño que hacía las veces de cocina con una mesa pequeña para sentarse a comer.

Ada se sorprendió al verlo sin la indumentaria que distinguía su sacerdocio. Delante de ella estaba el hombre de voz grave y trato suave del que se había enamorado. Nunca había entrado a la casa, sólo lo había visto en las oficinas de la parroquia por lo que, al estar a solas con él, ver sus brazos fuertes y el torso casi desnudo la acometió una ráfaga de calor que subió desde sus muslos hasta la garganta. Su corazón golpeaba dentro de su pecho y de su boca no salió palabra.

Pasó la mano por los objetos que estaban sobre la cómoda. Vio una cajetilla de cigarros Raleigh, a su lado estaba una escultura de la Virgen de Fátima con la mirada llena de comprensión, como una isla abandonada, una cartera desgastada en las esquinas se mantenía en el aislamiento. Casi al borde, un ejemplar de *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis y recargadas sobre la pared algunas fotografías exhibidas en portarretratos contruidos con madera de pino. Lo volteó a ver con mirada inquisitiva.

—Son mis padres, y ésa es mi hermana mayor, Leticia, con su marido y sus dos hijos.

De pronto Ada tuvo la sensación de que la habitación la devoraba. El vestido de algodón transparentaba la dureza de sus pezones de turmalina, desafiantes, y caía justo bajo los muslos; el balanceo de las caderas lo elevaba un poco. Promesa de un cuerpo que deseaba entregarse. Y de su boca no salía palabra.

Las palabras sobran.

Pudo sentir el cuerpo del padre Vicente detrás de ella. Muy cerca. Su cálido aliento rozándole el cuello.

Al padre le había agradado esa joven de risa sonora y mirada chispeante desde el día en que su madre se la presentó a la salida

de misa. Su primera misa en Nueva Rosita. Con el tiempo y los frecuentes encuentros en la catequesis advirtió una mente inquisitiva y precoz que lo hizo admirarse. En cada reunión, en cada invitación a su casa, en cada cruce de palabras se fue enamorando de Ada. A lo largo de esos dos años se había dicho que era un amor fraterno, como el que tenía por su hermana. Sacudía con firmeza cualquier pensamiento que lo alejara de la castidad. Se había ejercitado en el estudio desde el seminario menor y había mantenido la firme resolución de guardar el celibato al seguir su vocación y consagrarse al sacerdocio. Era casto. Y salvo los días en que a fuerza de duchas frías mantenía a raya los impulsos de su sexualidad, podía decir que había mantenido casto el cuerpo y el corazón.

El padre Vicente superaba a Ada en altura, podía ver desde donde estaba los rizos de su cabello, y, si se inclinaba un poco, alcanzaba a ver la curvatura del lóbulo de su oído unirse al cuello en una línea ininterrumpida.

Le agradó la sensación de que Ada husmeara entre sus cosas. La emoción de que entrara a ese espacio suyo para colmarlo con su presencia, saturarlo con su olor.

De los labios de Ada no brotó ni una palabra.

Las palabras sobran cuando la piel se convierte en lengua y expresa su propio idioma.

Lenguaje ardiente de signos definitivos que no admiten argumento.

Ada se giró. Sus miradas se trenzaron como después harían sus cuerpos jóvenes en una cama presidida por el crucifijo.

El recuerdo aún vibra en la piel del padre Vicente. Esa tarde cálida en Nueva Rosita cuando amó a Ada. La única ocasión en que faltó a su voto. El único pecado del que no supo cómo arrepentirse. O no quiso. En su mente se fragua la idea de hablar con su obispo para enterarlo de su nueva situación. No para dejar el sacerdocio, ya que le parece más injusto que, después de una vida alejado, en su vejez

se convierta en una carga para Bernardo y Violeta; simplemente para hacerle saber que los está viendo con frecuencia.

De sobra conoce la norma sobre los “hijos de los ordenados” como los llama la Iglesia católica y la sugerencia de dejar el sacerdocio para dedicarse al hijo. Sin embargo, sabe que la Iglesia no le puede imponer el cese de su actividad ministerial ya que no es un crimen canónico. Está convencido de que fue débil en la carne, aunque mayor debilidad había sido no dejar el ministerio para dedicarse a Ada y a su hija. Todos esos años cargó con la certeza de que le faltó voluntad para oponerse a la negativa de Ada de que dejara el sacerdocio. “No le quitaré un sacerdote a Dios”, había sido su respuesta. Después vinieron aquellos diez meses de angustia e incertidumbre tras la noticia a los padres de Ada.

De su mente no se borra esa mañana cuando Miguel, el padre de Ada, se dirigió a la iglesia, lo sacó del confesionario ante el azoro de los cuatro feligreses que esperaban y le propinó un golpe seco.

— ¿Sabe, usted, lo que hizo? ¿Lo que será de ella en el futuro?

Recuerda el rostro enrojecido y la furia contenida de ese hombre. Si hubiera podido lo habría matado ahí mismo. Él no se defendió, se limitó a pedirle que lo escuchara, pero el padre de Ada no estaba dispuesto a cruzar palabra con él.

En vano trató de acercarse a Ada y a sus padres. El rumor se había diseminado ese mismo día, brasa ardiente que levantó el fuego de la murmuración y la condena; en Rosita todo se sabe.

Al final, llegó el infalible cambio con que la Iglesia cubría pecados como el suyo. A él lo destinaron a misionar en la sierra de Arteaga. De alguna manera tenía que purgar su culpa, orar y hacer penitencia.

*

Pausas la grabadora y te levantas de la mesa, el cansancio se refleja en el dolor que sientes en la base de la espalda. Estiras los brazos y notas que Indalecio tiene casi intacto su vaso de mezcal. Quizá ya se llenó o tal vez está fastidiado por la entrevista. Hablar ayuda a sacar los demonios que se cargan, pero a veces recordar lo

doloroso, lo que escuece el alma también cansa. Es un maratón del alma que deja exhausto a quien recorre una larga distancia. Te decides a hacerle un par de preguntas para cerrar la entrevista. Una sobre su estancia en la clínica y la que más te intriga: por qué nadie lo espera en casa.

—Nunca había estado internado en la clínica —Indalecio ríe cuando te lo menciona—. Lo más lejos que había llegado alguna vez que tuve que ir a que me viera un doctor por un dolor de oído, de ésos que parece te estuvieran enterrando un picahielo, pero así metido en la cama, enchufado a un bote de suero y sobre todo sin ropa, la verdad nunca. Sólo una sábana me cubría porque me dijeron que las quemaduras en su mayoría eran graves. No me quedó parte del cuerpo sin quemar o rajar.

“Por más que preguntaba por los compañeros y por Cuca a alguna enfermera o al doctor que se aparecía de vez en cuando ninguno me daba razón. Todos me decían que había sido afortunado porque en un par de meses me podría recuperar. Tampoco me dejaban ir a mi casa. Dos días después, y porque los amenacé con salirme, fue que la dejaron pasar.

“Apenas vi a mi Cuca la emoción me ganó. Más de ocho horas había estado enterrado bajo tierra, la mayoría en la más absoluta oscuridad. Y sólo porque los rescatistas llegaron a tiempo de evitar que muriéramos asfixiados es que pude contar esta historia. Cuca me explicó que sesenta y cinco compañeros se habían quedado atrapados tras la explosión que causó el derrumbe.

“¡Sesenta y cinco atrapados todavía!

“Todo esto se me juntó en un revoltijo de emociones. Ella me quiso abrazar, pero no había lugar sano donde pudiera hacerlo. ‘Perdóname, Indalecio, perdóname’, lloraba mi Cuca. Cuando se calmó ella y a mí me salieron las palabras, le pregunté cómo iba el rescate. Movi6 la cabeza. ‘Decidieron sellar la mina’. ‘¡Pero si apenas han pasado unos días, cómo pudieron sellarla tan pronto!’, grité. ‘Dijeron que había mucho gas y que no sabían cómo encontrar

a los mineros. Que era muy peligroso. Todo el pueblo se ha vuelto loco, hay muchos reporteros, también gringos y de otros lugares que no sé ni dónde quedan ni qué hablan, hay personas con cámaras, camionetas que repiten lo que sucede fuera de la mina. Hombres con sus trajes y corbatas, mujeres arregladas como para ir al baile, tantas caras desconocidas, preocupadas por lo que sucede. Como si todo el mundo quisiera estar aquí en Rosita. Y yo me lamento por las otras mujeres que no saben nada de sus maridos, de sus hijos, de sus hermanos. Padres que lloran recargados en la reja, madres que gritan los nombres de sus hijos. Pero este dolor es peor, porque no saber si están vivos o muertos les parte la entraña, como me la rajó a mí por dentro todo el tiempo que no supe de ti. El peor dolor es el imaginado, Indalecio, porque el miedo al dolor es mayor que el dolor en sí mismo. Esas horas, adherida a la reja, esperando que se abriera, que saliera alguien y me dieran alguna noticia que trajera tu nombre. Y cuando alguien me avisó que te llevaban en la ambulancia yo no podía creerlo, hasta salté de alegría y vi los ojos de las otras mujeres que volvían a su dolor, a su preocupación, y sentí tanta pena por ellas. ¿Por qué a nosotros sí y a ellos no? ¿Por qué sucedió esta tragedia? ¿Por qué tantos? El pueblo puede consolar a una viuda, a una familia, pero no estamos listos para el luto de sesenta y cinco'. A Cuca se le enrojecieron los ojos. 'Serían demasiados muertos por unos malditos trozos de carbón, por una mina convertida en cementerio. Porque si no los sacan en eso se convertirá la mina, en un cementerio'.

"Quise saber quiénes de los que estaban en el turno habían logrado salir. 'Mejor no hablar de eso', me dijo ella, 'luego que te compongas habrá tiempo, ahorita no tiene caso'. Poco después llegaron a sacarla porque la hora de la visita se había terminado. Nada más un ratito me la dejaron estar.

Su semblante se entristece y no te pasa desapercibido.

La cantina se llena hasta el tope, no hay ningún banco en la barra ni asiento en las mesas que no esté ocupado por mineros o gente

de la zona. Las risas contrastan con la tristeza de Indalecio.

MORADA VIVA

Es muy de mañana y el calor de junio sugiere que el verano será tórrido y bochornoso. Los rescatistas continúan la labor que iniciaron cuatro meses antes cuando la noticia llenó de temor a la población, traspasó los límites de Nueva Rosita y de Sabinas Coahuila para abarcar los titulares y dar a conocer al mundo aquella tragedia que a todos sacudió. Han avanzado pocos metros entre los caídos. Los rescatistas de otras empresas se han ido y sólo los de Pasta de Conchos se esmeran en encontrar a sus compañeros.

Con todo, los rescatistas tienen esperanza de encontrar a uno de sus compañeros, se suponía que debería estar en el cruce nueve: el lugar que tenía asignado la noche del accidente. Como lo han hecho a diario, retiran piedras, carbón, trozos de madera. Se arrastran por espacios minúsculos, salen a respirar cuando ya no aguantan más, hasta que uno de ellos retira una piedra en lo alto y mientras atisba lo encuentra sentado, tiene el cuerpo cocido por completo.

—¡Aquí hay uno! —su grito reverbera con fuerza al quitar otra piedra que le permite un mejor ángulo de visión—. ¡Encontramos a uno! ¡Rápido, avisen afuera!

La voz se corre, el anuncio vuela hasta llegar a las oficinas, a los supervisores, al gerente, al director, hasta al dueño de la mina le llega la noticia al día siguiente. El rumor se esparce entre los compañeros. En Rosita todos los teléfonos suenan: ¡Encontraron un cuerpo!

Afuera de la mina, la vorágine de reporteros, representantes de la mina y el gobierno han desaparecido.

A lo lejos se oye el trino de un cardenal. Su canto dulce atraviesa la densidad de los arbustos y se suma al revuelo entre los que están en la bocamina. Hay mucho movimiento hacia las oficinas.

La agitación suple a los interminables rezos de las madres y esposas de los carboneros.

Sólo unas cuantas mujeres bajo un toldo han quedado de aquella muchedumbre expectante. Los demás familiares también se han ido. Sólo ellas, las mujeres, han soportado cuatro meses ahí. Día y noche, salvo alguna salida rápida, siempre guardando la esperanza de que les entreguen a los suyos.

—¿Qué sucede allá?

Ellas notan el movimiento entre el personal de la 8.

—Algo pasó adentro.

Corren hacia la reja. Una vez más se adhieren a ella. Gritan. Entre ellas está Laura Reyes Ovando, una señora mayor. Lleva en la piel la tierra árida de setenta años auestas y la esperanza fresca. Ella había despedido a su hijo Esteban a la puerta de su casita en Múzquiz. Una casita llena de flores y gallos. Su hijo tenía cincuenta y un años, era el único de sus hijos que veía por ella y por su esposo. Soltero. Antes de irse le dijo “al rato vengo, a ver si me topo a Manuel”. Su hermano laboraba en el turno anterior al accidente. Contaba ella que Manuel se lo había topado y como cosa curiosa se había despedido de él de abrazo y todo. “Hasta después”, fueron sus últimas palabras, antes de entrar a la bocamina.

Cuando Laura se enteró del siniestro por los vecinos, porque la minera no les avisó, le aumentó la presión y tuvo que ser internada en el Hospital General de Nueva Rosita. Varias semanas pasaron hasta que pudo ir a la mina.

Corren los minutos y nadie de la minera sale a regalarles una palabra. Para entonces la angustia crece. Algunas manos se retuercen inquietas, las miradas anhelantes, la respiración agitada hasta que un cura se acerca despacio. La parte baja de la sotana calada de polvo. Es el padre que va de parte de la empresa. Porque

hay otro que casi siempre las acompaña, el obispo Raúl Vera, pero ese día no está.

El sacerdote pregunta por Laura.

—Ven, hija, vamos a la oficina.

Ella se deja conducir con paso cansado sin entender bien lo que sucede. El pasmo le impide ver los detalles dentro de las instalaciones de “la 8”. Nunca ha estado ahí. Las mujeres no entran a la mina. Le ofrecen una silla y junto a ella se sienta el padre.

—Dios se ha apiadado de ti, hija, y debes sentirte afortunada. Te ha elegido sólo a ti entre todas —le dice.

Laura se aferra con fuerza a su vestido, sonrío nerviosa, llora.

—No sé qué me quiere decir, padrecito, ¿qué pasa?

—Es tu hijo, Laura, tu hijo Esteban. Ya encontraron su cuerpo y te lo van a dar. Eres afortunada.

Laura se queda pasmada. Su mente no alcanza a captar lo que el sacerdote le está diciendo y en ese instante ella siente todo menos fortuna. Las emociones le forman un nudo en el pecho. Siente el corazón al golpear las costillas que sobresalen de su torso descarnado. Tendría el cuerpo de su hijo, pero no a Esteban, no podía sentirse elegida. Estaba rota por dentro y sólo atina a llevarse la mano al lugar donde siente explotar su corazón.

Dos días después, tras determinar que murió asfixiado, le entregaron un ataúd sellado.

Es el primer muerto que sacan de la mina.

Le dicen que es como un estandarte, pero ella no entiende nada. Muchos acuden a velarlo en la casita de Múzquiz. También está el padre de Esteban, que prefirió llenarse de alcohol antes que ir a la mina en la que estaba su hijo y varios amigos. En la casita, junto al féretro, se apiñan los hermanos, familiares, conocidos, también los que ven en ese ataúd a su propio muerto, al que no pueden velar. Algunas madres llevan las fotos de los que aún están atrapados y le piden a Dios que el suyo también aparezca, no importa que sea sólo su cuerpo.

Es el primer muerto que entierran tras el accidente de la mina 8 de Pasta de Conchos.

Laura cavila sobre la vida y la muerte. No entiende el significado de vivir ni el sentido de morir; sin embargo, sabe que el dolor es grande cuando se pierde un hijo. Que ese dolor la parte dos veces por la mitad, primero a ella desde la cabeza hasta la planta del pie y luego le parte también el corazón. No sabe aún que vivirá en un duelo permanente, que no encontrará consuelo, a pesar de que hayan sacado a su hijo. Y volverá seguido a ese lugar que hizo suyo, ahí junto a las otras mujeres. Le parecerá reconocer la silueta de su hijo en la figura de otros jóvenes; anhelará verlo salir de la mina, caminar directo a ella y abrazarla. Sus otros hijos son mineros y seguirán bajando cada día hasta la entraña de la mina con el riesgo de repetir la historia. Pero Laura no dejará de pensar en Esteban ni un solo día de su vida. Aprenderá, con el tiempo, que la memoria de los muertos se queda estampada para siempre, que es imposible desprenderla de la piel. Poco a poco remendará los tajos de su corazón, pero los bordes serán el recuerdo del dolor más agudo que haya sufrido. Entenderá que el dolor y la culpa son sentimientos inútiles. El primero ahoga y el segundo es un lastre. Nada le importará su pobreza, la falta de medicamentos para su artritis, los frijoles y tortillas con un ralo trozo de carne, a veces; lo único que le importará será ver la pequeña mesa con dos platos y el lugar ausente de su hijo.

Recorrer la carretera entre Monterrey y Rosita se vuelve costumbre para Carmina y Bernardo durante ese año de 2006. De ida, la cadena montañosa los acompaña casi todo el camino. Allá no existe el horizonte. Desde la cuesta de Carvajal la vista es una sucesión de siluetas que cortan trozos de cielo. Montañas con todas las morfologías posibles y dunas revestidas de cenizas. Entre los anuncios de La Rinconada y El Paredón, asombran los montes trancos, como pirámides con cúspides amputadas. Ahí habitaron los dinosaurios. En esas planicies amplias, alfombradas de gris, que se extienden entre las inmortales cordilleras. Al regresar a Monterrey, las paredes de la Huasteca roban el aliento, a Carmina la fascinan cada vez y todas las veces que llega a la ciudad por la carretera de cuota.

A Bernardo las montañas le recuerdan a Guadalupe Sanjuan. Se alegra que tras esos días de sufrimiento hubiera recuperado a su marido. Corrió con suerte.

El día de Pentecostés, después de misa, Violeta los invita a comer a su casa. Durante la sobremesa el padre les cuenta que nació en Monterrey, que su vocación al sacerdocio la recibió siendo casi un niño, cuando tenía quince años recién cumplidos.

—Nunca olvidaré aquella mañana en que mis padres me llevaron a conocer el seminario menor. El padre Santiago Berumen nos recibió con una sonrisa y nos hizo el recorrido. Me impresionó la limpieza y el orden de los dormitorios con literas a los costados y en el centro de la enorme habitación. Cada cama tenía las sábanas

extendidas y tensas como barraca de soldados. Soldados de Cristo, pensé.

”La capilla era un recinto lleno de paz y quietud.

La paz y quietud necesaria para descargar el alma de aquellos jóvenes, que tiempo después, según pudo comprobar, no faltaban los que tenían otra orientación. No se extrañó al ver las miradas que algunos de ellos le lanzaban furtivamente. En esas ocasiones agachaba la cabeza y pasaba de largo. En cambio, él tenía muy clara su inclinación hacia las mujeres. Lo supo desde niño cuando las veía desnudas en las revistas que su papá escondía entre el box y el colchón de la enorme cama que compartía con su madre, o en el fondo del cajón de sus suéteres. Las pulsiones en su entrepierna le daban esa certeza. Le gustaban las formas redondas y sutiles de un cuerpo femenino. Se detenía a observarlas, pasaba el dedo sobre los senos turgentes impresos en el papel brillante, tentadores como fruto fresco que atizaba su imaginación y le provocaba juveniles erecciones.

—Cuando recorrimos el exterior —continuó narrando—, las canchas de básquetbol y la enorme alberca me provocaron una enorme emoción porque siempre me gustó nadar y aquella oportunidad avivó más mi deseo de ingresar al seminario menor.

”¿Que si nunca dudé? Claro que dudé, Bernardo. Siempre hay dudas. Sin embargo, cada vez que le comentaba a mi director espiritual, su respuesta era la misma: ‘Yo puedo decirte que tienes un perfil adecuado para seguir el llamado de Cristo. Pero quien tiene la última palabra sobre su voluntad sobre ti, es Él. Ve a la capilla y escúchalo. Pídele que te ilumine para discernir y tomar una decisión que te debe llenar de paz y alegría. Porque, ya lo sabes, el camino del sacerdocio está lleno de abrojos, pero sabemos que al final está Cristo. Cristo es nuestra recompensa’.

”Y así sin más me arrodillaba frente al enorme crucifijo que preside la capilla hasta que un buen día lo acepté. Entendí que la vocación es una elección, un llamado que Dios hace. Esas dudas todos las tenían y era trabajo interior aceptar o rechazar ese llamado personal. Por otro lado, las labores en la cocina me gustaban mucho también. De ordinario pedía que me asignaran ahí, para ayudar al

cocinero y para servir las mesas de los demás seminaristas. Además, era el lugar ideal para obtener los mejores bocados y pues ustedes ya saben cuánto me gusta la comida.

Durante los encuentros con el padre quien más exponía sus dudas era Violeta. Un día le preguntó si se llevaba bien con todos los seminaristas y el comentario hizo que la risa del padre Vicente resonara por los muros de la sala.

—¡Por supuesto que no! —el padre detiene el trayecto de la mano con la galleta de vainilla que estaba a punto de ingerir—. Había uno en particular que me traía de encargo. Tenía la cara tan larga como la de un caballo y los ojos saltones como rana. Por alguna razón, que nunca entendí, todo el tiempo intentaba hacerme quedar en ridículo. Respondía a mis comentarios con frases irónicas y seguido hablaba mal de mí con nuestros compañeros. Lo sé porque lo escuché en varias ocasiones. La costumbre de vernos y el tiempo hicieron que finalmente me olvidara, eso y un golpe que le propiné en el estómago una noche antes de ir a dormir. Esa noche hizo un comentario sobre mis padres y de plano no me contuve. Lo bueno fue que no lo reportó a nuestro superior. Desde ese día, guardamos una sana distancia. Él aprendió a respetarme y yo a tratarlo con mayor empatía.

Durante esas reuniones ninguno se atreve a mencionar el tema de Ada. Ella es como un fantasma que ronda alrededor sin materializarse. Es el sinónimo de su infidelidad, y por ello un asunto más delicado y personal. A todos les ha faltado valor para cuestionarlo, hasta esa noche, durante la cena y tras un par de copas de vino cuando Violeta lo interrumpe.

—Muy bien todo lo que nos has contado sobre tu vocación y tu apostolado, pero ¿y de mi abuela? ¿Cuándo nos vas a hablar de ella?

El padre sabe que ellos necesitan y merecen una respuesta honesta. No cabe en ese momento el hablar de generalidades como la debilidad humana, las tentaciones del demonio que jamás descansa y la ocasión que se presenta cuando la guardia está abajo. No, ellos tienen que palpar su corazón, tomarlo entre las manos y sentir sus pulsaciones. Respira hondo y eleva una plegaria: *Señor, ilumíname.*

—Cuando conocí a Ada mi vocación era firme, estaba recién estrenado en el ministerio sacerdotal y sólo tenía empeño en ser otro Cristo para aquellas almas de nueva Rosita que yo veía como una encomienda directa de Dios. Ser su pastor era para mí, vivir la caridad. Y así fueron los primeros meses en la parroquia. Los planes para atraer más personas y que conocieran el Evangelio estaban siendo bien recibidos; las rifas y eventos para ayudar a los enfermos de la comunidad nos permitían paliar un poco el dolor de aquellas almas. Fueron meses en que pude sentir realmente que mi vocación era un llamado y agradecía a Dios todos los días esa oportunidad. Estaba perfilando en mí a un sacerdote dedicado a la salvación de los feligreses. Sin embargo, el trato frecuente con Ada, el reconocerla como una mujer extraordinaria, el afecto honesto que se tradujo después en un sentimiento más profundo y los sutiles roces despertaron una inquietud que había estado dormida, sublimada. Yo amé a su abuela, me enamoré de ella porque era una gran mujer.

—Era muy joven —le recuerda Bernardo.

—Sí, ella era muy joven y ése fue mi mayor pecado. Porque es algo sabido que en el sacerdocio las relaciones con mujeres son algo que sucede, aunque no sea correcto, pero tampoco prohibido.

—¿Cómo que no es prohibido? —Carmina alza la mirada del bordado de flores que está haciendo a las niñas de Violeta.

—El celibato es un consejo de san Pablo que invitaba a vivir como él para poderse dedicar más al servicio de Cristo. Durante los primeros siglos de la Iglesia el celibato no existió y es sólo hasta el Primer Concilio de Letrán en 1123 que se reglamenta.

”Cada sacerdote toma el voto de la castidad con el mismo ánimo de cumplirlo que la pobreza y la obediencia. Sin embargo, el faltar a éstos no es motivo de escándalo. A veces creo que Dios me permitió conocer a Ada para encajar una espina de humildad en mi corazón y saberme indigno de Él, indigno de los hombres, indigno de mi sacerdocio. Entender esto me llevó muchos años de lágrimas y rodillas clavadas al suelo en penitencia. Una penitencia que me impuse sabiendo el grave daño que les había infringido a Ada y a Celeste. Una manera para limpiar mi culpa. Porque al final de

cuentas la culpa no es sino esa estela de desperdicios que dejamos tras de nosotros después de pecar.

Violeta se levanta, imagina a su abuela y a su madre tras el escándalo. Sus ojos se humedecen.

—No se puede comparar un acto tan terrible con el servicio a Dios. Los sacerdotes deben ser perfectos, o al menos tener defectos que no sean tan graves. ¡Qué fácil fue para ti! Arrepentirte y rezar fue una penitencia muy ligera comparada con el peso que mi abuela y mi madre tuvieron que llevar.

—Lo sé y entiendo tu enojo, Violeta —el padre enciende un cigarrillo antes de continuar—. No hay ninguna justificación. Lo único que puedo decirte es que debajo de la sotana y el alzacuello somos hombres comunes y corrientes. Tan pecadores como cualquiera. La única diferencia es que Cristo de alguna manera nos eleva de esa condición hecha de barro cuando actuamos en su nombre. No hay nada más. Un hombre revestido con una gracia inmerecida y gratuita. Un don precioso en una vasija burda. Eso somos los sacerdotes.

Llegas a la sala de redacción, cargas esa mañana un hastío fractal que te molesta tanto como los días grises. El gris se te instala en la cabeza y no logras sacarlo, te provoca tanto disgusto como una visita inesperada, un dolor de cabeza durante tu concierto favorito o los interminables aullidos del perro de la vecina que insiste en dejarlo solo. Piensas en el gris y decides que es un color mediocre, un punto intermedio entre la ausencia de color y la suma de todos, sucedáneo para esos días nublados en los que se te dificulta pensar. Entrás a la sala de redacción y ni siquiera el ruido creciente que sacude aquella estancia logra transmitirte la energía que a diario te renueva e impulsa a cubrir las noticias en turno. No sientes esa adrenalina que ha sido tu alimento los últimos años. Nunca has pensado, hasta ahora, que a los hombres de la familia no les destinaron nombres coloridos. Concluyes que ese derecho ha pertenecido sólo a las mujeres. Con ironía piensas que el tuyo tal vez pudo haber sido Marengo, como asfalto mojado. Conoces ese tono porque la decoradora que arregló las oficinas del periódico te lo dijo hace un par de años, cuando pintaban uno de los muros. Desde entonces no lo olvidas. Marengo. ¿Marengo o Bernardo? Te decantas por Bernardo.

El insistente tono de tu celular roba tu atención, es un número sin registrar y aun así tomas la llamada. Al otro lado una voz rugosa te pide una cita para hablar de Pasta de Conchos. Tiene algo que desea compartir, aunque se niega a dar su nombre. Le urge verte en persona, pero no en las oficinas, tiene que ser en otra parte.

Acuerdas reunirte con él a las cuatro de la tarde en el restaurante La Divina, a sólo unas cuerdas de las oficinas. A esa hora baja la clientela por lo que reconocerse no resultará complicado.

Lo identificas tan fácil como notarías la figura ovoide de un balón de futbol americano entre las circunferencias de los balones de básquetbol. La piel oscura incrustada de carbón tiene la firma de la región a la que pertenece, y la tos persistente con que se anuncia al llegar es tan rugosa como la voz que te llamó esa mañana.

Levantas el brazo derecho con discreción, un gesto apenas notado para el que busca. El hombre observa los muros de sillar, los cuadros que adornan las paredes, las sillas de madera y se siente fuera de lugar. Te levantas para saludarlo. Tiene en la mirada los mismos rasgos cansados de Indalecio. Deja caer un “buenas” y se sienta frente a la pared. El rincón que elegiste les otorga la privacidad necesaria para hacerlo sentir cómodo.

—¿En qué le puedo ayudar?

Tu pregunta no lleva solamente la cortesía que demandan las formas. Realmente va más allá, proviene de una empatía forjada con los mineros de la zona de Pasta, porque con ellos creaste un vínculo más estrecho que la simple cobertura de una noticia. Desde aquella madrugada, cuando el vaho gris cubría la mina y atestiguaste el dolor de todas esas familias, tus artículos tomaron un carácter más personal. Te convertiste en un periodista que no sólo cubre la nota, eres Bernardo, el que se involucra, el que ha tomado como algo propio el descubrir y ahondar en las historias tras cada uno de tus reportajes. Tus palabras están saturadas con el entendimiento, a rajatabla, que hay con cada uno de tus entrevistados y eso se percibe. Ese hombre, recién llegado de la zona carbonífera, también nota la sinceridad en tus palabras.

—Lo que vengo a decir es malo. Soy carbonero, toda la vida he sido carbonero. Y cuando hay caídos como en Pasta, le entro a sacar a los compañeros. No me rajo. Pero lo que pasó hace poco se lo tengo que decir a algún cabrón que lo haga saber a todos, porque no se vale.

Guardas silencio sin interrumpirlo, asientes con la cabeza y lo escuchas. De sobra conoces la lucha que el hombre está librando.

Lo valoras, admiras su coraje para haber venido a buscarte.

—Un día estábamos dándole de a madres para buscar a algún compañero entre los escombros, ya sabíamos que estaba cabrón que diéramos con uno vivo, pero, aunque fuera sacar los cuerpos. Usted sabe, toda la pinche gente de la minera y algunos familiares todavía esperando noticias. Y pues ese día, entre todo el mugrero estaba un cable, de éstos que nomás están parchados. Cuando lo vio, un ingeniero me dijo que lo cortara y lo enterrara para que saliera con todo lo demás. Eso no se debe hacer en la mina, andar parchando los cables, cualquier cabrón lo sabe. Y como no hay manera de que alguien me escuche vine a decirle a usted para que lo escriba en ese periódico donde trabaja. Al menos que todos se enteren lo tramposos que son los cabrones de la minera, porque justicia no va a haber, es la historia de siempre, desde siempre que tengo memoria.

Nuevamente el coraje por lo que viste va y viene. Es una ráfaga detonada en un recuerdo la que traspasa tu cuerpo hasta erizarte cada centímetro de piel. Sientes todo de nuevo. El enojo, la vigilia agotadora, los rostros atribulados, las horas de angustia de sus mujeres, sus hijos, sus padres, madres, el frío infinito, la bruma blanca, los braseros rodeados de cuerpos ateridos afuera de la mina. Sientes fuego en el estómago al saber de primera mano que la minera quiere encubrir los malos manejos.

—Cuenta con eso —lo tuteas—. Pero sería mejor si pudieras darme tu nombre —ya vislumbras el artículo que esa misma noche vas a redactar.

—No, mi nombre no —se rasca la cabeza cubierta con cabello tieso—. No puedo. Porque tengo familia y no vaya a ser el demonio que los cabrones de la minera me hagan lo que al cable. Si lo puede escribir así, qué bueno. Si no puede, ni modo, di la vuelta dioquis y ya. Hace ademán de levantarse.

—Espera, déjame al menos invitarte un café. ¿Tomas café?

—Qué pregunta es ésa que me haces, cabrón. Claro que tomo café, como todos. Y sí, te lo acepto.

Beben el café mientras te narra sobre las irregularidades de Minera México durante el rescate y el hastío que sentías por la

mañana y durante el día se suple por adrenalina. Corres al periódico y redactas el artículo. Es el más arriesgado que has elaborado hasta ahora. Mencionas no sólo el dato del cable, también expones que cada vez que querían bajar a ver las condiciones para el rescate de los cuerpos, la minera apagaba el ventilador y dejaba que los niveles de metano subieran. Ya luego cuando se iban los inspectores lo volvían a encender. Son muchos los rumores que corren y tú los consignas todos. Dejas claro que encontraron evidencia de que los mineros intentaron salir. Y que antes de que suspendieran el rescate ya se había habilitado el 40% de la mina. Muchas cosas más escribes y escribirás los años siguientes Bernardo, porque esta mina se te quedará pegada a la piel. Las voces de los mineros te llamarán y tú volverás cada año. Pasta de Conchos marcará tu carrera como periodista.

Hay un secreto que aún incomoda a Carmina a pesar del tiempo y del trato con el padre Vicente. Es uno de esos secretos que se guardan en lo más profundo, uno, al que el tiempo le ha creado una pátina capaz de confundirse con cualquier otro recuerdo. Sucede que la memoria lo abandona como se abandonan las cosas que pierden utilidad. Aquel botón solitario, esa moneda oxidada, una pluma sin tinta o la pila desgastada a la que no se le encuentra su sitio. Un secreto es siempre algo desagradable, algo que se desea olvidar, que nunca es fácil compartir y mucho menos de confesárselo a un sacerdote. La sensación de urgencia por sacar ese recuerdo la incordia durante varios días hasta que decide confesarse de nuevo con el padre.

Desde aquella ocasión nunca se ha vuelto a confesar con él.

Será una confesión distinta, no habrá palabras acusatorias como aquella mañana en el Templo de San Luis Gonzaga. Al contrario, porque ahora dos sentimientos la inquietan. El temor de descubrirse, de remover las telas del pudor y desnudar el alma frente a ese hombre al que tanto tiempo odió y, por otro lado, el deseo de paz que conoce tras el perdón obtenido en confesión. Y tiene que ser él. Ningún otro puede suplir la escucha de lo que tiene que decir.

Ese domingo se presenta en la misa de doce del Templo de San Luis Gonzaga, a diferencia de aquella mañana cuando le anunció la muerte de Ada y la existencia de sus nietos, esta tarde Carmina carga cierta tristeza. Se le nota en la mirada cansada tras los años

de insomnio, en los hombros caídos hacia adelante, en la mirada clavada en una memoria lejana que sólo ella es capaz de ver.

Al terminar la misa ella ya ocupa el primer lugar para la fila de confesión.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—¿De qué le quieres pedir perdón a Dios, Carmina?

—Me acuso de haber faltado a la discreción en múltiples ocasiones —el silencio del padre Vicente le indica que prosiga—. Y de haber criticado. También de guardar rencor hacia ciertas personas. Son muchos los rencores que guardé durante años, hasta a mi papá aún muerto no lo he podido perdonar.

El confesor baja la cabeza y en el silencio que prosigue a las palabras de Carmina se reconoce como posible objeto de ese rencor, siente vergüenza de ser causa de pecado para Carmina.

—Cometí actos impuros conmigo misma —agrega con atrición.

Mientras se confiesa piensa que hay cierto misterio en ese reducto de silencio y soledad donde el alma se desnuda. Los fieles, uno tras otro, se acercan, se arrodillan, se miran las manos, recorren la memoria y dejan salir con palabras los más graves secretos de sí mismos. Exhala el aire con fuerza antes de seguir su confesión.

El padre sigue atento a las palabras de Carmina y espera paciente. Ha escuchado tantas veces confesiones de abusos e infidelidades, que esa falta le parece algo nimio. Un largo silencio se instala entre ellos. Las cabezas reclinadas con total atención entre ella que se hace violencia en su intento por murmurar su pecado y el padre que aguza el oído para escuchar lo que ella dice en voz baja. Se conmueve ante la contrición de su alma. Con los años aprendió a distinguir entre quien se confiesa de manera mecánica, por cumplir un requisito y de quien se acusa con verdadero dolor por haber ofendido a Dios, a sus semejantes y desea lavar sus faltas a través del sacramento. La lucha no la deja hablar, brotan sólo palabras sueltas que buscan hilar esa frase que se refiere a su hermana.

—Ada —murmura.

Vuelve a aquella tarde en que le dio esa nota, la enésima. Caminaba nerviosa de un lado a otro mientras se estrujaba las

manos, el ceño contraído en dos surcos, como nunca la había visto, incluso la aleccionó al oído para que de inmediato la entregara al padre y “no te distraigas en el camino, Carmina”. Recuerda el menosprecio que sentía porque su hermana la tenía de mandadera. Revive el sentimiento contra el padre que le robaba la atención de su hermana. No sabía qué era sentir celos. Celos fraternos, de hermana menor que la impulsan a cruzar el pasillo y entregar la nota a su madre.

No olvida la palidez del semblante de su madre al leer la nota. Escucha el clamor del suelo de cerámica golpeado por los firmes pasos de Blanca mientras se dirige a la recámara en busca de Ada. Carmina recuerda el golpe contra la pared al batirse con furia la puerta de la recámara y ella, una niña de nueve años oculta tras la falda de su madre, después de su traición. “¿Cómo pudiste, Ada? Con un hombre de Dios. Ni pienses que el padre se quedará contigo. No le puedes quitar un sacerdote a nuestro Señor, arderías en el infierno junto con tu hijo”. Carmina no entendía por qué su madre le decía esas palabras a su hermana, pero comprendía que por su culpa su hermana ardería en el infierno.

Tras la rejilla del confesionario el padre nota la turbación de Carmina.

—Tómame tu tiempo, Carmina.

Ella lo mira a los ojos a través de la filigrana, toma aire:

—Perdóneme, padre, porque traicioné a mi hermana y a usted. Por mí se enteraron mis padres del embarazo de Ada. La nota que Ada me encomendó entregarle se la di a mamá. Soy la causa de que ustedes sólo pudieron hablar en una ocasión y frente a mis padres. Por mi culpa vino el escándalo. Por mi culpa encerraron a Ada hasta que nació Celeste. Por mi imprudencia la exiliaron junto a mi sobrina.

Mientras escucha las palabras de Carmina, el sacerdote vuelve a pensar que la soledad de un acto puede definir a las personas por toda la vida. Comprende de golpe la carga que ella ha llevado durante tantas décadas. Se compadece de esa mujer que tiene delante, sus ojos se humedecen. Nunca hubiera pensado que su pecado alcanzaría también el alma de esa pequeña que los rondaba todo el tiempo. ¿Cómo hablarle en el nombre de Cristo cuando él

mismo está hecho añicos? Sabe que necesita despojarse del hombre para ser *alter Christus*. Lo ha hecho en incontables ocasiones. Cierra los ojos para buscar en su mente algún pasaje del Evangelio al cual aferrarse.

—El amor de Cristo es más grande que nosotros —musita en voz baja—, es mayor que nuestros pecados, Carmina. “¡Venid a mí los que estéis agobiados por la carga y yo os aliviaré!”. Sus palabras son una invitación a abandonarnos en ese amor. A dejar en su regazo la carga de nuestras propias faltas y debilidades. Porque Él, que tanto nos ama, no quiere que carguemos con ellas. Él ya cargó con el peso del madero. En ese madero están todas nuestras ofensas. Y a aprender a perdonar como Él perdona nuestros pecados. Perdonarnos a nosotros mismos es lo más difícil y lo más importante, Carmina. Debemos mirarnos con el mismo amor con el que Dios nos mira. Vernos a través de sus ojos compasivos y misericordiosos. Es la única manera de sanar las heridas que deja el pecado en nosotros. Yo tengo que pedirte perdón también. Por haberte arrastrado en nuestra situación, a ti que no tenías ningún delito.

”No llores más, Carmina. Reza conmigo el acto de contrición.

—Pésame, Dios mío —recita Carmina y por primera vez su alma saborea el perdón.

En ese lago sereno logra perdonarse a sí misma. También al padre Vicente; sin embargo, se hace el propósito de no verlo, al menos por un tiempo. Ella vive en Rosita y es una excusa perfecta.

El padre Vicente levanta la mirada hacia el cielo que sabe que existe, pero que no ve.

—Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Vete en paz.

Una mañana de sábado, Carmina encuentra a Violeta llorando en la sala de su casa. Las niñas habían salido con Santiago, por lo que su sobrina moqueaba sin reparo con la cabeza recargada en el antebrazo. “¿Qué sucede?” es la pregunta obligada en esas circunstancias; sin embargo, Carmina no pronuncia palabra, acaricia con la mano la cabellera de Violeta, como si con ese gesto le “si deseas compartirme el motivo que te hace llorar, aquí estoy para escucharte”.

Violeta toma aire varias veces y una vez que logra detener los suspiros, se limpia la nariz y mira a su tía con los ojos enrojecidos.

—Discutí con Santiago porque el dinero que me da cada vez es menos, batallo mucho para completar el gasto, tía, y me desespero porque yo trabajo como burro y estoy segura de que él no se esfuerza lo suficiente. Me dijo que me daba todo lo que ganaba y que había días como ése, cuando mi actitud era tan intransigente, en que le daban ganas de irse para no volver. Nunca me había dicho algo así. Y estoy desesperada, no sé qué hacer. Me ha hecho tantas cosas que a veces también me dan ganas de pedirle el divorcio, pero pienso en las niñas y me arrepiento. Están tan pequeñas todavía, además necesitan una presencia paterna lo más incólume posible.

—¿Por qué, Violeta? ¿Por qué habrían de necesitar una imagen incólume como dices? No existe alguien perfecto. En esta vida todos somos esculturas de barro malhechas. Hasta el padre Vicente carga con su adicción al cigarro y ese apetito voraz por la comida. ¿Por qué no aceptar los defectos de los demás? ¿O los nuestros? Si algo he

aprendido en los últimos meses es que el rencor a veces es fruto de exigir la perfección en los otros. Es suponer que se comportarán según queremos, es imponer nuestros deseos a los acontecimientos y por eso culpamos a los otros de cada infortunio que nos trae la vida. Mira, Violeta, el rencor es un arma de doble filo. Por un lado, emponzoña el alma con pensamientos nefastos y por el otro, no deja espacio para albergar ningún sentimiento bueno hacia quien dirigimos nuestra aversión. El rencor comienza con un resentimiento que crece y crece hasta que ofusca. Te lo digo yo que tantos años cargué la rabia y el odio hacia Ada y el padre Vicente. No hagas caso a las palabras de Santiago, no cometas el mismo error que yo, no dejes que te hundan, ese pozo es una morada muerta de la que no sale nada bueno. Mira cuántos años viví ahí encerrada, sin poder salir, siempre en la oscuridad del alma, mejor habla con él cuando vuelva a casa. Y si de plano ves que no responde, ya pensarás en una separación temporal o definitiva. Pero esas decisiones no deben ser fruto de un arrebato. Hay que pensarle primero y darle oportunidad para que se componga.

—Es que no es la primera vez, tía. Ya son años aguantando la situación. Al principio los cortes de luz y gas, no tener nada para comer, los atrasos en las cuotas de la escuela me obligaron a trabajar. Yo no quería dejar a Carito en la guardería. Me costó mucho, era tan pequeña y su llanto me partía el alma los primeros días. Como Daniela ya iba a la escuela por las mañanas, ella no tuvo que pasar por esa situación. Y la verdad no tengo problema en colaborar con los gastos de la casa, lo que me incomoda es que él no se esfuerza, no busca un segundo trabajo o un ingreso adicional. Él se conforma y vive una vida tranquila mientras yo tengo la carga doble de tener la casa en orden, atender a las niñas y además trabajar. No sé cuánto más podré aguantar. Hay días en que quisiera encontrar un hombre que me valore, me cuide y respete, que me invite a cenar y pague la cuenta.

Carmina no sabe bien cómo aconsejar a su sobrina, ella nunca ha lidiado con hombre ni con hijos. Aunque conoce de primera mano la experiencia de vivir en esa dinámica de papá proveedor, mamá cuidadora. Fue lo que vio entre sus padres. Pero, de las nuevas

relaciones donde las parejas comparten responsabilidades en partes iguales no sabe nada. Sin embargo, hay algo que sí comprende y es ese dicho que tanto pululaba en Rosita cuando era joven: Lo que no es parejo es “chipotudo” y ese otro que a ella le gustaba más: O todos coludos, o todos rabones. Cualquier límite fuera de ese rango de igualdad podría ser un abuso de un lado o del otro.

—Me parece que tienes razón, Violeta. Y pienso en todas esas mujeres, algunas casi niñas, que se juntan con una pareja y las embarazan una, dos, tres veces y luego se largan sin hacerse cargo de sus hijos. Resultan buenos para hacerlos, pero no para mantenerlos y eso no se vale.

—Sí, por eso creo que me enojé tanto cuando supe lo de mi abuelo. De alguna manera veía a Ada abandonada con la responsabilidad de mi madre y a él viviendo tan campante bajo la sombra de la Iglesia. No podía recibirlo así sin más. Cuando me dijeron me vino un deseo muy grande de lastimarlo y hacerlo sufrir.

—Te entiendo, créeme que te entiendo, Violeta, porque ese rencor fue el que yo guardé todos esos años y me envenenó tanto, que mató en mí cualquier otro sentimiento bueno. Me impidió sentir cualquier alegría, esperanza, emoción ante un atardecer. Nada, no podía sentir nada, me dejó muerta por dentro. Y estar muerta por dentro es peor que morir de a de veras.

Violeta asiente y sus ojos se aclaran.

—Limpia esa cara, anda, vamos a la cocina por un café. Nos caerá bien.

*

Indalecio calla, como si repasara esos días de nuevo en su mente. No puedes evitar conmoverte, Bernardo, entiendes que su vida quedará marcada para siempre por ese accidente en Pasta de Conchos. Y saber que sus aspiraciones tal vez no se le lleguen a cumplir te encabrona a ti también. Pinche vida tan dispareja.

Y aquí estamos. Esta vez perdimos más que otras porque, al recibir a sus muertos, las familias los enterraban en el cementerio y

se quedaban en paz. Llorando a madres, pero en paz. En esas ocasiones les quedaba el orgullo de que sus mineros hubieran dado la vida. Lo distinto es que ahora las familias están divididas. Están encabronadas con los rescatistas que recibieron dinero por sacar a sus compañeros, porque la labor de sacar a los compañeros no se cobra, se hace porque no se les debe dejar abajo en la mina. Ellos pensaron que era Altos Hornos quien les había dado el dinero, pero luego resultó que no se habían fijado que los cheques eran de Minera México. Los quisieron devolver, pero dijeron que un tal Manuel Ancira no se los aceptó.

Nada más hubo una viuda que no aceptó ni un peso, ella es la que sigue peleando para que saquen los restos de los compañeros y porque quiere que los responsables paguen por esas muertes.

Todos en la zona señalan a las mujeres que aceptaron el dinero que les ofreció la minera y luego lo gastaron en coches o viajes. ¿Y qué si lo gastaron? Era de ellas, era de sus hijos.

El vapor de los mezcales llega hasta el corazón de Indalecio. No exagera cuando te dice que hablar de hijos lo pone triste.

—Extraño a mis niñas, Bernardo. Las extraño de a madres. Un día Cuca nomás ya no me aguantó. Se acercó a mi lado, me agarró de la mano y por lo bajo dijo que se tenía que ir. “¿A dónde irás, Cuca?”. “Me tengo que ir, ya no te aguanto. Las niñas quieren saber qué sucede con su papá, por qué se la pasa en la ventana mirando sin ver, por qué lanza gritos desesperados por las noches. Nos asustas, Indalecio. Y vivir en un continuo susto no es bueno”.

“Yo no pude decirle nada. Ni para eso me quedaron fuerzas. La vi irse, ni la puerta cerró tras de ella al salir. Dos maletas en las manos y las niñas agarradas de su chamarra de felpa, y yo nomás pensando que iban muertas de miedo de verme gritar a toda hora. De quererme un chingo ahora me tienen miedo.

“Y aquí estoy desde entonces. Cuca se llevó la mitad de los \$100 000 que me dio la minera. Los otros ya se nos habían hecho humo porque yo no pude volver a trabajar. Aquí me dejaré morir. La mina

me dejó vivir, para luego quitármelo todo. Porque quizá digas que no estoy bien de la cabeza, que ya se me botó, pero me hubiera gustado mejor haberme quedado en la mina con los demás compañeros. Así Cuca hubiera cobrado los \$750 000. Está muy cabrón lo que estoy viviendo. Todos los días tengo pesadillas. Nos veo a Marco y a mí en aquel instante cuando no sabíamos si íbamos a salir, enterrados bajo las piedras, con el cuerpo quemado y la cara de Marco cubierta de sangre. Sueño a Mateo Vázquez, a Arnulfo Prieto y a los demás compañeros. Vamos en los telesillas, llegamos a la bocamina, estamos juntos en la plancha y les grito antes de que todo explote. Y escucho sus voces. Me llaman. 'Ven, Indalecio, ven'. Yo sólo quiero ir con ellos a palear carbón, para una minera que nos dejó solos, porque para ellos no valemos madre, somos de desecho.

“Escribe eso, Bernardo, escribe que como decía mi abuelo, para los patrones, los mineros somos de desecho.

*

Nacen los primeros tonos rojizos de un crepúsculo improbable, cuando Carmina se dirige a toda prisa hacia la cripta. Tiene urgencia, como nunca, por hablar con Blanca y Ada.

La iglesia está vacía todavía, pero los feligreses no tardarán en llegar para la misa de siete y no quiere encontrar a nadie que la dilate. Baja con cuidado los peldaños de madera, crujen bajo sus tacones en una melodía conocida para ella. El sentimiento de estar en casa la aborda tan pronto entra al recinto y aspira ese aroma rancio a humedad y sal, a hueso, ceniza y polvo, a tiempo suspendido, que satura el aire de la cripta en Nueva Rosita.

Como cada vez que desciende, reconoce su hogar entre esos muros recubiertos de nichos. Sin embargo, en esta ocasión el sentimiento es distinto, ya no es ese refugio que antes encontraba tan gratificante, el lugar seguro contra el mundo exterior. La morada muerta que había convertido en su habitación favorita. No. Ahora es lo que es, el recinto donde sus muertos descansan.

“Me urgía hablar con ustedes —exclama tan pronto se detiene frente al nicho de su familia—. Sí, Violeta y Bernardo están bien. Sí, también las niñas. ¡Ya déjenme hablar! De veras que hay días en que parecen chachalacas y hablando las dos al mismo tiempo no las puedo entender. Sí, todo está bien también con el padre Vicente, lo vemos muy seguido. Más lo ven Bernardo y Violeta por estar en Monterrey. Yo sólo cada quince días que voy a visitar a Daniela y Carito. Esas niñas me tienen loca. Las adoro. Sí, Ada. Sé que también eran tu adoración. Nunca imaginé que se pudiera sentir algo así por una criatura y es que la sensación de sus manitas cuando me acarician la cara, sus vocecitas cuando me dicen tía Carmina y la expresión y el griterío que arman cuando me ven llegar es lo mejor que me ha pasado. Siempre las cuido, mamá. No me tiene que decir. Ya sabe. Pero no, no es de las niñas lo que les quería decir. Tampoco quiero hablar de Santiago y Violeta.

”Quería contarles que desde aquel día que acompañé a Bernardo con las viudas de los mineros me quedé con el deseo de hacer algo por ellas. Sí, son un grupo de mujeres muy aguerridas. No dan su brazo a torcer como otras que ya se resignaron. Estoy tratando de ayudarlas y me hice el propósito de ir al menos una o dos veces vez al mes, si no les sirvo para nada, al menos para conversar. Ir con ellas me está haciendo mucho bien. Había olvidado cómo estar con los vivos y la verdad el hacer algo por otros, salir de ese ensimismamiento, es como salir del pozo de una mina. Así lo veo ahora que lo pienso. No, mamá, no dejaré de ir con ellas. Muy bien, les llevaré comida y algo de dinero para apoyarlas. No me lo tiene que decir. A ver, mamá, ya estoy grande. Lo que pasa es que a usted ya se le detuvo el tiempo, pero yo sigo haciéndome vieja hasta el día que me toque vivir con ustedes. No, mamá. No se angustie, no será pronto. Se lo prometo que no me voy a morir todavía. Y sí, cuando yo muera le tocará a Violeta darnos vida con sus palabras. De acuerdo contigo, hermana. Es el colmo que nuestra madre, aunque muerta, todavía me trate como si fuera niña. Y usted, papá, perdóneme por tanto silencio, pero ya ve cómo soy de rencorosa y todavía me cuesta mucho reconvenirme. Bueno, ya me voy, sólo vine a darles la

noticia. Luego vengo. No, no me olvidaré de ustedes ahora que salí de esa oscuridad que me tenía cegada. Yo también las quiero”.

Un año ha pasado desde el accidente en Pasta de Conchos y a las afueras de la mina aún se reúnen los familiares. Al paso de esos doce meses todavía insisten en sacar a los suyos, se resisten a aceptar que han muerto y a dejarlos ahí. Dicen que la mina no es sitio para abandonarlos. La noticia dejó de ocupar las primeras páginas en los periódicos para pasar a las del interior. Conforme pasaron los meses redujeron los titulares, se levantaron las carpas, los *campers* de las grandes cadenas encendieron sus motores y se marcharon. Sólo un puñado de mujeres permaneció en el sitio. Consiguieron un espacio a kilómetro y medio justo donde inicia la terracería que lleva a la entrada de la mina. Se acercaron a la Comisión Nacional de Derechos Humanos y junto a la Pastoral Laboral presentaron oficios.

A Carmina la noticia ya no la conmueve. Ha visto tantas tragedias en la zona que la muerte se ha vuelto algo común. De reojo se da cuenta de que el mantel que bordó con tanto celo aún sigue sobre la cómoda. Ya no debería estar ahí. Lo guarda en el último cajón, debajo de la mantelería. Son esos sentimientos de odio y resentimiento que crecieron año con año y la motivaron a urdir su venganza y sus chismes, y después, con el cuidado de quien ejecuta algo importante, bordarlos en ese mantel.

Tras un desayuno frugal le avisa a Candelaria que irá a la cripta.

— ¡Salúdalas por mí!

Su sonrisa ahora es blanca y esa mañana está más contenta porque estrena sandalias de la zapatería El Camino. Se le ha

formado el hábito de comprar zapatos, por lo que ya no es extraño verla con un par nuevo cada tres meses.

De camino a la parroquia, Carmina ya no lanza el escupitajo a la casa de los Calderón. Saluda al padre Francisco al llegar y sin dilación baja a la cripta que aún crepita con su luz amarillenta. Los nichos tienen nuevos ocupantes. El señor Rosales que falleció de muerte natural a los noventa y ocho años y una joven de veinticuatro que murió en un accidente en la carretera a Monterrey. A cada uno le dio la bienvenida cuando depositaron ahí sus cenizas. Recarga la mejilla contra la cubierta del nicho. Siente el frío sobre la piel. “Hoy guardé el mantel, mamá. Me da gusto que se alegre. Sí, ya sé que usted me insistió mucho, pero qué quiere, uno no puede desprenderse de una vida nada más así. ¿Qué me hizo cambiar de idea? Creo que fue la quietud. Sí, ese estado donde las pasiones han pasado de largo me permitió verme a mí misma. Lo sé, Ada, pero no es fácil mirarse uno mismo. Sobre todo, cuando el enojo y el rencor ocupan todo tu ser. Me alegra que no lo hayas sufrido, hermana. Tuviste a Celeste y a tus nietos para aprender a vaciarte de ti misma. Violeta y las niñas están muy bien, seguido ven al padre Vicente. Ha estado mal de salud, cada vez más encorvado, supongo que le pesan los años. Y sí, Bernardo es tu mejor herencia. Hoy llega, por cierto. Vuelve de Monterrey en cada oportunidad y a un año del accidente en Pasta de Conchos me parece que quiere retomar la historia. Como ya lo publican en todos los diarios de Grupo Reforma, se está haciendo de un nombre. ¿Qué dices? No, no estoy triste. Es sólo que hace un tiempo me di cuenta de que siempre he vivido para mí, sólo me he preocupado por las viudas de los mineros que aún quieren a los suyos. Y se entiende, no tienen dónde irlos a llorar o a platicarles”.

Cerca del mediodía, Bernardo llega a la casa. Como hace cada vez que regresa, se dirige a la cocina y le planta un beso a Candelaria en la mejilla, nada más por el gusto de verla reír desde el pecho que se eleva hasta los ojos que se achinan. Desde la muerte de Ada y el

accidente en Pasta de Conchos que lo obligó a venir a esa tierra, el lugar se ha quedado en su piel. Abre su computadora portátil, da un sorbo al café que recién le sirvió Candelaria y teclea las primeras palabras para la nota del periódico. Cuando termina de corregirlo lo envía por correo al cierre de edición. Abre otro archivo, tiene dos meses trabajando en ese nuevo proyecto que tanto tiempo ha acariciado. Es su primera novela sobre la violencia en México. Carmina lo animó a escribirla.

Cuando ella regresa lo encuentra ensimismado en el proceso de redacción. Como si alguien le dictara, Bernardo no deja reposo a las teclas. Una letra tras otra hilvana las palabras de esa trama que lo tiene absorto.

—Iré a visitar a las viudas que aún se reúnen a las afueras de la mina.

Bernardo asiente en señal de entendimiento.

En la cocina, Carmina pide a Candelaria que le prepare una barra de sándwiches para no llegar con las manos vacías; se los lleva en el mismo empaque. Sube a su Nissan y enfila hacia San Juan de Sabinas. En el camino ve clavadas en la tierra varias hileras de cruces. El travesaño blanco y en negro pintado el nombre de cada minero, en los extremos el año de nacimiento y el de defunción. No son sólo mineros de Pasta de Conchos, en el tronco de madera se distinguen los nombres de otras minas en las que murieron.

Detiene el coche a un lado del camino. De inmediato todas las miradas convergen hacia Carmina. Muestra el paquete con los sándwiches, los sostiene en ambas manos, como una ofrenda.

—Traje esto por si tienen hambre.

Desde hace tiempo la acogieron como una más. La primera vez que fue a buscarlas vieron que no era de las suyas. En su rostro no se advertía el dolor que han padecido. Su piel blanca no estaba curtida por el sol como la de ellas. Sus manos, aunque viejas y marcadas por la edad, no tenían las señales de ese trabajo diario que se conquista volteando tortillas en el comal o las que se han ganado el callo empuñando el mango de la escoba y el trapeador. Las de esa mujer nunca habían exprimido un trapeador, se notaba al verlas. No, no era de las suyas; sin embargo, Juana Mireles se había

acercado para agradecerle el detalle. La invitó a sentarse y así había iniciado una nueva relación para Carmina.

Durante meses acudió puntual a llevar una barra de sándwiches y a conversar con las viudas. Por Juana Mireles se había enterado de la queja que habían puesto ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos.

Un jueves después de haber ido a la cripta, Carmina les cuenta que viene de visitar a su madre y a su hermana, que escucha sus voces, que conversa con ellas y con otros muertos que habitan en los nichos. Las viudas se asombran.

—¿Y no le da miedo?

—No, es como platicar con ustedes. Realmente los muertos no están muertos, muertos.

Juana Mireles, quien se ha convertido en su amiga, la jala hacia un lado:

—¿Y si hablas con tus muertos no puedes hablar con los nuestros?

La pregunta toma a Carmina de sorpresa.

—No depende de mí, depende de ellos. Las voces me llegan y yo las escucho, pero no puedo obligarlos a hablarme.

Carmina alza la vista sobre el terreno de la minera. No distingue dónde comienza la mina y dónde la planta lavadora. Para ella las edificaciones son una misma cosa. Juana Mireles, le explica:

—Mire, allá donde ve ese inmenso mar de lama negra, ahí es la planta lavadora, a la izquierda está la mina —Carmina contempla ese océano negro de residuos de carbón, el espacio desolado y fantasmagórico le recuerda la fotografía en blanco y negro de un páramo lunar—. Abajo —continúa Juana— en todo este tramo están las galerías y diagonales donde sacaban el carbón. Kilómetros y kilómetros de túneles.

—¿Y a qué altura fue la explosión?

—Allá —señala un lugar a escasos veinte metros de donde están ellas y atrás de las cruces que instalaron—. En esa zona es donde se supone que estaba la frente en la que estaban trabajando.

¡No! No estamos allá

La voz que escucha Carmina es tan nítida como la de Blanca cuando conversa con ella en la cripta. Gira para ver quién es, pero no hay nadie detrás de ella. Un escalofrío le recorre el cuerpo.

— ¿Me decías que no están allá, Juana?

Ella se extraña.

— No he dicho tal cosa.

La voz irrumpe de nuevo:

Diles que nos busquen bajo el diagonal 27. Aquí quedamos la mayoría

Carmina entiende de quiénes son esas voces, se persigna tres veces y sin más se despide de las mujeres.

*Esta mina es hogar y sepultura.
Tú nos oyes, pero no nos quieres escuchar.
El mundo se olvida de nosotros.
Manos y uñas desvanecidas
en afán de salir de la oscuridad.*

*Gritamos desde la oscuridad.
Tú nos oyes, pero no nos quieres escuchar.
El mundo infame nos olvida.
No nos dejen aquí.
Esta mina no es sepultura ni hogar.*

No se detiene. Necesita hablar con Bernardo sobre su descubrimiento lo antes posible, aunque nadie le crea tendrá que convencer, primero a su sobrino y después a los de la minera, de que la búsqueda se debe hacer en ese preciso lugar.

Tras terminar el café, Carmina le ruega:

—Hace mucho que no vas a Rosita, es bueno de vez en cuando saludar a nuestros muertos, Violeta. Ellos nos esperan con más ilusión que cuando estaban en vida y tenían ocupaciones. Estar ahí, en ese espacio reducido, sin hacer nada más que esperar, puede ser tedioso y difícil para ellos. Yo creo que de ahí vienen los espíritus chocarreros. Han de sentirse abandonados por los suyos.

—Ay, tía, qué cosas se te ocurren. Cualquiera diría que en verdad crees que están vivos.

—Podrías regresar conmigo el viernes —insiste—. Por un fin de semana que Santiago se quede con las niñas no les va a pasar nada. Además, es bueno que valoren el trabajo de las mujeres. Yo no sé mucho, pero supongo que tú te encargas de las niñas.

El argumento convence a Violeta y el fin de semana llegan hasta Rosita. Una lluvia fina empapa la tierra y el aroma a petricor las une a la naturaleza, Violeta aspira hondo, inconscientemente impregna sus pulmones con el ciclo del agua. Deja salir el aire y toma una segunda bocanada de ese rito asociado a la supervivencia humana. El olor la distiende.

Una vez en la cripta, Carmina comienza a hablar en voz alta con Ada y Blanca. Violeta la observa asombrada. De pronto imagina a su tía como si estuviera en el escenario formando parte de una obra de teatro, en un diálogo sin respuesta, sin interlocutor. Un monólogo fragmentado.

—Ada dice que te extraña muchísimo y aunque tú siempre creíste que Bernardo era su favorito, ella siempre ha tenido una predilección secreta por ti, por tu fortaleza, pero eso al mismo tiempo le provocaba cierto temor de acercarse demasiado. Recuerda en particular una tarde cuando te arreglabas para ir a la fiesta de una compañerita de la primaria. Ella te insistía para que te pusieras un vestido rosa, pero tú te entercaste por el azul marino. Desde ese día ella supo que tu determinación sería infranqueable y aprendió a respetarte.

—¿Cómo supiste lo mi vestido rosa? ¿Cómo sabes que me chocaba que Ada me quisiera traer con esos colores pastel que a mí me disgustaban tanto?

—No lo sabía, Violeta. Ada me lo acaba de decir, aunque lo que ella más desea es hablar contigo.

Violeta se lleva las manos a la cabeza. No entiende nada de lo que está sucediendo en esa cripta saturada de olor a hueso, ceniza y polvo. Carmina la toma por los hombros.

—Tranquila. Ven, recárgate aquí. Siente el frío de la tapa del nicho. Acalla tu mente. Respira hondo, hazlo otra vez y una vez más, pero saca lentamente el aire por la boca. Haremos silencio las dos. Cierra los ojos y escucha con el interior, es en ese plano interno donde podrás oírlas. Primero será como si escucharas una música de fondo, después su voz se irá aclarando.

Carmina calla y observa el rostro de su sobrina. Las líneas onduladas en la frente de Violeta reflejan todavía la angustia. Pasan algunos minutos y las líneas se suavizan, al igual que el contorno de su rostro que ahora luce sereno. Por los discretos cambios de expresión, sabe que Violeta dialoga con su hermana. En ese diálogo sólo falta Celeste, enterrada en el Panteón del Carmen en Monterrey junto con la familia de su esposo.

—Habrá que traerla aquí —dice Ada—. No estaríamos completas sin mi hija. Su marido puede quedarse donde está si la familia no permite exhumarlo. Porque la historia de Celeste es otra historia y sin ella estamos incompletas.

Violeta no termina de asombrarse por descubrir lo fácil que es hablar con los muertos. Entiende que el barullo que llevaba dentro le

impedía escuchar otra voz que no fuera la suya, la voz de sus pensamientos y preocupaciones. En ese concierto de música ensordecedora que es su cabeza, entre todas las actividades pendientes por hacer de su trabajo, las niñas, la casa..., ¡cómo podría detenerse a escuchar otra cosa! Lamenta haber dejado pasar todos estos meses sin visitarlas, le pesa no haber aprendido a hablar antes con sus muertos. Abraza fuerte a Carmina antes de responderle que se hará cargo de hablar con la familia de su padre y de hacer los trámites para traer a Celeste con ellos.

Agradecimientos y notas finales

Como muchos, recibí con asombro la noticia del accidente en Pasta de Conchos. Desde aquel lejano febrero de 2006 hasta la fecha el siniestro sigue vivo. Día a día algún evento obliga a recordar a los sesenta y cinco mineros que quedaron abajo tras la explosión de la mina. Son muchos y variados los sentimientos sobre lo ocurrido aquel día.

Para llevar a cabo la reconstrucción de los sucesos desde la madrugada del 19 de febrero de 2006 recurrí a diversas fuentes y hemerotecas, como *El País*, *El Norte* de Monterrey o el diario *Palabra* de Saltillo, siempre con el deseo de interpretar aquellos hechos, pero también con el deseo de entender la historia de la zona carbonífera y la actividad minera que predomina en esas tierras.

Una historia poco conocida que contrasta frente al esfuerzo de quienes han desarrollado la zona y el precio en sangre que ha cobrado.

A Edilberto Montemayor García y al ingeniero Jesús Rodríguez por su amable apoyo para realizar un recorrido y entender el proceso para la extracción de carbón en las minas subterráneas y a cielo abierto.

El apoyo de Manolo y Gaby, de Blanca y Javier, de Pablo y Gloria facilitó la labor de investigación y creación de esta novela.

Gracias a los escritores Ethel Krauze, Vicente Alfonso y Martín Solares por sus consejos para la construcción de la obra y sus personajes. Sus observaciones fueron certeras.

A mi colega María de Alva, agradezco su explicación del día a día en la vida de un periodista.

A mi querida amiga y escritora, Gabriela Riveros, por los retiros literarios que permitieron el trabajo de creación de esta novela.

Mi especial gratitud a Daniel de la Fuente por haberme compartido generosamente sus experiencias e información en torno a la cobertura del siniestro en la mina 8 de Pasta de Conchos y los posteriores eventos de violencia que cubrió como periodista del Grupo Reforma.

A Valentín Muñoz y el equipo de Conarte por su apoyo y orientación para la obtención del EFCA.

Un recuerdo particular a mi amiga y agente literaria Verónica Flores y a mi querida amiga y editora María Fernanda Álvarez por creer en esta historia antes de escribir una sola palabra.

Gracias al equipo del Grupo Editorial Hachette Livre México, por el cuidadoso trabajo de edición de *Carbón rojo*, en especial a Gerardo Guerrero Ibarra, director de la editorial, por su amable recibimiento.

Por la autora de *Aquellas horas que nos robaron*

MÓNICA CASTELLANOS

CARBÓN ROJO



 LITERATURA



LITERATURA

Carmina habla con los muertos desde que era niña. Vive en un mundo de oscuridad donde el rencor y el deseo de venganza la han mantenido en la profundidad de una morada muerta, habitada por sentimientos tan negros como el carbón que se extrae en las minas de Coahuila.

En un mantel borda con hilo negro los nombres de la familia Calderón, a quienes detesta y de los que se ha vengado difundiendo chismes. Al centro resaltan las puntadas con las que ha bordado El Cura, un sacerdote del pasado que para ella no merece decir su nombre.

Al morir su hermana Ada, no tiene otra opción que volver al pasado, encontrarse con sus sobrinos nietos y tratar de reconstruir su historia. Por otro lado, la muerte de varios mineros en la mina Pasta de Conchos, despiertan en Bernardo, sobrino de Carmina, los recuerdos de la ausencia y la rabia de la injusticia que tratará de recomponer a través de su trabajo como periodista.

En esta novela, Mónica Castellanos reconstruye el viaje a los infiernos, ya sean los personales, como los de Carmina o del propio Bernardo, así como los de esos mineros que murieron por la negligencia de muchos y que, una vez más, quedaron sepultados en el olvido.



 hachettelivre.mx
 HachetteMX
 HachetteMX



Disponible
en ebook y
audiolibro

Índice de contenido

[BRUMA BLANCA](#)

[POLVO NEGRO](#)

[VAHO GRIS](#)

[CARBÓN ROJO](#)

[MORADA VIVA](#)

[Agradecimientos y notas finales](#)